

EL DESAFÍO DE EXISTIR

Carlos Blanco

ÍNDICE

Prefacio

Permiso para existir

Una mirada esperanzada al futuro

El horizonte infinito del cuestionamiento

El ser humano como “comparecer no-compareciendo”

 Temporalidad y desafío

 Los momentos del “comparecer no-compareciendo”

 El temor y la esperanza

 El desafío a la muerte

 La tarea del “comparecer no-compareciendo”

 La entrega creadora

 La entrega creadora frente al mundo: la cultura

 La entrega creadora con el mundo: la ciencia

 La entrega creadora más allá del mundo: la filosofía

El futuro y las posibilidades de la mente

El valor de la filosofía

Breves reflexiones sobre la naturaleza del arte

Fe y razón, ¿compatibles?

Diálogo sobre la verdad

El anuncio de lo nuevo

Soliloquios

 La raíz de todo desencanto

 El ansia de creatividad

 Münster, Bach y la santidad de la belleza

El Buda y el Crucificado

En los senderos alpinos

Los paisajes abrumadores

El nuevo templo

Angustia

Libertad

Tensión creadora

PREFACIO

En este libro he reunido textos publicados y ensayos inéditos que recogen reflexiones sobre una pregunta tan desconcertante como ineludible: ¿cuál es el sentido de la vida?

Siempre he creído que cada persona debe tener derecho a responderla a su manera, por sí misma, sin verse condicionada por sistemas filosóficos, modas de pensamiento, dogmas religiosos o prejuicios culturales.

Por tanto, los escritos compilados en este volumen únicamente pretenden esbozar sugerencias y, más aún, compartir un sentimiento de enigma y sorpresa ante lo inexplicable del existir humano. No es de extrañar que muchos textos se contradigan mutuamente, y que en algunos resplandezca una actitud inequívocamente optimista hacia la vida mientras que en otros predomine un clima de frustración y rendición ante lo que sólo puede calificarse como absurdo e incomprensible. Esta ambivalencia es intrínseca a todo intento de reflexionar sobre el sentido de la vida, a todo proyecto de encuadrar una pregunta tan amplia y anárquica en un marco de referencia, que inevitablemente la constriñe y mutila.

El mayor desafío es existir. Existir es un reto una aventura, un insólito regalo de la naturaleza que no deja de hallarse sumido en el misterio, pues por mucho que logremos desentrañar sus causas gracias a la racionalidad científica, persiste, implacable, el interrogante más profundo por su significado y su destino. Asistimos, en realidad, al desafío de ser libres y de orientar esa libertad hacia fines constructivos. Pues, en efecto, pese a las grandes posibilidades intelectuales que hemos recibido y desarrollado, como la conciencia, la racionalidad, la fantasía y el ensueño, es incomprensible la cantidad inenarrable de barbarie, injusticia y egoísmo que existe en el mundo. El sentimiento de superioridad, la falta de solidaridad con nuestros semejantes, la agresividad, el egoísmo... Sigue siendo difícil de entender que el ser humano desperdicie tanto tiempo y tanta energía haciendo el mal (lo que nos destruye, aleja y ensimisma) en vez de usar su mente y su voluntad para fines más nobles, puros y universales.

El mayor misterio es para qué existir. He intentado resolverlo con la convicción (o más bien la esperanza) de que la búsqueda intelectual, la adquisición de conocimientos, la comprensión de lo que nos rodea, se alzan como verdaderas razones y estímulos para vivir. “Conoce y comprende” constituiría la máxima existencial suprema desde esta perspectiva filosófica. Sin embargo, no estoy seguro de que esta propuesta resulte enteramente satisfactoria y mitigue la angustia existencial que tantos sienten. No puedo garantizar, en suma, que refute el nihilismo. Es sólo una propuesta, y es precisamente en su carácter imperfecto y fragmentario donde mejor se atisba la inestimable huella de la libertad humana, porque la búsqueda de la verdad es una batalla contra el infinito.

Acosado por semejante ambigüedad, no he tenido más remedio que servirme de todas las facultades de la mente humana. Podría haberme limitado a redactar un tratado filosófico, a valerme exclusivamente de la luminosa pero tantas veces fría racionalidad, del análisis lógico y empírico, pero no he podido. Algunas ideas, algunas percepciones netamente intuitivas, parecían rehusar una exposición estrictamente lógica, por lo que

he sucumbido también al imponderable fervor estético, al arte, al lirismo, a la fantasía. Así, enfrentado al dilema inexorable entre razón y sentimiento, me he negado a elegir. El lector encontrará racionalismo puro y exaltación poética de la creatividad humana, una visión escrupulosamente científica de la vida humana y la exuberancia de un idealismo que se afana en enaltecerla, en mistificarla, en divinizarla; paradoja que, por otra parte, no hace sino recapitular la confusa situación del ser humano, su fragilidad, su agonía y su soledad cósmica, inmerso en una búsqueda de destino incierto. Porque la respuesta a la pregunta por el sentido la construimos cada uno de nosotros con nuestras propias vidas.

PERMISO PARA EXISTIR¹

Es cierto. Nadie me ha preguntado si quería o no vivir. He venido a este mundo sin buscarlo. Nadie se dirigió a mí pidiéndome permiso para que naciera. Mi existencia es debida a la voluntad de otros. Puede parecer triste, y sin duda lo es. Me surgen tantos interrogantes, tantas cuestiones que me gustaría plantear a alguien que tuviera capacidad para responderlas, pero ¿es posible encontrar a ese alguien? ¿Hay alguien que sepa, después de todo, para qué vivo yo? Me siento arrojado en un mundo que yo no he creado. Me siento parte de un mundo que me viene dado, pero sobre el que yo no he tenido ninguna responsabilidad. Otros quisieron que yo existiera. Gran razón tenían Martin Heidegger y Samuel Beckett: qué incomprensible es mi existencia individual, o incluso la existencia colectiva de la humanidad, porque nadie nos ha preguntado, como humanidad, si deseábamos vivir. Suficientemente profundo es el problema de mi propia existencia individual como para detenerme a reflexionar ahora sobre el de la existencia del género al que pertenezco, el humano, aunque soy consciente de que en algún momento tendré que pensar detenidamente sobre ello. Es un tema del que no puedo evadirme. ¡Y quisiera evadirme! Quisiera no albergar esta preocupación porque quizás, después de todo, mi existencia no tenga ningún sentido, y que por mucho que me afane en buscar un significado que satisfaga las altas expectativas que tengo de mí mismo y de la humanidad, nunca lo lograré, y todo lo que conseguiré será ofrecerme un respiro temporal para no morir afligido por tantas dudas.

Podría preguntarles a mis padres por qué quisieron que yo viniera al mundo. Me darían múltiples razones, y seguramente la más poderosa sería el amor. Me amaron, y por eso nací. Soy hijo del amor. Y también lo son ellos, y sus padres, y los padres de sus padres, y así hasta los albores de la humanidad. Pero no siempre se es hijo del amor. No sabemos qué es el amor, y muchas veces el amor esconde otras realidades. En el fondo, no sé por qué estoy aquí. He venido, y ya está. Parece que se erige una barrera infranqueable que impide al pensamiento avanzar hacia algún claro. Sólo hay oscuridad, como un túnel infinito en el que nos encontramos, y del que no se atisba ninguna luz más allá de la que nosotros podamos encender allí dentro. Y yo quiero encender una luz, porque siento una responsabilidad. Nadie me llamó para preguntarme si quería existir, y como esa existencia se la debo a otros y poco poder tengo sobre su origen, quiero al menos tener poder sobre su nudo y sobre su desenlace. Quiero ser digno de esa existencia, y siento el deber de afirmarme como existente. He de hacer algo que justifique mi existencia, y creo que todos compartimos esa misma vocación. Es difícil hablar de vocación cuando hemos aparecido de repente, sin que lo hayamos querido. Pero una vez en el mundo, una vez, y no sé sabe por qué causas últimas, estamos aquí y ahora y nos insertamos en la vorágine de la existencia, sólo nos queda dar razón de esa existencia. El conocimiento, el amor, la belleza, el placer... son formas de afirmarnos a nosotros mismos para demostrar que merecíamos ser llamados, y que si bien nadie contó con nosotros cuando nacimos, en realidad habríamos asentido, concediendo el inusual permiso de que pudiéramos existir.

¹ Texto escrito en Boston en 2009.

No sé por qué estoy aquí. El que escriba estas líneas más bien se asemeja a una extraordinaria concatenación de casualidades que ni el mejor matemático podría nunca haber predicho. Pero ya estoy aquí. Tampoco sé hacia dónde voy, pero sé que ya he venido aquí. Mi responsabilidad es con el hoy y el ahora en el que vivo, con la humanidad a la que pertenezco, consciente de que el hoy y el ahora proceden del ayer y marcan el mañana, y de que otros antes que yo que asumieron la responsabilidad de existir hicieron que yo existiera, aunque no tuvieran la deferencia de pedirme permiso. Y lo mismo haré yo: no les pediré permiso a los que vendrán después de mí, pero los que vendrán después de mí no podrían existir sin mí. Esto debe hacernos sentir poderosos, y más aún, responsables. Hay mucho en juego: está en juego la dignidad de seres humanos que no habrán pedido existir, pero que involuntariamente existirán. Tenemos que demostrarles que merece la pena existir, y que nuestra ofensa puede ser disculpada por lo que nos ofrece la vida. ¿Y qué nos ofrece? Ésa es la cuestión. Hay muchas cosas que están en nuestra mano. Y ojalá la vida ofrezca algo grande para todos aquéllos que nunca han pedido existir, pero que acabarán existiendo. Ojalá haya un sentido, porque me vence la nostalgia por los tiempos en que se creía en un sentido.

UNA MIRADA ESPERANZADA AL FUTURO

Cuando asimilamos el desarrollo del conocimiento científico, fácilmente advertimos que muchas de nuestras ideas preconcebidas carecen de fundamento. Una intensa angustia puede entonces invadirnos, por ejemplo si pensábamos que los ideales más elevados del espíritu humano gozaban de realidad, en vez de brotar de ese suelo tan fértil como intrigante que es la evolución biológica. Aceptar que aspiraciones tan enaltecidas como la búsqueda del amor auténtico, de la verdad plena o de la belleza pura quizás se expliquen por mecanismos neurobiológicos puede sin duda sumirnos en el desconcierto.

Algunos optarán por aferrarse a idealismos nostálgicos, a la melancolía que a veces sentimos por aquellas etapas de la vida en las que era posible creer en cosas para las que no tenemos evidencias sólidas. Se trata de una reacción perfectamente comprensible. El ser humano no sólo quiere verdades, sino consuelos, satisfacciones emocionales que le ayuden a proseguir.

Sin embargo, si examinamos la cuestión desde otro punto de vista, si nos atrevemos a romper las cadenas del miedo y analizamos con rigor las conclusiones de la ciencia, es también posible que se apodere de nosotros una actitud bien distinta. Pues, en efecto, basta con introducirse en cualquier parcela del conocimiento científico, incluso en aquellas que afectan de manera más directa a la especie humana, para percibir una belleza y una perfección lógica embriagadoras. Los grandes principios de la ciencia, las leyes universales del universo, la maravilla de la evolución, capaz de suscitar un número tan vasto de formas y propiedades, revelan también un ímpetu creador que el hombre sólo ha logrado imitar tímidamente en sus obras más perdurables. Más aún, al admirar lo que la naturaleza es capaz de producir de acuerdo con unas leyes, es inevitable que nos preguntemos por las posibilidades de la mente humana. La naturaleza nos ha brindado unas condiciones de posibilidad que, por supuesto, nos limitan, nos constriñen; pero también nos ha otorgado una flexibilidad extraordinaria, una capacidad de sentir y pensar que desborda muchas de nuestras rigideces estructurales.

Es, por tanto, al volcar la mirada hacia el futuro, al imaginar, al soñar y crear, cuando las determinaciones previas cobran su auténtico valor no como límites infranqueables, sino como condiciones de realización que pueden proyectarnos a escenarios inéditos. El tiempo siempre añade información a los sistemas que integran la naturaleza. Con cada nuevo instante amanece una nueva posibilidad, un nuevo espacio de configuración de posibilidades, altamente condicionadas por los antecedentes, pero no por ello determinadas de modo unívoco. Es quizás en esta percepción de la grandeza de nuestras posibilidades, del horizonte que se yergue ante nosotros, de una senda que puede conducirnos a la destrucción o al despliegue de la más portentosa y fecunda creatividad, donde resida ese consuelo que con tanto fervor anhela el ser humano en su faceta emocional. Lo que desde un planteamiento llanamente racional puede tantas veces antojársenos frío, ciego y oscuro, cede así el testigo a la captación de una radiante luminosidad. Se desvanece todo temor ante el carácter impersonal de la naturaleza, ante la misteriosa mezcla de contingencia y necesidad que define el proceso evolutivo, pues

el mismo desarrollo de la materia nos catapulta hacia posibilidades novedosas, fruto de esta oportunidad inusitada de existir que nos ha concedido el universo.

Entre el temor y la esperanza, siempre conviene la esperanza, porque nos ayuda a crear, a confiar en el futuro y en nuestras propias capacidades. Una reflexión profunda sobre el cosmos y la historia nos permite relativizar muchas de nuestras ansias e inquietudes; nos abre a una mirada más pura, menos egoísta, más gozosa y enriquecedora hacia lo que nos rodea. Puede que el mundo no tenga un sentido, al menos tal y como lo habían concebido eminentes profetas y filósofos, pero sí puede tenerlo. Depende de cómo empleemos esas posibilidades que la naturaleza, la historia y nuestra subjetividad nos ofrecen.

El ser humano goza y sufre por saber que existe. Su conciencia es la fuente de su grandiosa capacidad creativa, pero también de muchas de sus frustraciones. Sabe que posee unas habilidades únicas, sin parangón en el reino animal, pero conforme progresa en el uso de su inteligencia reflexiva descubre también que en sus orígenes remotos no era un ser consciente, sino una realidad mucho menos compleja y desarrollada. Se siente entonces desconcertado. No comprende para qué ha adquirido semejantes cualidades. Tiene que creer en un privilegio existencial que lo exonere de las servidumbres materiales cuyos efectos condicionan a las demás especies biológicas. Sin esta convicción tan inverosímil es poco probable que la humanidad se hubiera aventurado a proyectar muchas de sus aspiraciones y a realizar muchos de sus deseos. Somos, en definitiva, rehenes de nuestra conciencia, afortunados en ocasiones, infelices en otras, pero siempre marcados por la profunda huella de la autorreflexión.

Perdida en la infinitud del cosmos, la humanidad se olvida de que forma parte de una realidad mucho más trascendente y sublime que ella misma. Una de las líneas posibles de desarrollo de la materia ha conducido hasta nosotros, con nuestras glorias y miserias. Y la grandeza de la humanidad brilla con una luz imborrable en su genio creativo, en su capacidad para expandir el horizonte de su pensamiento y de su expresión. Contemplemos, por tanto, el universo; con los ojos de la ciencia o del arte, lo importante es que logremos acariciar destellos de esa esperanza que tantos encuentran al entender la profunda e inmensa sabiduría que late en cada porción de la realidad, en cada enseñanza de la ciencia, en cada creación del arte, en cada búsqueda humana de verdad y mejora.

EL HORIZONTE INFINITO DEL CUESTIONAMIENTO

La historia ha sido testigo de importantes progresos en la capacidad del pensamiento humano para concebir lo que parecía inconcebible: el descubrimiento del número cero², la invención de nuevas familias de números más allá de los naturales, el hallazgo de la fuerza de gravitación universal, el desarrollo de la idea de derechos humanos inalienables, la formulación de nuevas clases de geometría, la relativización de nuestras nociones tradicionales sobre el infinito...

Éstas y otras manifestaciones sobresalientes de la creatividad humana ponen de relieve la capacidad de la mente para trascender fronteras que muchas veces consideramos infranqueables. A la luz de muestras tan excepcionales de ingenio intelectual, la tentación de juzgar como definitivas ciertas categorías conceptuales se desvanece con asombrosa rapidez. Pues, en efecto, ¿quién se atreve a garantizar que muchos de los esquemas conceptuales predominantes en la física, en la química, en la biología, en la filosofía o en las ciencias sociales deban contemplarse como adquisiciones definitivas e irreformables? Lógicamente, la duda justificada en torno a la inmutabilidad de determinadas categorías no es óbice para sostener que muchas de nuestras más valiosas conquistas sapienciales quizás gocen de un carácter casi permanente; probablemente sean ampliadas y perfeccionadas, pero no impugnadas en algunas de sus afirmaciones más señeras.

Azuzada por la ignorancia y la necesidad, la curiosidad ha sido la fuerza motriz del desarrollo de nuestro intelecto. Es la diosa suprema de nuestro panteón cognitivo, impulsora de innovaciones capitales en nuestra historia. Y dentro de las mayores revoluciones en las categorías que emplea la mente para racionalizar el universo, uno de los saltos intelectuales más relevantes de los últimos siglos destella en el desarrollo de la teoría de la evolución. Después de un acopio paciente y abnegado de observaciones, cuál no sería la sorpresa de Darwin cuando, en el curso de sus investigaciones, atisbó una gran síntesis unificadora que daba sentido a la diversidad de datos compilados. Sus consecuencias afectan tanto a las ciencias naturales como la metafísica, al proporcionar, por primera vez en la historia, una herramienta conceptual integradora para comprender el surgimiento de la complejidad a partir de la simplicidad.

Gracias a la idea de evolución de las formas orgánicas ha sido posible conciliar una cantidad vasta y heterogénea de conocimientos previos, además de propiciar avances ulteriores en numerosos campos de la ciencia y de la reflexión. Es el esclarecimiento de una maravillosa trama causal. Parecía inconcebible que una entidad tan compleja como el ser humano brotase, en realidad, de una larga acumulación de variaciones genéticas filtradas por la selección natural a través de millones de años de

² Un descubrimiento tan crucial para el desarrollo intelectual de nuestra especie nos obliga a preguntarnos por la naturaleza (o, más bien, “la no naturaleza”) de la nada. Sabemos que el conjunto vacío es subconjunto de todo conjunto; constituye una estructura lógica fundamental que subyace a todas nuestras construcciones formales, a todo “ser” ideal. Además, la nada goza de una propiedad fascinante, que la diferencia radicalmente de la unidad: así como no podemos decir que “una casa” sea igual a “un árbol”, aunque ambas entidades compartan la determinación “uno”, sí podemos afirmar que “cero casas” son iguales a “cero árboles”. La unidad admite diversas concreciones; la nada todo lo uniformiza.

cambios graduales. Durante milenios, la humanidad tomó por descontado que lo complejo sólo podía explicarse desde lo complejo. Se creía que una realidad inferior no podía gestar una realidad superior; lo más elevado sólo podía emerger si algo aún más elevado lo generaba. Este pensamiento es perfectamente lógico, al menos según los cánones tradicionales con que ha operado la mente humana de manera casi inconsciente. Lo complejo exige de una realidad aún más compleja que lo diseñe, y en la naturaleza existen tránsitos tan abruptos que es imposible imaginar cómo se habría llegado hasta el estadio actual de desarrollo del universo si únicamente partiéramos de entidades simples. Es precisamente aquí donde reside el mayor mérito de la teoría de la evolución por selección natural: en su capacidad de mostrar, de modo elegante y armonioso, cómo con unos conceptos relativamente sencillos es factible explicar transiciones tan desconcertantes desde realidades simples a realidades mucho más complejas, hipotéticamente esquivas a la elucidación racional.

No basta con enunciar una idea para convertirla en una nueva categoría fecunda, apta para ensanchar el pensamiento humano y revelar inusitados escenarios para el intelecto. Siempre es preciso insertar toda nueva creación en el seno de un modelo que la armonice con categorías existentes y que nos ayude a extraer todas sus consecuencias. Por tanto, el diseño de un marco consistente (es decir, libre de contradicciones), desde el que derivar conclusiones contrastables, constituye también una etapa esencial en la elaboración de nuevas ideas. Las mentes más revolucionarias no habrían pasado a la historia si, en lugar de analizar con profundidad, rigor e imaginación las implicaciones de sus ideas, se hubieran limitado a exponerlas de manera lacónica y fragmentaria. Trabajaron con industriosa tenacidad para explorar sus consecuencias, sus incongruencias potenciales y su relación con las ideas vigentes. Muchas veces se esmeraron en resaltar la continuidad que existía entre sus propuestas, los conocimientos firmemente asentados y las evidencias indisputables. El proceso creativo abarca tanto la génesis de la semilla, el don luminoso de gestar una idea nueva, como su laborioso desarrollo, el fervor y la perseverancia que auspician su crecimiento hasta desembocar en una formulación adecuada y convincente.

En una tensión creadora entre discontinuidad y continuidad, las grandes revoluciones conceptuales nos proyectan a espacios nuevos, a territorios vírgenes del espíritu, pero no rompen por completo los lazos que inevitablemente vinculan entre sí todas las ideas alumbradas por la mente humana. Se adelantan valerosamente en la trama infinita del descubrimiento, pero lanzan cuerdas que permiten a los más rezagados asirse a ellas para saltar sin peligro sobre el abismo de lo desconocido. Ruptura y conservación parecen así dos señas inconfundibles de los progresos más profundos que realiza el espíritu humano. Para comprender lo nuevo es inexorable descansar sobre las ideas ya entendidas, sobre los hallazgos previos, sobre las concepciones aceptadas. Sin embargo, con la mirada puesta en el pasado o en el presente, desde la aceptación resignada de lo ya establecido, es imposible adentrarse en nuevos escenarios intelectuales. No obstante, y para que el salto se produzca, fructifique y pueda comunicarse, es necesario mostrar los nexos de continuidad que conducen de lo antiguo a lo nuevo. Sólo así una idea original y fecunda logra hundir sus raíces en el terreno sólido de lo conocido, con el objetivo de crecer audazmente hacia lo desconocido.

Por su propia naturaleza, la predicción de una gran transformación intelectual venidera es imposible. Si fuera tan sencillo prever qué concepto inédito alboreará en el futuro, o qué nuevas concepciones despuntarán en la historia intelectual humana,

semejantes formas de creatividad se despojarían de su valor como elementos verdaderamente revolucionarios. En cualquier caso, no es descabellado creer que en ocasiones puede resultar viable anticiparse tímidamente a algunas de esas brillantes eclosiones, destinadas a modificar significativamente nuestras categorías intelectuales fundamentales. De hecho, suelen ser las ideas más simples, o por lo menos aquéllas que muchas veces asumimos pacíficamente y sin cuestionamientos sustanciales, por estimarlas obvias e inatacables, las más susceptibles de protagonizar una auténtica revolución intelectual.

¿Qué ideas aparentemente indiscutibles se verán sujetas a profundas alteraciones? ¿Qué principios inofensivos, que tentadoramente nos inclinamos a juzgar como evidentes e incontestables, experimentarán una crítica honda y fértil para el desarrollo del pensamiento humano? ¿Sobre qué esquemas y categorías de la mente se cernirá ese espectro tan fascinante como inescrutable que preludia las grandes transformaciones científicas y filosóficas? ¿Sobre qué nuevos horizontes admiraremos el genio creativo de la humanidad?

En último término, estas preguntas no hacen sino evocar el interrogante más profundo sobre la esencia y las posibilidades de la creatividad humana. Cada conquista en el reino del pensamiento abstracto sella el triunfo de la mente para sondear un ámbito potencialmente infinito, el de las posibilidades, el de lo imaginable, el de lo universal, el de lo que puede revestirse de sentido, el de lo expresable en símbolos que, correctamente armonizados, pueden incluso anticiparse al funcionamiento real de la naturaleza. A menudo nos preguntamos por el papel del hombre en el universo, pero la propia idea de “papel” sugiere intencionalidad, como si nuestra presencia respondiera a un plan premeditado. ¿Y si estuviéramos aquí no tanto para desempeñar un rol como para realizar una de las infinitas posibilidades que quizás depare la naturaleza? “Nuestras mentes son finitas, peor incluso en estas circunstancias de infinitud estamos rodeados por posibilidades que son infinitas, y la meta de la vida consiste en captar todo lo que podamos de esa infinitud”, sentenció sabiamente Alfred North Whitehead. Es el misterio de lo posible, casi tan intrigante como el enigma de lo real. Un misterio no es un problema insoluble, sino una incógnita tan amplia y profunda que, incluso si consiguiéramos despejarla, no cesaría de sorprendernos. Nos abruma la desaforada complejidad del universo, pero aún más subyugante resulta contemplar cómo ante nosotros, en el ardoroso silencio de la reflexión pura, se alza un espacio potencialmente infinito de ideas, formas y modelos: el mundo de lo concebible. Y muchas de las ideas que hoy se nos antojarían inconcebibles probablemente habiten en ese cosmos de resonancias infinitas que contiene todo lo concebible.

Por ello, y si se me permitiera aventurarme en un arriesgado ejercicio de futurología intelectual, o de imaginación descontrolada pero gratificadora, a mi juicio sería interesante detenerse en una serie de ideas que quizás estén llamadas a producir profundas revoluciones en el pensamiento humano. Es en la posibilidad de cuestionar nociones fundamentales donde resplandece el vigor de un campo del saber, el grado de elasticidad que ostentan sus nociones básicas. Cualquier disciplina del conocimiento se ampara en sistemas conceptuales sustentados sobre unas premisas y unas reglas de inferencia. Toda creación intelectual no hace sino construir categorías para subsumir multiplicidades en unidades dotadas de coherencia. Sin embargo, ¿por qué estas categorías y no otras? ¿Qué sistemas conceptuales alternativos, además de preservar el irrenunciable requisito de la consistencia lógica, nos permitirían también explorar ámbitos de pensamiento excluidos por los modelos vigentes?

De nuevo, no se trata de abogar por rupturas radicales con los esquemas conceptuales de los que tan provechosamente nos hemos servido hasta ahora, sino de diseñar sistemas más abarcadores; más que de revoluciones, hablamos de evoluciones conceptuales, porque nunca –o casi nunca– presenciemos una escisión absoluta entre categorías. Si, como han intuido tantos sabios, la naturaleza aborrece los saltos, más aún lo hace el pensamiento: *intellectus non facit saltus*. Extasiados ante la gloria de la intuición creadora, que con frecuencia simula sobreponerse mágicamente a la severa linealidad del pensamiento lógico, quizás olvidemos que, en realidad, ese quebrantamiento prodigioso y radical de la secuencia lógica nunca acontece. La mente humana no puede concebir un salto absoluto entre ideas, un verdadero vacío lógico, un *novum* auténtico que infrinja la continuidad causal entre contenidos intelectuales. Semejante posibilidad, reminiscente de la acepción más profunda y maximalista de “creatividad”, sólo centellea como una meta asintótica a la que tiende infatigablemente el pensamiento. Podemos identificar formas insólitas e improbables de moldear la materia prima con la que opera nuestra mente en forma de imágenes y categorías, pero en el fondo no hacemos sino reorganizar habilidosamente unos contenidos ya dados.

La intuición reordena, recombina, relaciona y condensa, pero no anula; asciende, mas no elimina el prolijo itinerario de razonamientos que subyace a la génesis de una nueva idea. Es la brújula que nos guía hacia la meta, pero sin eximirnos de recorrer la senda. La intuición descubre un nuevo itinerario que luego puede esclarecerse racionalmente. Satisface, por tanto, una función eminentemente orientadora. No cabe duda de que la intuición es una luz impenetrable y enigmática, como si en ella una mano invisible hubiese rasgado el velo que nos separa de una visión flamante e insospechada. Refractaria a los cánones de una dilucidación consciente, suele yacer escondida, arrebujada en los dominios más recónditos de lo inconsciente. Pero la intuición nunca nace de la nada; no es una creación *ex nihilo* que irrumpa sobrenaturalmente en los senderos del pensamiento. En ella cristalizan innumerables reflexiones previas, cuantiosos antecedentes, una confluencia de perspectivas filtrada por el vigor acumulado y sostenido del análisis racional. La intuición emerge así como la vanguardia de la lógica, capaz de establecer conexiones inusitadas entre ideas y fenómenos, seguramente aferrada a lo que la razón ya vislumbró y ponderó de forma precaria y nebulosa. La intuición es la fuerza que nos permite transitar, impávidos, aun cuando carecemos de evidencias conclusivas que justifiquen ese avance; allana el camino a la razón, pero nunca la sustituye. Para ampliar el conocimiento, lo que la intuición adivina tiene luego que validarlo la razón.

De hecho, es en la síntesis de razón e intuición, de lógica e imaginación, donde brilla con mayor fulgor el poder de la creatividad humana. Resuenan aquí los ecos de esa profunda visión hegeliana que contempla la intuición como el instrumento por antonomasia del arte. Sin embargo, el pensamiento, el discurso filosófico, exige conceptos, nociones claras y distintas cuidadosamente articuladas, un método y un itinerario racionales. Intuiciones y conceptos aportan luces complementarias; es la unión de arte y ciencia, de imagen y concepto, de expresión y comprensión, de belleza y verdad como límites de una expansión en serie que jamás se realiza plenamente.

Las ideas mismas de que nuestras mentes son finitas, o de que la subjetividad no es susceptible de objetivación, o de que el universo es insumisamente complejo, o de que el tiempo existe como una dimensión unida a las tres dimensiones espaciales y no puede deducirse naturalmente de estas últimas, o de que el nacimiento de la conciencia es un fenómeno demasiado improbable a escala cósmica, ¿no adolecen de cierta

arbitrariedad? ¿No podrían ser incompletas, preconizadoras de conceptos más profundos y universales?

Comprometerse con este ejercicio especulativo, con esta gimnasia de la imaginación, contribuye en realidad a expandir los horizontes del pensamiento abstracto, la herramienta más valiosa que atesoramos para explorar el universo y para entendernos a nosotros mismos.

EL SER HUMANO COMO “COMPARECER NO-COMPARECIENDO”

Temporalidad y desafío

La negación del presente que acaece con el individuo que “comparece no-compareciendo” conlleva la afirmación de la temporalidad como categoría fundamental de toda empresa filosófica, así como de la alteridad como modo de relación entre la mismidad del comparecer y su desafío, cristalizado en el “comparecer no-compareciendo” del individuo. Persiste, empero, un interrogante: ¿por qué no es legítimo subsumir todas estas conceptualizaciones bajo la categoría primaria del “comparecer”, para así comprenderlas como otras “mismidades”, emanadas del propio comparecer? Y, nuevamente, es la “irreductibilidad” del *factum* de negar la mismidad del comparecer lo que nos conmina a establecer otro modo de ser, el cual no se circunscriba ya a comparecer sin más, sino que desafíe, por su propio concepto, el comparecer mismo. La infinitud inherente a la mismidad del comparecer, que podía apprehenderse como un presente infinito, esto es, como un “algo” eterno, el cual simplemente está, desprovisto de confín alguno, se nos antoja ahora inválida para la indagación filosófica. Esa infinitud ha sido negada, al no bastar ya el comparecer mismo. Por ello, este último se capta ahora como finitud; lo infinito consiste en la coexistencia del comparecer mismo con el reto al comparecer que brota de esa capacidad para cuestionarlo críticamente, para concebirlo como una “no-mismidad”, pues ahora comparece un algo que “comparece no-compareciendo”. La mismidad del comparecer ya no estriba, únicamente, en el comparecer mismo, sino en el binomio que entrelaza el comparecer y su negación.

La mismidad del comparecer, esto es, la mismidad del mundo, el cual simplemente está, resulta tan irreductible como el hecho mismo del cuestionamiento de esa mismidad que acontece en la conciencia. Así, desde el instante en que surge la conciencia en cuanto tal (aspecto que no excluye que este afloramiento responda a un fenómeno progresivo, y no a una emergencia súbita y puntual), se produce una duplicación del comparecer, ramificado en la afirmación de su mismidad y de su negación. El presente “se bifurca” también en presente y “no-presente”, esto es, en mismidad y temporalidad. La indiferencia de la mismidad del comparecer deviene ahora en la “diferencia” intrínseca del comparecer. La conciencia se erige entonces en la expresión paradigmática de la diferenciación.

El individuo humano se alza, así pues, como un desafío a la mismidad del comparecer que impera en el seno de la naturaleza. Se manifiesta, esencialmente, como una negación (que conculca la mismidad presente) y, por tanto, como una proyección hacia el horizonte de la temporalidad, la cual cuestiona, radicalmente, la primacía detentada por presente. Este desafío constituye una negación, un “no comparecer” que, sin embargo, también comparece, necesariamente, en los dominios del mundo y en las sendas del tiempo. Semejante contradicción es, por su propio concepto, irresoluble: el individuo humano se halla en un estado de permanente contradicción con el mundo (la mismidad del comparecer) y consigo mismo (por cuanto también pertenece al mundo, y participa de la mismidad del comparecer: el individuo humano no cesa de encarnar un “lo que comparece”, pero él mismo relativiza esta categorización, al pensar la mismidad

del comparecer y, por ende, negarla en su completitud). Se escora, eso sí, más hacia el “no-comparecer”, hacia la conciencia *stricto sensu*, que hacia el mundo, hacia la comparecencia, hacia la mismidad insondable e intacta. El ser humano mora entre dos vastos universos: el forjado por la mismidad y el fraguado por el desafío, pero se aproxima más al reto puro, a aquello que rehúye todo ensimismamiento³.

La ambivalencia del “comparecer no compareciendo” que representa el individuo humano (como “un algo que no es, siendo lo que es”, esto es, como la expresión, por antonomasia, de la contradicción) nos revela las categorías conceptuales fundamentales requeridas para entender, adecuadamente, la facticidad del individuo humano, y nos conduce ahora a examinar cómo el individuo humano, en cuanto compareciente que no comparece, se asemeja y difiere del mundo, en cuya mismidad también se enraíza. Esta paradoja guarda una estrecha similitud con aquella honda antinomia de la que se hiciera eco San Agustín en las *Confesiones*, la cual sintetiza el misterio tan profundo que exhala la relación entre el ser humano y la divinidad:

*“Quis comprehendet? quis enarrabit? quid est illud quod interlucet mihi et percutit cor meum sine laesione? et inhorresco et inardesco: inhorresco, in quantum dissimilis ei sum, inardesco, in quantum similis ei sum”*⁴.

Por un lado, el individuo humano se corresponde con un “lo que comparece”. Condensa, por tanto, un *algo*, un objeto que hilvana la gigantesca costura del mundo, una figura más insertada en ese inmenso retablo que engrandece la naturaleza (es decir, lo dado sin más, lo que simplemente es, más allá de todo eventual interrogante sobre por qué es y, más aún, por qué es de un modo u otro). El mundo meramente es, comparece, está, pero para el individuo humano se yergue como un “comparecer-ante”, el cual relativiza, indefectiblemente, la mismidad del comparecer. Al individuo humano ya no le basta entender que el mundo se atiene a comparecer: por cuanto el mundo comparece ante él, ante sus sentidos y ante su capacidad de reflexión, ahora adolece, “vigilado”, sondeado por un agente que le es, de alguna manera, externo. Su mismidad ha sido quebrantada, y subsiste ahora un “algo” del propio mundo que “observa” el mundo, y lo cuestiona radicalmente. Este “algo” es también mundo, ya que comparece en el mundo junto a los demás objetos que componen su textura, pero trasciende el orbe, porque lo desafía. En el individuo humano, el cosmos se desdobra, se niega a sí mismo, tal y como advirtiera, luminosamente, el idealismo clásico alemán. El mundo ya no goza de suficiencia, pues en su interior ha eclosionado una instancia que lo desafía categóricamente, al pensarlo e interrogarlo. La mirada humana sobre el mundo se reviste de una intensidad inusitada: los ojos de la humanidad perforan el mundo en su mismidad, y socavan, así, sus más sólidos cimientos, de manera análoga a como ese haz que irradian las pupilas de los otros escruta nuestra individualidad, y provoca que se

3 El eco de estas consideraciones resuena ya en el pensamiento de Leibniz: “un solo espíritu vale por todo un mundo, puesto que no sólo lo expresa, sino que también lo conoce y se gobierna en él a la manera de Dios. De tal modo, que parece, aunque toda sustancia expresa el universo entero, que sin embargo las demás sustancias expresan más bien al mundo que a Dios, pero los espíritus expresan más bien a Dios que al mundo. Y esta naturaleza tan noble de los espíritus, que los aproxima a la divinidad cuando es posible a las simples criaturas, hace que Dios saque de ellos infinitamente más gloria que del resto de los entes, o, mejor dicho, los demás entes sólo dan materia a los espíritus para glorificarlo. Y por esto esa cualidad moral de Dios, que lo hace señor o monarca de los espíritus, le concierne por decirlo así personalmente de un modo muy singular” (Cf. *Discurso de metafísica*, ed. 1942, 103-104).

4 *Confesiones* XI, 9.11.

tambaleen los fundamentos de nuestra mismidad y los pilares de nuestra silente reclusión.

En cuanto “algo que comparece”, el individuo humano resplandece como un presente, en cuya mismidad se ciñe a estar ahí, para aparecer junto a otros objetos. Personifica, por tanto, un “ser ahí”, como dilucidadoramente recalcará Heidegger en *Ser y Tiempo*, obra en la que se despliega una tentativa, casi heroica, por retrotraer el análisis filosófico no ya a la esfera del sujeto trascendental, sino al ámbito del *factum* irreducible impuesto por la existencia del “ser-ahí”. Sin embargo, y en cuanto “no compareciente”, reclama ampliar el horizonte de comprensión del comparecer. Ya no estimamos válido afirmar, sin más, que el mundo comparece. No creemos que el mundo se autojustifique radicalmente (por constituir un “lo que comparece” en sí mismo considerado, esto es, un algo que comparece y nada más, susceptible de aprehenderse desde esta categoría, sin que se requiera de ninguna otra). El avance en el entendimiento científico del mundo equivale a la profundización metódica en el carácter de un “lo que comparece”, y nada más, que define el cosmos. La ciencia desvela la prolijidad ínsita a esos mecanismos tan aleccionadores, mediante cuya combinación de simplicidad y de sofisticación el mundo se restringe a comparecer. Desentraña las leyes fundamentales que rigen el funcionamiento de los sistemas materiales, cuyos principios quizás hayan surgido en virtud de un proceso gradual, evolutivo, pero los cuales, en último término, evidencian que el mundo sencillamente está, tal que todo se explica desde el propio mundo, sin el imperativo de aludir a una instancia que le sea ajena.

Como escribe Gadamer, “es la falta de una base ontológica propia de la subjetividad trascendental, que ya Heidegger había reprochado a la fenomenología de Husserl, lo que parece quedar superado en la resurrección del problema del ser. Lo que el ser significa debe ahora determinarse desde el horizonte del tiempo. La estructura de la temporalidad aparece así como la determinación ontológica de la subjetividad. Pero es algo más. La tesis de Heidegger es que el ser mismo es tiempo. Con esto se rompe todo el subjetivismo de la nueva filosofía, incluso (...) todo el horizonte de problemas de la metafísica, encerrado en el ser como lo presente. El que el estar ahí se pregunte por su ser, y el que se distinga de todo otro ente por su comprensión del ser, esto no representa, como parece en *Ser y Tiempo*, el fundamento último del que debe partir el planteamiento trascendental. El fundamento que aquí está en cuestión, el que hace posible toda comprensión del ser, es uno muy distinto, es el hecho mismo de que exista un “ahí”, un claro en el ser, esto es, la diferencia entre ente y ser. Cuando el preguntar se orienta hacia este hecho básico de que “hay” tal cosa, entonces se orienta hacia el ser, pero en una dirección que tuvo que quedar al margen del pensamiento en todos los planteamientos anteriores sobre los entes, y que incluso fue ocultada y silenciada por la pregunta metafísica por el ser”⁵. Sin embargo, y como el propio Gadamer constata, el intento heideggeriano de fundar la pregunta por el ser en la facticidad del *Dasein* que comparece “ahí” constituye, en realidad, una propuesta para establecer un discurso de índole trascendental, el cual, ciertamente, no comenzará ya con la subjetividad que se “pone a sí misma”, como en el idealismo clásico alemán, pero cuyo desarrollo continuará interpelado por esa aparente inexorabilidad que insta a brindar una fundamentación, en términos de condiciones de posibilidad, de la interrogación sobre el ser.

5 H.-G. Gadamer, *Verdad y Método. Fundamentos de una Hermenéutica Filosófica*, Sígueme, Salamanca 322.

Los momentos del “comparecer no-compareciendo”

Los momentos del “algo que comparece no-compareciendo” se resumen, en virtud de las reflexiones anteriores, en los siguientes: un “*algo*”, esto es, un objeto del mundo, una de las partes que lo integran, las cuales refuerzan el mundo en su mismidad; un “*que comparece*”, es decir, el individuo que se justifica a sí mismo, por cuanto procede del mundo, y cuya génesis remite a la mismidad del comparecer del mundo; un “*no-compareciendo*”, a saber, el individuo como un “no-mundo”, como una flagrante negación de la mismidad del comparecer del mundo, como un desafío al mundo. “Comparecer no-compareciendo” expresa, así pues, afirmación y carencia, afianzamiento del mundo y ausencia simultánea de mundo, el cual, ante la honda insatisfacción producida por su “*rasa*” naturalidad, impasiblemente anclada en una mismidad que se perpetúa, ha de edificarse como historia. El conjunto de ambas constituye esa *contradicción* con respecto al mundo y con respecto a sí mismo que personifica, inevitablemente, el individuo humano: con respecto al mundo, por cuestionar su mero comparecer; con respecto a sí mismo, por alzarse también como un objeto que compone el mundo, tal que se interpela a sí mismo en el pensar, como un “comparecer-hacia” cuyos ojos contemplan el mundo y la totalidad de los elementos que lo engalanan (incluido él mismo, al ser un “lo que comparece”). La yuxtaposición de afirmación y de carencia, esto es, la contradicción, propicia el carácter *infinito* de lo que “comparece no-compareciendo”.

Con la aparición del individuo humano (esto es, del “algo” que “comparece no-compareciendo”, el cual comparece, por ende, en el mundo, y encapsula, en definitiva, mundo, pero de tal forma que cuestiona, contundentemente, el mundo, y desafía la mismidad del comparecer propio del mundo), lo que comparece no puede catalogarse, simplemente, como un “lo que comparece”, sino que se establecen distintos modos de comparecer, esencialmente irreductibles. El “comparecer” en cuanto tal de “lo que comparece” ha sido reemplazado, ineluctablemente, por dos modos de comparecer: el “*comparecer-ante*” y el “*comparecer-hacia*”. El “comparecer-ante” desemboca, a su vez, en el “comparecer-ante del mundo con respecto al individuo” y en el “comparecer-ante de cada individuo con respecto a los demás individuos”. Análogamente, el “comparecer-hacia” confluye en el “comparecer-hacia del individuo con respecto al mundo”, y en el “comparecer-hacia del individuo con respecto a otros individuos”. El mundo ya no se limita a comparecer sin más: entraña un “comparecer-ante” el individuo, esto es, ante aquél que “comparece no-compareciendo”. De esta manera, el mundo comparece ante sí mismo, pero el “sí mismo” del mundo ha sido negado, tajantemente, por quien comparece “no-compareciendo”. Así, ya no se restringe a comparecer sin más, sino que deviene en objeto de una contemplación, la cual puede adquirir manifestaciones distintas.

El individuo que “comparece no-compareciendo” no representa, sencillamente, un “ser-en-el-mundo”, de acuerdo con la exégesis heideggeriana, sino un “comparecer-hacia-el-mundo”, el cual se instituye, en realidad, en un “comparecer-contral-mundo”, en un desafío al mundo en su mismidad. Sustituye, ineludiblemente, el “comparecer-en-el-mundo” que podría colegirse de la consideración del mundo en sí mismo, y del individuo como una de sus partes integrantes. La pregunta por el ser sólo cobra sentido

cuando ha surgido un “algo” que comparece “no-compareciendo”, esto es, cuando el mundo se ha transformado en objeto de contemplación, susceptible de una interrogación, de una crítica, de una “conmoción” en su fundamento. Con anterioridad a ello, el ser del mundo se confina a su propio comparecer, al craso hecho de “estar” en cada presente dado, lo que equivale a un “sin más”, a una realidad autoclausurada, la cual no exige justificación alguna. En cambio, el nacimiento del individuo que “comparece no-compareciendo” implica que el mundo se despoja de la condición de “sin más”, de ese previo “limitarse a comparecer ahí”, pues ha emergido un “más”, una realidad *ulterior* al propio mundo, capaz de negar la mismidad del mundo. El “lo que comparece no-compareciendo” constituye un “más” al mundo, porque desafía su mismidad, esa completitud insondable que lo sume en un presente eterno, y contempla el mundo como un objeto de interpelación. Este “lo que comparece no-compareciendo” existe hacia el mundo, y lo escruta de diversas maneras, por lo que el mundo subsiste ahora como un “comparecer-ante el que comparece no-compareciendo”, esto es, como un “comparecer-ante” el que “comparece-hacia” el mundo. El mundo ya no se basta a sí mismo.

La multiplicidad de individuos que comparecen hacia el mundo nos apremia a plantearnos la forma específica como lo hacen ante ellos mismos. Cada individuo comparece-ante el otro, pues puede devenir en objeto de su contemplación, pero cada individuo comparece también hacia-el-otro. En el primer caso, el individuo se muestra como objeto de la contemplación de los demás, mientras que, en el segundo, es él quien contempla a los restantes individuos. Se comparece ante un “lo que comparece no-compareciendo”, por lo que el modo de comparecer-ante-el-otro no puede interpretarse como el comparecer-ante del mundo con respecto al individuo. El mundo interpela al individuo, pero no así el individuo al mundo: el mundo no es obsecuente a un comparecer-hacia nada, porque se ciñe bien a comparecer sin más (antes de que afloren los individuos), bien a comparecer como objeto de la contemplación del individuo. El individuo, en cambio, comparece-hacia-el-mundo y, por tanto, cuestiona el mundo en su mismidad.

El mundo engendra una clamorosa respuesta en el individuo. Aun sin que el mundo pueda saberlo (si no es a través del propio individuo), un “algo” ha desafiado su mismidad, y ha introducido un “más” en el comparecer. El hecho de “comparecer-hacia-el-mundo” comporta una afirmación y una negación: comparecer como parte integrante del mundo y como parte que desafía la mismidad presente del mundo. El “comparecer-hacia-el-otro” no se elucida desde el “comparecer-hacia-el-mundo”, porque se suscita, en el otro, una respuesta, se desencadena una vívida interpelación: el otro es objeto de la contemplación del individuo, pero el otro también contempla al individuo. La colosal y descorazonadora indiferencia cósmica que preside el mundo cede ahora el testigo a la interpelación recíproca. De la misma manera, el “comparecer-ante-el-otro” no puede describirse desde los cánones fijados por el “comparecer-ante” del mundo con respecto al individuo, pues el mundo se limita a erigirse en objeto de contemplación del individuo, pero el propio mundo no resulta interpelado por esta condición de “comparecer-ante”. El individuo, en cambio, por cuanto comparece-ante-el-otro, sí es apto para que el otro lo interpele. Representa un “comparecer-ante” que también “comparece-hacia”, y comparece-ante un “algo”, el cual, pese a comparecer en el mundo, como uno de los elementos que lo integran, “no comparece”, porque niega la mismidad del comparecer del mundo.

El “comparecer-hacia” los otros que “comparecen no-compareciendo” adopta dos manifestaciones fundamentales. La primera estriba en la absolutización de la alteridad de los que “comparecen no-compareciendo”. En este caso, el “otro” es afirmado, incondicionalmente, en su mismidad, como si consistiera en un mero objeto del mundo. Se olvida, así, que el “otro” evoca también carencia, una palpable contradicción, por lo que no responde al verdadero alcance de su “comparecer no-compareciendo” tratarlo como un “radicalmente otro”, absolutizado en su mismidad. En cuanto partes integrantes del mundo, todos los “otros” que “comparecen no-compareciendo” se hallan, indisolublemente, ligados. Este *hermanamiento* no se circunscribe tan sólo a su condición de “lo que comparece” (esto es, a su posicionamiento como partes integrantes que pueblan el mundo, las cuales se justifican mutuamente, como elementos que molduran la mismidad del comparecer del mundo), sino que reverbera también en su dimensión de “no-compareciendo”.

La segunda reside en la relativización de la alteridad: la alteridad sólo se constituye como tal por cuanto el “comparecer-hacia” el mundo y los otros, así como el “comparecer-ante” los otros ejercido por los distintos seres que “comparecen no-compareciendo”, son recíprocamente irreductibles. Ningún individuo agota la contradicción que encarnan los demás, porque ésta goza, por su propio concepto, de una infinitud potencial. El individuo representa entonces una mismidad inasible, pero nos engañaríamos si anhelásemos convertirla en un absoluto. Lo infinito, si se absolutiza, se transforma en un presente perpetuo, “finitizado”, aprisionado detrás de una serie de márgenes que extinguen su brío inaugural. Lo absoluto no puede divergir de esa contradicción tan fragorosa en cuyas garras incurren todos aquéllos que “comparecen no-compareciendo”: una contradicción ilimitada, la cual no requiere de justificación alguna, lanzada hacia la proyección temporal, esto es, hacia el futuro; carente de meta, de un horizonte nítido, y cuyo ser se labra, fatigosamente, en cada “comparecer-hacia”, es decir, en el pensar el mundo y a los otros (acto que implica, concomitantemente, un actuar). No cabe absolutizar la alteridad que dimana del “otro”; de lo contrario, el “otro” se demuda en un mero objeto de cuantos aderezan el mundo, cuya existencia contribuye a consolidar el mundo en su mismidad. Se transforma, así, en un simple objeto, incapaz de desafiar el mundo y de retarse a sí mismo. La alteridad del “otro” ha de entenderse como una perenne legitimidad para desafiar el mundo y retarse a sí mismo, esto es, como la posibilidad de devenir en una relatividad pura que, como tal, no precisa de justificación: si el mundo, en su mero comparecer, incoaba su propia justificación, el individuo, en su retar el mundo y en su desafiarse a sí mismo, se erige también en su justificación más genuina, pero (y a diferencia de lo que ocurre en el primero de los casos) lo logra de tal manera que *nunca* alcanza una justificación definitiva. Por ello, adolece de una irrestricta pero fecunda y bella indeterminación.

El temor y la esperanza

La particularidad del individuo humano reside en su interpelación al mundo: en virtud de su “comparecer no-compareciendo”, niega, taxativamente, la autosuficiencia del mundo como un “comparecer sin más”. Subsiste un “algo” dentro del mundo que no se limita a comparecer, sino que interroga la mismidad del comparecer, tal que, en el ejercicio de semejante acto, inaugura ya la posibilidad de una proyección, esto es, de un “ir más allá” del mundo simplemente dado en su comparecer. La indigencia del preguntar humano toma ahora el relevo a la absolutidad del mundo, para desafiarla drásticamente, aunque nunca llegue a desprenderse de su condición de “lo que comparece”, esto es, de objeto del mundo. El ser humano se perfila como un dios, pero desprovisto de omnipotencia: como una deidad que contempla el universo, y a la cual el orbe se le antoja ahora un *objeto* de percepciones que suscitan una respuesta, un reto. Desvela, sin embargo, el rostro de una divinidad inderogablemente frágil, porque continúa ligada al mundo, incapaz de despojarse de este carácter mundano que le es inherente. Su naturaleza défica se asienta, precisamente, en encarnar la contradicción, en alzarse como un “comparecer no-compareciendo”, el cual desafía el mundo y, de alguna manera, trasciende su ser (si, por “trascendencia”, convenimos en referirnos al hecho mismo de que el mundo ya no se baste). El individuo humano expresa una insuficiencia radical. El mundo no le satisface, pese a que él persista en el mundo, como parte que moldea el mundo, y no cese de comparecer junto a los restantes objetos que configuran esa vasta diversidad que embellece el cosmos. Se yergue como un *más* al mundo, aunque ese “más” dimane del propio mundo.

En cuanto objeto del mundo, el ser humano cae bajo el dominio de la ciencia, cuyo desarrollo revela, escalonadamente, tras un arduo pero gratificante camino, cómo el mundo constituye un “lo que comparece” sin más: cómo se basta a sí mismo. Lo consigue porque este proceso se puede esclarecer desde el propio mundo, como una totalidad que comparece en el presente dado. Sin embargo, y en cuanto negación del mundo, en su “no-comparecer” en el mundo (que desafía, radicalmente, el mundo mediante el pensar, cuya enunciación más eminente estriba en la interrogación, en el preguntarle al mundo), el ser humano sólo se comprende desde sí mismo. Se ha instaurado una nueva mismidad, que coexiste, problemáticamente, con la del mundo. El ser humano comporta, de hecho, una problematicidad suma y elocuente: problematiza el mundo; por tanto, se problematiza, inexorablemente, a sí mismo. No le basta el mundo, pero tampoco él mismo. Traumatizado por esta problematicidad, que impone en él una onerosa carga, frente a la que es inútil refugiarse en la plácida mismidad ofrecida por el comparecer (en cuya profunda intelección se afana, denodadamente, la ciencia), sólo le queda convertirse en un perenne portador de preguntas, dotadas de un impulso que nunca se colma por entero.

Caben dos actitudes principales y divergentes en lo que concierne a la asunción del carácter de desafío al mundo, desde el mundo, manifestado por el ser humano. La primera se condensa en el *temor*, y en todo cuanto se deriva de él. El mundo ya no se interpretará como una morada para la humanidad, sino como una instancia hostil, gélida e inhóspita: como un mero objeto que verifica la incompletitud ínsita a nuestro ser, así como el hecho de que simbolicemos la flagrante y voraz contradicción no solventada. El temor conduce a la angustia, al recelo del mundo y a la búsqueda de instancias ajenas a

él, las cuales, en el fondo, reproducen la “mismidad presente” que poseía el mundo antes de la aparición de la estirpe humana. Los dioses alabados por las grandes religiones se conciben, en no pocos casos, como gloriosos “mundos” subsistentes en sí mismos, como explicitaciones de la mismidad del comparecer por cauces profusos. Remiten, en definitiva, al mundo⁶. Al igual que el mundo, los más regios dioses comparecen sin más. No es legítimo retarlos, cuestionarlos radicalmente, para así inquirir por qué comparecen, pues exceden, y con creces, la capacidad humana de interrogación, y no condescienden a convertirse en objetos de la contemplación de ese “comparecer no-compareciendo” que es el ser humano.

Sin embargo, el individuo humano nunca cesa de constituir una negación, un “no-comparecer”, incluso cuando cree haber alcanzado la más ferviente comunión con la mismidad del comparecer (ahora atribuida a los dioses). Por ello, ninguna religión satisfará jamás el ímpetu más profundo que exhala el espíritu humano, ni sanará su abisal indigencia. Aun con los dioses, el ser humano se alza, todavía, como un “comparecer no-compareciendo”. Extrapolar la mismidad del comparecer del mundo al reino de los dioses dilata, “prolonga” el problema fundamental, que atañe, precisamente, al desafío que evoca el ser humano para toda “mismidad”, para todo comparecer presente que resulte, hipotéticamente, idóneo para justificarse a sí mismo. Si los dioses se bastan, al habitar en ellos su propia justificación, tampoco calmarán entonces las candentes ansias humanas, como tampoco el mundo es capaz de extinguir esa noble y vigorosa llama irradiada por el reto que supone lo humano.

6 A nuestro juicio, la religión constituye una expresión cultural de la convicción básica de que la verdad sobre el mundo no se agota “en lo dado”, en la realidad que palpan los sentidos, en el ámbito espacio-temporal, sino que responde a una instancia trascendente (la “divinidad”). La diferencia principal entre la religión y cualquier otro ámbito humano en cuyo seno también se perciba ese atisbo de trascendencia (el arte, la filosofía...) reside en su dimensión *práctica*: no existe tradición religiosa sin el elemento ético-ritual, clave para ganar acceso a la “convivencia” con ese plano divino y sobrenatural. Digamos que, en las religiones, el contacto con lo divino no se reduce a un puro “juego” especulativo, a una disquisición filosófica, sino que se “vivifica” en la práctica de una serie de normas (rituales, éticas...) que nos “religan” a lo divino. Sin embargo, la religión jamás se constriñe a esa esfera práctico-ritual: hunde sus raíces más profundas en la insondable intimidad de la persona, en un recóndito “meollo” del sujeto que ningún sistema social explica exhaustivamente, al menos en su núcleo más hondo, porque se relaciona con la percepción de nuestra impotencia, de nuestra finitud, de nuestra fragilidad, capaz de suscitar actitudes tan divergentes, pero en el fondo tan similares, como el miedo o el entusiasmo ante lo desconocido. La religión mantiene una llama imbuida de esperanza, pero en todo proyecto histórico, en toda creación fraguada en el tiempo y erigida en el espacio, ésta queda restringida, “atemperada”, al horizonte de la historia, el único sobre el que nuestro intelecto logra adquirir algún conocimiento, algún uso sopesado de la razón para la consecución de los fines susceptibles de hermanar, universalmente, a los seres humanos. Pero en la medida en que la vida humana no se consume en la razón, sino que remite también al radiante sentimiento, a la vibrátil pulsión, no hemos de suprimir, imprudentemente, el aspecto emocional asociado a toda religión, sino que hemos de propiciar que florezca en superabundancia, siempre y cuando no se oponga al sueño humano por edificar un mundo más justo. Queremos ampliar el horizonte del ser, pensar más, conocer más, interrogar más, disfrutar más, amar más...: si las religiones contribuyen a esta meta, serán amigas de la humanidad, pero si se oponen, y repliegan, agresivamente, la energía humana, al robar nuestros más bellos y briosos ímpetus, habrán de ser confrontadas, no con la fuerza ciega, con ese odio tan desazonar que transporta en sí el germen de una mayor violencia, sino con el inexpugnable poder que exhalan el propio amor, el propio conocimiento y el propio arte. Europa parece cansada, o más bien extenuada, de la religión, y en particular del cristianismo, cuyo mensaje ha sido escuchado durante demasiados siglos, pero no cesa de anhelar entender el contenido más profundo de esta religión, si bien desea también expandir las fronteras de su reflexión más allá del discurso establecido por toda religión “positiva”. Lo cierto, en cualquier caso, es que Europa solicita, febrilmente, novedad.

La segunda actitud posible se corresponde con la *esperanza*. El individuo humano se convence, definitivamente, de que representa un reto al mundo desde el propio mundo, tal que el mundo comparece ante él como un objeto. El mundo ha abandonado su estatus de mero compareciente, y se ha transfigurado, para nosotros, en un “comparecer-ante”, y el ser humano en un “comparecer-hacia”. Pero esta percepción de indigencia (por cuanto personifica la contradicción del “comparecer no-compareciendo”, esto es, del hecho de no ser ya un “comparecer sin más”) no le desasosiega irreparablemente, sino que le brinda el calor de la esperanza. En su unicidad yace su mayor riqueza. En su condición de “comparecer mundano”, esencialmente idéntico al comparecer de los demás objetos que conforman el mundo, el individuo se reduce a un ente más, sometido a las insobornables leyes que gravan el comparecer del mundo, las cuales no hacen sino justificar la mismidad de ese comparecer. Sin embargo, y en cuanto un “algo que comparece no-compareciendo”, el individuo desafía el mundo, y posee, en sí, el fulgor que esparce la *novedad*. La mismidad del mundo se ha conculcado definitivamente, porque ha amanecido un modo diferenciado de comparecer, cuya pujanza niega la autosuficiencia de todo cuanto comparece. El individuo se define, por tanto, desde esa posibilidad tan inspiradora de novedad que él introduce. Si el mundo consistía, ante todo, en mismidad, esto es, en un presente que simplemente comparecía, sin requerir de instancia ulterior alguna para justificarse, en el individuo, en cuanto “comparecer-hacia”, que convierte el mundo en un “comparecer-ante”, para desahuciarlo de su propia mismidad (exilio que destierra todo cuanto comparece hacia un estado de ruptura consigo mismo, de contradicción infranqueable), se ha posado la sugerente luz de la novedad.

Todas las transformaciones que acontecen en el comparecer del mundo contribuyen a apuntalar la propia mismidad del mundo, la cual nunca se somete a un cuestionamiento auténtico. La fascinante proliferación de formas, esa inabarcable y colorida miscelánea de estructuras que ornamenta la naturaleza, se limita a consolidar la mismidad del comparecer del mundo. Incapaces de interpelar, críticamente, el mundo, perseveran, fortalecidas, en su raso comparecer. Sólo con el individuo abolimos el “sin más” y establecemos un “más”, un modo esencialmente distinto del comparecer. El propio mundo, por mecanismos que sólo la ciencia descubrirá (quizás en un horizonte remoto), ha logrado romper con su mismidad, para abrirse a un doloroso calvario teñido de indigencia, de contradicción, de falta de autosuficiencia, el cual posibilita, sin embargo, que destelle el ardor de la novedad. Si el individuo se percata de que ampara la antorcha de la novedad, participará de la esperanza, y se afanará en impulsar el comparecer (en la dirección marcada por el surgimiento de esa posibilidad de novedad). De lo contrario, sucumbirá ante la apatía o claudicará ante el temor, abrumado por la responsabilidad que ahora conlleva su “comparecer no-compareciendo”, es decir, su desafío a la mismidad del comparecer del mundo.

La pregunta por el ser del comparecer, a la que Heidegger confiriera un primor irresistible, sólo tiene sentido cuando aflora un “algo” que “comparece no-compareciendo”, esto es, desde el instante en que emerge, desde el mundo y en el mundo, el individuo humano. El mero comparecer del mundo no autoriza a formular el interrogante sobre el ser. El mundo se restringe a comparecer, y su ser gravita en torno a su propio comparecer. La mismidad absorbe todo el potencial latente a la pregunta sobre el ser: el mero comparecer eclipsa el ser. Sólo cuando el individuo humano, en cuanto desafío a la mismidad del comparecer del mundo, interroga el mundo en su comparecer, y, por tanto, deviene en un “algo” que comparece, mientras que, al mismo tiempo, no

comparece (y por ello niega el mundo), adquiere la cuestión sobre el ser su validez y su importancia.

El desafío a la muerte

Lo genuinamente humano no resplandece en la aceptación abnegada de la muerte como nuestro horizonte más propio. La muerte remite a la mismidad del mundo en su más fiera crudeza. La vida entabla una pugna constante por preservar un ámbito de autonomía, frente a un cosmos material que amenaza, continuamente, esa independencia. La vulnerabilidad ínsita a la vida, su irresistible tendencia hacia la muerte, condensa su característica más palmaria. La conciencia, sin embargo, no puede resignarse a constatar la inevitabilidad de la muerte. Aun en su irrevocabilidad, aun en la imposibilidad de cruzar la adusta barrera detentada por el óbito, la conciencia se afirma a sí misma en su tentativa de desafiar la muerte. La conciencia representa un reto perpetuo a la mismidad del mundo, cuya expresión más severa se profiere en la muerte. Luchar contra la muerte equivale a buscar un espacio bañado de libertad, cromado de pureza, inundado de incondicionalidad. El anhelo de permanencia encierra voluntad de vida, acrisola ansia de creación, y la historia se edifica gracias a esa ambición de brindarse a una luz que trascienda lo mediato, lo condicionado, lo ensimismado.

La muerte constituye un fenómeno de la vida: la muerte suscita renovación, y porque existe ese “cese de la vida”, cabe “posibilidad” en el seno de la naturaleza y en las provincias del mundo humano. Sin embargo, la muerte se alza como frontera, como “horizonte último”, cuya posición de mismidad inexpugnable nos invita a desafiarla. La muerte se yergue, de hecho, como la condición de posibilidad de todo *deseo potencial* de retar lo dado. Vivir implica dirigirse, inexorablemente, hacia la muerte, y percatarse de este *fatum*, tomar las riendas de un encaminamiento ineluctable hacia el óbito, hacia el desvanecimiento, hacia el perecer que nos reintegra a una naturaleza silente, a la ciega dinámica que preside la vida, estampa un signo esencial de autenticidad (en el sentido de reconocimiento de nuestro propio carácter de “límite”). En la muerte descubrimos nuestra “verdad”, esto es, el *factum* de nuestra condición de seres naturales, dotados de una mayor complejidad, agraciados con el “don” insólito de poseer mayores posibilidades existenciales, pero intrínsecamente ligados a los arduos ciclos que tejen la vida y trenzan la inderogabilidad del fallecer. La finitud de la existencia nos insta a exprimir todos los resortes que ofrece la vida, así como a expandir sus energías hasta alcanzar cotas aún no coronadas. Porque la existencia es finita, sentimos apego hacia la vida: amamos la vida, y alabamos ese séquito de bienes que, para el género humano, puede dimanar de sus fuentes: el amor, la belleza, la sabiduría. Porque la existencia es finita, nos erigimos en seres verdaderamente individuales, insustituibles, destinados a imprimir su más genuina e irremplazable rúbrica. Porque la existencia es finita, tienen para nosotros sentido el tiempo y el espacio, y palpamos una exhortación, aun velada, a ensanchar las fronteras del pensamiento. No le falta razón a Heidegger cuando sostiene que “sólo en la medida en que el *Dasein* está determinado por la temporeidad hace posible para sí mismo el modo propio del poder-estar-entero que hemos caracterizado como resolución precursora”⁷.

En una existencia infinita, esa vocación a quebrantar los muros de lo dado no se acariciaría con tanta y tan apremiante intensidad. Nos entregaríamos a la disipación, a la no-vida, al desdén deliberado del tiempo y del espacio, y no escucharíamos esa pujante llamada a *crear*, a alumbrar lo nuevo. En lo infinito, todo se nos antoja antiguo, y todo

⁷ *Ibid.*

palidece, como vestigio de algo ya incoado⁸. En lo finito, cabe la novedad, la frescura, la juventud, lo flamante. En lo finito, se sueña con lo infinito, y es posible desvivirse por lo ilimitado, por lo incondicionado, por una pureza no mediada por la concatenación de causas y efectos (de voluntades de poder y de dinámicas naturales) que anega el existir finito.

Es en la finitud inherente a nuestra existencia donde nos advertimos conminados a anhelar lo infinito. Un ser destinado a morir, un ser que haya adquirido conciencia de la irrevocabilidad del óbito, ansiará, denodadamente, la permanencia, porque habrá elucidado su “finitud”: habrá desvelado su carácter de mismidad invencible, y, en virtud de “poseerla” en el horizonte de su entendimiento, vislumbrará ahora la posibilidad, aun ficticia, de derrotarla. La conciencia de la muerte, esa traza incontrovertible que sella nuestra condición humana, nos capacita para plantear el más profundo desafío a nuestro ineluctable perecer. Ese reto a la muerte destella en la ambición creadora, en el deseo irreprimible de impulsar el ser, de dilatar las energías de la vida. Porque nos aprehendemos como seres finitos, captamos la potencia atesorada por una frontera que se nos impone de manera tiránica, y suspiramos por franquear esa puerta que oscuros dioses nos han vedado. En el infinito, no cabe un “más”: todo “más” se ha diluido ya en lo inabarcable. En la existencia finita se percibe, por el contrario, la incitación a un “más”. Se comprende, sí, que ese “más”, esa ulterioridad, incoa un germen infinito; sin embargo, acosados por la inminencia del fallecimiento, hostigados por la sombra tan opresora que exhala la finitud, por el espectro de lo espacio-temporal, de la muerte no como consumación, sino como un término que zanja, abruptamente, nuestros más hondos proyectos, y cuya indolencia nos impide perseverar en la creación (en el amor, en la contemplación, en “degustar” el saber...), anhelamos, vehementemente, lo infinito. Desafiamos la finitud de la vida cuando nos entregamos a fines en sí mismos, cuya fruición no exija una “recompensa” subsiguiente: el amor, la belleza, la sabiduría. Aun finitamente, aun eclipsados por el nebuloso cielo de lo perecedero, al consagrarnos a fines susceptibles de justificarse por sí mismos, nos comprometemos con una idea: merece la pena vivir y crear, con tal de intuir el amor, la belleza y la sabiduría, pese a enfrentarnos al tantas veces aterrador horizonte de que todo rastro de nuestras obras, todo recuerdo de esas estatuas hermosas y nobles talladas por las manos de la humanidad, quizás se difumine, volatilizado en la inabordable inmensidad que envuelve este cosmos silente y gigantesco, cuyo enmudecimiento oblitera toda reminiscencia...

La conciencia que se limita a aceptar la inexorabilidad de su propia muerte yace cautiva de su amarga y abrumadora soledad. La conciencia autosatisfecha pregona los méritos de haber esclarecido su naturaleza intrínsecamente perecedera, de haber asumido que no tiene sentido afanarse en debelar la muerte. Convertida en “conciencia heroica”, henchida de su propia “valentía”, se resignará a morir, pero este “acatamiento” no la privará de la pasión por la vida, del entusiasmo, del anhelo de transformar el mundo y de entregarse a la humanidad. La aceptación heroica de la muerte convergerá con el goce de la vida. La conciencia autosatisfecha discernirá que el fin de la vida

⁸ La teoría de conjuntos, y, en especial, el estudio matemático de las series infinitas, obliga, al menos desde los trabajos de Cantor, a efectuar matizaciones importantes sobre el concepto metafísico de “infinitud” (en particular, en lo que respecta a la idea de “infinito numerable”). En cualquier caso, en las anteriores consideraciones sobre la relación entre lo finito y lo infinito nos referimos a un entendimiento “existencial” del infinito, cercano a su comprensión filosófica tradicional como “ausencia de finitud”, “desbordamiento de límite”, “superación de lo finito”, etc. Esta óptica no tiene por qué resultar incompatible con la noción matemática derivada de la teoría de conjuntos, sino más bien complementaria.

estriba en coronar la felicidad y en mitigar el sufrimiento (para ensalzar el placer, la delectación, el regocijo..., como las metas más elevadas del existir concreto en el mundo: no un placer unilateralmente egoísta, que inspire indiferencia hacia el acontecer mundano y hacia las vicisitudes que experimenta la humanidad, sino una *hedoné* sabia, una conciencia de que el objetivo de todo ser humano no puede dissociarse de la consecución de la más alta cúspide de deleite personal), así como en comprometerse con la edificación de un futuro distinto, libre de las carencias que hoy nos afligen.

La conciencia apática se resignará a morir, y aceptará la muerte como el término inevitable de la vida, como el “desenlace” ineludible al que todos nos hallamos abocados. Sin embargo, y a diferencia de la conciencia que, aun sabedora de la inexorabilidad de la muerte, se sacrifica, en su “heroicidad”, para grabar su huella indeleble en el mundo, para impulsar la historia, para fascinarse, para imbuirse de un optimismo existencial que la induzca a transfigurar lo dado, la conciencia apática, en su sumisión a la muerte, en su falsa mansedumbre, se limitará a vivir en atención a lo que le “sobrevenga”, a lo que le “suceda”. Se comprenderá, dócilmente, como ser mortal. Se desprenderá de todo anhelo de “creación”, el cual acrisola, de por sí, un desafío a lo perecedero, un clamor estentóreo contra la inclusión de toda existencia en los asfixiantes límites establecidos por la finitud (pues crear supone quebrantar esa dinámica aciaga, inexorable, urdida por una concatenación de causas y de efectos, para encender la luz del *novum*, de lo inesperado, de lo sorprendente, de lo fascinante).

La conciencia angustiada atacará, despiadadamente, a quienes se propongan desafiar la muerte. Tan embebida de su propio aislamiento, tan constreñida a sus angostos márgenes, tan ahogada, tan transida de sí misma, la conciencia angustiada no sólo simulará aceptar la muerte con paciencia y humildad (aunque, en realidad, la aherroje un profundo temor hacia el óbito, hacia su desvanecimiento en la vastedad del universo, hacia la delicuescencia de su individualidad en la estremecedora enormidad del cosmos material; pavor que encubre bajo la apariencia de madurez, de solvencia interior, de valentía por haber admitido su condición de ser inextricablemente mortal)⁹, sino que se sentirá agredida por cuantos anhelan “triunfar”, aun ilusamente, sobre la muerte, a través de la creación. Difundirá la inquina de que toda obra, todo proyecto que se afane en “trascender” el *hic et nunc* de la existencia presente, adolece de candidez y vanidad, como si manifestase una ingenuidad de tintes pueriles, como si contuviera la expresión de una “minoría de edad” culpable. Su mayor enemigo lo encarnará, precisamente, la voluntad creadora, el ansia de innovar, de incoar el *novum*, de plantar la semilla de la frescura, de la maravilla, de lo inefable.

La conciencia suicida, por su parte, asumirá, con coraje, su carácter mortal, y anticipará su fallecer. Desprovista de todo apego hacia la vida, descubrirá, en la muerte, una posibilidad radical, un símbolo eminente de autenticidad existencial, cuyo franco sinsentido le instará a optar por un “sentido” incuestionable: el derramado por la muerte, el diseminado por la dilución de la individualidad, evaporada en esa inmensidad cuyas garras atrapan, salvajemente, el mundo; el de “regresar” a las arcanas fuentes del ser, de la materia y del devenir. Convertirá la muerte en “su vida”, y vivirá para morir. Se adelantará a su fin ineluctable, y rechazará el horizonte de posibilidades que la vida le

⁹ No olvidemos que, para Heidegger, la angustia constituye la rúbrica por excelencia de la condición de ente arrojado al mundo que define al *Dasein*; caída que se manifiesta como un “estar volcado hacia la muerte” de modo inexorable: “el estar vuelto hacia la muerte es esencialmente angustia” (cf. *op. cit.*, 285).

ofrenda. Renunciará a su poder-ser en el espacio y en el tiempo, a su poder-ser como despliegue de energía vital, para sumergirse en el ser, en la vastedad cósmica, en la disolución de todo atisbo de su subjetividad. Se antepondrá a la inminencia de la muerte, para así emanciparse de la severidad de la vida. No se entregará a la creación, al *novum*, al poder-ser en cuanto *orientación*, en cuanto fijación de una direccionalidad en la senda de la vida, en cuanto disposición de sí misma para *crecer*, y así ensanchar las fronteras del ser.

La conciencia que abandone su áspera soledad, primero como autosatisfacción, luego como apatía, más tarde como angustia inmisericorde, volcada también hacia los demás, y, finalmente, como suicidio, como respuesta osada al “único problema filosófico verdaderamente importante” al que aludiera Camus¹⁰, se entregará a la vida como capacidad creadora: brillará, en ella, la aceptación creadora de la muerte. Se donará a un fin que la trascienda; se encaramará a una meta que la rescate de su estrechez, y le revele un vasto océano de posibilidades, una tarea, una vocación: la de ampliar los horizontes del ser, la de expandir las energías de la vida, la de crear. No renegará de la muerte, ni tratará de eludirla, refugiada en etéreos paraísos que le otorguen un bálsamo esporádico, sino que la aceptará. Sin embargo, esta “aquietud” la impulsará a crear, a “desafiar a la muerte”, aunque la haya interiorizado como su inminente final. No se esconderá frente a la muerte, no la rehuirá, no se “fortificará” ante lo que sabe que debe acontecer de una u otra forma, sino que aprenderá a dirigir su mirada hacia el óbito de una manera distinta, ya no dominada por la sumisión o por el pánico, sino vivificada por el anhelo de degustar todas las posibilidades que irradia la existencia, para así bucear en todas sus aguas y ejercer todo el poder-ser que le es consustancial (en cuanto ser que vive en el espacio y habita en el tiempo, en cuanto cúspide de esa evolución por cuyos cauces ha discurrido la vida). Suspirará entonces por crear, por extender la vida, por ensanchar las fronteras del poder-ser, mediante el poder-ser del que ahora dispone; implorará pensar lo imposible: ansiará *crear*. Apercebida por sí misma de que ser implica poder-ser, y de que la posibilidad pertenece a la entraña misma del comparecer del mundo y del “comparecer no-compareciendo” personificado por la conciencia, tomará las riendas de su existencia, para así cosechar el fruto más jugoso de su poder-ser.

Justamente porque la conciencia abierta al mundo y al tiempo contempla la muerte como desafío, no como inexorabilidad (aun consciente de su inminencia), ejerce sus posibilidades en cada momento de su existir. Vivir embarcado en un reto a la muerte en su mismidad equivale a profundizar, en todo instante, en las sendas de la vida. Desafiar la muerte significa anhelar la vida, vivir en plenitud, que no es otra cosa que valerse de todos los resortes dispensados por las energías de la vida. “Apurar” el cáliz de la vida exige afanarse, incesantemente, en esclarecer atisbos de belleza, de amor y de sabiduría, pues en este esfuerzo destella todo bien potencial, toda complacencia, toda satisfacción, toda felicidad. El placer es rúbrica de la vida genuina, de la entrega a vivir, a extraer el fruto más apetecible que desprende la vida. La manifestación más primorosa e iridiscente del don de la vida resplandece en el pensamiento, porque “pensar” permite hacerse cargo de las posibilidades de la vida, así como orientarlas hacia un fin que nos capacite para vivir en plenitud, para verter ese exceso de energía que late en nuestro interior hacia la acción en el mundo.

10 Nos referimos a las palabras iniciales, a la “Obertura” de *El Mito de Sísifo* de Albert Camus: “*Il n’ya qu’un problème philosophique vraiment sérieux: c’est le suicide*”.

La tarea de “comparecer no-compareciendo”

Cuando el individuo se convence de que encarna el desafío por excelencia al mundo, como negación del comparecer en cuanto tal, se ve obligado a aventurarse por sendas desconocidas. El mundo ya no le basta; en realidad, nada de cuanto comparece en el universo alcanzaría nunca a satisfacerle. El suyo es un perpetuo caminar sin inicio ni término. El “caminante, no hay camino, se hace camino al andar”, declamado por Antonio Machado¹¹, contiene una honda verdad: desafiar el mundo implica rehuir la comodidad dispensada por el mero comparecer. Interrogar el mundo constituye un ejercicio de entrega, y el premio es oscuro. Comporta, principalmente, una renuncia. Todo atisbo de descanso se desvanece. La percepción del estado de indigencia del individuo que “comparece no-compareciendo” quizás quede nublada por un temor intenso hacia esta condición. La conciencia atormentada se empeñará, afanosamente, en regresar al mundo, aunque este anhelo de retorno a la placidez exhalada por la mismidad lo encubra bajo la apariencia de “fuga del mundo” hacia un trans-mundo (cuando lo cierto es que se encuentra poseída por la sombra de la mismidad, por la nostalgia de lo inmutable, de lo atemporal; no ha captado todavía la entraña más profunda de su vocación a existir: *crear, desafiar, suscitar el ‘novum’*).

La conciencia transida de melancolía por la mismidad se esforzará en esquivar su carácter de “comparecer no-compareciendo”. Optará por refugiarse en una calidez que tampoco calmará su voluntad, porque la pujanza de la contradicción que personifica el individuo jamás se aplaca. Reaparece continuamente y en múltiples manifestaciones, cuya diafanidad nos permite percatarnos de que la única alternativa para que nos legitimemos como un algo que “comparece no-compareciendo” estriba, precisamente, en rechazar cualquier conato de legitimación, de “auto-afirmación”, tal que nos dispongamos no a comparecer sin más, sino a “comparecer no-compareciendo”, para así asumir la tarea de encender la docta luz de la novedad.

Ansiar la completitud del mundo que se limita a comparecer guarda una estrecha analogía con la añoranza de la absolutidad de lo divino (entendido como el *Ipsum Esse Subsistens* de los escolásticos, o como el primer motor inmóvil que postulara Aristóteles). En ese escenario, la conciencia no se abre, decididamente, a la novedad en cuanto tal, esto es, a la carencia pura, a lo *imposible*, a la ausencia de justificación, de completitud, de absolutidad: al vislumbre de una luz no autoclausurada, sino ajena a cualquier tentativa de cierre (ya sea por la vía de un espíritu absoluto, que regresa a sí mismo tras un arduo proceso de búsqueda de su verdadero ser, o mediante la incorporación de todo a un pléroma divino, eternamente presente y recapitulador, ubicado más allá del universo). Hemos de remitirnos, más bien, a nuestra inderogable indigencia, la cual acrisola, en cierto modo, la auténtica supremacía, pues auspicia una ampliación irrestricta del horizonte de lo que comparece.

El estigma de ilegitimidad del individuo que “comparece no-compareciendo” no resulta, sin embargo, incurable: la ilegitimidad quizás la interpretemos como una mácula crónica e insanable, pero en realidad constituye un *don*. El concepto de “don”, lejos de aludir a categorías teológicas o a éxtasis poéticos, trata de mostrar la extrañeza

¹¹ “Caminante, son tus huellas/ el camino y nada más;/ Caminante, no hay camino,/ se hace camino al andar./ Al andar se hace el camino,/ y al volver la vista atrás/ se ve la senda que nunca/ se ha de volver a pisar./ Caminante no hay camino/ sino estelas en la mar” (*Proverbios y Cantares XXIX*).

del tipo de “compareciente” que surge con el individuo humano: un compareciente que no comparece; mora en el mundo, pero lo cuestiona en su radicalidad. Su súbita aparición, desprovista de un itinerario presagiado que condujera, de manera ineluctable, a su emergencia; el carácter azaroso, en definitiva, que ostenta el individuo, se nos antoja un “don”, esto es, algo dado, algo que se legitima a sí mismo en cuanto espontaneidad pura, arrojado (la *Geworfenheit* de Heidegger), rúbrica de lo inesperado. Inopinadamente se alza en el propio mundo un desafío al mundo, y he aquí el don, he aquí la más vívida magia, he aquí el reto puro e insoluble, que supone “no comparecer” según los cánones del mundo, aun sin desprenderse de esa “comparecencia” en el mundo. El don se legitima a sí mismo, pero prepara el escenario para la ilegitimidad pura: se justifica como una posibilidad más emanada por el mundo, cuyas virtualidades son susceptibles, en efecto, de engendrar un “algo que comparezca no-compareciendo”, pero también se ilegitima, por cuanto sitúa al individuo en un estado de carencia flagrante, al condenarlo a deambular como un vagabundo que se desplaza hacia metas ignotas. Temer esta condición, y aspirar a un espacio en cuyo seno no exista la contradicción, equivale a repudiar el don, a desertar de lo sorprendente, para regresar, desdeñosamente, al mundo. Por el contrario, contemplarla, imbuidos de esperanza, nos exhorta a vivir en la historia, es decir, en el mundo, pero sin comparecer únicamente en él. Sólo así es posible la novedad, ya no restringida a reproducir los patrones que consagran el mundo en su mismidad (aun a través de la génesis de formas naturales dotadas de una extraordinaria y cautivadora profusión, como ese abanico de estructuras y funciones que enriquece el cosmos con su versatilidad). Sólo en el pensar, sólo en el comparecer-hacia que cuestiona críticamente el mundo en su comparecer, acontece la novedad auténtica.

La novedad que introduce el individuo con respecto al mundo evoca una *tarea*. Sin embargo, rehusamos esta responsabilidad cuando escogemos la vía del temor. Recelar del carácter de “algo que comparece no-compareciendo” refleja, aun veladamente, nostalgia por la mismidad del comparecer del mundo. En lugar de asimilar todo lo que le ofrece su condición de “desafío” al mundo, el individuo timorato se repliega sobre sí mismo, y renuncia al “más” que incorpora con respecto al mundo. Suspira, aun sin explicitarlo, por adherirse al mundo, aunque lo oculte con el barniz de “melancolía por lo divino”. No quiere acarrear la pesada losa de la contradicción, sino que desea ampararse en la arcadia de la mismidad, en el “sin más” del mundo que comparece en un presente inescrutable, coeterno consigo mismo. No busca retar, henchido de la intrepidez que le es consustancial, el mundo a través de su “no-comparecer”, sino que prefiere amoldarse a los reiterativos cánones que rigen y apuntalan el mundo, para así convertirse en parte integrante del mero comparecer del cosmos, cuya “simplicidad” no requiere de explicación alguna. Se afana en devenir en su autojustificación, de tal manera que el mero hecho de existir como individuo que conforma el mundo sirva para legitimarlo. Pero esta evasión, esta vuelta asustadiza al mundo, esconde un profundo engaño.

La inexorabilidad de esa contradicción tan ostensible en la que incurre el individuo humano por el *factum* de su existencia, esto es, de “comparecer no-compareciendo”, provoca que la empresa encomendada a aquél que “comparece no-compareciendo” entibe, en lo que respecta al mundo, en desafiarlo. El individuo vive para retar el mundo, y su ser más íntimo condensa la expresión estentórea de un reto, porque, en su interpelación crítica al mundo (cuyo ejercicio le resulta irresistible), cuestiona también su mismidad, y expande, irreparablemente, el horizonte del comparecer. El hombre es, en palabras de Max Scheler, el “asceta de la vida”, el eterno

protestante frente a la realidad, el perenne Fausto, una bestia “*cupidissima rerum novarum*” 12, capaz de romper todo límite y de negar incluso la voluntad de vivir (como advirtiera Schopenhauer con su idea de la *Verneinung des Willens zum Leben*). Desafiar el mundo no incita a destruirlo, sino a hacerlo menos mundo, es decir, menos mismidad, despojado (aun precariamente) de su condición de absoluto insondable que comparece sin más, y cuya justificación estriba, precisamente, en la mismidad ínsita a su comparecer. “Desmundanizar el mundo” no significa otra cosa que interrogar el mundo para, eventualmente, transfigurararlo.

El mundo se halla en un proceso de continua modificación, tal y como nos revelan las ciencias de la naturaleza. La intuición de Heráclito, a saber, que es imposible bañarse dos veces en las aguas de un mismo río, ha sido corroborada, hasta la saciedad, por los análisis tan detallistas que elaboran las ciencias empíricas, cuyos exámenes más pormenorizados de la fina estructura de la materia nos muestran que, en la práctica, no cabe el reposo absoluto en este cosmos. El propio universo se encuentra en una dinámica de mutación incesante, según nos enseña la cosmología. Posee una historia. Sin embargo, las variaciones que experimenta el mundo no constituyen una metamorfosis real. Se circunscriben a confirmar el mundo en su mismidad. Existe, sí, el movimiento, pero éste obedece a un fin mayor: la estabilidad. El mundo, como un todo, permanece idéntico en su mismidad. Nada se crea ni se destruye: sólo se transforma. Toda hipotética mutación responde a leyes inexorables. Todo conjeturado cambio consolida el cosmos en su mismidad. Toda alteración queda entonces subordinada a la imposibilidad de que el mundo “se sustraiga” a sí mismo.

El mundo está condenado a ser él mismo, y a perpetuarse como tal. Sólo el nacimiento del individuo humano introduce la posibilidad de un “no-comparecer”, esto es, de un “escape” auténtico del mundo, de un “no ser mundo”, al tiempo que no se cesa de comparecer en el mundo. Propiciar que el mundo se prive de su “mundanidad” demanda, en definitiva, interrogar el mundo con pasión y entrega, y suscitar que de este acto de cuestionamiento brote la posibilidad de un *novum*, de un futuro ya no ceñido a reproducir los cánones heredados de un pasado que se limita, como la naturaleza, a repetirse en su inveterada mismidad, sino de un provenir que se erija en un espacio verdaderamente histórico. Auspiciar que el mundo sea menos mundo apunta entonces a vivir en la historia, que es el “no-comparecer” por antonomasia, la negación de toda mismidad, así como de toda autojustificación en el estado alcanzado: en ella se vislumbra el futuro.

12 “El hombre es (...) el ser vivo que *puede* adoptar una conducta *ascética* frente a la vida –vida que le estremece con violencia-. El hombre puede reprimir y someter los propios impulsos; puede *rehusarles* el pábulo de las imágenes perceptivas y de las representaciones. Comparado con el animal, que dice siempre “sí” a la realidad, incluso cuando la teme y rehúye, el hombre *es* el ser que *sabe decir no*, el *asceta de la vida*, el eterno *protestante* contra toda *mera* realidad. En comparación también con el animal (cuya existencia *es* la encarnación del filisteísmo), *es* el eterno “Fausto”, la *bestia cupidissima rerum novarum*, nunca satisfecha con la realidad circundante, siempre ávida de *romper los límites* de su ser ahora, aquí y de este modo, de su “medio” y de su propia realidad actual (...). El hombre puede sublimar la energía de sus impulsos en actividades espirituales” (M. Scheler, *El Puesto del Hombre en el Cosmos*, Losada, Buenos Aires 1994, 72; el subrayado no es nuestro). Puede que Scheler subestimase las capacidades “sublimadoras” de los animales (quizás deudor de un paradigma excesivamente mecanicista en zoología, contra el cual, en todo caso, pretendió rebelarse en *El Puesto del Hombre en el Cosmos*), pero la intuición de fondo a la que él apela se percibe con claridad: el hombre es, por excelencia, el animal que dice “no” a la realidad.

Hacer del mundo menos mundo no exige, en modo alguno, destruir el mundo, luchar, ciegamente, contra él, con el único objetivo de liberarnos de la “mundanidad” (aspecto éste imposible, pues el ser humano no puede, por su propio concepto, dejar de encarnar un algo que “comparezca” como “fracción” del mundo). Si el individuo se limitara a “no-comparecer”, y perdiera su engarce con la realidad del mundo, abdicaría de cuestionar, críticamente, el mundo. Se habría transfigurado en una especie de entidad etérea, en un espíritu puro, como los ángeles de la escolástica; en una quimera vacua e irreal, por haberse desprendido de toda interacción fáctica con el mundo. El ser humano nunca puede convertirse en un exclusivo “no-comparecer”. La contradicción ha de pertenecerle de forma intrínseca. De lo contrario, no lograría desafiar el mundo, y se desvanecería su más genuina e inspiradora virtualidad. Sin contradicción no existe historia; sin negación no cabe, en el fondo, un mundo humano. Sostener que la meta de ese algo que “comparece no-compareciendo” reside en “desmundanizar” el mundo (o en, al menos, atenuar su “mundanidad”) insta a proclamar la autonomía de la historia, la cual opera, sí, en el mundo, pero se yergue también como un “no-mundo”, como un mundo aparte, en cuyos dominios sí resplandece la luz del futuro, y sí es posible lo insospechado, la novedad pura, aunque ésta aflore siempre desde una concatenación de elementos previos y, en cierta manera, esperables.

A diferencia de lo que acontece en la esfera del mundo, en la historia despunta un porvenir auténtico, y no cúmulos de transformaciones que sólo contribuyan a afianzar el mundo en su mismidad, al cumplir los férreos dictados de las leyes de la naturaleza. No existen “leyes” en la historia: en ella no cristaliza un *telos* sellado, sino un fin perennemente abierto, esto es, un futuro inasible (y, por tanto, un foco inextinguible de creación de lo nuevo). El *telos* de la naturaleza lo absorbe su propia mismidad: el mundo existe por sí mismo, y se “consume” y legitima en su mero existir. El mundo no precisa de un elemento externo que “explique” (en su acepción más honda) su existencia. Simplemente es, y con ello le basta. El mundo expresa autosuficiencia. La historia, en cambio, no se justifica. No subsiste para sí misma. Ignoramos hacia qué destino fluye el torrente de la historia, pero esta carencia, esta nesciencia concomitante a nuestra condición de “no-comparecientes”, favorece la intuición de la novedad, de la creación, del futuro real: al no saber para qué vivimos en la historia, y para qué hemos sido despojados de nuestro carácter de entidades puramente mundanas (aunque no cesemos de comparecer como piezas que integran la gigantesca maquinaria del mundo), podemos edificar, hacendosamente, la historia. Sin la asunción de esta índole contradictoria, que opone el comparecer en el mundo al no-comparecer en el mundo, no emergería la historia, sino que prevalecería la reiteración de las dinámicas que gobiernan, mecánicamente, la vasta mismidad del mundo. La historia instaura, por el contrario, el escenario presidido por la falta de mismidad. Incoa carencia pura y, por ello, búsqueda constante hacia una meta siempre incognoscible. En virtud de nuestra condición de receptores de esta posibilidad de ausencia de una clausura, de un cierre que repliegue la historia sobre sí misma, nos es dado constituirnos en individuos *stricto sensu*, y no en meros elementos integrados en esos ingentes engranajes que articulan el mundo.

Hacer del mundo menos mundo exige adquirir conciencia de nuestro imperativo de desafiarlo. Este deber no se infiere de ninguna normatividad ética. Su prescripción dimana, en realidad, de nuestra fatalidad más profunda: no podemos ser quienes somos sin retar el mundo; no podemos vivir libremente sin desafiar el mundo. Esta evidencia inocultable nos obliga a percatarnos de la necesidad de asumir nuestra tarea más íntima: la de interpelar, incesantemente, el mundo; la de cuestionarlo, sin reparos, en su

mismidad, para así cincelar nosotros un espacio, el de la historia, en cuyos territorios no se imponga mismidad alguna, sino que destelle una apertura perenne, una “no-mismidad” inagotable que nos brinde, como ideal utópico (esto es, como cúspide nunca coronada), la libertad. No se trata, en definitiva, de atacar el mundo, de combatirlo para disipar su “mundanidad”, sino de interpelarlo, tal que, al experimentar la ausencia de una respuesta, al palpar cuán sordos se revelan los engranajes que acoplan el universo, nos convenzamos de que hemos de esculpir, nosotros mismos, un reino donde sí se atisbe la posibilidad de una contestación, un paraíso donde sí se escuche una voz que se conmueva ante nuestra interpelación: un espacio que no puede ser ajeno a la historia.

La perspectiva del cuestionamiento del mundo dista, enormemente, de la óptica del “cuidado”, a la que tanta relevancia atribuyera Heidegger¹³. Para Heidegger, el cuidado responde, en realidad, al *factum* de la temporalidad y de la condición de “arrojado” que envuelve al *Dasein* (“la totalidad del ser del *Dasein* como cuidado quiere decir: anticiparse-a-sí-estando-ya-en (un mundo) y en-medio-de (los entes que comparecen dentro del mundo)”)¹⁴. Remite, en último término, al carácter de “ser para la muerte” que define al *Dasein*¹⁵. El hombre ha de cuidar del ser porque debe resignarse ante “lo dado”, ante el mundo, ante la temporalidad, aunque esta diligencia, esta atención tributada al mundo, se comprenda como fruto de su vocación de convertirse en “pastor del ser”¹⁶. Desde este enfoque, el hombre no se adueña del ser, sino que vive conminado a cuidarlo, a “abajarse”, a “reclinar la cabeza”, como el pastor que vela por la seguridad y el bienestar de sus silentes ovejas. Sin embargo, confinar el cometido de la humanidad a “cuidar” del mundo nubla la percepción de nuestra llamada a *crear*, a suscitar el *novum*, a “descuidar” el ser, para así forjar la historia. Las energías

13 En palabras de Heidegger, “el momento primario del cuidado, el anticiparse-a-sí, quiere decir, en efecto: el *Dasein* existe siempre por mor de sí mismo. Mientras está siendo, hasta su fin, se comporta en relación a su poder-ser. Incluso cuando, todavía existiendo, no tiene nada más ante sí, y ha cerrado su cuenta, su ser está todavía determinado por el anticiparse-a-sí. La desesperanza, por ejemplo, no arranca al *Dasein* de sus posibilidades, sino que es solamente un modo peculiar del estar vuelto hacia estas posibilidades (...). En la esencia de la constitución fundamental del *Dasein* se da, por consiguiente, una permanente inconclusión. El inacabamiento significa un resto pendiente de poder-ser” (*Ser y Tiempo*, 257). “El cuidado no es sino un “anticiparse-a-sí-estando-ya-en (el mundo) en-medio del ente que comparece (dentro del mundo). Quedan así expresados los caracteres fundamentales del ser del *Dasein*: en el anticiparse-a-sí, la existencia; en el estar-ya-en..., la facticidad; en el estar-en-medio-de..., la caída” (*op. cit.*, 270).

14 *Op. cit.*, 344.

15 “El cuidado es estar vuelto hacia la muerte. La resolución precursora fue definida como el estar vuelto en forma propia hacia la posibilidad de la absoluta imposibilidad del *Dasein*, tal como fue caracterizada. En semejante estar vuelto hacia su fin, el *Dasein* existe en forma propia y en su integridad, como aquel ente que él –‘arrojado en la muerte’- puede ser” (*op. cit.*, 347).

16 Como escribe Heidegger en la *Carta sobre el Humanismo*: “el hombre es el pastor del ser. Esto es lo único que pretende pensar *Ser y Tiempo* cuando experimenta la existencia extática como ‘cuidado’” (Alianza, Madrid 2000, 39). Esta consideración implica que: “el hombre no es el señor de lo ente. El hombre es el pastor del ser. En este ‘menos’ el hombre no sólo no pierde nada, sino que gana, puesto que llega a la verdad del ser. Gana la esencial pobreza del pastor, cuya dignidad consiste en ser llamado por el propio ser para la guarda de su verdad. Dicha llamada llega en cuanto ese arrojamiento del que procede lo arrojado del *Dasein*. En su esencia conforme a la historia del ser, el hombre es ese ente cuyo ser en cuanto ex-xistencia, consiste en que mora en la proximidad del ser. El hombre es el vecino del ser” (*op. cit.*, 57).

humanas no pueden concentrarse en la preservación aquiescente de lo dado, en la relación pacífica con lo que ya comparece como mundo, como mismidad, sino que han de derramarse hacia el desafío, hacia el ansia creativa, hacia ese anhelo que nos instiga a impulsar las energías del ser y nos induce a ensanchar las fronteras de la vida. Jamás se poseerá lo puro, lo abnegado, lo incondicionado, porque el amor, la belleza y la sabiduría nunca se agotan: nos “conquistán”, nos reclutan como siervos suyos, pero para vislumbrar esta tríada, bañada de limpidez, hemos de luchar, debemos afanarnos en empujar el ser, no en conservarlo en su estado, en su justificación presente, en su mutismo.

No hemos de cuidar el ser o el mundo, sino desafiarlos, porque sólo así inauguraremos el futuro siempre inconcluso. El cuidado sólo puede entenderse como tal en la medida en que precisamos del mundo para interpelarlo. Sin mundo, no existiría humanidad, porque sin comparecer en el mundo, no germinaría la posibilidad de “no-comparecer”, y de personificar el más elocuente y doloroso rostro de la contradicción. Sin embargo, nuestro imperativo (cuya normatividad, como hemos señalado, brota de nuestro carácter de contradicción al mundo, simultaneado con nuestra insoslayable condición de partes que componen el mundo) no reside en cuidar del mundo, en mantenerlo en una mismidad que se reproduce constantemente, y sólo busca perpetuarse en su ser, sino en desafiar, creativamente, el mundo, para así mostrar sus posibilidades latentes e incrementar el acervo de lo “factible”. Hacer del mundo menos mundo implica, en definitiva, propiciar que el mundo despliegue todo su potencial, como cauce indispensable para alumbrar algo nuevo, aun cuando este *novum* haya de situarse fuera del mundo (no en el sentido de ubicarlo más allá del espacio y del tiempo, como se profesa en ciertas religiones y se predica en determinadas filosofías, sino de enraizado en el mundo, pero mediante la negación del mundo, esto es, a través de la asunción del peso lapídeo, mas impostergable, que comporta una contradicción jamás solventada).

No hemos de cuidar del mundo: nuestra tarea más honda estriba en desafiar, ilimitadamente, el mundo. Sólo así nos retaremos a nosotros mismos de manera concomitante, en cuanto elementos que hilvanan la textura del cosmos. Sin embargo, y para llevar a cabo este desafío al mundo, resulta imprescindible permitir, primero, que el mundo sea realmente mundo, y en él reluzcan todas sus virtualidades. Para ello, para que el mundo “goce de su mundanidad”, sin sucumbir ante los artificios humanos que lo degradan y desnaturalizan, hemos de abrirnos a la ecología, debemos valorar el espacio compartido en cuyo verdor y en cuya frondosidad nos humanizamos, pero en cuya amplitud también nos descubrimos como seres de este cosmos, como vástagos confraternizados con las demás formas de vida. Necesitamos que el mundo se manifieste, máximamente, como mundo, para que nosotros logremos desafiarlo en su radicalidad, y así nos erijamos en la más elevada contradicción al mundo, tal que vislumbremos el horizonte de la novedad en todo su esplendor. Sólo si el mundo deviene, totalmente, en mundo, alcanzaremos nosotros nuestra plena humanidad: la de integrantes del mundo, los cuales comparecen, sí, en el mundo, pero desafían el mundo en su comparecer, y establecen, por tanto, un “no-mundo”, una “no-mismidad”, un “no-comparecer”. El *Ganz-Andere* alabado por los místicos y racionalizado por los teólogos, ese inconcebible pero inspirador “totalmente-otro” al mundo, ha de encarnarlo la humanidad, que reta, categóricamente, el mundo, al tiempo que no cesa de comparecer en el cosmos. No florece un reto lógico mayor que el de la coexistencia simultánea e irresoluta de los opuestos, sin una síntesis recapituladora que derrame la fragancia de la paz sobre esta fecunda discordia.

Una deidad que negase absolutamente el mundo, un espíritu empíreo entronizado fuera del orbe, un totalmente-otro al universo, que careciera de relación alguna con el cosmos (más allá de constituirse en eterna negación suya), no entrañaría un desafío tan primoroso, profundo y honesto como el irradiado por aquel ser capaz de cuestionar, radicalmente, el mundo, aun sin perder su vinculación con él. Ese ser se asienta en el individuo humano: un “totalmente-otro” al mundo, que también comparece en el mundo; una criatura que representa, por tanto, la negación máxima del mundo, y para cuya tribulación no cabe cura, al expresar la insanable contradicción. Pero, nuevamente, para convertirnos en un verdadero “totalmente-otro” al mundo hemos de procurar que el mundo sea máximamente mundo, y despliegue, de modo ilimitado, sus energías, su naturaleza, su fuerza, su vida. Debemos minimizar entonces las eventuales constricciones que el individuo humano imponga sobre el universo. Cuidemos del mundo, pero con la intención de desafiarlo radicalmente, para así intuir la novedad, y transformar la historia en un espacio en cuyo seno sí exista futuro: en un “más allá” al presente y al pasado, cuyo rumbo no se determine de antemano; en un “más allá” que reniegue de toda mismidad potencial (enhebrada por patrones que se perpetúen y reproduzcan en los tiempos subsiguientes), para subordinar el pasado y el presente a lo ignoto y venidero, a lo que quizás nos inocule un temor mortecino, pero cuya apertura también podrá insuflarnos el hálito tonificador de la esperanza.

La tragedia más dolorosa que aflige al individuo humano se deriva de su carácter de desafío al mundo. En todos nosotros mora un ímpetu natural hacia la consecución de un estado de plenitud, de mismidad, de grata suspensión en una quietud que nos reporte sosiego. Sin embargo, nuestro ser más íntimo clama por cuestionar toda potencial mismidad, todo “equilibrio”. El impulso hacia la preservación, esto es, hacia la búsqueda de la configuración natural que otorgue una mayor estabilidad, le resulta ajeno, en gran medida, a la especie humana. Nuestras ansias imploran, con desvelo, inhalar el aroma de la felicidad, pero nunca logramos formular esta impetración de manera adecuada y universalizable. La felicidad permanece siempre como un ideal inasible para el corazón humano, como un límite asintótico que quizás oriente el sinuoso curso de nuestras aspiraciones, pero cuya esencia jamás se acota a unos márgenes que nos faciliten su comprensión, su “racionalización”. Tan sólo captamos tenues destellos suyos, una visión intuitiva de su contenido más profundo. La felicidad parece gravitar, justamente, en torno al hecho mismo de desafiar toda potencial mismidad; orbita, por así decirlo, en torno a la inconclusión que, como notara Heidegger, le pertenece, inextricablemente, al individuo humano.

Si no podemos afirmar, fehacientemente, en qué entiba el foco de nuestros anhelos, habremos de proclamar que la meta de nuestra especie radica en desafiar toda eventual mismidad, se refiera a la del mundo o a la de la propia humanidad en el mundo y en la historia. Hemos sido condenados, o bendecidos, a “comparecer no-compareciendo”, a encarnar una contradicción nunca superada, a definirnos desde nuestra indefinición. Sin embargo, y en virtud de ello, vislumbramos algo así como la libertad; una libertad indudablemente paradójica, pues continuamos atados al mundo, encadenados a un existir natural (y no podemos desprendernos de esta índole que nos compete inexorablemente), pero buscamos desafiar el mundo, y edificar nosotros nuestro propio mundo.

Porque sabemos que hemos de morir, tomamos conciencia de que yace en nosotros la posibilidad de desafiar toda potencial mismidad. Ningún individuo humano conquistará nunca un estado de mismidad, una definición que lo autojustifique: su

irreparable destino, la muerte, lo impide. El fallecimiento nos confiere la oportunidad de desafiar todo estatus coronado, ya sea a título individual o colectivo. La muerte es dramática, e imprime el más temible sello de nuestra finitud, pero también graba la rúbrica más evocadora de la intensidad del reto que representamos. En este sentido, nada en la naturaleza muere, sólo el ser humano. Los demás seres que pueblan el mundo no perecen, sino que se limitan a reincorporarse a la dinámica de la naturaleza, esto es, a la perpetuidad reiterativa que describe la mismidad del mundo. Sólo el ser humano fenece, porque sólo él adquiere conciencia de su inescrutable fatalidad. Únicamente en el ser humano estampa la muerte una interrupción abrupta de su reto al mundo, y no sólo el cese de una etapa para que se inicie otra, siempre dentro de los cánones promulgados por la mismidad del mundo. La muerte, en el ser humano, contribuye a afianzarlo en su condición de desafío al mundo. Esa tristeza tan estremecedora que genera, frente a cuya severidad sólo el sentimiento nos obsequia con un bálsamo revitalizador, constituye, ella misma, una manifestación nítida de que, para el ser humano, la muerte no se alza como un fenómeno más que lo inscriba, al igual que los restantes seres del mundo, en los mecanismos ciegos que rigen la naturaleza. Lloramos a nuestros muertos porque, además de comparecer en el mundo, nos percatamos de que nuestra esencia más profunda estriba en desafiar el mundo, y es en esta contradicción tan aguda y desgarradora donde late la verdad insondable de nuestro ser. La muerte nos confirma como desafío al mundo, pero también nos revela, en un espejo transido de amargura, nuestro carácter de “algo que comparece”, de parte integrante del propio mundo. La muerte no hace sino incidir en esa dolorosa contradicción que personificamos.

La entrega creadora

Quien se entrega a la creación proyecta su espíritu más allá de la humanidad. El horizonte que contempla no lo clausuran las rígidas fronteras erigidas por la estirpe a la que pertenece, sino que vislumbra un “*semper plus*”, un “*ulterior*”, definido en su perpetuo desafío a toda mismidad (incluso a la que acompaña a una humanidad cuya voluntad se vuelca, por entero, hacia su propia autonomía). La entrega creadora se abre, por tanto, al futuro en su radicalidad, y ansía, denodadamente, el *novum*. Sin embargo, lo nuevo evoca esa luz que quebranta el desasosegante encadenamiento de causas y efectos regente en la dinámica del mundo, así como el egoísmo de una humanidad que sólo busca humanizarse, esto es, atesorar todo bien, todo placer, toda felicidad en sí misma.

La entrega creadora entraña relativizar lo humano, abrirse a la naturaleza, para así respirar la grata fragancia que desprende el verde de una vida cuyos confines trascienden, inconmensurablemente, las lindes de lo humano; pero sin sucumbir a la tentación de permanecer allí, de disiparse en la placidez de un mundo vivo, enérgico, impulsor también de novedad, y sin capitular ante la no menos intensa inclinación a integrar mundo y humanidad, naturaleza y subjetividad, necesidad y libertad, en una conciencia absoluta que venza toda determinación, e integre, máximamente, cualquier multiplicidad dada.

Para la entrega creadora, lo “dado” ha de trascenderse en lo “no-dado”, en la creación, en la aurora que no se limita a incoar un crepúsculo (en una reiteración cíclica que gemine lo ya alumbrado). Intuye, así, el desbordamiento, lo sorpresivo, el don que no se agota: lo puro, lo radical, lo apriorístico. La entrega creadora es, por ello, sublime, irrestrictamente trascendente, límpidamente libre. La entrega creadora brinda su fuerza, su espíritu, su pasión, su entusiasmo, a *crear* como fin en sí. No busca superar por superar, gestar una obra ante el cansancio que apaga el sol de lo antiguo, ante la desidia, ante el aburrimiento, sino que aspira a *crear* como fin inagotable y libre. Palpa una desmesura en ese anhelo de engendrar lo nuevo, cuya magnitud no se puede condensar en la fragilidad de las palabras ni en la flaqueza de los deseos. Se siente huérfana de vocablos y de anhelos para expresar todo lo que invade su ser. Se ha consagrado, totalmente, al desafío puro, al níveo “para”, que no exige ninguna mismidad.

La entrega creadora valora todas las fuentes potenciales de inspiración. Por ello, se abre también a las culturas, a esa extraordinaria variedad religiosa, filosófica y artística forjada por la humanidad a lo largo de la historia, ávida de nuevas ideas, ansiosa de evocación, anhelante de ensanchar los límites de su racionalidad, y de aprovechar todos los estímulos, todos los incentivos susceptibles de expandir su mente. El “*je ne méprise presque rien*” de Leibniz lo interioriza en toda su pujanza, porque se ha percatado de que no puede, en verdad, despreciar nada potencialmente evocador, ningún resorte que amplíe su espíritu. Esta ambición, sin embargo, no la conduce a la disipación, al eclecticismo, a la superficialidad, a “consumir” sus energías en la infinita pléyade de ramificaciones posibles que brotan de cualquier temática, en la mera acumulación de información y en la amalgama de opiniones distintas, sino que la apremia a desarrollar su juicio propio y creador, a imbuirse de la voluntad de ahondar, al máximo, en las grandes producciones talladas por la humanidad, en sus diferentes expresiones culturales. Abre su mente para luego “concentrarla”, para llegar al fondo de la realidad, y así descubrir lo permanente: el amor, la belleza, la sabiduría, esa intuición

que no se diluye en la variabilidad, en esa profusión que esparce obras y disemina conceptos, sino que es capaz de transformarse en principio vital, en el ideal que rija su existencia.

No convierte su desafío al mundo y a la humanidad en mismidad, ni se pliega ante la indiferencia, ante la apatía frente a todo, para refugiarse en el silencio ascético, en el quietismo místico, en la santa inacción, sino que busca, denodadamente, una luz nueva, y percibe la despiadada oposición de un universo en cuyo seno no parece posible ese *novum* que absorbe su añoranza, pues todo se ha incoado ya, toda semilla ha sido plantada, todo efecto dimana de una causa y toda idea se infiere de posibilidades lógicas previas. Sabe que su lucha quizás resulte vana, pero encuentra en esa pugna infinita, en esa monumental gigantomaquia contra potencias que la desbordan incalculablemente, la razón de su existencia.

Ama por amar, contempla por contemplar, sabe por saber, y detecta una unidad profunda que conecta amor, belleza y sabiduría: la entrega esmerada a *crear*, a no subsumir nada en objeto alguno, en estructura entitativa alguna, en conciencia alguna, en idea o sentimiento, para así venerar la maravilla del *ser*, el poder creador que todo lo impregna, todo lo penetra, todo lo perfora. Se entrega, en definitiva, a lo “ulterior”, al “más” del ser, a su continuo autotranscenderse. Vive desasida de sí misma, pero no sumida en el silencio, sino embarcada en la actividad pura, en la tarea creadora, cuya abnegación no se dirige ya, unilateralmente, hacia el mundo humano, hacia la consecución de una humanidad más libre y justa, hacia el crecimiento de su estirpe, sino hacia lo puro, hacia el puro “para”, hacia la entrega por la entrega, hacia lo irreductible, hacia el fundamento que no se agota en su “fundar”, pues no descansa sobre sí mismo, sino que fluctúa sobre su afán creador...

Siente placer, un gozo resplandeciente por amar el amor, por embellecer la hermosura, por comprender la sabiduría, mas su delectación no se constriñe a esa estrechez que ofusca su espíritu. El placer que ilumina la entrega creadora acrisola éxtasis; consiste en una “fuga de sí misma”; irradia un placer creativo, cuyo furor invita a vivir el futuro, no a recrearse en el pasado, en la fruición sondeada en anteriores *hic et nunc*. Esboza un placer que depreca compartirse, pero implora, provisto de no menor tenacidad, reservarse a la interioridad del alma creadora.

Es mérito de Hegel haber propiciado, con su pensar, que la idea descendiera desde las alturas celestes, en cuya gloria Platón había situado los arquetipos, lo realmente real, lo “en sí”, auténtico, inmutable, imperecedero: el verdadero “noúmenon” subyacente a la oscura apariencia que envuelve este valle transido de sombras, esta agria y lúgubre caverna que nos enceguece. En Hegel, la naturaleza y la historia no encarnan sino la vida de la idea, la idea misma que se abaja, desde esa pureza inescrutable que preside la esfera lógica, el *kosmos noetikós*, para hundir sus raíces en la tierra, para sufrir, para derramar lágrimas y verter sangre en el espacio y en el tiempo. En su *kénosis*, se enajena heroicamente, pero esta *sincatábasis* responde al deseo que alberga la idea de conocerse a sí misma, de buscarse a sí misma, de ejercer su propia y más elevada libertad. La idea vive en el mundo y en la historia, cuyas manifestaciones no bosquejan ya penumbras engañosas que nublen la visión beatífica de la verdad, de la realidad, de la esencia en su más nívea pureza. Sin embargo, la idea es capaz de emprender su ágil vuelo porque posee ya unas alas alígeras, pujantes y ávidas de experiencia, investidas de tal fuerza, de tal tensión entática, de tal ímpetu, que la inmutabilidad del cielo las ahoga. Han de surcar el cielo y atravesar la tierra, porque se

hallan hambrientas de espacio y sedientas de tiempo: han de obsequiarse a sí mismas con un espacio, con un tiempo, con una vida. No puede la idea permanecer en ese cielo de inteligibilidad que Platón le había asignado como su morada más eminente. Ha de escapar de sí misma; ha de romper la áurea coraza protectora que la resguarda, cálidamente, en esos empíreos reinos siderales, porque necesita, imperiosamente, elucidarse, penetrar en sí misma, ganarse como absoluto. No despunta la novedad, no brilla la creación, no florece nada que nuestras manos hayan de acariciar, después de todo. La idea hegeliana se quiere a sí misma y se conquista a sí misma, pero esta ardua lucha es vacía, pues la idea sólo adquiere lo que ya portaba en su seno recóndito; se corona a sí misma, se escala a sí misma, se desafía a sí misma, pero continúa inmersa en su arcano ámbito.

La idea no puede concebirse como el arquetipo celestial imaginado por Platón, como el *Ipsum Esse Subsistens*, como lo divino que se basta a sí mismo, y se nutre de su límpida contemplación. La idea no puede encapsular, en definitiva, lo eterno, si por “eterno” excluimos la posibilidad de hacerse partícipe de lo temporal, porque entonces no eclosionaría la novedad, no asomaría el cambio, no germinaría el crecimiento: reflejaría una idea “imperfecta”, incapaz de asumir el dinamismo; una idea teñida de parcialidad. Sin embargo, la idea tampoco puede limitarse a buscar la síntesis que fusione eternidad y temporalidad (aunadas en su autoenajenación como naturaleza e historia), a la manera hegeliana, porque, tras su extenuante proceso, no habrá obtenido nada. Lo alcanzado se nos antojará ilusorio: la idea no habrá franqueado sus propios pórticos, pues habrá seguido recluida en su propia mismidad. Habrá pecado, habrá infringido los preceptos divinos y habrá abandonado el grato paraíso primordial, pero motivada por el objetivo egoísta de entenderse con mayor hondura, y de abrazar una conciencia plena de su propia libertad.

La idea ha de descender, sí, a la tierra, ha de transfigurarse en finitud, ha de reconciliar infinitud y finitud, pero ha de abrirse a la *creación*. La idea ha de ansiar ascender, y ha de interiorizar la convicción de que esas altísimas cimas en las que se hallaba primigeniamente no constituían, ni mucho menos, las más sublimes cumbres, pues lo “más” no se agota nunca, sino que navega en una búsqueda perpetua y denodada, comprometido con una huida perenne de toda mismidad. *Crear* implica alumbrar una vocación para la idea: incluso lo eterno, el principio, esa luz que se basta a sí misma para cincelar el mundo, ha de vislumbrar lo ulterior, el don que lo desbordaría ilimitadamente, el *novum*. La idea ha de revestirse de una condición creadora, preparada, sí, para negarse y padecer el dolor infinito, pero no con la finalidad avasalladora de regresar a su Ítaca, a su patria incólume, sino para entregarse a la novedad, a lo nunca incoado, a la libertad verdadera. El espíritu se conquista, y no comparece, *in nuce*, en el despliegue que desenvuelve la idea: en el espíritu cristaliza una cúspide inalcanzable. Pero esa búsqueda tan esmerada, ese anhelo tan abnegado, ese sacrificio a la novedad, ese darse a lo desmesurado e inabordable, entraña ya espíritu, comporta ya participar de ese “*semper plus*”: aúna amor, belleza, sabiduría; es intuición. La idea ha de disponerse a descubrir lo nuevo, el misterio tremendo y fascinante, una luz que incluso a ella sobrecoja: el *ser* en su más insondable pureza, cuya limpidez desafíe, incesantemente, todo lo dado, incluso el magno poder que exhala la idea en su mismidad.

La entrega creadora frente al mundo: la cultura

La conciencia creadora advierte, con suma nitidez, la insuficiencia del mundo. Ávida de desafío, ansiosa de retar esa mismidad imponente que el cosmos le muestra, se dispone a *crear*, como manifestación más eminente de su empeño por interrogar el mundo en su mismidad (de ese afán de “conmover” los cimientos que apuntalan el universo, cuya tenacidad compendia su ontología más profunda, en cuanto mero “comparecer”). Aspira a ensanchar, valerosamente, las fronteras de lo dado. Sin embargo, la conciencia creadora se topa con la barrera, aparentemente infranqueable, fijada por un mundo que se define en su mismidad, y en cuyo seno se disipa todo espacio para la novedad, para el surgimiento de una realidad que no dimane de esa inexorable concatenación de causas y de efectos que rige la totalidad del devenir de la materia. La conciencia creadora busca suscitar el *novum*, lo flamante, porque ansía ejercer, máximamente, su *libertad*: es la libertad la fuerza instigadora que mueve su ímpetu creativo.

La conciencia creadora, la conciencia que se ha entregado, abnegadamente, a crear, “renuncia” al mundo, pero también lo desafía con vehemencia, lo “sacude” en sus más firmes pilares, a través del poder de la interrogación, de esa infinita virtualidad que atesora su intelecto y ostenta su voluntad. Se niega a comparecer, sin más, en el mundo, y se rebela contra el mero “estar ahí”, contra la “mundanidad del mundo” heideggeriana, contra un mundo devenido en mismidad, contra su *silencio*, contra su “decaimiento”. La conciencia entregada a la creación ha descubierto que nada ofrecido por el mundo sacia sus ansias más íntimas. Cualquier vislumbre de amor, de belleza y de sabiduría en el mundo resulta ilusorio, porque obedece a la más fiera necesidad. La libertad se difumina, ineluctablemente, en la vastedad del universo. El azar no es libre: se encuentra determinado dentro de los cánones vigentes en el universo. El azar nombra la ignorancia o la inhabilidad de quien se aventura a explorar la inmensidad del mundo, pues siempre cabe pensar que lo fortuito lo gesten, en realidad, causas más hondas, aún no escritadas convenientemente. Y, aunque exista azar ‘*de facto*’, pese a que el indeterminismo fundamental que envuelve los niveles más básicos de la materia posea una carga, una “densidad” ontológica incuestionable (tal y como sugiere la mecánica cuántica), no es menos cierto que éste jamás invoca una *libertad pura*, auténtica, esa libertad por cuya luz suspira la conciencia, sino que se constriñe a unos límites muy precisos, y se halla regulado por unos principios que responden a meras estimaciones estadísticas, a un simple cálculo de probabilidades. No acrisola libertad “para lo nuevo”, libertad para “autodeterminarse”, sino indeterminación, esto es, incapacidad de predecir por cuál, dentro de la serie de itinerarios posibles, discurrirá la materia. No establece esas mismas trayectorias. Acontece dentro de unas lindes rigurosamente demarcadas. No resplandece la “autonomía”, la “*autoergia*”, el “auto-constituirse” en esa indeterminación. Ese azar es tan ciego como la más voraz de las necesidades, como el más flagrante determinismo laplaciano. Reproduce, nuevamente, el mero “comparecer” del mundo: se justifica por sí mismo, y afianza el mundo en su mismidad.

La conciencia creadora deberá buscar *su mundo fuera del mundo*; habrá de inspirarse en ella misma, en su condición de “no-comparecer”, y distanciarse, máximamente, de su carácter de “comparecer”, de su mundanidad. La conciencia entregada a la creación forjará, ella misma, un mundo en el que impere la libertad: un

parnaso donde cultivar la preciada flor de la juventud, de la espontaneidad, de la frescura; un enclave ajardinado en el que broten, pródigamente, los árboles del amor, de la belleza y de la sabiduría, y pueda el espíritu beber su añorado néctar. En ese alzamiento frente al mundo, para erigir ella su mundo, la conciencia creadora dispondrá de sí misma, y se consagrará, liberalmente, a una causa que trasciende su subjetividad: el descubrimiento de la intuición más insondable, de la pureza más prístina, de lo incondicionado y perennemente evocador; de ese don cuya contestación a la pregunta tan conmovedora lanzada por la conciencia no consiste en un enmudecimiento desazonador, injusto, indolente, sino en la declamación de vocablos tiernos y serenos: el amor, la belleza y la sabiduría. Comportará, en cualquier caso, un descubrimiento creador, no un mero “desvelamiento” de lo que yace oculto detrás del tupido velo que esconde los fenómenos, detrás de esa oscuridad tan espesa que el mundo, en su mismidad, proyecta sobre la conciencia. “Abrirá el ser”; incoará un “dejar que fluya su poder-ser más íntimo”, un “observar” cómo el ser se trasciende a sí mismo, cómo *crece*.

En la cultura, la conciencia entregada a la creación vive libremente, “se vive a sí misma”, y lo hace en solidaridad, porque la cultura rebasa siempre el ámbito de lo individual, y adquiere un cierto grado de universalidad. La cultura todos la “palpan”, la “divisan”, la “degustan”. La cultura se yergue ante cualquier conciencia que se preste a contemplar sus obras. La cultura se emancipa de la conciencia creadora individual, para convertirse en patrimonio de la comunidad humana, en cuyo seno se ha tallado delicadamente. Si la universalidad que late en la entrega creadora a la cultura goza de la suficiente intensidad, se demudará en acervo de la humanidad entera, en partícipe de la cultura universal, esto es, del cúmulo de creaciones fraguadas por el género humano en el curso de los siglos; tradición que nos vincula a todos en una misma e insanable ansia: el anhelo de un mundo libre, de un mundo humano, de un mundo bajo cuya luz quepa la novedad, y donde podamos expresar ese exceso de energía que vibra en nosotros; un mundo, en definitiva, donde reflejar esa insatisfacción perenne que mora en nuestro espíritu, y bajo cuyo amparo la humanidad dialogue consigo misma a lo largo del tiempo, para obsequiarse con léxicos que resistan el inexorable y aciago tránsito que borra la sombra tejida por los milenios....

La cultura se nutre del mundo en su mismidad: sus obras son mundanas, sus materiales proceden de los elementos de ese mundo contra cuya angostura se rebela la conciencia creadora. Sin embargo, este “comparecer” de la cultura se asimila al “comparecer no-compareciendo” de la conciencia: la cultura habita en el mundo, pero transparente, de modo sublime, una insurrección apasionada contra el mundo, un deseo insaciable que el mundo jamás podría satisfacer. La cultura trasluce, así, la querencia humana de *novum*, de un mundo distinto, el cual no se justifique en su mismidad, sino que admita “interpelaciones” que lo sitúen “allende él mismo”. Al consagrarse a la cultura, la conciencia se revela libre, y supera esa antinomia inescrutable que enfrenta libertad y necesidad: la cultura nace del mundo, hunde sus raíces en el castigado suelo que sostiene la tierra, y entonces exhala mundo, mismidad, silencio, pero en ella se percibe lo inagotable, lo puro, lo límpido, lo sincero, una verdad insondable, cuya luz remite a la creación, al poder infinito para esculpir el *novum*, para expandir el ser y derruir todo confín. En la cultura, la oposición entre la conciencia y el mundo alcanza sus cotas más elevadas: la cultura es mundo, pero, en su “ser mundo”, desafía, radicalmente, el mundo, por lo que “no es mundo”, es decir, niega el mundo en su mismidad e instaura ella un *mundo nuevo*, un cielo ya en la tierra, una voz que vivifique el desierto. Toda tentativa de capturar ese momento de emancipación de la cultura con respecto al mundo se nos antoja vana, porque bien sabemos que, después de todo, la

cultura constituye una prolongación del mundo, un cosmos ficticio (si pretendemos desligarlo del mundo). No podemos aprehender la cultura en su ser más profundo, en su *verdad*, porque nos retrotrae a la libertad creadora, a la intuición pura e incategorizable, a la infinitud.

En la cultura, la conciencia se afana en brindarse, a sí misma, esa belleza que el mundo no le otorga; pues la hermosura que irradia el universo es silente, es ciega, no se compone de carne y huesos, sino que se limita a desplegar lo inexorable. La belleza no brilla en el mundo por sí misma, como fin en sí, como meta que ennoblezca el devenir de la materia, de la naturaleza, de la vida, sino que reverbera como un don sobrevenido, como una feliz añadidura a un proceso que se desarrolla, simplemente, en virtud de leyes inderogables. No emana una *belleza libre*, una belleza que germine del amor, anheloso de entregarse, límpidamente, a una verdad que nos trascienda: a la intuición pura, a esa luz que jamás se erigiría en mismidad, sino que portaría la llama incandescente inflamada por una evocación perenne, enardecida por una sugerencia infinita, avivada un *novum* auténtico. No se aquilata una belleza sabia, porque la hermosura que manifiesta el universo no se destina a propiciar el *crecimiento*, el aprendizaje, esa experiencia que nos sumerja, con mayor hondura, en la verdad del ser, que es la entrega, que es el servicio, que es el amor; plasma, por el contrario, una belleza clausurada sobre sí misma, un corolario fortuito a esa irrevocable dinámica que preside el mundo.

No despunta, por tanto, la genuina luz de la hermosura en el seno de la naturaleza. La conciencia hallará en ella, sin duda, un grato manantial de inspiración, porque siempre se sentirá huérfana de ideas, de estímulos, de incitaciones..., que la aleccionen sobre cómo “materializar” ese anhelo irrestricto de novedad, de creación de un mundo verdaderamente libre, que alberga el espíritu humano. Sin embargo, se percatará, de manera inevitable, de la insuficiencia intrínseca al mundo. La cultura nos dispensará un bálsamo, que la propia conciencia se confiere a sí misma. En la cultura, la conciencia levantará su fortaleza, su atalaya frente a la mismidad del mundo, sumida en una batalla que perderá irremediabilmente, de no advertir que la creación, el *novum* que su corazón implora con tanto desvelo, jamás puede “comparecer”, sino que ha intuirse en la pujanza derramada por el amor, la belleza y la sabiduría, en su remisión a lo puro, a lo libre: a la paz.

La entrega creadora con el mundo: la ciencia

Mediante la ciencia, la mente reconcilia su ímpetu creativo con la mismidad del mundo. Si, en la cultura, sus ansias volcadas hacia un cosmos nuevo, sus anhelos de crear aquello que no comparece en el universo explorado por sus sentidos, se canalizaban a través de una rebelión contra el mundo (cuya heroicidad conducía a la forja de un mundo propio, de un cosmos de cuyos resortes pudiera disponer, con libertad, la conciencia entregada a la creación, para así ofrecerse esa palabra ausente en la vorágine de la materia), con la ciencia, la mente se aproxima al mundo iluminada por un espíritu bien distinto. No se afana ya en desafiarlo despiadadamente, en acentuar sus insuficiencias, su incapacidad para colmar sus apetencias más hondas, sino que se propone *comprenderlo*, descubrirlo en su mismidad, en su verdad, para así conocerse mejor a sí misma, y profundizar en su verdad en cuanto mundo, en cuanto “comparecer”.

La ciencia goza de carácter creador, porque esboza la negativa de la conciencia a contemplar, sin más, el mundo en su devenir. En el quehacer científico, la conciencia no se contenta con asistir, silente, a la vasta dinámica del universo, sino que penetra, con agudeza, en su estructura y en su funcionamiento, para así crear, ella misma, un mundo bañado de entendimiento, un cosmos donde el enmudecimiento consustancial al mero “comparecer” del mundo ceda el testigo a la inteligencia, a esa facultad racional que revela la concatenación que hilvana causas y efectos, el motivo más profundo subyacente a la manifestación visible del mundo. Es cierto que la ciencia restringe su actividad a la explicación del mundo en su mismidad, y no plantea, por ello, un verdadero desafío al mundo, pero no hemos de olvidar que la empresa científica, esa magna aventura que emprendió la mente humana ya en la Grecia antigua (y quizás con anterioridad, al menos en sus formas más elementales, aunque parece innegable que la gran contribución de la civilización griega a la historia del espíritu humano consistió en alumbrar una reflexión, desde el *logos*, sobre la naturaleza; esto es, en la búsqueda de las causas de los fenómenos que acontecen en el seno de la naturaleza: en la indagación sobre una posible “fundamentación”, sobre la “demostración”, sobre la intelección inferencial y deductiva), y cuya pujanza se consolidó (gracias al descubrimiento del *método* adecuado) en la Europa de los siglos XVI y XVII (con unos precedentes claros, como son el espíritu renacentista, los desarrollos tardo-medievales, la ciencia islámica, etc.), constituye una interrogación vertida al mundo.

La conciencia que se entrega a la creación mediante la ciencia no ratifica, sin más, el estatus del mundo en cuanto fenómeno, sino que ansía nadar en su verdad, sumergirse en su estructura más profunda, bucear en la “inteligibilidad” que, a su juicio, ha de permear la totalidad del universo. Persigue, por ello, leyes inderogables, “rúbricas” de esa racionalidad que ha de impregnar (cree ella, deudora, quizás, de la igualdad parmenídea entre ser y pensamiento) el cosmos. Pese a la provisionalidad inherente a sus resultados, la empresa científica no desiste de buscar lo “permanente”, la necesidad, esto es, la racionalidad que vertebra el mundo. No puede contemplar el mundo como fruto maduro de la contingencia, sino que todo ha de responder a un proceso inexorable, gobernado por unas leyes no menos irrevocables. Con el paso del tiempo, adquirirá mayor profundidad en su examen del mundo, y se internará, provista de mayor hondura, en sus estructuras más íntimas, pero la tarea científica alberga siempre el mismo cometido: comprender el mundo en su mismidad. Este “entendimiento”, sin embargo, se nos antoja demasiado frágil, porque la conciencia ansía un entendimiento que no se limite a subrayar la concatenación de causas y efectos que rige la dinámica del mundo. La conciencia no se contenta con explicar el mundo, con “comprenderlo en su mismidad”, sino que ansía “comprenderlo para ella misma”, esto es, conferirle un sentido. Pero es aquí donde flaquean, palmariamente, las virtualidades de la ciencia. La intelección científica del mundo se plasma en una explicación: en el esclarecimiento de las causas y de los efectos que concurren en los distintos procesos, en los diferentes fenómenos que barnizan la esfera de la naturaleza. La comprensión, *stricto sensu*, que ambiciona la conciencia desborda los confines de la ciencia, pues implica acompasar un sentido, un significado para la conciencia en cuanto conciencia, no como “exploradora del mundo”. La conciencia que impetra comprender busca un sentido para su propio mundo, ulterior al significado ínsito a ese universo que se yergue ante ella. Por esta razón, se dispone a *crear*, a tallar el sugerente artesonado de la cultura, donde ese sentido se esculpa libremente, se pincele, se redacte con hermosos vocablos y se sienta con bellas melodías.

En cualquier caso, sólo una aproximación superficial a la ciencia natural la despojaría, completamente, de su carácter creador (y no meramente “descifrador”). Como hemos señalado, la actividad científica no se constriñe a constatar el mundo en su mismidad, sino que lo interroga, para que éste manifieste su verdad. Esta verdad expresa, sin duda, que todo remite, en el mundo, a una arcana conjunción de azar y de necesidad; por ello, la conciencia no puede descubrir en él ese significado que tanto anhela. Creará entonces la cultura, el mundo que desafíe el cosmos material en su mismidad, arengada por la esperanza de vislumbrar esa pureza y esa incondicionalidad cuya luz se disipa, ineluctablemente, en el examen del universo. Sin embargo, en la asunción de un compromiso con la elucidación científica del mundo, la conciencia ha creado ya un espacio de inteligibilidad, de razón: una “palabra” en medio del silencio que preside el cosmos. Lo que “simplemente comparece” exhibe ahora toda su pujanza: se desentraña su “intimidad”, su profundidad, su *verdad*. La conciencia ha desafiado el mundo en su mismidad, a través de la ciencia, porque no ha dirigido su mirada, abnegadamente, a aquello que “comparece”, sino que lo ha interrogado, con hondura, en sus cimientos, en su fundamento, en su estructura última en el plano material. El mundo no se ha limitado entonces a “estar ahí”, sino que ha emergido como una totalidad coherente, dotada de inteligibilidad, regada de armonía, sazónada con un orden que articula esa profusión de formas cuya versatilidad lo bendice.

Ciencias como la física, la química o la biología no hacen sino desplegar el mundo en su verdad: su estructura, su funcionamiento, la mutua imbricación entre las partes que componen el sistema. Las maravillas que la ciencia descubre sobre el mundo (pues profundamente angustiada se hallaría la conciencia que no venerase la hermosura del universo, esa variedad tan extraordinaria, esa medida, esa racionalidad, esa coherencia de todo con todo, esa vastedad, esa sofisticación, esa sutileza, esa belleza que, aun subsidiaria de la necesidad, desprende una luz fascinante para nuestros ojos, ávidos de la estética más deslumbradora) exhortan, vivamente, a la creación.

¿Acaso no se han sentido muchos artistas conminados a lograr la excelencia, a superar el brío que exhala la naturaleza, su pujanza creadora, mientras contemplaban la armonía que irradia el firmamento y el verdor que propaga la naturaleza? ¿No es el anhelo de una belleza auténtica, emancipada de la fiera necesidad del mundo, esa luz que inspira, en gran medida, la cultura? ¿No buscamos, en la humanidad y en la cultura, el amor y la sabiduría que el mundo nos niega? Cuanto más explica la ciencia sobre el mundo, con mayor claridad brota el impulso humano de forjar “su mundo”, en cuyas extensiones no impere el silencio, esa racionalidad áfona, esa arquitectónica, magnificente pero silenciosa, entronizada en el universo, sino que se escuchen palabras y se palpe el fulgor diseminado por lo verdaderamente creativo, por el *novum*, por la libertad.

Con la intelección científica, la conciencia ha *creado* un mundo, insuficiente, quizás, para sus elevadas aspiraciones, para sus altísimas exigencias, pero un espacio, al fin y al cabo, imbuido de comprensión, de inteligibilidad, donde el mundo no se limita a mostrarse en su mismidad, sino que resulta interpelado por el poder más propio que atesora la conciencia: el cuestionamiento, el desafío a “lo dado”. El mundo no evoca ya, simplemente, “lo que comparece”, sino que la ciencia descubre el mundo en su verdad, el modo en que el ser se relaciona consigo mismo como ser-comparecer, ser-devenir y ser-mismidad. El mundo se estructura y funciona de una forma determinada porque se pliega ante una necesidad profunda, esclarecida por la conciencia mediante la aproximación científica. En la ciencia, la mente se llama a sí misma; es ella quien

refleja su insatisfacción, su anhelo de entendimiento, su *entrega*. La ciencia ha avanzado con tanta rapidez y maestría porque muchas almas nobles han consagrado su existencia a su cultivo. La abundancia de intereses materiales, de voluntad de dominio sobre el mundo, de “técnica”, esto es, de aplicación del conocimiento para la mejora de las condiciones materiales que envuelven la vida humana, no puede eclipsar la evidencia de que muchos hombres y mujeres, más allá del interés práctico inmediato, del beneficio económico o del reconocimiento que la sociedad pudiera brindarles, se han *entregado*, han donado su ímpetu, su inteligencia y su perseverancia a la hermosa tarea de dilucidar la estructura y el funcionamiento del mundo.

La conciencia se ha visto poseída por el ansia de comprender desde sus albores más remotos, e incluso en el discurso mitológico, en el relato que antecedió la emergencia del *logos* como clave hermenéutica de la realidad (con el nacimiento de la filosofía en Jonia), latía ya una apetencia desbordada de entendimiento, de búsqueda de un “más” que subyaciera al fenómeno cuya luz despuntaba ante los ojos. La ciencia rubrica, de manera excepcional, esa imposibilidad que aflige la conciencia: su incapacidad para la *Gelassenheit*, para ceñirse a contemplar, sin más, lo que acaece a su alrededor, la rosa que florece privada de un porqué, pues siempre se siente instada a buscar, apremiada a descubrir una luz más profunda (sea como mito o, más tarde, como *logos*, para transfigurarse, eventualmente, en el discurso científico) que la emitida por esos destellos que comparecen ante ella. También en la ciencia desafía, por tanto, la conciencia el mundo.

La conciencia ambiciona entregarse a lo puro, a ese don que cabría contemplar infinitamente, sin nunca saciarse, pero jamás lo atisba en el mundo. Por ello, su *entrega creadora hacia el mundo* desemboca, en realidad, en su intelección científica, en su “escrutar” el mundo en su mismidad. Al no acariciar esa pureza insondable, ese significado pleno, esa respuesta absoluta a su insatisfacción, la conciencia sólo puede retar lo dado, desafiar el mundo en su mismidad, así como esmerarse en entenderlo, en explicar el concurso de causas que enhebra la profusión fenoménica que de él fluye. Creará entonces el mundo de la ciencia, la huella de su anhelo de sacrificarse a una luz pura, incondicionada, libre, como es, en último término, su afán de comprensión (de nuevo, y más allá de los intereses “prácticos” que la invadan, la actividad científica destila una voluntad de entendimiento que desborda el estrecho espacio de la técnica: la curiosidad, el deseo de saber, la negativa a conformarse con lo dado...). Sin embargo, se percatará, irremediablemente, de la fragilidad que oscurece la empresa científica, de su intrínseca vulnerabilidad, pues no dispensa esa luz que la conciencia verdaderamente ansía: no le desvela lo insondable, lo *libre*, lo nuevo, sino que tan sólo refleja la grandiosidad del mundo, el esplendor de su mismidad, de su “estar ahí”. La conciencia podrá extasiarse ante la suntuosidad que flanquea el universo: ante el verdor de la naturaleza, ante la savia de la vida, ante la luminosidad de las galaxias, ante la limpidez de las aguas cristalinas..., y sentirse parte del cosmos, integrada en esa inmensidad que suscita, de continuo, formas portentosas, prodigios indescriptibles esparcidos por las más recónditas regiones del firmamento; pero le bastará con profundizar, tímidamente, en la estructura y en el funcionamiento de esa galería de imágenes eximias que embriagan su vista para advertir, proféticamente, que todo obedece a la necesidad, no a la libertad, no a una pureza abnegada, no a una creación auténtica.

La entrega creadora más allá del mundo: la filosofía

Mediante la consagración de sus energías a la filosofía, la conciencia crea un mundo que ya no se define por su oposición al cosmos compareciente ante sus ojos, ni por la mera comprensión de la inteligibilidad que subyace al universo, sino por la trascendencia radical sobre lo dado en aras del *sentido último*, de la verdad más profunda, de la *sabiduría*. Si nos ceñimos a su más genuina acepción, y nos esforzamos por apreciar el significado más hondo de la expresión “amor a la sabiduría”, nos percataremos de que la filosofía no consiste en una mera tentativa de desentrañar los misterios que orlan el mundo. La filosofía es *creadora*, porque amar el saber rubrica ya lo más elevado del hombre: su capacidad de amar, de donarse, insondablemente, a lo distinto; de desasirse de sí mismo para propiciar que florezca, en la búsqueda de entendimiento, la pureza, lo incondicionado, esa luz que no se pliega ante otro fin que la propia dulzura exhalada por el amor.

En su amor por la sabiduría, el filósofo forja un mundo más allá del mundo dado, y persigue el sentido en su inteligibilidad. El filósofo converge, potencialmente, con toda conciencia, y no sólo con aquéllas que se arrojan, como su exclusivo patrimonio, el cultivo de esta bella flor (para “cosificar” la labor filosófica, y despojarla de ese hábito de vida, de ese primor y de esa libertad que le son consustanciales, al restringirla a unos pocos privilegiados, al constreñirla a la esfera de la erudición, de la “profesionalidad”, de la “técnica”, sin palpar su espontaneidad, su sencillez, su limpidez, su humildad). Lo racional ya no se circunscribe, únicamente, a la órbita de la indagación científica, sino que lo asume también la filosofía, cuya alma se afana en comprender racionalmente, en captar la verdad más profunda sobre el mundo. Pero la tarea filosófica no concluye ahí: la filosofía *crea*, esto es, brinda un sentido a través de ese mundo que ella misma edifica con esmero (y con mayor maestría cuanto mayor sea la capacidad de agudeza y de penetración atesorada por uno u otro autor).

Sin embargo, y a diferencia de lo que sucede en el reino del arte, ese mundo libre, ese cosmos erigido por la conciencia para abrirse al significado que el universo no le procura, ese orbe cincelado para escuchar una palabra, para “vivirse a sí misma” en cuanto conciencia, no se distancia, deliberadamente, de la esfera de la inteligibilidad. La filosofía no abdica de la razón, ni se entrega a la pura arbitrariedad, a una libertad ensimismada que implore crear por crear, como si se hallara tan ansiosa de vocablos y tan ávida de un sentido que, presa de una locura insanable, actuase sin vislumbrar ningún fin.

La filosofía evoca arte y comporta ciencia; constituye ese puente inasible que vincula la libertad con la inteligibilidad, la espontaneidad con la necesidad. En la filosofía, la conciencia se entrega a lo incondicionado, pero no por pura insatisfacción con el mundo, no como resultado de una agreste rebelión contra el mundo en su mismidad, sino por haberse internado, profundamente, en la verdad del mundo. Por ello, anhela un cosmos nuevo: ansía crear, desea que resplandezca la luz de lo límpido y abnegado, el fulgor coruscante del amor, de la belleza y de la sabiduría. Ama bellamente la sabiduría, porque se entrega a esa hermosura insondable que dimana de entender, con hondura, que el mundo, en su mismidad, jamás saciaría el anhelo humano de sentido. La conciencia advierte, aún más, que encarna una perpetua capacidad de interrogar, de desafiar todo lo dado, toda mismidad, para abrirse al *novum*, para volcarse hacia el *crecimiento*, hacia la ampliación de las fronteras del ser, hacia la colaboración, hacia la vida en común. La filosofía es amor por la humanidad, porque quien venera el

saber, quien se consagra a la búsqueda de una sabiduría que el mundo jamás le otorgará (pues el cosmos se limita a reiterarse en su mismidad), ansía que la humanidad crezca, que la humanidad viva, que la humanidad se posea y despliegue, al máximo, sus energías vitales. Ambiciona crear, y, por ello, ama a la humanidad, porque palpa con qué intensidad implora su estirpe expandir su poder, su libertad, su vida.

Si el arte apela a la espontaneidad pura, la filosofía transparente una libertad que ha comprendido el mundo en su verdad (y cuya alma no cesa, por tanto, de codiciar ese sentido que el mundo no le dispensa). Sin embargo, su anhelo de significado, su “amor por el saber” (que no acrisola sino la voluntad de crecer, de entregarse a lo puro, límpido e incondicionado, de trascenderse, de abrirse indefinidamente, de vivir y propagar esa querencia desbordada de vida a toda la humanidad), se manifiesta reflexivamente. Ya no se crea por crear; ya no se fragua un mundo por simple rechazo del cosmos que comparece ante nosotros sin hablarnos, sino que el fin es el amor, el fin es la belleza, el fin es la sabiduría: el fin no yace en el mero desafío al mundo, sino en la entrega incondicional a una pureza que resplandece como amor, como belleza, como sabiduría; a un ansia que, en la filosofía, se canaliza como anhelo de *creación inteligible*. La filosofía crea, pero amparada en los descubrimientos protagonizados por la intelección científica del mundo. Bebe de las mismas fuentes que enardecen el fervor artístico: el anhelo infinito de libertad, la aspiración a un mundo nuevo, no agotado en su mismidad; pero traduce esa apetencia a un lenguaje inteligible para todos, “universalizable”: a un discurso que le permita a la humanidad crecer y “vivirse” en el mundo, pero más allá del mundo, por cuanto busca tallar un cosmos nuevo.

La filosofía se afana, como la ciencia, en comprender, pero ese anhelo de entendimiento le insta a crear ella misma el sentido. Asimila las enseñanzas de la ciencia sobre el mundo en su verdad, pero se adentra, introspectivamente, en el espíritu humano, para gestar un sentido que no excluya el deseo de pureza y de incondicionalidad albergado por la conciencia, por el “comparecer no-compareciendo” que jamás se conformaría con esa luz que el mundo le ofrece a través de la ciencia. Al igual que el arte, la filosofía se entrega a la creación, a erigir mundos, a constituir espacios donde cultivar la libertad humana, esa pujanza inasible que se manifiesta como desafío (latente y denodado, mas “imposible”) a la fiera necesidad que preside el universo; pero lo hace porque busca comprender, porque ama el saber: crea no por expandir, arbitrariamente, su libertad, su furor, su energía, sino porque ansía entender lo más profundo, lo último, ese océano en cuyas aguas se intuye lo incondicionado, el poder inveterado del que todo surge y hacia el que todo confluye.

El anhelo de comprensión que inflama la abrumadora llama de la filosofía refleja, por tanto, un amor tan hondo por el saber que el significado *se descubre creativamente*: la filosofía no se limita a constatar la ausencia de sentido o la presencia de un hipotético significado en el mundo y en la historia, sino que con tanta hondura se sumerge en la realidad que logra esculpir, ella misma, ese significado en el hecho mismo de crear, de expandir las energías del ser, de ampliar toda frontera, de vivir, de “ser”, de abrirse a la posibilidad del *novum*. Se entrega, por tanto, a lo imposible, en suprema y hermosa abnegación, en un desprendimiento sólo emulado por sueños divinos, desasida de todo apego al mundo y a uno mismo. La filosofía promete un sentido a la humanidad, una comprensión cuya profundidad trasciende, necesariamente, la explicación suministrada por las ciencias de la naturaleza, para entroncar con el arte como creación, como mundo nuevo. Sin embargo, este mundo goza de inteligibilidad: es un mundo reflexivo, donde la conciencia crea porque ha advertido su condición de

desafío al mundo, y se ha percatado de que la gigantesca cascada del universo jamás apagaría sus bellas y fogosas ansias de libertad.

La filosofía crea sin romper, radicalmente, con el mundo. Bien es cierto que el arte no crea contra el mundo, sino que se vale del mundo, y utiliza todos sus resortes para alumbrar su propio mundo estético, pero el arte refleja la soledad de la conciencia, su insatisfacción, su tristeza ante la ausencia de significado. Se trata de un dolor venturoso, sin duda, pues enciende la eximia luz de la creación artística, del apasionamiento, de la entrega (dichoso sufrimiento, si ha propiciado que despunten obras tan evocadoras como las grandes creaciones que bañan, con su luz, la historia...). En la filosofía, por su parte, esa soledad ya no posee un carácter silente: es una soledad que ha reflexionado sobre su propia situación, y sabe que se dona a la creación para comprender, para descubrir una verdad, pero que sólo lo conseguirá si forja el *novum*, si crea, si le ofrece a la humanidad la posibilidad de crecer, de trascenderse, de vislumbrar el amor, la belleza y la sabiduría.

Con la filosofía, la conciencia descubre que es ella quien puede crear amor, belleza y sabiduría. El arte expresa la tentativa, tan briosa, tan vehemente, tan audaz, de forjar un mundo donde el ideal, donde el sueño, donde lo recóndito que se cultiva en la intimidad de la conciencia, donde el anhelo más profundo y desbordante abrigado por el espíritu, encuentre una morada, para que la conciencia escuche, frente al silencio dispersado por este vasto cosmos, esa palabra que tanto ansía (cuya música ha de brotar, necesariamente, de ella misma). Sin embargo, es a través de la filosofía como la conciencia discierne que ese ideal, esa *verdad*, ese *novum*, esa *libertad*, ese grato bálsamo que no palpa en el mundo, ha de *crearse*: ha de fluir de la actividad, del pensar y del sentir, del entendimiento y de la voluntad. La filosofía representa el arte volcado hacia el pensamiento: es el arte de pensar, la estética de la sabiduría, la instauración de un espacio dotado de auténtica libertad, donde la conciencia no se vea ofuscada por el apremio de explorar el mundo en su mismidad, por la acuciante tarea de desentrañar su estructura y su funcionamiento, sino que se abra, decididamente, a crear ella el significado. El amor, la belleza y la sabiduría, los áureos frutos de la creación libre, entregada a intuir lo incondicionado, lo puro, lo inagotable (esa luz que se alza como fin en sí), jamás “comparecen”. La filosofía detecta, con claridad, que el ideal no puede posar sus cristalinos pies sobre la recia aridez de la tierra, pero no por ello desiste de buscar lo imposible, porque se ha entregado, enteramente, a crear, y ejerce su poder-ser en su decantación hacia el no-poder-ser, hacia lo imposible, hacia lo que trasciende la frontera misma del ser. Resplandece, así, como abnegación, como desprendimiento, como generosidad diáfana.

Amor, belleza y sabiduría no pueden comparecer; de lo contrario, se despojarían de su incondicionalidad, de su egregia libertad, de su creatividad inextinguible. Se “agotarían”, se “cerrarían” sobre su propia objetivación, ocluidos en un mundo que vuelve, incesantemente, a su mismidad (resuenan en esta consideración los ecos de la aguda sentencia pronunciada por el teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer: *Einen Gott, den es gibt, gibt es nicht*)¹⁷. Sin embargo, es en el anhelo de amor, de belleza y de sabiduría, es en ese “presentimiento” de que despuntan destellos, aun tenues, de lo incondicionado, donde entiba la fuente de la creatividad, el hontanar del inconmovible empeño humano por buscar el *novum*.

17 D. Bonhoeffer, *Akt und Sein. Transzendentalphilosophie und Ontologie in der systematischen Theologie*, Ch. Kaiser, Munich 1956, 94.

Renunciar a la posibilidad de que “comparezcan”, en el *hic et nunc* del mundo y de la historia, el amor, la belleza y la sabiduría en su pureza, en su incondicionalidad, en su verdad, no responde a una estrategia de “reclusión consciente”, de huida ante la evidencia de que el ideal jamás se entroniza en la vulnerabilidad del espacio y del tiempo. Ansiar lo incondicionado, pero percatarse, con viveza, de lo inasequible de su realización en la historia, no constituye el fruto de una “exoneración” perpetua de la conciencia (afanada en identificar esa libertad pura, cuando sabe, perfectamente, que todo en el mundo obedece a una inexorable concatenación de causas y de efectos). La conciencia no se refugia en la placidez inoculada por un ideal imposible, para así obtener un bálsamo de consuelo perenne frente a los avatares que prodiga la historia. Lo oculto, el “*absconditus*” del amor, de la belleza y de la sabiduría, la “imposibilidad” de la creación, de la libertad, del ensanchamiento de las fronteras del ser, no entona un canto vacuo declamado a abismos insondables, cuya profundidad capture la imaginación poética. Tomar conciencia de lo imposible exhorta a entregarse, conlleva cambiar ya la historia, supone impulsar ya las energías de la vida y desafiar, máximamente, el mundo en su mismidad, para suscitar una nueva primavera; implica captar lo “inagotable”, así como la necesidad de preservar ese espacio ontológico irrestricto en cuyo seno resplandezca, auténticamente, la pureza, el fundamento libre y no ensimismado en su fundarse. La conciencia anticipa ese enclave inasible en el ejercicio de su poder-ser más íntimo: en su “no-comparecer”. La conciencia “comparece no-compareciendo” en el mundo, por lo que transparenta aquí, con claridad y evocación, la rúbrica de lo incondicionado: de esa luz que, aun en su “estar”, no está; de ese don que, aun en su “ser”, no es; de ese bien que, aun en su “poder-ser”, no puede ser; del *novum*, de la creación auténtica, de la *libertad pura*.

EL FUTURO Y LAS POSIBILIDADES DE LA MENTE

I.

El comunismo soñó con un mundo donde el dinero poseído individualmente no tuviera la última palabra. Ese sueño parece hoy más lejano que nunca, más utópico, más irrealizable e incluso contraproducente.

En el dinero ha sintetizado la imaginación humana todo cuanto evoca poder, y en él parecen resonar los ecos de toda sed de posesión, placer y dominio. En un símbolo, en un simple objeto metálico o en una vulgar nota de papel, se compendian infinitas aspiraciones. Toda una red de poderes, dependencias, subordinaciones y posibilidades se plasma en una minúscula entidad física que recapitula un infinito potencial de afanes y deseos. Porque, en definitiva, el dinero es voluntad y es poder: es poder sobre las voluntades. En él convergen deseos y poderes, pues con el dinero puedo inducir a otros a cumplir mis deseos. En ese acuerdo tácito que sostiene el valor de cualquier divisa se vuelcan ingentes ansias y virtualidades. Con dinero puedo realizar prácticamente todo cuanto es susceptible de traducirse en términos materiales. Puedo adquirir bienes y servicios, puedo financiar infraestructuras, puedo...; puedo, en suma, mover voluntades para que se amolden a mi propio arbitrio. Puedo usar temporalmente el trabajo ajeno en beneficio mío. Puedo tantas cosas... Pero, por fortuna, no lo puedo todo. La finitud de lo que puedo obtener con el dinero no dimana únicamente de los límites en las fuerzas productivas de la humanidad, sino de la imposibilidad de reflejar, en términos estrictamente materiales, determinados valores que también responden a algunos de nuestros deseos más intensos y genuinos.

Por ello, recuperar ideales humanistas y enaltecedores del comunismo, luchar contra un mundo donde la riqueza de unos cuantos se basa en el trabajo y en la subordinación de otros, donde la desigualdad y el clasismo parecen leyes de la naturaleza y donde numerosos seres humanos son explotados de forma desalmada, continúa siendo una meta digna de que le consagremos nuestras mejores energías. Bastaría, ciertamente, con aplicar la Declaración de los Derechos Humanos, esa Constitución racional de la humanidad, ese equilibrio tan aquilatado entre lo individual y lo colectivo que sólo se suscribió tras las experiencias más traumáticas del siglo XX, pero en la práctica cotidiana se asume como ineluctable el predominio de unos fundado no en su mérito real, es decir, no en su contribución al bien de la sociedad, a la libertad, el conocimiento y la solidaridad, sino en las argucias de poderes oscuros, ilegítimos e irracionales, en el triunfo de la fuerza y no de la sabiduría.

El dividendo social instaurado en muchos países europeos, cuyas manifestaciones más señeras son los servicios públicos universales y gratuitos, mitiga el antagonismo entre las clases sociales. Propicia, ciertamente, la devolución a los trabajadores de parte de la plusvalía generada en el proceso laboral, pero por sí mismo es incapaz de eliminar el fenómeno de la extracción de plusvalía. Sin ella, sería inviable el proceso de producción económica, porque el empresario acepta arriesgar capital a cambio de obtener un beneficio del trabajador más allá de la remuneración salarial que le ofrece. En una economía de planificación central, la plusvalía se diluye en el todo social, gestionado por el Estado, pero tampoco se erradica. El trabajador sigue

contemplando cómo una porción significativa de su trabajo no puede, por concepto, pertenecerle.

Sólo si la tendencia hacia la automatización lograra liberarnos por completo de la necesidad de que un ingente número de personas ponga su fuerza de trabajo a disposición de otros seres humanos o del Estado sería posible auspiciar un desarrollo más pleno de todo individuo. Semejante utopía no puede consistir en una involución hacia formas económicas más elementales, porque en cuanto se conocen los beneficios del progreso material, tecnológico e intelectual, difícilmente resulta concebible regresar a hábitos de vida más rudimentarios (salvo ocasionalmente, y como elemento de renuncia voluntaria a las gravosas presiones psicológicas que ejerce un sistema económico complejo). Por tanto, la única solución por ahora imaginable estriba en la sustitución paulatina de todo trabajo humano mecánico y repetitivo. Se trata entonces de desplazar el eje de la producción a las máquinas. En ellas se maximiza la extracción de plusvalía sin incurrir en los problemas humanos que ello ocasiona, siempre y cuando las máquinas no hayan desarrollado percepciones del dolor, sensibilidades y autoconciencias éticas similares a las de nuestra especie. Así, podremos reservar a los seres humanos aquellas tareas auténticamente creativas, para que se dediquen a un ocio inteligente, que permita a cada individuo desarrollar al máximo sus potencialidades e incluso sondear nuevos talentos y vocaciones que antes ignoraba.

De todo ello se colige la importancia de una educación continua. Tememos un horizonte colmado de ocio y posibilidades porque no sabemos cómo emplearlas sabiamente. Por fortuna, el arte y el conocimiento representan dos manantiales inagotables. Siempre podríamos crear, saber y pensar más. Sin menospreciar los riesgos de una excesiva digitalización de nuestra existencia, resulta innegable que la posibilidad de acceder a cantidades abrumadoras de conocimiento en cuestión de segundos constituye un horizonte auténticamente democratizador. Ya no es necesario matricularse en elitistas universidades o acudir a selectos clubes. Podemos disponer del conocimiento más exacto y actualizado casi sin intermediaciones; podemos escuchar a las mayores eminencias del mundo y nutrirnos de su magisterio. Podemos, en definitiva, diseñar nuestro propio itinerario educativo, en un mundo donde la fase de instrucción no podrá ya restringirse a la infancia, la adolescencia y la temprana juventud, sino que, ante la complejidad de nuestras sociedades y el volumen de conocimientos acumulados, será preciso comprometerse con una formación ininterrumpida, en la que cada uno descubra paulatinamente sus verdaderas pasiones y sea libre de reinventarse en cualquier momento.

Bien aprovechadas, las tecnologías de la información nos otorgan un infinito de posibilidades. Ciertamente, tantas opciones pueden confundirnos y dispersarnos. Agobiados por semejante pléyade de oportunidades, es comprensible que nos sintamos desbordados y que la nostalgia por tiempos pretéritos nos invada. Sin embargo, son las instituciones de enseñanza las que deben ayudarnos a organizar ese caudal intempestivo de conocimientos. Es el orden, más que la información, lo que han de proporcionarnos. Acompañarnos en la ardua e insoslayable tarea de jerarquizar el saber, de relacionarlo adecuadamente y de aplicarlo a diversos ámbitos del conocimiento y de la acción es una de las responsabilidades más relevantes que aún ostenta el sistema educativo. Las rígidas estructuras que han predominado durante décadas, la didáctica pero empobrecedora fragmentación del saber en compartimentos aislados y los métodos tradicionales (destinados más a transmitir información que a ayudar a procesarla convenientemente) están llamados a experimentar una revolución de consecuencias

impredecibles. Mas lejos de azuzar nuevos temores, este escenario debe suscitar confianza y despertar impulsos creativos aletargados. Porque, en efecto, lo que a simple vista parece suponer un peligro para la enseñanza tradicional, en realidad se yergue como un desafío ineludible. Liberadas de la pesada carga de la transferencia de información (salvo en materias excesivamente técnicas, donde la información sea más complicada de obtener y de asimilar), las escuelas y las universidades podrán ahora consagrarse a una labor más profunda e imaginativa: la de orientar a los alumnos, para que aflore su verdadero potencial.

Así, la idea de desplegar las posibilidades latentes en cada individuo no se alzaría ya como una utopía vacua, como un recurso fácil ante la dificultad de definir el sentido de la empresa educativa, sino que, emancipada de la servidumbre de circunscribir su radio de acción a la impartición de contenidos, la enseñanza se concebirá como una instancia ordenadora del conocimiento. Flanqueará y arropará a los estudiantes, pero no sustituirá la búsqueda libre del saber.

Muchas frustraciones profesionales y vocaciones truncadas nacen de una educación poco personalizada, donde la disciplina ha prevalecido sobre la flexibilidad. En el pasado, esta fatalidad era casi irremediable. La falta de medios materiales y humanos impedía dispensar a cada alumno la atención que merecía. Salvo rarísimas excepciones, únicamente los colegios reservados a las clases privilegiadas podían permitirse el lujo de personalizar la educación. Pero hoy, gracias a la tecnología, constituye un horizonte viable y urgente. La educación no puede esperar a que este mundo de rápidos avances tecnológicos, sumido en una espiral indómita de destrucciones creativas que derruye sin piedad estructuras obsoletas, se adapte a ella; antes bien, es la educación la que debe adaptarse a un mundo inmerso en tantas y tan profundas mutaciones.

Por supuesto, es inevitable que la omnipresencia de la tecnología genere suspicacias. En el contexto de lo que ha venido a denominarse “la cuarta revolución industrial”, un mundo cada vez más robotizado se nos puede antojar más enajenador. Nos sobrecoge pensar que máquinas cada vez más poderosas reemplacen no sólo la fuerza física del hombre, sino también sus facultades intelectuales más eximias. En ese caso, máquinas altamente evolucionadas, que aprendieran a aprender y no se limitaran a seguir un programa de instrucciones diseñado por humanos, podrían eventualmente desafiar la superioridad de nuestra especie, e incluso ejercer sus mayores capacidades cognitivas para enseñorearse del mundo humano. Desde este prisma desmoralizador, las máquinas podrían esclavizarnos.

Sin embargo, y ante estas profecías apocalípticas, conviene tener en cuenta que un escenario tan amenazador resulta altamente improbable. Si bien es cierto que las especies más complejas suelen aprovecharse de su poder para oprimir a las menos evolucionadas (desde la relación depredador/presa hasta el fenómeno de la domesticación, sin cuyas ventajas la humanidad no habría podido desarrollarse como lo ha hecho desde el Neolítico), también lo es que una conciencia más lúcida puede fomentar actitudes compasivas y desinteresadas hacia otras criaturas. No se trata de un idealismo iluso y ciego, sino de la constatación de que muchas atrocidades de la historia hunden sus raíces en la ignorancia. El racismo, por ejemplo, aunque responde a factores emocionales e ideológicos, fundamentalmente brota de un profundo desconocimiento de la genética y de la paleontología humana. Hemos maltratado a los animales desde tiempos inmemoriales, pero no debemos olvidar que hasta hace escasos dos siglos

ignorábamos que todas las especies biológicas proceden de un tronco común, como nos enseñó Darwin.

El conocimiento no conduce directamente a la compasión, pero sí la facilita. Desencadena nuevas reflexiones que, en determinados espíritus, plantarán la semilla de una conciencia más cabal y aleccionadora sobre el mundo y la humanidad. Además, es preciso reparar en que esas máquinas cognitivas podrían también reproducir las emociones más características de la especie humana, por lo que no sería descartable que accediesen a ese estado regido por la compasión, la paz y la sabiduría que tanto engrandece a algunos seres humanos.

Valoramos y defendemos lo que nos resulta próximo. Una especie animal más estrechamente emparentada con la nuestra o un pueblo con el que compartimos lazos más sólidos se convierten fácilmente en objeto de nuestro interés. Claro está que, como ideal, cualquier ser humano debería sentirse hermanado a toda la humanidad, pero muy pocos logran desarrollar una conciencia tan ecuménica y elevada. Unas máquinas emocionales, y no sólo inteligentes, probablemente respetarían e incluso protegerían a sus artífices humanos, conscientes de quiénes son sus progenitores inmediatos. Por ello, es perfectamente plausible que llegásemos a descubrir formas inteligentes de aliarnos con las máquinas para que, junto a la automatización de trabajos mecánicos, nos permitieran sustituir tareas cognitivas igualmente repetitivas y nos ayudaran a gestionar mejor nuestro tiempo y nuestras necesidades.

II.

Contemplar la naturaleza nos llena de humildad, de una docta humildad. Todo ese gigantesco lienzo no ha sido tejido por las manos del hombre. Esa sinfonía magistral que componen sutiles pajarillos acompasados por brisas suaves no la ha concebido nuestra mente¹⁸. Su fuerza nos precede y acoge. De ella brotamos. Y aunque nos fueran vedados todos los misterios del universo, nos bastaría con contemplar un solo detalle de la naturaleza para extasiarnos con los ecos de la sabiduría más profunda, cuya belleza fulmina todos nuestros deseos. Es la dependencia universal, la concatenación indisoluble de todas las parcelas de la realidad, tantas veces cruenta y ciega, pero siempre un antídoto contra la soberbia humana.

Sin embargo, pecaríamos de ingenuidad autoinfligida si idealizáramos en exceso el orden natural. No hay justicia en la naturaleza, rúbrica de la primacía de la fuerza, del triunfo del hecho sobre la razón. Claro está que toda definición de justicia parte de presupuestos discutibles, pues ¿cómo descubrir una acepción verdaderamente universal de justicia? ¿Acaso convendremos en decir que lo justo es lo que beneficia a la especie

¹⁸ Me atrevo a sostener que esa plenitud captada por los sentidos cuando contemplan el gran espectáculo de la naturaleza sólo tiene parangón en las creaciones más sublimes de la música clásica y, en particular, en la obra de Bach. El compositor de Eisenach ha conseguido reflejar de forma exima la armonía cósmica y las reverberaciones de perfección matemática que la enhebran. Aunque su efecto se nos antoje efímero, creo que basta con escuchar a Bach, su cántico desaforado a la majestuosa y entrelazada plenitud del universo, para imaginar la perfección. En su música es posible percibir tal excelencia técnica y tal densidad estética, semejante confluencia de materia y forma, que toda noción de armonía creadora palidece ante sus gestas. Paz y viveza, gloria y dolor, poder y fragilidad..., arman este hermosísimo lienzo de ecos celestiales.

humana? Se trataría de una comprensión sumamente antropocéntrica de la justicia. ¿Podremos entonces sostener que lo justo es aquello que contribuye a reducir el sufrimiento en el universo? Pero ¿por qué hemos de erigir el sufrimiento en clave de bóveda de la justicia? ¿Por qué consagrar el placer, antítesis del sufrimiento?

Como es imposible desprenderse de cualquier presupuesto a la hora de definir la esencia de la justicia, parece razonable conformarse con aquella acepción que minimice el número de premisas iniciales. Así, lo más parsimonioso desde el punto de vista lógico será concebir la justicia como el equilibrio entre los intereses de los distintos miembros de una determinada comunidad, a fin de alcanzar, asintóticamente, un óptimo entre ellos. Esta caracterización de la justicia no requiere ulteriores elucidaciones sobre el contenido de esos intereses, pues no los analiza en sí mismos, sino en lo que respecta a su armonización recíproca. Además, la noción de “grupo” no tiene por qué restringirse a los humanos, aunque la dificultad de dirimir en qué consisten los intereses de otras especies prácticamente confine la idea de justicia al seno de nuestra especie.

Por ello, al observar atentamente la naturaleza podemos también sentir la llamada a construir ese mundo que el mundo no nos da; ese universo bañado de los valores más nobles y puros que forja la imaginación humana, el verdadero tesoro del espíritu: la justicia, la igualdad, la solidaridad... Y, por supuesto, el amor, el omnipotente amor, el éxtasis afectivo cuyo anárquico ardor no tiene por qué verse privado de luminosidad y perspicacia; el reconocimiento de nuestro destino en el de otro, faro que vence todas las pulsiones disgregadoras y esculpe una unidad sabia y creativa, donde todos los dramas del pasado ceden ante una fuerza renovadora.

Sólo mediante la razón puede el ser humano crear ese mundo más justo, al igual que sólo mediante la razón puede desentrañar los arcanos de la naturaleza. Mas la razón, insuperable a la hora de desgranar el pasado y el presente del cosmos y de la historia, tropieza con la barrera infranqueable del futuro. La razón nos permite explicar por qué el universo es como es, qué leyes rigen su funcionamiento y cómo ha surgido la mente humana tras miles de millones de años de lenta y formidable evolución, pero, a causa de una comprensible fidelidad a sus cánones más escrupulosos, con frecuencia se niega a pronunciarse sobre el porvenir.

Intrínsecamente desapasionada, ajena a los vaivenes de las emociones y de los sentimientos, la razón trasciende las preferencias individuales y nos introduce en el vívido y fascinante mundo de lo universal. Cuando esgrimo una razón, me afano en despojarme de mi propia subjetividad para acceder a un ámbito tendente a la objetividad (ideal que, eso sí, sólo resplandece como límite, pues multitud de factores difícilmente objetivables suelen interferir en su búsqueda). Por supuesto, siempre puedo justificar racionalmente y *a posteriori* lo que ya he decidido de antemano, con el único apoyo de mi subjetividad, de mi voluntad aparentemente libre. Sin embargo, resulta inevitable que, en cuanto examine esa decisión concreta de una manera más crítica y cabal, la impasible razón ponga de relieve la arbitrariedad que subyace a mi elección.

Ecuánime e indiferente, la razón nos brinda el mejor instrumento para organizar el mundo con eficiencia y satisfacer los intereses de la mayoría. En el plano puramente filosófico, al expandir el acervo de la ciencia y aumentar nuestro conocimiento del mundo, nos libera de asfixiantes prejuicios y atavismos.

Lo cierto es que cuando se trata de crear, de concebir nuevos fines y de ponderar no sólo cómo son las cosas, sino cómo podrían serlo en el futuro, la imaginación sobresale como una herramienta inestimable para orientar a la humanidad, como un instrumento tanto o más vigoroso que la razón. Y aquello que la imaginación contempla, encumbrada en la vanguardia de las fuerzas mentales del hombre, la razón lo ordena y configura meticulosamente, para así propiciar que ese horizonte de posibilidades adivinado por el ingenio y la fantasía se convierta en una realidad.

Es ante la barrera inexpugnable del futuro, que destrona a la mismísima razón, donde brilla otra de las grandes fuerzas que anidan en el espíritu humano: la imaginación. Lejos de imponer un sentido a la historia, nos invita a crear. Siempre cabe imaginar cómo puede y cómo debe ser la humanidad venidera, lo aún no dado, las posibilidades de la mente, sobre las que sería imprudente decretar límites apriorísticos, pues si los hay, ya despuntarán por sí solos. Lógicamente, no podremos demostrar, con la claridad de la razón, que la historia vaya a seguir semejante curso, pero al imaginar, al proyectar la mente hacia el futuro, al soñar con lo que aún no existe, al penetrar en el espacio virginal de lo desconocido, al sondear lo que aún no tiene nombre, allanamos el camino de una razón que, con su infalible método, nos ayuda a organizar los medios disponibles para alcanzar esos fines vislumbrados en la morada de la imaginación creadora.

Existen la maldad y el horror, mas siempre cabe un destello de fe en el ser humano. Siempre podemos imaginar un futuro más libre y justo, un mundo más sabio. Idealizar el pasado quizás potencie nuestro fervor estético, pero a la larga nos sume en una percepción engañosa. Nunca fueron épocas tan perfectas y esplendorosas como tendemos a imaginar. No podemos abdicar de la responsabilidad de trabajar hoy por un mundo más humano, en el aquí y en el ahora de una historia inconclusa. Encontraremos, sí, referentes iluminadores en los grandes espíritus del pasado, pero no debemos dejarnos secuestrar por lo que hoy no nos pertenece. La razón y la compasión trascienden espacios y tiempos. Con ellas aprendemos del pasado, analizamos el presente y proyectamos el futuro.

El recurso más enigmático que posee la humanidad se llama tiempo. Es la fuente de toda novedad. Siempre existirán posibilidades de creatividad, al menos mientras el tiempo no se detenga y no cese de avanzar hacia un destino desconocido y probablemente incognoscible. No podemos conculcar la segunda ley de la termodinámica, pero sirva como consuelo pensar que, con cada nuevo instante misteriosamente superpuesto a los anteriores en la indescifrable recta del tiempo, eclosionan nuevas y subyugantes posibilidades de cambio, crecimiento y creación. No podemos modificar el pasado, que es imborrable, pero sí podemos bosquejar los perfiles del futuro y esforzarnos en construir un mundo mejor, es decir, un mundo más humano, que en realidad converge con la utopía de un mundo más sabio y fraterno. Y sólo cuando el individuo se entrega a una empresa que lo trasciende, a una meta que lo enaltece, a un proyecto que puede contribuir a la mejora del mundo y a la disminución del dolor humano, se libera de las cadenas de una vertiginosa búsqueda fáustica que, como al célebre personaje de Goethe, únicamente lo zarandeará de puerto en puerto y de aventura en aventura, pero lo herirá con la punzante marca de la insatisfacción perpetua.

La especie humana no tiene por qué encarnar el eslabón último de la trama evolutiva. No hay ninguna prueba de que seamos la estación final de la evolución. Por

admirables que nos parezcan algunas de nuestras habilidades más distintivas, seguimos siendo sumamente imperfectos, frágiles y vulnerables. Por ello, incluso en el hipotético escenario en que máquinas superiores a nosotros en inteligencia y espíritu ético nos suplantarán por completo, no tendríamos derecho alguno a reivindicar la posición de privilegio cognitivo que hasta ahora nos ha otorgado la evolución. Habríamos cumplido nuestra función en el gigantesco proceso cósmico, y otras especies tomarían el relevo en esta carrera tan frenética como desconcertante.

Sin embargo, no hemos de olvidar que la naturaleza nos ha deparado una oportunidad única: podemos llenar el universo de sabiduría y belleza o teñirlo de ignorancia y oscuridad. Y, desde un ángulo puramente humano, podemos concebir un horizonte donde el desarrollo de las capacidades individuales y colectivas no requiera una lucha dialéctica entre opuestos, mediante conflictos y pulsiones enfrentadas, sino que por fin surque una senda lineal y progresiva, en cuyo curso el fervor de la contienda y la negatividad ceda el testigo a la serenidad de una armonía creadora. En esa colina utópica, razón y compasión se hallarán por fin reconciliadas; Atenas y Uruvela, Sócrates y Buda, caminarán de la mano hacia un amanecer que la evolución biológica no nos ha concedido, hacia la persistente primavera de una imaginación cuya grandeza no desista de derruir muros que parecían inquebrantables¹⁹. Y aún disponemos de poder e inventiva suficientes como para profundizar en el complejo territorio de lo humano; aún podemos progresar y sentar los cimientos de una historia que extirpe gradualmente el sufrimiento de tantos seres; aún podemos añadir más verdades al templo del conocimiento y ensanchar el círculo de nuestra imaginación; aún podemos, en definitiva, ser más humanos.

¹⁹ Desde esta perspectiva, los escritos y doctrinas de las grandes tradiciones religiosas pueden contemplarse como una inmensa alegoría espiritual, como la expresión del deseo de ser dioses que han albergado históricamente multitud de hombres y mujeres, al menos si las purificamos de los elementos precientíficos y mitológicos (que en realidad constituyen la parte cuantitativamente más significativa de las proposiciones teológicas de las distintas religiones). Una sentencia tan célebre y enigmática como “En el principio Dios creó...”, que inaugura la Biblia hebrea, invoca, por ejemplo, el concepto de creación, pero crear puede entenderse como dar nombre, como configurar mediante un concepto, como elevar el objeto a la categoría de símbolo e idea. El ser divino crea por la palabra, y hoy podemos interpretar este famoso versículo como una vibrante e inspiradora alegoría: Dios es el poder del pensamiento, que crea lo que concibe y lo expresa mediante el lenguaje. Dios encarna, en suma, las posibilidades de la humanidad. Decir “Dios” no significa entonces otra cosa que creer en la capacidad del mundo y del ser humano para generar lo que hoy parece inimaginable; aceptar, en definitiva, que el ser no se agota en lo dado.

EL VALOR DE LA FILOSOFÍA

¿Para qué sirve la filosofía? ¿Acaso asistimos a su ocaso irreversible? ¿Tiene aún hoy algo que decir sobre los grandes desafíos científicos, sociales y tecnológicos de nuestro tiempo, como las crecientes desigualdades económicas, la creación de una conciencia artificial o la mejora de la educación?

La pregunta puede parecer mal formulada si pensamos que el valor de la actividad intelectual (sobre todo en su faceta más abstracta) no se subordina a su utilidad práctica, sino a la dignidad y belleza que dimanen del propio ejercicio de nuestras capacidades cognitivas. Comparto esta opinión, y siempre defenderé vigorosamente la grandeza del pensamiento y del saber como fines en sí mismos. Sin embargo, creo también que las actividades intelectuales más profundas y elevadas son al mismo tiempo las más aptas para iluminarnos sobre los grandes desafíos del presente y del futuro próximo.

Nuestro mundo rebosa de conocimiento científico y de avances técnicos. Cómo usarlos, cómo articular medios y fines y, más aún, qué concepto del ser humano emerge de todas estas posibilidades deparadas por la ciencia se alzan como preguntas abiertas e inaplazables. Precisamente la filosofía puede ayudarnos a abrir la mente, a desterrar prejuicios, a superar dogmas religiosos e ideológicos, a cuestionar lo que parece evidente. De hecho, la crítica audaz de unos principios aparentemente incontestables suele constituir la antesala de las grandes revoluciones en el pensamiento.

Además, estoy convencido de que la filosofía posee una vocación eminentemente integradora, sintetizadora; más que contenidos propios, inasequibles a otra disciplina, su cometido estribaría entonces en reflexionar sobre los fundamentos del conocimiento y los vínculos entre las parcelas del saber, buscando también aplicaciones para construir un mundo mejor. A día de hoy, la ciencia no necesita de la filosofía para progresar, pero la filosofía puede contribuir a plantear preguntas más sistemáticas para articular una “lógica de la ciencia” y, más aún, desarrollar una “integración del conocimiento”. Puede ayudar, en efecto, a identificar el alfabeto básico de categorías y presupuestos que vertebran las grandes ramas del saber humano, la vasta trama racional que, desde unas premisas y unas reglas de inferencia, construye un sistema formal en el que es posible introducir la mayor cantidad de información sobre el universo.

Junto a esta dimensión de la filosofía, más cercana a las ciencias naturales y sociales, existe otra que, a mi juicio, goza de una importancia incluso mayor: no tanto la reflexión sobre los contenidos de la ciencia como la interpretación creativa de la realidad, de la actividad humana a lo largo de la historia. En este ámbito, es ingente el número de interrogantes que hoy no puede eludir la filosofía. Uno de los más acuciantes viene dado por la posibilidad de construir una conciencia artificial, que nos conminaría a replantearnos el sentido de la especie humana en la Tierra. Sin temor a exagerar, creo que este desafío representa una nueva y apasionante aventura para el pensamiento humano, a la que la filosofía no puede y no debe ser ajena, pues nos obligará a relativizar muchos de nuestros conceptos tradicionales sobre la mente, la inteligencia y la evolución.

En esta época, repleta de posibilidades pero también de peligros, es esencial que todos reflexionemos sobre cómo educar la mente humana, sobre cómo educarla para el futuro. No me refiero únicamente al porvenir de nuestros sistemas educativos, sino a la necesidad de plantearnos qué tipo de mentes necesitamos para abordar los inmensos y apremiantes desafíos suscitados por el progreso tecnológico. Por fortuna, hoy gozamos de más recursos cognitivos que nunca. Podemos propiciar un auténtico renacimiento del pensamiento humano, de la racionalidad crítica, de la imaginación volcada al futuro: una fusión de las ciencias, las artes y las humanidades para ayudarnos a responder creativamente a estos retos. La filosofía está llamada a desempeñar un papel privilegiado en semejante proyecto, porque las grandes tradiciones culturales y filosóficas de la humanidad pueden contribuir a este debate con categorías y formas de pensamiento inspiradoras.

Nos aguarda, por tanto, un horizonte fascinante, una piedra de toque para la responsabilidad humana y para la capacidad de nuestra especie de superar, como tantas otras veces en su breve pero densa andadura histórica, los mayores desafíos.

Es inútil buscar una respuesta definitiva a los interrogantes más ambiciosos que alimentan la labor filosófica y que también hoy nos inquietan. Vivir es preguntar. Es sondear nuevas posibilidades. Siempre podríamos cuestionar cualquier respuesta, pues siempre podríamos buscar un fundamento aún más profundo e inusitado. Nunca agotaríamos todas las respuestas porque nunca podríamos agotar todas las preguntas. Es preciso cuestionarlo todo, incluso el cuestionarse mismo, porque todo abre horizontes. Todo nos renueva e invita a buscar incesantemente. Preguntar, de hecho, es tanto o más necesario que responder. No habría respuestas si nadie se hubiera cuestionado nada. Sólo quien se despoja de todo temor a preguntar, a desafiar incluso lo evidente, las categorías asumidas de manera tácita y dotadas de aparente robustez, aquéllas que se nos antojan inquebrantables, puede experimentar el don único de la búsqueda. Lo importante es entonces abrirse al espíritu de la duda, de la pregunta, pero también esforzarse en conocer y en conquistar respuestas que, pese a su parcialidad, poseen un valor innegable para verter luz sobre ciertos misterios del mundo y de la vida. Y lo más gozoso se da en el proceso de búsqueda, porque nos ayuda a descubrirnos, a explorar nuestras capacidades, a adquirir confianza en nosotros mismos. Es el mejor antídoto contra el miedo. Esta hilera infinita de preguntas y respuestas potenciales es signo de libertad, de creatividad; es oportunidad para que las generaciones venideras participen también en la gran empresa del conocimiento. Es la belleza de la apertura, de la indefinición intrínseca.

No me cabe duda de que la filosofía posee, aún hoy, la fuerza necesaria para plantear preguntas profundas y universales que nos ayuden a explorar las posibilidades de la mente humana a la hora de adquirir conocimiento y mejorar el mundo. La filosofía, en resumen, nos inspira universalidad, visión amplia y profunda, cuestionamiento de los principios y convergencia de los conocimientos. Reivindica al unísono el poder de la razón y de la imaginación como facultades no opuestas, sino complementarias. En este proceso puede también ayudarnos a fomentar un espíritu de tolerancia que nos rescate del horizonte tan sumamente angosto en el que con frecuencia navegamos. Y, sobre todo, nos permite expandir el radio de nuestra reflexión, al concebir preguntas nuevas y posibilidades inéditas.

Por todo ello, no es utópico creer que la filosofía puede arrojar grandes luces a esta empresa irrenunciable de abrir la mente y desarrollar una tensión creadora entre la certeza y la duda.

BREVES REFLEXIONES SOBRE LA NATURALEZA DEL ARTE

¿Qué es el arte? ¿Cómo definirlo de la manera más universal y consistente posible?

Lógicamente, una definición de arte implica establecer un límite entre lo que supuestamente es arte y lo que no lo es. Por ello, afinar en la definición es esencial para hacer justicia a la riqueza de las expresiones artísticas de la humanidad y a la legitimidad de una pluralidad de interpretaciones sobre su significado.

De esta manera, el problema reside en encontrar algún elemento invariable del arte por encima de espacios y tiempos. Si el término "arte" denota un referente común, la pregunta exige plantearse un sentido adecuado a ese referente, unívoco o al menos tendente a una cierta unidad de sentido. Aquí el arte se mostraría no como un nombre propio que designase obras concretas, convencionalmente consideradas como expresiones artísticas, sino un nombre común, una esencia auténtica, de resonancias universales. Desde luego, ésta es la labor más profunda de la estética como disciplina filosófica: identificar un sistema de categorías que permitan caracterizar cualquier hipotética obra de arte, sin por ello violentar las variedades de lo artístico. Pues, en efecto, al comprender la esencia del arte, quizás sea posible adivinar una respuesta a la pregunta de por qué existe el arte. Ya sea en el juicio teleológico kantiano o en el despliegue del espíritu hegeliano, el problema estriba en encontrar el método apropiado para identificar esa esencia del arte, capaz de resistir cualquier crítica de parcialidad cultural o de contingencia histórica.

Si la esencia del arte ha de gravitar en torno a elementos puramente subjetivos, a lo que cada crítico o cada contexto cultural juzguen como manifestaciones artísticas, lo que hacemos es renunciar a descubrir una esencia. Nos limitamos a examinar el *a priori* histórico, la contingencia de las expresiones artísticas, pero claudicamos ante el intento de inducir características generales para, desde ellas, postular axiomáticamente un concepto de arte susceptible de integrarse en un sistema filosófico más amplio. No obstante, y a la inversa, el riesgo de cosificación derivado de una definición es patente. Una solución podría apelar al concepto de genio creador, de obrar misterioso y aleatorio capaz de suscitar un producto artístico. Sin embargo, esta teoría no sólo no explica por qué esa creación es artística, a diferencia de, por ejemplo, una creación matemática o tecnológica también producida por mentalidades profundamente creadoras, por "genios", sino que cubre la cuestión de una densa nube de enigmas, y renuncia a una comprensión racional y científica del genio, de la mente creadora.

Así pues, a la hora de buscar una caracterización filosófica del concepto de arte podemos centrarnos en la consideración de esa explosión de posibilidades expresivas asociadas a esta idea. El arte se presentaría entonces como un desbordamiento de lo aparentemente establecido *a priori*; su condición de posibilidad no estibaría sino en esa capacidad de trascender supuestos límites, tanto objetivos como subjetivos, que inhibirían ese impulso creador, esa aptitud para sobreponerse a la facticidad del mundo, del aquí y del ahora manifestado como dato empírico, mediante la libre expresión del sujeto. En el arte, la mente humana buscaría, por tanto, una libertad pura como condición de posibilidad de la creación propiamente artística; una libertad sin objeto

definido de antemano, vacía, pero susceptible de llenarse con el ejercicio de esa misma libertad. En esta circularidad hermenéutica entre el arte como disposición libre y el arte como disposición objetivada en obras residiría la esencia más profunda de un fenómeno tan característico de la especie humana. Semejante despliegue de libertad creadora, pero que necesariamente ha de objetivarse en obras; semejante tentativa de superar las determinaciones impuestas por el hecho material, pero confrontada a la necesidad perenne de una plasmación material, puede también interpretarse como la necesidad de comprenderse mediante la expresión de posibilidades. Esta necesidad afecta a individuos, grupos humanos y épocas enteras. El hombre buscaría así liberarse de condicionamientos fácticos, de imposibilidades conceptuales o de datos aparentemente incuestionables, como, por ejemplo, el hecho de habitar un mundo carente de fines y de libertad, pero al mismo tiempo se vería obligado a imponer esos fines y esa libertad en la clausura inevitable de una obra artística concreta. De esta manera, y si no hay arte sin obras artísticas, caemos en una aparente contradicción, o en una *petitio principii* en nuestra definición de la naturaleza del arte. Pero, inexorablemente, esta contradicción pertenece a la esencia misma del arte como despliegue de posibilidades absolutamente libre, que sin embargo ha de concretarse en productos tangibles; como subjetividad necesariamente objetivada, pero de tal modo que en esa objetivación sea posible percibir indicios de la subjetividad creadora que subyace a ella.

Nos aproximamos entonces a un *nooumenon*, o esencia inasible del arte, caracterizado por consistir en posibilidades expresivas que no se agotan ni en la subjetividad creadora ni en la objetividad creada. El arte como creación se asimila a una *natura naturans*, a una capacidad que se autorregula, se da su estilo, selecciona sus reglas de actuación; pero el arte como objeto adquiere los visos de una *natura naturata*, de una clausura de ese horizonte de posibilidades en una realización concreta que, sin embargo, inspira a otras subjetividades y reabre la relación de circularidad hermenéutica entre el creador y la obra. En definitiva, en el arte encontramos un poder creador que se establece como fundamento de sí mismo; un poder libre que se da a sí mismo reglas, y cuya condición de posibilidad no estriba, a diferencia de las ciencias, en la síntesis de experiencia y razón, sino en el despliegue de la posibilidad en sí, en la exploración de sus potenciales ramificaciones.

Por tanto, la conclusión más consistente de las anteriores reflexiones apuntaría a la *libertad* como el *locus* ontológico del arte. El análisis filosófico de la naturaleza del arte como capacidad abstracta de la mente y de las producciones artísticas como concreciones de esa capacidad no puede, en consecuencia, desligarse del estudio de la libertad humana. Para entender el arte sería entonces necesario comprender la riqueza de la capacidad humana de expresar su libertad de distintos modos; no existiría, así, una única forma de arte, ni siquiera en su sentido más abstracto, o al menos una forma de arte lo suficientemente extensa como para vaciarse de cualquier contenido ajeno al ejercicio mismo de la libertad. Si la ética puede interpretarse como la libertad regulada por un sentido humano de la acción, que une libertad a un orden, a una disposición selectiva susceptible de filtrar los modos posibles de la libertad de acuerdo con un ideal humano, o la política como el ejercicio compartido de la libertad y el equilibrio entre las libertades individuales y las libertades asociadas al colectivo humano, en el caso del arte asistimos a la versión más pura e indefinida de esa libertad.

La libertad que se expresa en el cultivo del arte no está regulada por un ideal expuesto desde fuera que discrimine qué acciones son aceptables y cuáles no desde un marco teórico que trata de otorgar sentido humano a la acción física; tampoco tiene por

qué buscar una coexistencia de libertades en el seno de una comunidad política, que, si bien puede con frecuencia favorecer la pluralidad de ejercicios de la libertad, inevitablemente exige sacrificar determinadas expresiones de la libertad en aras de una convivencia en la comunidad política. El arte más bien busca un ejercicio puro de la libertad, una autodeterminación de la mente humana mediante su sumisión a una regla creada por el propio despliegue libre del individuo; el espíritu del arte no puede sino consistir, por ende, en una autonomía creadora que remite a la libertad en su sentido más extenso y menos rígido, menos consistente desde el punto de vista de una definición válida universalmente.

Arte sería, por tanto, un obrar libre plasmado en realizaciones materiales concretas que resultan de ese obrar libre y que poseen una vocación intersubjetiva, pública, en el sentido de que aspiran a ser contempladas por los otros, y no sólo por el sujeto que las crea. El arte exige así una superación del espacio creador del individuo para presentarse como obra susceptible de apreciación externa, como la comunicación de una subjetividad a otras subjetividades. No obstante, si se exigiera reducir a un único elemento la naturaleza del arte, para así ampliar al máximo esta noción, deberíamos quedarnos con el de libertad, porque sería concebible un arte privado, destinado a la contemplación de un único sujeto. Aunque esta opción pueda parecer sumamente extraña, no es descartable como posibilidad, aunque sea poco plausible, y desde luego no responda a la mayoría de las obras habitualmente consideradas artísticas. En cualquier caso, este examen de una posibilidad remota revela una dimensión importante del análisis filosófico de la naturaleza del arte. Pues, en efecto, parece conveniente interpretar la libertad artística, la libertad que subyace al arte en cuanto expresión humana, como un *imperativo estético*, análogo al imperativo ético, con el que estamos tan familiarizados en la reflexión filosófica. Así, el arte resplandecería como aquello que merece ser contemplado porque es fruto de un obrar libre. Sólo así se distinguiría verdaderamente de cualquier otro obrar libre, que también lleva a realizaciones concretas.

Por supuesto, dicho ejercicio puro de la libertad se halla condicionado inexorablemente por factores externos a la propia libertad, pero estas causas pueden condensarse en la propia idea de libertad y en su ejercicio, porque el individuo que cree actuar libremente ya incorpora, en el propio ejercicio de su libertad, las determinaciones externas a su libertad, los influjos lingüísticos, históricos y culturales que ya conforman su propia autocomprensión de la libertad y la manera en que la ejerce. Por tanto, y en aras de la parsimonia semántica, basta con apelar a los conceptos de libertad y de expresión (o libertad compartida) para caracterizar de la manera más completa posible la esencia del arte; una libertad que, en cualquier caso, no adquiriría la condición de arte si no se materializara en obras, en elementos sensibles de distinta índole (visuales, táctiles, auditivos...) que reflejan una idea de libertad en una forma física. De este modo, el arte implica idea y vivencia reflejadas en una creación material; el concepto y el sentimiento, lo que evoca una cierta racionalización de lo intuitivo.

Así, en el arte contemplamos la posibilidad de materializar un sentido de la libertad humana, una comprensión del significado posible de la libertad en una efectividad sensible. La causa, de nuevo, no es sino la idea de libertad, y cómo sobre la base de esa idea se actúa de manera hipotéticamente libre, o al menos libre en relación a un concepto previo de libertad propiciado por un contexto; el efecto es la cristalización sensible de esa idea de libertad, tal que pueda ser contemplada por otros sujetos de esa misma libertad. Si circunscribir la esencia de lo artístico a la comprensión y el ejercicio

de la libertad puede parecer vago, la razón no es otra que la propia indeterminación del arte, su derecho a no confinarse a una supuesta naturaleza preestablecida que establezca fisuras radicales entre, por ejemplo, lo biológico y lo artificial. El arte reside, precisamente, en esa ambigua frontera entre la naturaleza humana en su faceta más biológica y las determinaciones históricamente adquiridas. Sin embargo, el arte, en su concepción más genuina, sugiere la posibilidad de trascender ese contexto, de sobreponerse a las determinaciones heredadas o sobrevenidas para crear, para establecer una vanguardia frente a las determinaciones. El *a priori* artístico se convierte entonces en anticipo de libertad frente a la determinación, o de lo *a posteriori* frente a la aparente inexorabilidad del *a priori* espacial y temporal en individuos y culturas. He aquí una bella paradoja: el arte se erige en *a priori*, en determinación de la libertad, en subsunción de lo espontáneo en un patrón de inteligibilidad previamente dado, pero este espacio de predeterminación se constituye como indeterminación pura, como libertad, cuyo único límite no puede sino residir en la legitimidad de esa misma libertad y en su idealización como posibilidad de superar cualquier determinación. Por tanto, el arte se realiza necesariamente en el margen; resplandece como unidad marginal frente a la determinación, como *plus* aditivo a lo dado, como prolongación de lo posible, que conquista nuevos espacios a lo real y se multiplica en forma de nuevas posibilidades.

Es en la libertad, puente entre el mundo físico y el mundo de la mente, verdadera encrucijada para el análisis científico y la investigación filosófica, donde es posible apreciar el elemento más distintivo de la empresa artística de la humanidad. El hombre crea obras artísticas porque se siente libre y quiere expresarlo; siente un impulso a crear, pero siente también que puede controlar ese impulso y que puede someterlo a la regla de su propia libertad, de su propio despliegue expresivo. Este ejercicio es necesariamente sensible, en el sentido de que debe adquirir forma física, y así conectar el mundo de la mente con el de la realidad empírica. Una subjetividad que se convierte en objeto, y un objeto subjetivado por la expresión libre del hombre, si bien condicionada, e incluso determinada, por las mismas imposiciones que existen sobre la libertad humana en su significado más genérico. Pero, a diferencia de un objeto técnico, que también responde a esa interacción entre la mente y el mundo, a esa tentativa de dar un significado al mundo, o de humanizar el mundo según los intereses y las aspiraciones del hombre, en la obra artística la finalidad radica en la propia expresión de la libertad, y no en un fin ulterior; el arte sólo puede considerarse como media por cuanto contribuye a apreciar el valor de la libertad humana y a reflexionar sobre las posibilidades expresivas de la mente, pero no en relación a una meta ulterior, a un fin práctico subsiguiente.

Puede entonces decirse que en el arte delimitamos una o varias de esas posibilidades “inscritas” en el espacio desde el cual se generan posibilidades susceptibles de ser imaginadas o conceptualizadas. El arte emergería así como un *campo* en el que puede habitar la imaginación humana; como un territorio de posibilidades, de uno de cuyos conjuntos la mente puede tomar posesión mediante un proceso de apropiación subjetiva que conduce a una cristalización de posibilidades, a la sedimentación de la imaginación humana en una o varias posibilidades. Metafóricamente, este proceso guarda una estrecha analogía con el de “sedentarización”. En virtud de él, una imaginación nómada, que vaga a través de un espacio de posibilidades abierto a la expresión creativa, se asienta en un dominio de posibilidades, decide habitar una determinada porción de ese territorio, y lo llama a la existencia, lo plasma en una manifestación sensible. Las posibilidades como materiales, la imaginación como herramienta y la expresión creadora como causa y meta se

convierten así en los elementos conceptuales básicos de la caracterización del arte que acabamos de exponer.

FE Y RAZÓN, ¿COMPATIBLES?

Al examinar el desarrollo histórico de la mente humana, es posible discernir una tendencia general que puede resumirse en la siguiente frase: creciente racionalización, o camino hacia la minimización de presupuestos cognitivos.

La breve andadura de nuestra especie sobre la faz de la Tierra ha producido hitos intelectuales dignos de asombro. Por lo que sabemos, ningún otro animal ha sido capaz de predecir eclipses, confeccionar calendarios y axiomatizar la geometría. Podríamos mencionar un copioso número de ejemplos de grandes saltos conceptuales que han sellado los triunfos más sobresalientes en la senda del progreso filosófico y científico. Sin embargo, la pregunta filosófica más profunda se refiere a la característica común que comparten todos estos fenómenos intelectuales. De la astronomía a las matemáticas y de la biología a las ciencias sociales, la evolución de las distintas ramas del conocimiento ha atravesado, ciertamente, etapas no siempre parangonables. No obstante, y si contemplamos el lienzo desde una perspectiva más amplia y luminosa, no es difícil identificar un rasgo de resonancias universales: todos estos procesos intelectuales han implicado una creciente conciencia de los principios, de las categorías y de los métodos demostrativos que entraban en juego a la hora de elaborar determinados modelos teóricos. Sin duda, la noción subyacente es la de “formalización”, es decir, la de teorización con arreglo a unos principios y unas reglas de inferencia que dotan de consistencia lógica a los modelos explicativos utilizados.

En su devenir histórico, la mente humana ha logrado adquirir modelos cada vez más profundos, abstractos y universales de la realidad o de los objetos puros del pensamiento. Puede entonces decirse, sin miedo a exagerar, que ha seguido una tendencia hacia el perfeccionamiento formal de sus creaciones intelectuales. Es por ello posible intuir un movimiento general del espíritu humano hacia la racionalización de los contenidos mentales. Este proceso, sinuoso desde el punto de vista histórico, pero tendente hacia la sistematicidad desde una perspectiva lógica, se manifiesta también en las formas de organización social. En los inicios de la etapa civilizatoria, con el nacimiento de las primeras sociedades verdaderamente sedentarias, se concibieron modos de control y distribución del poder cuya justificación exigía un mayor número de presupuestos que las nociones modernas de ciudadanía, derechos y democracia; eran, por tanto, más arbitrarios. Las creencias en un rey ungido por la gracia de la divinidad, en la existencia de castas inmutables cuyos privilegios y atribuciones se transmiten de generación en generación o en la persistencia de diferencias esenciales entre los distintos grupos sólo podían justificarse empleando un número cuantioso de premisas explicativas. El progreso del pensamiento, conjugado con la acumulación de observaciones empíricas y una mayor cantidad de experiencias históricas atesoradas, propició paulatinamente un cuestionamiento de esos presupuestos y una decantación de las mentes más esclarecidas hacia concepciones más simples y universales de las formas de organización social. De estratificar la comunidad en rígidas e inalterables jerarquías a teorizar sobre la igualdad esencial de todos los ciudadanos en un mismo marco jurídico puede parecer que media una distancia abisal, pero en realidad se ha producido una restricción de premisas intelectuales, un encaminamiento hacia la simplicidad conceptual y el rigor lógico.

Así, la historia intelectual de la especie humana puede concebirse desde esta tendencia general hacia una mayor pureza formal de sus explicaciones, que se traduce primordialmente en la minimización del número de presupuestos de partida. Este proceso de creciente economía cognitiva conlleva un incremento del poder explicativo de las categorías básicas usadas. Lo apreciamos en la mecánica de Newton, que con un pequeño número de definiciones y tres leyes consiguió subsumir la práctica totalidad de los movimientos conocidos en un marco teórico que por entonces parecía enteramente libre de contradicciones. Con la premisa de que estas leyes eran válidas para todos los cuerpos, sin necesidad de escindir el mundo celeste del terreno, Newton llegó a la conclusión de que podía postularse una propiedad universal de los objetos dotados de masa: la gravedad. Por tanto, mediante una restricción de presupuestos expandió de manera formidable el alcance de sus explicaciones hasta consumir una de las mayores generalizaciones acometidas por la mente humana; una minimización de premisas desembocó así en una universalización de su modelo, que atribuía la atracción gravitatoria a todos los objetos masivos. Una mayor “intensión” de sus explicaciones (es decir, mayores cotas de simplicidad lógica y pureza argumentativa) incrementó entonces su extensión, el número de objetos que eran capaces de englobar bajo sus determinaciones conceptuales.

Una explicación más racional ha de justificar más con menos, más fenómenos con menos presupuestos. Euclides sistematizó la geometría clásica desde cinco postulados, por lo que prestó un servicio inestimable al proceso de racionalización. El desarrollo de las ciencias naturales y de las ciencias sociales no ha podido evitar esta tendencia hacia una mayor sistematización de sus contenidos, es decir, hacia una fundamentación más rigurosa de sus proposiciones en un número de principios mínimo y justificado. No me atrevo a considerar esta tendencia como una ley, dado que en los procesos históricos es siempre arriesgado hablar de leyes como movimientos inexorables, que prácticamente excluyan regresiones y vaivenes. Sin embargo, no puedo encontrar excepciones significativas a este proceso hacia una mayor simplicidad formal, aspiración que converge con una creciente tendencia hacia la racionalización de las relaciones entre la mente humana, el mundo y el pensamiento puro.

El inmenso poder explicativo que ha alcanzado la visión científica del mundo plantea la pregunta sobre su compatibilidad con lo que ha venido a denominarse “fe”. ¿Hemos llegado a una constatación definitiva de su enemistad teórica? Es indudable que la fe ha desempeñado un papel crucial en la prehistoria y en la historia de la humanidad, pero también lo es que, al menos desde el nacimiento de las sociedades modernas, muchos espacios antes monopolizados por la fe han ido cediendo paulatinamente el testigo al ímpetu de la razón. ¿Qué posición ostentan, o han de ostentar, cada una de estas fuerzas de la mente humana? ¿Cuál es la frontera entre una y otra? ¿Es la fe consustancial al proceso racional mismo, o podemos escindirlos por completo? ¿Se halla permeada la fe de racionalidad?

En su acepción más extendida, circunscrita principalmente a las tradiciones religiosas, la fe se concibe como una actitud mental en la que el sujeto acepta ciertos contenidos en virtud de una convicción íntima. Semejante aceptación se basa en la confianza en el testimonio de alguna fuente que en ningún caso puede demostrar, racional o empíricamente, la necesidad de lo que propugna. El conocimiento que procede de la razón, por el contrario, se funda en una cadena de inferencias. Este proceso descansa inevitablemente en unas premisas, que pueden ser de naturaleza puramente ideal, u obtenidas desde evidencias empíricas. En el caso de las matemáticas,

los axiomas o proposiciones iniciales se establecen desde la pura razón, esto es, en su idealidad absoluta y sin necesidad de contraste empírico; las ciencias naturales, así como el obrar ordinario de los seres humanos, suelen sustentar sus cadenas de razonamientos en principios emanados de evidencias empíricas, como inducciones que se elevan a la categoría de premisas, para realizar desde ellas ulteriores deducciones.

La fe coincide con lo que suele llamarse "creencia", es decir, con una convicción reservada al sujeto y que por su propia naturaleza no puede compartirse con otros mediante un acuerdo sobre principios intelectuales comunes. La fe evoca entonces subjetividad, adhesión psicológica a unos contenidos. Se puede, ciertamente, comunicar la fe, y hacer partícipe a otros de las convicciones subjetivas más profundas albergadas, pero no demostrar la necesidad de aceptar ese contenido. Alguien puede rehusar admitir una proposición matemática, por mucho que se demuestre cuán errado se encuentra. Es indiscutible, empero, que en condiciones psicológicas normales, y haciendo abstracción de cualquier presión emocional, un ser humano debería aceptar determinados contenidos lógicos, matemáticos y empíricos como evidentes. Esto no ocurre con la fe. Nadie ha podido probar nunca la necesidad de aceptar los enunciados más señeros del cristianismo o del islam. Para hacerlo, sería preciso eximirse de efectuar determinados pasos lógicos que cerrarían la cadena de razonamientos imprescindible para alcanzar una conclusión sólida.

Conforme progresa el espíritu humano y adquirimos más conocimientos y de mayor hondura conceptual, es indudable que arrecia la necesidad de ofrecer demostraciones "limpias", exentas de fisuras, auténticos e ímpolutos anillos lógicos que no dejen nada al azar o a las confusas volatilidades de la subjetividad. En etapas inaugurales, era incluso positivo que las constricciones de rigor lógico y pureza demostrativa no exhibiesen toda su fuerza, y que la imaginación gozase de mayores grados de libertad para desplegarse vigorosamente. La historia de las ideas científicas y filosóficas nos proporciona ejemplos eminentes de esta expansión imaginativa en los momentos iniciales del desarrollo de grandes teorías y de originales marcos conceptuales. Así, cuando Newton y Leibniz inventaron el cálculo infinitesimal, afortunadamente no se vieron en el apremio de justificar de manera impecable todos sus razonamientos. Una imaginación fervorosa permitió ensanchar inconmensurablemente el radio del razonamiento matemático, y discernir métodos útiles para resolver problemas que habían frustrado a algunas de las mejores mentes matemáticas del siglo XVII. Sin este seminal ardor creativo que, en numerosas ocasiones, se limitaba a enunciar métodos y a exponer resultados, aunque prescindía del imperativo de demostrar meticulosamente cada uno de los pasos intermedios, es probable que el progreso de las matemáticas se hubiera ralentizado. Les correspondía a los matemáticos del XIX ordenar el camino que habían allanado los del XVII; la senda estaba abierta, y lo que faltaba era trazar una buena calzada. Pero, sin duda, desde el punto de vista de su valor intelectual, lo más importante fue aventurarse a alumbrar una nueva rama de las matemáticas, a forjar una idea flamante, aun a expensas de que en sus inicios adoleciera de notables fallas conceptuales.

Si la fe se identifica con la intuición, el propio desarrollo del conocimiento ha exigido dar pasos que muchas veces sólo podían justificarse como fecundas y hermosas intuiciones, pero no como resultados inexorables de un proceso lógico cuidadosamente perfilado. Ahora bien, la fe religiosa, ¿puede entenderse como una manifestación de esa fuerza intuitiva que en ocasiones ha auspiciado grandes y perdurables descubrimientos?

Creo que no. La intuición en filosofía, matemáticas o ciencias naturales es una herramienta sumamente fructífera para potenciar el desarrollo de nuevos marcos conceptuales. Nos ayuda a explorar territorios nuevos y a vislumbrar nuevos horizontes dentro de un modelo ya establecido. No obstante, en estas disciplinas siempre es posible, al fin y al cabo, justificar lo que la intuición anticipa. Cronológicamente puede suceder que la intuición estimule un modo de razonamiento que luego se demuestre fértil e incluso exuberante, pero desde un punto de vista puramente conceptual la demostración ha de ser capaz de sellar todos los resquicios que la intuición ha dejado entreabiertos. Sin embargo, y por su propia naturaleza, la fe se exonera de esa posibilidad de comprobación. Tener fe religiosa no es como creer en la esfericidad de la Tierra. Poco sentido tendría creer en algo que puede observarse, experimentarse o demostrarse como una inferencia lógica necesaria. La fe exige un salto conceptual para el que no cabe construir después un puente lógico. Por tanto, y si la razón, que es la fuerza por antonomasia de la mente humana para enlazar proposiciones y extraer consecuencias formalmente consistentes, queda excluida de este proceso, la fe debe pertenecer a un ámbito distinto del espíritu humano. Semejante disparidad entre fe y razón no es óbice para que grandes mentes teológicas hayan desplegado notables esfuerzos para tratar de expresar, en el lenguaje y el método de la razón, los contenidos de la fe. No obstante, la tentativa de dotar de cierta verosimilitud racional a la fe no puede ocultar la esencial asimetría que existe entre ambas esferas. La fe sólo puede hundir sus raíces en el sentimiento, como ya lo intuyó Schleiermacher; en una captación unitaria de la realidad que no puede justificarse desde los más límpidos y rigurosos cánones de la razón. En la fe, el ser humano aprehende contenidos que no puede demostrar, pero a los que se adhiere, libre (es decir, por una aceptación consciente y voluntaria) o forzosamente (es decir, como efecto de presiones ambientales de diversa índole: tradiciones, entorno, contexto político...). Por mucho que la razón se vea obligada a partir de intuiciones en los principios más básicos del pensamiento, estos presupuestos iniciales son mínimos, elásticos y, en muchos casos, cercanos a la más inequívoca evidencia. Ciertamente, la historia del conocimiento humano pone de relieve que muchas de esas evidencias eran discutibles, y que precisamente en el cuestionamiento de esos principios se plantó la semilla de grandes revoluciones conceptuales, como ocurrió con las geometrías no euclídeas. Pero en lo que respecta al reino de la fe, el salto es mucho mayor. La cadena de razonamientos requeriría tantos pasos intermedios que sólo una suspensión del proceso para abrazar, con la fogosidad del sentimiento, unas conclusiones para las que no existen evidencias empíricas o lógicas claras puede catapultarnos a tan remoto desenlace.

Además, existe un problema insoslayable. Al investigar el origen de esa fe religiosa concreta, de esa tradición cristalizada en determinados contenidos teológicos, el implacable filtro de la crítica histórica no hace sino mostrar las estrechas dependencias que la vinculan a religiones circundantes y los innegables préstamos culturales contraídos. Así, cuando sondeamos los principales pasajes del libro del *Génesis*, lo que contemplamos es una amalgama de relatos inspirados en narraciones sumerias, babilonias, egipcias, cananeas... ¿Dónde yace la supuesta originalidad del Antiguo Testamento, el sello de su carácter revelado, como si sus palabras hubieran sido exhaladas por los mismísimos labios de la divinidad? Ciertamente, el marco global presenta especificidades ineludibles, rasgos incontestables de su pertenencia a una tradición religiosa genuina. Sin embargo, en la propia Biblia apreciamos un acentuado proceso de evolución, cuyos exponentes atraviesan distintas formas y concepciones teológicas, por lo que resulta enormemente complicado extraer enseñanzas verdaderamente sistemáticas y coherentes. Es difícil discernir elementos de auténtica y

profunda creatividad en libros repletos de contenidos prestados o literalmente trasvasados desde otras tradiciones culturales. ¿Por qué creer en ellos y no en los poemas mesopotámicos? ¿Tiene hoy sentido que las grandes religiones monoteístas continúen aferradas al concepto de “revelación”, cuando resulta irrefutable que las doctrinas supuestamente reveladas obedecen a una evolución histórica perfectamente identificable, a un itinerario más “ascendente” que “descendente”? De hecho, resulta incomprensible que quienes suelen ornar sus discursos con apelaciones a la “Verdad” (como si fuese una prerrogativa suya) con frecuencia renuncien a su búsqueda, y rehúsen extraer todas las consecuencias lógicas de las investigaciones histórico-críticas.

Quien sólo puede apoyarse en la razón como herramienta universal para analizar el universo y pensar críticamente la historia quizás llegue a una concepción filosófica y matematizante de la divinidad, pero es inevitable que se sienta invadido por cierto escepticismo a la hora de evaluar las revelaciones positivas de las grandes tradiciones religiosas. Podrá preservar, sí, el más hondo sustrato ético y antropológico que late en estos despliegues de la imaginación humana, e incluso fascinarse por la efervescencia de sus proyecciones estéticas, por la pujante y embelesadora llama artística que todas ellas suscitan. Encontrará también reflejos de la evolución de la mente humana y de su conexión inextricable con las circunstancias históricas. No obstante, es altamente improbable que pueda entregarse en alma y corazón a doctrinas difíciles de justificar desde la pura razón, desde el anhelo de objetividad que nutre la empresa científica, desde la imparcialidad de quien, más allá de herencias y tradiciones, busca contenidos universales.

No pretendo postular una incompatibilidad intrínseca entre la fe y la razón. Ello equivaldría a sostener una incompatibilidad intrínseca entre la sensibilidad y la razón, potencias que no tienen por qué ser antagónicas, sino que, sabiamente confraternizadas, pueden impulsar enérgicamente el espíritu humano. La fe más bien evoca un vasto y dúctil dominio estético, un canto a lo desconocido que no tiene por qué justificarse racionalmente, sino que se lanza con osadía a fraguar creaciones muchas veces ajenas a las evidencias disponibles. Esta ingeniosa elaboración de mundos constituye una de las características más definitorias de la imaginación humana. En ocasiones, puede llevarnos a escenarios peligrosos, así como a sustituir la convicción racional, la inferencia basada en principios universales y en objetividades, por un subjetivismo paralizante y opresivo. Pero la imaginación siempre ha sido necesaria para el desarrollo de la mente humana. Contemplados así, los contenidos de muchas tradiciones religiosas emergen como anticipos de lo que la razón esclarecerá y la técnica propiciará; como anuncios de sueños aún no realizados. Sería peligroso regir la sociedad por principios subjetivos y no por elementos verdaderamente objetivos (esto es, compatibles en virtud de una cadena de inferencias que remita al menor número de presupuestos posible). De ahí la imperiosa necesidad de separar convenientemente política y religión, o el ámbito público de la esfera de las convicciones privadas, sacrosanto espacio de libertad para el individuo, templo inexpugnable de su conciencia. Sin embargo, y como frutos de esa fuerza vivificadora de la imaginación, no tiene por qué importarnos si determinadas ideas nacen de intuiciones estéticas o religiosas; lo relevante es que, una vez examinadas, seamos capaces de justificarlas racionalmente. La imaginación siempre podrá alzarse como vanguardia de la razón, pero la razón no puede capitular ante la imaginación. Debe purificarla y perfeccionarla.

El anhelo de trascendencia que han albergado históricamente tantos miembros de nuestra especie no puede dejar de conmovernos. Esta aspiración a franquear las

barreras de las limitaciones espaciales y temporales, a captar el universo como un todo y a superar las fronteras de nuestro existir terreno, se ha canalizado a través de numerosas doctrinas teológicas y filosóficas, que han tratado de racionalizar semejante deseo de salvación ultraterrena. No es, en cualquier caso, un impulso universal, pues muchos seres humanos no sienten esa necesidad a concebirse como teóricamente bendecidos con el privilegio de desbordar las constricciones espaciotemporales que definen nuestra finitud. Lo cierto es que la infinitud potencial (sólo interrumpida por nuestra finitud temporal, que nos impide entregarnos a un ejercicio infinito de figuración y fantasía *sine die*) de la imaginación planta una importante semilla de trascendencia sobre las fronteras espaciales y temporales, pues podemos llegar a sentirnos dueños del universo gracias a la capacidad irrestricta de imaginarnos más allá de todo límite establecido. Además, el ímpetu volcado hacia el futuro, hacia las generaciones venideras, no es exclusivo del ser humano, sino que responde a una ley biológica fundamental. Con exiguas salvedades, toda forma de vida está programada para intentar perpetuarse, para transmitir y expandir su legado genético. En nuestra especie, esta búsqueda de perpetuación ya no discurre exclusivamente por cauces genéticos, sino que abarca también el florido universo de la mente. Pues, en efecto, en el mundo de las ideas, de las formas conceptuales puras y de la imaginación parece residir un fervoroso mundo de infinitos. Pero cometeríamos un grave error si pretendiéramos negar la separación que existe entre el mundo exterior a nuestra mente y el vasto y colorido cosmos de la subjetividad humana.

La imaginación no siempre se anticipa a la realidad (éste es, en suma, el problema principal al que se enfrenta el argumento ontológico). De hecho, constatar la extinción de otras especies del género *Homo* que pudieron disponer de capacidades cognitivas comparables a las nuestras, a pesar de que quizás alimentaran también pujantes deseos de inmortalidad y trascendencia, ¿no debería infundirnos un sentimiento de humildad? ¿Y si, al igual que el hombre de Neandertal, encendemos la arrobadora llama del arte, e incluso llegamos a profesar fe en realidades ultraterrenas, pero finalmente nos evaporamos como un tenue y hermoso suspiro? Por mucho que tendamos a atribuirnos un valor metafísico absoluto, una potencia autotrascendente que nos investiría de cualidades cuasi deíficas, las evidencias paleontológicas son concluyentes. Otros seres autoconscientes quizás avivaron sentimientos parecidos, e igualmente ilusorios. Anhelar trascender las fronteras espaciotemporales quizás nos incite a esforzarnos por superar nuestras limitaciones, pero no nos garantiza una realización definitiva del deseo indómito de plenitud que nutre la épica de tantas religiones y filosofías. Muchos querrían coronar el saber absoluto, pero en última instancia debemos conformarnos con absolutizar no tanto el contenido de nuestros hallazgos intelectuales (con frecuencia sometidos a la implacable ley de la provisionalidad) como el sendero mismo que conduce al conocimiento, el espíritu racional que tantos territorios inexplorados nos descubre, dado que siempre quedarían preguntas potenciales por responder, incógnitas por despejar. Y en su capacidad de concebir, ¿no es acaso infinita la mente? No obstante, difícilmente puede nuestro espíritu condensarlo todo en un único concepto, atrapar y racionalizar por entero el universo del que somos partícipes. Siempre persisten fisuras lógicas, enigmas abiertos en nuestra indagación, premisas no justificadas.

Por fortuna, ese deseo de autotrascendencia puede reinterpretarse a la luz de la ciencia y del conocimiento. Más que la perpetuación del individuo en etéreos espacios celestiales, podemos pensar que la comprensión del universo, la capacidad asombrosa de nuestra mente para entender los patrones lógicos que rigen el funcionamiento del

cosmos, constituye la verdadera trascendencia sobre nuestras angostas esferas individuales. Al desentrañar las leyes del universo nos vinculamos a un espacio más amplio y fundamental que el estrecho horizonte de la especie humana. Nos unimos a nuestro origen y nos percatamos de nuestras auténticas posibilidades, que nos han permitido dilucidar semejante rompecabezas lógico, semejante fuerza subyacente a las grandes estructuras materiales: el poder de la naturaleza. Así, la verdadera trascendencia residiría en la capacidad de comprensión, en el desarrollo de la racionalidad. La admiración hacia la grandeza del universo no es incompatible con el afán de esclarecerla; de hecho, la admiración, como la curiosidad y la crítica, representa el estímulo por antonomasia para iniciar el proceso de búsqueda y de cuestionamiento que lleva al saber. Lo más admirable no es que nos extasiemos ante la contemplación del firmamento nocturno, sino que no desistamos de descubrir las causas más profundas que lo generan.

En sintonía con esta idea, siempre es posible embarcarse en una racionalización completa de la fe, para convertirla en una “fe filosófica” que, en realidad, no difiere conceptualmente de la razón en su significado más profundo. Por ejemplo, si representamos a Dios, objeto tradicional de la fe, como *el orden matemático del universo*, como el grandioso sistema formal de leyes y categorías explicativas que justifica la estructura y el funcionamiento del universo, es probable que pocos científicos puedan objetar nada. No exige profesar fe en un acto creador (pues ¿cómo crea Dios el universo?; ¿cómo un espíritu puro hace surgir de la nada las estructuras materiales, dimensionadas en el espacio-tiempo?), ni en una divinidad personal que satisfaga nuestras pulsiones antropomórficas, ni en metáforas a menudo contradictorias, implacable corolario a una excesiva humanización de la imagen del ser divino (como la de un Dios que, revestido de perfección y omnipotencia según los metafísicos, sin embargo no tiene más remedio que descansar, como vulgar criatura, tras culminar la obra del mundo), ni en intervenciones milagrosas que alteren el rumbo ineluctable de muchos acontecimientos, quizás indeterministas a escala subatómica, pero misteriosamente deterministas a escala meso y macroscópica. Este ser divino resplandecería entonces como la perfección formal del sistema del universo, interpretado como un gigantesco razonamiento lógico que hilvana premisas y consecuencias de manera óptima. Conocemos muy poco de ese sistema, y podemos sucumbir a la tentación de pensar que con nuestros actuales modelos físicos hemos desvelado, finalmente, ese elenco de principios, categorías y reglas de inferencia que subyace a la totalidad del cosmos. Craso error sería preconizar una teoría del todo cuando tanto nos queda por desentrañar del universo en lo conceptual y en lo empírico, y cuando tantas nuevas e insólitas sorpresas puede aún depararnos la investigación científica; un todo que, para ser contemplado, habría de ser abandonado, algo quizás imposible. Por ello, Dios como el orden matemático del universo, no necesariamente como una deidad personal, sino como el concepto más universal (la armonía que integra las partes en un sistema lógico), es una definición compatible con la ciencia. Además, hace justicia a la riqueza de la imaginación religiosa y de la especulación filosófica. Es la más universal, esto es, la que goza de un fundamento racional más robusto, tal que con el mínimo de premisas logra cubrir el mayor número de casos potenciales. Se eleva así depurada de lo irracional, pero no despojada del respeto a lo desconocido, porque ese orden matemático, esa perfección formal, no tiene por qué agotarse en el conocimiento presente que atesora la mente humana.

Reconozco que esta definición resultará insuficiente para la teología más ortodoxa. No obstante, la exigencia racional, hermanada al deseo de integrar las

aspiraciones históricas de muchos seres humanos, muchas veces parece exhortarnos a buscar maneras de incluir en un mismo proceso fuerzas que se nos habían antojado antagónicas e incluso irreconciliables. La desbordante imaginación religiosa poco tiene que ver con el espíritu racional. En cualquier caso, precisamente el elemento imaginativo, el brío creador que ha inflamado históricamente artes y religiones, la estética y la fe, enlazadas en nupcias indisolubles, no debe ser descartado como un factor precientífico y caduco, destinado a claudicar ante el avance irreversible de la visión racional y materialista del mundo. Como anticipo de la razón, la imaginación no puede proporcionarnos explicaciones demostradas de los fenómenos naturales, pero sí una profusión de ideas, una pléyade de intuiciones y sugerencias que luego habrán de ser sometidas al implacable filtro selectivo de la razón. Variedad y selección son las dos grandes fuerzas de la evolución biológica, y quizás sean también los motores más trascendentales del pensamiento humano. En la discusión que nos ocupa, la selección natural desemboca en una selección racional, guiada no por criterios de eficiencia reproductiva, sino de eficiencia explicativa.

De haber planteado la cuestión sobre las relaciones entre la razón y la fe desde esta óptica, quizás habría sido posible evitar numerosos y traumáticos conflictos.

DIÁLOGO SOBRE LA VERDAD

Cálida la noche, brillante la inmensidad del mar, expresivas la belleza que preside el firmamento y la musicalidad que exhalan los heraldos del silencio, el alma se sincera consigo misma, y la imaginación se pliega ante las preguntas más profundas que invaden la filosofía, la ciencia y el sentimiento. Fluye entonces el deseo de compartir esas ideas que nos intrigan, esos pensamientos que nos inquietan, esos anhelos de vida, amor y entendimiento que nos asaltan sin cesar. ¿Y qué mejor escenario que el evocador sigilo esparcido por astros puros para contemplar el milagro de la comunicación, el don de la reciprocidad y el tesoro de la amistad, esos árboles dorados que reverdecen cuando el aroma que nos une ya no brota de una ambición egoísta, sino de una voluntad límpida de conocimiento, comprensión y entrega?

Ángel: -Me he aventurado, mi querido amigo, por una senda demasiado ardua: la búsqueda de la verdad. He preguntado en esos templos de nuestra sabiduría que son las universidades, las bibliotecas y los ateneos, y, poseído por una curiosidad insanable, me he internado en ese mundo paralelo que todo lo contiene, pero nadie ha respondido cabalmente a mi inquietud: ¿qué es la verdad? Y, más aún, ¿cómo encontrarla?

Ignacio: -No entiendo cómo albergas aún tan altas pretensiones. La verdad representa un término desafortunado. Nuestros ancestros lo inventaron en la aurora de la conciencia porque sentían la necesidad de nombrar lo permanente, una luz que jamás se desvaneciese como se fugan las horas y se marchitan las flores...; pero ese sueño es una ficción, y obedece a un anhelo profundo que avasalla nuestra alma, a una voluntad de contemplar lo inagotable e imperecedero. Desengáñate: la verdad remite tan sólo a un constructo, a una convención, a una ilusión demasiado frágil que nos ha cautivado desde hace ya bastantes siglos, y de cuyo yugo hemos de liberarnos. Sólo conquistaremos una autonomía auténtica si logramos rescatar nuestra mente de imaginarios angostos y vaporosos, y el más volátil de todos ellos lo condensa la idea de verdad. No existe la verdad, tan sólo una vorágine de interpretaciones posibles sobre los hechos que se alzan ante nuestros ojos. Muéstrame un acontecimiento, y yo te ofreceré un sinnúmero de interpretaciones, más o menos plausibles y persuasivas; enséñame una estrella, y yo declamaré una infinidad de versos; bríndame un rostro, y me fascinaré de ilimitadas maneras. ¿No comparece aquí una feliz prueba de nuestra grandeza, pues el poder de nuestra mente no se cierra ante la fatalidad que imponen los hechos?

Ángel: -Pero tus palabras me entristecen hondamente. No exhalan ningún vestigio de pureza. No profesan devoción por la maravilla de la vida.

Ignacio: -¡Ah, la vida...! Pero ¿sabes tú qué es la vida?

Ángel: -Quizás ignore su sentido, pero al menos me afano en conocerlo. Tú te limitas a confesarme que es vano buscar la verdad porque no existe, y tan sólo simboliza un término vacuo, un vocablo hermoso, un ópalo destellante que oculta nihilidad, humo, cenizas sepultadas por la tierra, el viento y el olvido, mas nada emancipado de nuestra subjetividad, nada auténticamente libre y por tanto bello. Lo que dices es oscuro.

Ignacio: -¿Por qué te fascina tanto la permanencia? ¿Acaso palpas alguna realidad perenne en el horizonte cotidiano que trenza tu vida? Tu destino te aboca a la muerte, no a la infinita subsistencia. Has de vivir, y debes recrearte con cada instante que, por efímero y desconsolado, nutra tu existencia, pero no permitas que te embrujen esos hechizos que han embaucado ya a tantos espíritus sumisos y vulnerables. Respira el inveterado aire de nuestro mundo y llénate de vigor, pero no ahogues tu ímpetu de vida. La fortaleza de tu voluntad y la templanza de tu entendimiento te invitarán a atesorar paciencia, a gozar de lo finito y a aspirar a una mejora incesante. Ansiar ya la perfección, la verdad absoluta, ese deslumbramiento tan elevado e insondable por cuya pulcritud suspiraron los místicos, te llevará a naufragar bajo nubes de desesperanza, de apatía, de aburrimiento y cansancio; te impedirá contemplar el claroscuro de la vida y la belleza de la indeterminación. La cruz de la incertidumbre puede esculpir una fuente de apasionamiento y fértil experiencia. En cambio, el sol de la plenitud me ciega, me agota, me anula. Ojalá no sueñe más con él.

Ángel: -Si todo fuera tan sencillo como se deduce de tus palabras, mi querido amigo, yo conquistaría el trofeo de la dicha auténtica, pero la realidad se me antoja mucho más compleja. Si mi meta radica en la muerte, entonces no quiero vivir, porque toda obra, todo fruto de mi voluntad y de mi pensamiento, todo hálito de amor, toda lágrima, toda fantasía, toda caricia, todo beso, todo esfuerzo, todo entusiasmo vertido para contribuir a que amanezca cada día el Sol y su luz nos impulse a tallar los vasos que contengan el futuro, habrá consistido en un desvelo vano: en la inútil pretensión de coronar una cúspide que jamás se desplomara, una montaña tan sólida y pujante que ni los más voraces torbellinos de este inmenso cosmos, ansiosos de absorber nuestra tierra y de enterrar nuestras ansias, pudieran nunca derruirla. Mi mente se muestra incapaz de renunciar a la permanencia.

Ignacio: -¡Qué obsesión tan esclavizadora! ¿Por qué? ¿Por qué esta desesperación fútil? Dirige la vista al verde que baña la vida y al azul que enfervoriza las alturas: ¿crees que esas aves silentes que trabajan, cantan y embellecen el universo aspiran a la permanencia? Perecerán irremediamente, pero habrán tejido una costura digna y hermosa; habrán construido nidos resplandecientes y habrán escrito la biografía del cosmos. Han impreso ya su huella indeleble en la historia de esta realidad tan colosal que nos circunda y a la que pertenecemos como hijos agradecidos: son ya parte irrevocable del firmamento. Lo permanente es inalcanzable, y ni siquiera es concebible. Lo único que podemos imaginar es lo fugaz, es lo que se difumina y por tanto nos insufla un hálito gozoso, cuya fragilidad, cuya brevedad desgarradora, lo convierte en un tesoro codiciable. Lo eterno y permanente es tedioso. Yo, al menos, necesito actividad, energía, desafío, no ese enmudecimiento plácido que anhelaron los monjes medievales y buscaron los ascetas de todos los siglos. Mi verdad es mi vida, es mi carácter pasajero, es mi vulnerabilidad.

Ángel: -Qué sencillo, aséptico e indolente resulta pronunciar esas palabras, amigo mío, pero bien sabes que no puedes hablar con sinceridad absoluta... Jamás creeré que prefieras lo mutable y evanescente, una realidad que con abnegación sirve a la tiranía de una muerte destructora de nuestras creaciones más egregias, a una fuerza que condena nuestros sueños a la desaparición, antes que un don incapaz de sucumbir a potestad alguna, pues se halla investido de un poder eterno, de una pureza cegadora, de una libertad inagotable.

Ignacio: - ¿Cuántas estrellas necesitas aún contemplar? ¿No te has dado cuenta de que más allá de todo fulgor celeste sólo imperan vacíos, abismos y silencios? ¿No has comprendido aún que la llama del verdadero futuro, de ese amor y de esa inteligencia por los que suspiras sin descanso, vibra dentro de ti, en el poder de tu espíritu para expandir la esfera de lo existente? No te obsesiones con lo lejano e inalcanzable: imagina que esos pájaros cuyos cánticos dispersos no cesan de deleitarte entonan en realidad una polifonía de voces melodiosas y acompasadas, tiernas manifestaciones de un arte que desborda la fantasía del hombre. Trata de representar en tu mente cómo esos hermosos seres se hablan los unos a los otros con el lenguaje de la dulzura. Uno responde al verso amoroso que declama el otro, y el resultado es un coro de sonidos angelicales que prorrogan suavemente la magia de un instante efímero. He aquí lo auténticamente eterno, la paz, el equilibrio, la armonía entre el corazón, el cuerpo y el espíritu: el poder de la bondad, la sencillez y la belleza sobre toda ansia desasosegada, sobre toda angustia, sobre todo temor que nos prive del gozo verdadero. Si te dominan miedos e inquietudes desasosegantes, te perderás a ti mismo, y te convertirás en esclavo de tu propia inseguridad. Ábrete a la alegría del mundo, lucha contra el mal, el dolor y la injusticia, busca la sabiduría y eleva tu alma hacia lo que nos une a todos como hombres enamorados de la vida. Lloras, sí, pero que tus lágrimas te inviten a descubrir el mundo, no a encerrarte en ilusiones vanas.

Ángel: -Si en verdad amaras la vida, querrías eternizarla, y te escandalizaría que tantas personas bondadosas se hallen destinadas a perecer en el silencio del mundo.

Ignacio: -¿Hipotecarás tu pensamiento por una posibilidad tan remota como la de una vida futura y un sentido para el existir presente? ¿Comprometerás tu sed de verdad, las flores de tu corazón y de tu mente, el amor que muestras cuando te embarcas en una búsqueda valerosa, insumisa, radiante y llena de experiencias nuevas, por una hipótesis sumamente improbable, por una luz demasiado tenue que nuestros antepasados sólo encendieron para calmar su angustia ante una muerte y una infinitud de mundos desconocidos que abrumaban su conciencia? ¡Qué sacrificio tan absurdo! ¡Qué desperdicio de energías, en vez de saborear los gozos terrenales que podemos compartir con los demás hombres! Respóndeme: ¿qué sentido tiene la vida de un colibrí, que se afana incansablemente en batir sus alas minúsculas a un ritmo vertiginoso de pulsaciones intempestivas, mientras dulcifica un mundo inhóspito y sordo con esa exhibición de belleza celestial que conmueve los estremecidos ojos del hombre? ¿Y el de una hermosa gacela que sacia el hambre de un león? ¿Y el de un ñu que perece en las temibles fauces de un cocodrilo, pero cuya especie, por instinto de supervivencia, no cesa de atravesar ríos infestados de depredadores voraces e inclementes, que de ella dependen para sustentar el ciclo de la existencia y sus crueles jerarquías? ¿Para qué todo este espectáculo que mezcla la belleza más sublime con el dolor más atroz? Estos seres morirán como nosotros; su alma se diluirá en vastedades cósmicas, pero habrán obrado algo grande, habrán existido, habrán compuesto la biografía del mundo, habrán simbolizado el rostro interminable y oculto de lo sublime... Amigo mío, la vida es feroz y egoísta, sólo busca expandirse, y poco importan a sus fuerzas despersonalizadas los trágicos desenlaces de los individuos. A la naturaleza sólo le preocupan los grandes números, la reproducción, el copioso despliegue de sus energías más profundas. Los miembros de cada especie nos asemejamos a piezas minúsculas insertadas en un glorioso mosaico indescifrado. Sustituye una por otra, y poco alterarás el resultado último, la contemplación de ese verde que fascina a los poetas pero asesina a tantas criaturas inocentes.

Ángel: - Pero para impulsar la dinámica de esta inmensidad inabarcable a la que te refieres, tan importante es lo grandioso como lo pequeño, las gigantescas galaxias como las minúsculas amapolas que florecen y se marchitan. Sin lo diminuto no existiría lo magnificente, y yo no puedo dejar de creer que el mundo, incluso en sus detalles más ínfimos, obedece a un designio sublime que la mente humana es incapaz de comprender en su plenitud.

Ignacio: -No te falta razón. La inteligencia humana, si se lo propone, puede descubrir en todo la huella de lo inexorable, aunque muchas veces se trate de puras contingencias. En cualquier caso, este problema, esta disyuntiva entre el azar y la necesidad que ha agobiado a los mayores filósofos, quizás sea irresoluble. Yo sólo te digo una cosa: si amas la vida y quieres perpetuarla, lucha, esfuérgate, investiga, descubre, crea, prolonga su ciclo y construye un mundo nuevo. donde el tiempo no se erija en rey y señor de la materia.

Ángel: -Yo he sentido una luz eterna aposentada en ciertos rostros. Su bondad no puede morir en vano. Lo eterno resplandecía en sus ojos perlados de pureza. Jamás aceptaré que esos actos de altruismo, esas palabras saciadas de piedad e imbuidas de una grandeza inolvidable que han bendecido sus labios, queden en meras anécdotas diluidas en una trama gigantesca, en esa vasta locura que entreteje la indiferencia y la enormidad de este universo aciago. La materia y el silencio no pueden apagar tanto amor. La muerte consagra la injusticia...

Ignacio: -Y nos otorga también la posibilidad de luchar contra sus huestes. Lo eterno rubrica lo injusto, porque nos obliga a vivir sin amar la vida. Yo sólo viviré si me poseo un amor inquebrantable hacia la vida, pues la pasión por existir no tiene por qué dominarme en todo momento. He de ser libre para rechazar la vida y rehuir su fuego deslumbrante. La muerte me libera de la vida. En la vida refulge la felicidad, brilla la sabiduría y se pronuncian palabras que ennoblecen a nuestro género, pero también se derraman lágrimas tan desazonadoras que no siempre merece la pena afanarse en vivir. Debo ser libre de mirar o no al Sol, y de preferir la noche al día. La muerte refrenda el sello de mi libertad. ¡No me prives de mi autonomía, de mi debilidad, de mi final más alabado!

Ángel: -Amo demasiado a la humanidad como para conformarme con la muerte. Ni mi más encarnizado enemigo ha de sufrir el castigo de la desaparición. Sé que soy vulnerable, y comprendo que la fragilidad me atañe consustancialmente. Sé que el sinnúmero de partículas que integran mi cuerpo están destinadas a disolverse en una vastedad que la mente humana no alcanza a concebir, pues desborda toda cifra y rebasa las fronteras de la imaginación. Sé que mis recuerdos pasarán, y mis vocablos pusilánimes se difuminarán en la silente espesura de una materia que no declama versos, ni nos entenece con el fuego de su mirada, pero mi alma y mi corazón no cesan de ansiar una verdad permanente, una luz imperecedera. ¿No te pliegas tú ante la maravilla de que la mente alumbre nociones inmortales?

Ignacio: -Nada es inmortal. Todo concepto constituye un constructo, una articulación de sílabas y significados, de sintaxis y semántica, cuyo único referente dimana del reducido margen de nuestras experiencias o del inescrutable funcionamiento de nuestra mente. No existe un universo colmado de formas perennes, un cosmos donde florezca el color de la eternidad y despunte un sol que jamás se extinga. Con tu muerte, se perderán tus

ideas y se disiparán tus memorias, y cuando expire nuestra extirpe, ¿no se borrará todo rastro de lo imaginado a la luz de los astros y en la gloriosa claridad que bendice el mediodía? Desiste, por tanto, de buscar la verdad y la permanencia. Sólo cuando te percares de su irrevocable lejanía, aprenderás a amarla. Tu única satisfacción debe brotar de certidumbres parciales, de las evidencias empíricas que elucides pertrechado de esa determinación que han cultivado tantos espíritus nobles a lo largo de los siglos. Jamás descubrirás la verdad, porque no existe en su pureza. Si la verdad existiera, no gozarías de libertad. Al no arder su llama, se abre para ti el horizonte de la creación. Forja tú la verdad e inaugura tú el futuro, y así conquistarás tu libertad.

Ángel: -Lo que dices esconde una gran verdad. Tú mismo, que aseguras que la verdad no existe, acabas de revelarme la verdad última, ese misterio tan profundo que busco con un fervor que me carcome, porque no dispongo de energía suficiente para secundar el aplomo que exhiben mis anhelos: la verdad es la creación, y yo debo crear. La verdad es mi futuro, pero mi futuro reside en crear, en poseer el porvenir, para así vivir en plenitud y no exhalar nunca el último suspiro. No estriba en la muerte mi destino, sino en la creación, en cincelar un futuro llamado a erigirse en el rostro de mi verdad. La historia permanece inconclusa: al no estar aún cerrada, queda espacio para la novedad, para la libertad, para la pureza. Brilla aquí la verdad. ¡Oh sí!

Ignacio: -Percibo un entusiasmo prematuro en ti, amigo mío, porque yo sólo aludía a la constatación de que el futuro todavía se alza ante nosotros. Se trata de una evidencia frágil, ciertamente, cuyo suelo no cesa de resquebrajarse cuando nuestros pies caminan sobre él, pues nadie conoce con exactitud cuántos amaneceres derramarán aún su luz límpida sobre nuestros rostros. Pero esta docta ignorancia es bella, porque nos apremia a esforzarnos por crear un don digno, una luz decorosa, una obra dotada de tanta hermosura que nos imbuya de alegría, felicidad y satisfacción. Entonces no temeremos la muerte, y la vastedad del cosmos, esa oscuridad inconmensurable destilada por tantas galaxias que nos envuelven con arcanos ropajes, no nos perturbará. La noche manifestará tanta claridad como el día, e inundaremos el mundo de inteligencia, de bondad, de fervor. Ni siquiera el hombre sellará la cúspide de la evolución, sino que despuntará lo que ha de superar al hombre y debe tomar las riendas de la vida.

Ángel: -La verdad espera nuestro compromiso, nuestra ansia creativa. La verdad crece, y yo he de contribuir a la épica de la verdad. He de entusiasmarme con el mañana para acariciar una verdad aún no clausurada en celdas de silencio. Quizás sea cierto que yo soy la verdad, porque yo decido qué curso debe asumir una parte, aun minúscula, del universo, y de mi entrega a crear, de mi consagración a plantar la semilla de lo nuevo y a soñar, en los tabernáculos de mi inocencia, con un paraíso jamás aposentado en mente alguna, ¿no depende también la vida de la verdad? ¿No soy ya un dios encarnado este pequeño barro de la Tierra?

Ignacio: -Lo que proclamas es cierto y es profundo, pero no olvides que todo aquello que seas capaz de crear con tu sacrificio, toda verdad que esculpa tu tesón, ha de poseer también un carácter perecedero. Sólo lo que muere es libre, pues ha dejado atrás toda cadena y se ha despojado de todo grillete, para así extender sus manos y abrasarse con la llama que exhala el regio fuego de la autonomía...

Ángel: -Lo que yo crearé no morirá jamás. Si mis ojos descubrieran una verdad eterna de la lógica, contemplarían una libertad tan sublime, tan emancipada de esa fragilidad y

esa angostura que tiñen el espacio e impregnan el tiempo, que ninguna potestad amenazaría su simplicidad, su luminosa delicadeza. Si mis manos forjaran una obra que irradiase amor, hermosura y sabiduría, habrían descornado el velo de la limpidez, de la pureza, de una entrega tan inmaculada e incorruptible que no sucumbiría como cautiva de ninguna edad. Sus raíces no se hundirían en tierra alguna, sino que manarían de las fuentes de ese poder último de cuya pujanza todo procede y en cuya mar todas las aguas desembocan; de esa energía primigenia que nadie conoce y cuyo nombre jamás ha sido pronunciado, porque no pueden los labios de la humanidad hacerse cargo de un destello tan profundo, sagrado y bello.

Ignacio: -¿Es Dios una fórmula matemática? ¿Es ese el Dios impasible y desencarnado por cuya luz no cesa de suspirar tu corazón? Respóndeme con claridad, y no te evadas en sutiles refugios mentales destinados a calmar conciencias atormentadas: ¿cómo crea Dios el mundo, si es espíritu puro? ¿Cómo insufla su soplo intangible en el alma de la nada para alumbrar la materia? La exuberancia de palabras, conceptos e imágenes exhibida por las grandes religiones no apagará nunca las llamas de este interrogante legítimo. Entre alabar a un Dios que forja el cosmos y venerar una materia que se configura a sí misma eternamente no encuentro gran diferencia. En ambos casos nos agujijonea el mismo espectro de ignorancia, pero en el primero me veo obligado a postular dos entidades distintas, Dios y el universo, mientras que en el segundo me basta con una sola.

Ángel: -Yo sólo sé que la epopeya del conocimiento humano no cesa de revelar la belleza, la perfección y la armonía del cosmos. Cambia una sola coma del libro de la naturaleza, y nuestra especie, su hermoso bordado de arte, ciencia y amor, se habría disipado entre las brumas de lo imposible. No existiríamos si un orden fascinante y propicio no imperara sobre los resortes del universo. La más ligera alteración en las leyes del firmamento apagaría la llama de la humanidad. Nuestro germen yacía oculto en el origen de todo y en su evolución a través del espacio y el tiempo. Desde el tenue canto de un jilguero hasta la más sublime de las músicas que han brotado del espíritu del hombre, todo evoca consistencia, finalidad y razón.

Ignacio: -¿Qué conoces tú en realidad, triste alma secuestrada por capciosas utopías? ¿De qué certeza incuestionable te atreves a jactarte? ¿Qué bien no transitorio y corruptible alardeas poseer en unas manos caducas y en una mente cuyos descubrimientos serán enterrados por los dueños del futuro?

Ángel: -Hay algo que sé con absoluta certeza: que existo y que $2+2$ son 4. Nadie conculcará nunca estas proposiciones. Ya no existiré, pero no dejará de ser irrefutablemente verdadero que he existido, y que el poder de los enunciados más profundos de la lógica y de la matemática jamás languidecerá.

Ignacio: -Recuerda que las verdades de la lógica y de la matemática no son partícipes de lo eterno. Representan constructos de nuestra mente, un andamiaje de nociones fabricado por nosotros mismos, cuyos cimientos no persistirían sin la valiosa ayuda que les procura nuestra inteligencia. Tan sólo despliegan el germen autocontenido en su propia definición. Pensar que, si existen objetos sensibles, también deben existir objetos inteligibles, constituye una falacia. Y creer en la preexistencia de un arquetipo puro a cuyos compases se amoldan las ideas esconde otro razonamiento sofístico, porque nuestros conceptos proceden de abstracciones, de comparaciones, de patrones

superpuestos y extrapolados. No existe “el hombre en sí”, previo a los individuos reales de cuya observación extraemos la categoría “hombre”. No hay un ser en sí mismo subsistente, pues ¿dónde yacería su esencia? ¿Sobre qué lechos invisibles dormirían sus pulsiones ocultas? ¿Dentro de un cerebro material abocado a disolverse en el vasto caleidoscopio de moléculas que compone este universo corruptible? No te confundas: ese ser no existía con anterioridad a nuestra interacción con un mundo desbordante, con un escenario que, dada su armonía, nos incita a pensar en una entidad perfecta.

Ángel: -Tus labios no podrían proferir esas palabras sin una mente que guiase el lenguaje, encaramada al veloz carro del pensamiento. Sin las alas del espíritu, de lo inmaterial, de una fuerza intangible que penetra en la inteligibilidad del universo, no habría logrado el hombre entender tanto sobre la naturaleza y sobre sí mismo. Sin la mente, sin ese poder admirable que mora en el fondo de cada uno de nosotros, sin ese hito abrupto en la larga trama de la vida que nos permite acariciar la bella condición de dioses y contemplar paisajes infinitos, no conoceríamos, no razonaríamos, no descubriríamos la mutable estructura del cosmos y las eternas leyes de la lógica. La mente se abre a ideas puras, a oposiciones, a conceptos que desafían la rigidez de la materia, a entidades inasequibles desde la mera experiencia del mundo. Alumbramos categorías como “nada”, “cero” o “absoluto”, y las naves que fletan los ángeles intangibles de nuestra racionalidad nos llevan a territorios inexplorados. Los ojos sólo me muestran una miscelánea de acontecimientos erráticos: un pájaro que vuela, el Sol que brilla, nubes que vagan por el horizonte. Sin la luz de la inteligencia, no florecería ningún marco teórico capaz de explicar los hechos observados empíricamente. Si todo es materia, no existe verdadera comprensión, y es vana la aventura científica.

Ignacio: -Yo no menosprecio la materia: yo la exalto. Devotamente admiro su poder para sembrar belleza y obtener sofisticación. Ideas como “entendimiento” obedecen a nuestros propios prejuicios, a los impulsos tentadores de un antropocentrismo cuyo espectro no deja de hostigarnos día y noche. Comprender sólo implica transformar una determinada experiencia en un fenómeno significativo para la mente del hombre, pero no somos la única especie que puebla el universo.

Ángel: -Honestamente, yo estoy de acuerdo en lo injusto de interpretar la evolución de la materia y de la vida desde lentes antropocéntricas. Ahí resplandecen innumerables especies que no han tenido que evolucionar como nosotros, sino que han sobrevivido y se han reproducido en condiciones adversas durante millones de años. Sin embargo, ¿no percibes algo extraño, algo misterioso, algo sublime en el nacimiento de la inteligencia, en la creciente sofisticación del sistema nervioso? ¿No te llama la atención algo, o te parece un mero accidente, un suceso fortuito acaecido en una línea filogenética más? ¿Por qué evolucionó esa línea de mamíferos hacia la inteligencia? ¿Por qué la evolución, cuyo fin consiste en maximizar la función de utilidad de eficiencia reproductiva, ha propiciado el desarrollo de unas capacidades asombrosas, de un talento y de una pasión que nos permiten escribir la *Odisea*, pintar los frescos de la Capilla Sixtina, descubrir las más avanzadas teorías de la física y las matemáticas, amar como los grandes santos y bodhisattvas de la India, iluminar con el sentido ético el corazón y el espíritu de tantos hombres, en la estela de Confucio, Sócrates y Jesús, llegar a la mística, como Sankara, Meister Eckhart y Santa Teresa, viajar al espacio y coronar las cúspides más nobles de la reflexión ...? En suma, yo palpo algo maravilloso, algo que me resisto a contemplar como un acontecimiento puramente accidental e inesperado. Y aunque lo fuera, tampoco me importaría: las leyes de la naturaleza permiten que surja

esta facultad tan sublime, y la ciencia tiene que explicar cómo y por qué emerge una potencia tan descomunal. Sí, sé que la conciencia también es dañina, también puede destruirnos y aniquilar las semillas de la bondad, la vida y el entusiasmo, pero ni todos los tormentos del mundo ensombrecen un ápice la gloria de un simple destello de inteligencia y amor, como los tantos que ha desplegado el hombre a lo largo de los siglos.

Ignacio: -Es heroica esta lucha que tú te afanas en emprender contra el mundo y las evidencias de su silencio, de su carácter inhóspito, de su vastedad ciega ante las deprecaciones del hombre. Somos el producto de las leyes de la naturaleza, y haya nacido nuestro espíritu como un fruto necesario o casual, lo cierto es que todo lo que realiza, piensa e imagina el hombre, todo sueño forjado en las profundidades más recónditas de nuestra esperanza, se halla impregnado de finitud, de oscura pero creativa finitud. Toda obra de nuestras manos es y será siempre efímera. Somos polvo, venimos del polvo y al polvo regresaremos. Debemos disfrutar de este paréntesis fortuito que nos concede la naturaleza.

Ángel: - ¿Y no te maravilla contemplar cómo la mente humana ha descubierto un reducido elenco de leyes y de constantes universales que imperan en la totalidad del cosmos? ¿No te fascina comprobar cómo condensamos el gigantesco libro de la naturaleza en un puñado de hermosos símbolos y de briosas reglas? ¿No te asombra el poder de la inteligencia, de esa minúscula gota de rocío derramada en una exigua y remota región de una galaxia cualquiera, pero cuyo vigor sella un amanecer perpetuo, una aurora de fuerza inescrutable que nos permite sondear la inteligibilidad del firmamento?

Ignacio: -¿Cómo sabes que ya hemos identificado principios, leyes y constantes universales? ¿Cómo garantizas que los hallazgos del hombre no constituyen meros episodios abocados a disiparse en hondas brumas de perplejidad? ¿Acaso puedes demostrar que la totalidad de este universo potencialmente infinito se rige por una serie de contenidos plasmados en meras convenciones lingüísticas, investidas de un significado que no alcanzamos a elucidar por completo? Lo eterno constituye un espejismo, y tu angustia parece caminar por desiertos infinitos transidos de un calor inhumano. El sol de las ilusiones te ciega, y tu sed es tan intensa y dolorosa que divisas manantiales diáfanos donde sólo enmudece la arena y sufren las rocas. Ningún ángel descenderá para entregarte un agua que te sacie, y ningún buen samaritano te rescatará de tu tormento desconsolado. Debes convertirte en el héroe de tu libertad. Escapa de ese desierto de apariencias y convéncete de que la verdad es la pequeñez, es la mutabilidad, es la finitud. Beberás entonces el agua de un oasis tan puro que lo amarás profundamente, y respirarás un aire tan virginal que te consagrarás sin vacilación a la docta empresa de crear, de forjar lo nuevo.

Ángel: -Constatar lo que hay, advertir que subsiste una realidad cuya luz nos circunda, un ser que nos engloba, ¿no irradia ya la chispa, por tímida y enigmática, de una verdad permanente?

Ignacio: -Tu suposición se sustenta sobre pilares excesivamente frágiles, pues todo lo que hay, todo cuanto nos envuelve y vigoriza, cambia incesantemente. Tu intelecto se adecuará a una realidad mutable y pasajera. No percibo ningún atisbo de permanencia en este aire que me oxigena. Las aguas límpidas que refrescan mi cuerpo se mueven

irrevocablemente. El embrujo de los cánticos de amor que entonaron los poetas se extinguirá cuando la humanidad desaparezca del mundo. Como proclamara el sabio, todo fluye y nada persiste.

Ángel: -Subsiste el todo; permanece el universo. Quizás todo fluya, pero todo ha de dimanar de una misma fuente y converger hacia un común océano. ¿No reverbera aquí una verdad indubitable, capaz de conquistar nuestro intelecto?

Ignacio: -Se trata, sin embargo, de una verdad desconsoladora, demasiado áspera, demasiado inerte. No respira, no sonrío y no llora. Esa verdad no colma mis ansias. Rubrica un continente sin contenido: una certeza tan impersonal, tan vacía, tan desprovista de la savia que derrochan los doctos rayos de la vida, que no contemplo ese pálpito de permanencia por cuya luz pródiga suspiras con tanto y tan hermoso desvelo. Amigo mío, sé que buscas con pasión, belleza y honestidad porque te mueve un amor profundo y valeroso hacia el hombre y sus creaciones, mayor que el de cualquier dios o ángel, y me emociona que en tus lágrimas desemboquen los llantos de toda nuestra especie; pero la verdad estriba en la muerte, radica en el desvanecimiento, apunta al ocaso... Aceptarlo no equivale a rendirse en tardes de abatimiento: nos exhorta a alabar la fuente de la naturaleza, el poder de renovación de este inmenso océano que surcan nuestras naves osadas. Reconocer la muerte entraña adorar la vida; invita a un recogimiento piadoso ante la magia que exhala cada flamante amanecer, cada aurora que sella las noches y sepulta los crepúsculos, para así propiciar que rejuvenezca un mundo fatigado. No puede permanecer lo que hoy brilla en nuestra tierra, porque ha de soplar un nuevo ímpetu, un nuevo aire, el germen de una nueva maravilla.

Ángel: -¡Para ti todo es perecedero y desolador! Tu discurso me angustia, pues no glorifica la magia del pensamiento, de ese tesoro divino que custodiamos en la fragilidad de nuestros cuerpos y de nuestra imaginación. Con el pensamiento, me elevo más allá de las fronteras del tiempo y de los abismos del espacio; gracias a él, toda oscuridad puede transformarse en la más radiante y bella de las luces. El pensamiento permanece; acrisola un poder que nos ha flanqueado desde los recónditos albores de nuestra estirpe; despliega una energía que frisa con lo excelso. Y yo no quiero renunciar a ejercer este don, este prodigio, este cálido presagio de lo eterno.

Ignacio: - Por entusiasmarte con fantasías hermosas y mistificadoras que enternecen todo oído sensible, y por postular entidades ficticias de cuya existencia no posees evidencia alguna, no descubrirás la verdad, sino que te engañarás a ti mismo de modo flagrante, al concebir una respuesta que aún no has alcanzado. Hemos de ser humildes. Debemos imbuirnos del sencillo aroma del compromiso y de la confianza, afanados en encontrar verdades siempre provisionales. La soberbia de quien prescinde por completo de ese horizonte de indefinición y, en lugar de emprender una búsqueda honesta de esa luz que aún no conoce, ofrece una contestación inmediata al interrogante que plantea se me antoja muy nociva, sumamente peligrosa para todo anhelo de aprendizaje y todo proyecto de crecimiento intelectual. Convéncete de que en nosotros habita un exceso de curiosidad indómita, una capacidad de formular cuestiones que rebasa con creces el poder de nuestra inteligencia; pero quien cree disponer de la solución a un misterio cuando la perseverancia humana todavía no la ha conquistado, ¿no incurre en una falsedad inocultable, a cuyos oscuros pozos, por desgracia, muchos espíritus elevados han sucumbido con frecuencia?

Ángel: -Tú mismo admites que mora en nosotros un exceso de curiosidad, un deseo potencialmente infinito, pero ¿por qué? ¿Qué lo motiva? ¿De dónde dimana esa fuerza, esa energía creadora que nos impulsa sin cesar a plantear preguntas, más allá de nuestra capacidad de responderlas?

Ignacio: -Lo ignoro. No me inquieta reconocerlo: no lo sé. Y, precisamente por ello, continúo entusiasmado con la empresa intelectual humana y con toda búsqueda que, iluminada por las estrellas del tesón, la humildad y la valentía, suspire por esclarecer aquello que ahora adolece de oscuridad en el ávido seno de nuestra mente. Nos hemos entregado al conocimiento; hemos consagrado innumerables energías a la belleza de descubrir verdades sobre el universo y la vida humana, aun fragmentarias y de carácter inexorablemente provisional, y nos hemos propuesto crear un mundo que, espero, sea cada vez más digno de acoger nuestro fervor y de tutelar nuestro sacrificio. Todo este esfuerzo me enorgullece hondamente, y por eso alabo a la humanidad y canto sus triunfos. ¿No te llena a ti también de honra todo este despliegue de coraje y perseverancia? ¿No se vanagloria también tu espíritu, pues es humano como el mío?

Ángel: -Me colma de gratitud, porque no puedo sino admirar esa dedicación tan desprendida, ese vigor que ha exhalado el espíritu del hombre para desentrañar los misterios del universo e impulsar la historia hacia un futuro siempre nebuloso. Me fascina tanta y tan reverberante energía volcada en la búsqueda de la verdad; me estremecen las dimensiones inabordables que adquiere nuestra voluntad de perfeccionamiento, cuyo rayo nunca se apaga. Y por esta razón no me siento capaz de creer que la verdad última, la totalidad, el más recóndito fondo de todo cuanto nos rodea, constituya una realidad inalcanzable, un tesoro prohibido, un fruto con cuya delicadeza jamás nos deleitaremos. ¿Por qué han de resonar, también hoy, ecos que reflejan una belleza primordial, si nuestros corazones ya no abrazan esa fe que enterneció nuestra juventud, ese apego hacia lo incondicionado, esos vestigios que evocan inocencia y traslucen destellos de amor puro? ¿Por qué se enclava aún en nuestro ser una flecha que transparenta la luminosidad del cielo, si nuestras almas creen haberse despojado de toda huella de trascendencia? ¿Por qué no cesan de golpear sobre nuestras puertas y de llamarnos por nuestros nombres? ¿Por qué todavía derraman lágrimas nuestros ojos cuando se exponen a ese misterio, a esa sombra de lo desconocido, a esa espina de una rosa eterna, a esa noticia que nos habla sobre mundos bañados de plenitud?

Ignacio: -Comprendo tu inquietud, tu ansia, la gravedad de tu desazón, mas insisto: los bálsamos bellos pero irreales que construyes en tu imaginación no contribuirán a disipar este anochecer, transido de duda y teñido de ignorancia, que hoy nos atrapa con sus espesas redes de olvido. Mi escepticismo no brota de la indolencia; tampoco emerge de la incapacidad de maravillarme ante los prodigios científicos y las creaciones más sublimes que en ocasiones forja el ser humano -prefiero no apelar al horror, a la desolación, al odio que también hemos esculpido con nuestras propias manos maculadas-. Mi recelo frente a la idea de una verdad última procede de una constatación innegable: nada es puro en el mundo; nada ha sido bendecido con el don de la incorruptibilidad.

Ángel: -¿Cómo lo sabes? ¿Por qué hablas con tanta suficiencia? ¿No persisten aún infinitos misterios que quizás transformen por completo nuestra ciencia, nuestra filosofía, nuestro lenguaje, nuestra voluntad y nuestra sensibilidad? ¿No resulta muy

osado exaltar el poder presente de la razón? ¿Cómo excluir que, en un futuro recóndito, la naturaleza de nuestra mente experimente una metamorfosis radical, y todo cuanto hoy se nos antoja oscuro termine por desprender la luz más pura imaginable?

Ignacio: -No poseo evidencia alguna de una instancia, teóricamente supramundana, en la que afloren esos sueños tan hermosos con cuyo aroma hemos embriagado nuestra fantasía y saciado nuestro desconsuelo a lo largo de los siglos. Me basta contemplar lo que me rodea para venerar la complejidad que enaltece el universo, y adorar ese poder tan misterioso que custodiamos, vigor que nos permite cincelar portentos admirables, pero también diseminar maldad y esparcir oscuros haces de consternación por los senderos de la vida. No necesito obsesionarme con entidades hipotéticas, con sombras inasequibles a toda prueba, que parecen difuminar nuestra ignorancia bajo vestimentas seductoras y máscaras agradables. Sus píldoras quizás me proporcionen un desahogo episódico, un alivio ante la angustia existencial que a todos nos invade en algún momento de nuestras vidas, pero se trata de un fenómeno efímero, fruto del acuciante anhelo humano de seguridad psicológica ante un cosmos mutable. Además, ¿cómo elucidaríamos en cuál de las religiones resplandece la verdad desnuda, más allá de preceptos éticos que probablemente hayan sido eficaces para fomentar el crecimiento espiritual del hombre? Si aceptamos que ha de despuntar la luz de una respuesta a las preguntas que formula nuestra alma desasosegada -salvo en el caso de que nuestro afán interrogativo obedezca a motivos meramente retóricos o sólo se halle destinado a enardecer la llama de la imaginación poética-, deberemos entonces especificar un modo, una metodología que nos capacite para ofrecer una contestación plausible. Mas ¿cómo lograrlo, si los enunciados esgrimidos por las religiones no son susceptibles de comprobación; si se exoneran deliberadamente de todo contraste empírico y viven imbuidos en su propia placidez, absortos en la circularidad del mundo que ellos mismos tejen: inmersos en un cosmos anegado de sentimientos ancestrales, bañado de una piedad que rezuma temor a la muerte, y en cuya delicadeza se transpira una intensa agonía ante la limitación y el silencio?

Ángel: -Tus palabras parecen exhortarme a profesar fe no en la invisibilidad del cielo, sino en la pujanza de la tierra. Me aconsejas que vuelque mis ansias hacia la vida, hacia el tiempo, hacia el espacio... Me invitas a pisar con firmeza un suelo herido, magullado, regado de sangre y plagado de desolación, anegado de silencio y de recuerdos perdidos que se arremolinan en memorias flageladas; un polvo que sólo exuda vacío y sugiere abandono. ¿Qué destino les ha deparado la tierra a tantos corazones que albergaron sueños nobles y diseminaron la dulce fragancia del amor entre sus semejantes? Estas almas sacrificaron su existencia en aras de una justicia cuya flor jamás despunta en el seno de esta naturaleza inhóspita, donde tan sólo priman la fuerza, la arbitrariedad y la indolencia. Yo, en cambio, tributo todo mi poder de fascinación al espíritu, a esa luz enérgica que desafía el mundo y forja su propio cosmos, recóndito, bello, insondable; tan hialino, tan límpido, tan cercano a un don cuya claridad evoca lo incondicionado, que ningún objeto de la tierra, ninguna mano humana, por tierna, suave y honesta, es capaz de asirlo y encapsularlo en las frágiles crisálidas de la razón. En él resplandece un universo perfumado de libertad, y, presa de una nitidez que clama a las alturas, su autonomía contrasta con las férreas cadenas que atan la vida a los designios irrevocables de la Tierra. Su hermosura vence los grilletes que sujetan la materia al imperio de leyes ciegas e inexorables, al gobierno ejercido por una necesidad que no entiende de amor, justicia o compasión. El espíritu se alza sobre el mundo y edifica un escenario nuevo, un amanecer que nos resarce de tanto dolor, de tanta angustia, de tanta soledad promulgada

por autoridades inmisericordes. El espíritu, la conciencia, esa interioridad que elude, por su pureza, su piedad y su tersura, el ingrato dominio de los conceptos, ¿no exhala reflejos de un mundo primordial, de una verdad que trasciende la angostura del espacio y desborda la estrechez del tiempo? ¿No resuenan aquí los ecos de una dimensión inaprehensible, mas no por ello irreal?

Ignacio: -Me satisface mi finitud, así como la provisionalidad inherente al séquito de verdades que hoy conozco. Quizás otras almas se encuentren esclavizadas por el miedo, pero no me siento culpable de la debilidad que aflige a tantos seres humanos cuando sus corazones han de afrontar una evidencia incontestable y probablemente entristecedora: la cruda constatación de nuestro carácter perecedero y de nuestra soledad en las vastedades de este cosmos.

Ángel: -Esa soledad a la que te refieres se me antojaría real, e inyectaría un veneno tan letal en mi sangre que me privaría de inmediato de toda fuerza creadora, si no advirtiera que, por razones cuya profundidad quizás nadie alcance a comprender cabalmente, todos hemos nacido dotados de una facultad asombrosa: el pensamiento. La mente se percata de nuestra singularidad en la inmensidad de un cosmos silencioso, sordo y oscuro, pero a través de nuestro intelecto, ¿no gozamos de la capacidad de pronunciar palabras colmadas de verdad y regadas de hermosura, cuya pujanza nos brinda, de alguna manera, esos verbos consoladores que buscábamos, aprisionados en mudas celdas de agonía, en medio del vacío que satura los espacios siderales? Porque poseemos pensamiento, espíritu, alma, voluntad, creación, finalidad... -¡llamémoslo de cualquier modo!-, nos abrimos a la verdad pura, al descubrimiento de lo que no perece, a la reflexión, al cuestionamiento del cosmos y a la exploración de la vida, a la relativización de lo dado para trascender la inmediatez que enceguece nuestros sentidos. Descorrer el velo de la verdad enciende una luz que me subyuga desde sus tribunas de hondura infinita, pues palpo un beso divino, un obsequio sobrehumano, un don que nos diferencia, inconmensurablemente, del resto de las formas materiales que pueblan el universo.

Ignacio: -La legendaria dulzura de esas religiones que se dicen reveladas parece haber hechizado tu espíritu con el mismo éxtasis de imaginación y policromía que anega las profundidades de tantas almas inocentes. Pero ¿acaso he de creer que el destino de la humanidad se decidió en una insignificante provincia romana, o en Arabia, o en Judea? No, el porvenir del hombre se decide en cada instante, en cada espíritu, en cada espacio. Tú y yo somos hoy profetas, ángeles y dioses que plantan la semilla del mañana.

Ángel: -Poco me importa rendirme ante promesas que ayudan al hombre a vivir y a superar los horrores del mundo. Mientras infundan bondad en nuestros corazones, inspiren sentimientos bellos y consuelen nuestra tristeza, no me inquieta si beben o no de las fuentes de la verdad. No sólo de certezas vive el alma humana, sino de palabras capaces de forjar emociones tan puras, hermosas y enaltecidas como para insuflarnos amor hacia la existencia y compasión hacia nuestros semejantes. Todo lo demás es vano. Considero la felicidad del hombre más útil y apremiante que todas las verdades que descubra la ciencia.

Ignacio: -Entiendo lo que dices, pero no necesitamos religiones para conquistar esos sentimientos tan hermosos por cuya luz de suaves y límpidos rayos suspira la inocencia de tu corazón herido. Nosotros podemos acariciarlos con el único auxilio de la razón, la

sinceridad y la entrega, si asumimos un compromiso con ideales nobles que dignifiquen la epopeya humana. Los credos nos conducen fácilmente a una espiral de dogmatismo, intolerancia y ceguera espiritual. Sus prejuicios entorpecen nuestro progreso en los arduos senderos de la sabiduría, y encorsetan la inteligencia en las oscuras celdas del desconocimiento deliberado. Miradas fríamente, sus afirmaciones son o falsas o incontrastables. Los vestigios de verdad que laten en sus doctrinas no son suyos, sino patrimonio de la razón universal, que por sí misma alcanza esas certezas sin apelar a revelaciones, prédicas o argumentos de autoridad dudosa. Yo sólo admito tres dogmas: los irrevocables hechos empíricos, las evidencias lógicas y la importancia de albergar un espíritu abierto a la búsqueda perenne de la verdad. Y no puedo ocultarlo: yo admiro más a quien busca a Dios que a quien asegura haberlo encontrado. La historia, la vida del hombre, es una carrera incesante hacia el infinito, hacia una verdad que ninguna religión posee.

Ángel: -En tu discurso no dejas de exaltar la autosuficiencia del hombre para conocer, vivir y desarrollarse. Lo digo con honestidad absoluta: yo creo que existe un espíritu infinitamente superior al nuestro, una fuerza que nos desborda de manera inconmensurable, una inteligencia que ya ha descubierto todas las verdades de lo real y lo posible, una mente futura que humillará nuestra altivez y sólo irradiará amor, sabiduría y belleza.

Ignacio: -Te secuestra amargamente la nostalgia de lo divino. Tú construyes tu propio Dios con conceptos bellos y aspiraciones nobles, pero tu mente sólo produce un juguete roto, una marioneta enmascarada que se limita a desempeñar el rol que tú le encomiendas, un títere que sacie tus necesidades espirituales. Como tantos teólogos a lo largo de la historia, caes en los mismos vicios, mientras atrapas intuiciones profundas en las frágiles redes de tu voluntad ansiosa y de tus preferencias irrenunciables. No buscas la verdad, sino tu propio consuelo.

Ángel: -Millones de hombres y mujeres así lo han hecho durante siglos. ¿Te atreves a acusarnos a todos de padecer una locura no sanada? ¿Quién eres tú para despachar tan gélidamente innumerables esperanzas, amores y heroísmos que ha inspirado esta creencia?

Ignacio: -No logro entender qué se esconde tras el apelativo “divino”. En la irredenta palabra “Dios”, ¿no ha condensado la humanidad todos sus sueños, sus aspiraciones más esperanzadoras, sus pensamientos más inquietantes, su imperiosa sed de un amor puro? Pero la misma incongruencia que fractura sus anhelos oscurece el concepto fundamental de cualquier religión. Desengáñate: la noción monoteísta de Dios, cuyos ecos resuenan en tu fe filosófica, se halla plagada de contradicciones irresolubles. Por ejemplo, libros teóricamente revelados nos dicen que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. ¿Únicamente en el plano espiritual forjó ese fiel espejo de su ser más íntimo, hechura de sus manos que se habría encarnado en cada uno de nosotros? ¿Por qué las teologías se afanan en circunscribir la acción de Dios al ámbito del espíritu intangible, y cercenan de su ser los bellos atributos de la materia? Si Dios se hubiera reflejado en nosotros, en esta pobre mezcolanza de grandeza y pequeñez, entonces tendría sexo, o integraría lo masculino y lo femenino en una síntesis superadora de todos los antagonismos que nos invaden. Dios debería reconciliarlo todo y asumir también la materia. ¿De dónde el temor a la materia, a su colorido, a su espesura, a su exuberancia, a su voluptuosa vastedad? ¿Por qué tantos se avergüenzan de sus virtualidades y la

tachan como algo sucio, corrupto, foco de espurias adulteraciones, talismán degradado en comparación con la limpidez del alma y la claridad de las ideas?

Ángel: -Olvidas, mi querido amigo, que “Dios” evoca, sí, amor, esperanza y necesidad, pero también traduce, en un lenguaje conmovedoramente sencillo, una evidencia inapelable: siempre subsistirán misterios que desbordarán el alcance del entendimiento humano. Los tibios destellos de esa esfera que nos deslumbra, de ese reino cuyo vigor excede inconmensurablemente las energías del hombre, resaltan nuestra flaqueza y nos conminan a arrodillarnos ante lo desconocido. Esta actitud piadosa no manifiesta debilidad, sino que brota de la humilde admisión de nuestras carencias insoslayables. Expresa el anhelo de peregrinar hacia esa meta última que nos subyuga y estremece.

Ignacio: - Cuando alguien afirma que una determinada cuestión desborda el alcance de la ciencia, cree distinguir ya ese horizonte recóndito, asegura haber caminado ya por esas sendas ahora inasequibles al método más eficaz que ha inventado la razón en sus dimensiones especulativa y empírica. Pero ¿cómo lo hace? ¿Cómo sabe que un misterio trasciende el poder de la ciencia? ¿Qué medios emplea para dibujar semejante conclusión? ¿Qué púlpito privilegiado posee para observar esa extensión vasta, nebulosa y teóricamente ajena a la ciencia? ¿Con qué legitimidad nos dice ya hoy que ha descubierto hasta dónde llega el faro de la ciencia y a partir de qué brumosas cimas flaquean su vigor y su hermosura? ¿Acaso no fundamenta su alegato en intuiciones vaporosas, en tradiciones atávicas y en su propio deseo de preservar un resquicio inagotable para la religión, la poesía y el sentimiento? Te aconsejo vivamente que huyas de esas teologías de vía muerta que te atrapan, enquistadas en representaciones fantasiosas y en discusiones estériles, reacias a juzgar críticamente sus conceptos, imágenes y proyecciones, incapaces de formularse una pregunta tan directa como reveladora: ¿es esto verdad? ¿Tiene sentido? ¿No habré hipotecado mi intelecto con nociones caducas, anacrónicas, opresivas, vestigios de mundos desvanecidos que ya no ofrecen un significado para el alma del hombre actual?

Ángel: -Expuestas ante el resplandor de lo infinito, todas nuestras conquistas languidecen y pierden su grandeza. Por mucho que progrese el hombre, por profundas y elevadas verdades que descubra con su tesón y su irrestricta curiosidad, siempre se asemejarán a meras gotas abocadas a diluirse en mares ilimitados. Yo admiro los logros de nuestra stirpe, la brillantez de tantas civilizaciones que han ennoblecido el arte y han impulsado la ciencia, pero todo se me antoja vano cuando me pregunto por el corazón, el sentimiento y el destino. Yo necesito esa luz inextinguible, esa rosa jamás marchita que exhale las fragancias más puras y nos revele su propio rostro, su nombre inabordable, la recóndita pasión que late en sus espinas. Sólo ella misma, libre y generosamente, podría comunicarnos quién es y qué espera de nosotros.

Ignacio: -Sin embargo, el problema más acuciante de esta fe, fuente de un néctar tan sabroso y promisorio como estéril y ficticio, repleto de melifluas sutilezas y de capciosos sofismas, no estriba en profesar creencias en milagros y en supersticiones parejas, en extravagancias que violan las leyes promulgadas por una naturaleza inexorable y quiebran la elegante armonía que permea el universo, sino en su incapacidad para venerar la belleza de una historia abierta, de una senda no clausurada.

Esclerotizan nuestros conceptos y osifican nuestros deseos, pues ¿para qué vivir, para qué gozar, para qué sufrir, para qué soñar, para qué evocar nuevas fantasías, para qué degustar maravillas rejuvenecedoras y abrazar flamantes utopías, para qué emprender la búsqueda del conocimiento y disponernos a descubrir el amor, a reverdecer la sabiduría y a cultivar la hermosura, si la verdad última ha descendido ya en forma de letras redactadas hace muchos siglos? ¿Qué sentido encontraremos en circunnavegar los mares, en transfigurar la tierra y en explorar los cielos, si nada nuevo despuntará bajo un sol cuyo soberano más egregio nos ha obsequiado ya, fruto de su libérrima providencia, con la certeza suma y con las más hondas respuestas a nuestras ansias infinitas? El quietismo, extraña doctrina proclamada por algunos místicos del Barroco, quienes sostenían que la plenitud de la vida, la perfección en el existir, la santidad auténtica, consiste únicamente en contemplar, en suspender la acción, en abolir la voluntad y en cerrar los ufanos pórticos del intelecto, sólo imbuidos del silencio sobrecogedor que exhalan las alturas, para, a través de esa quietud inspiradora, propiciar que lo divino se comunique con la sede del corazón y con el trono del alma, no se me antoja otra de las muchas locuras que han proferido los teólogos y los filósofos a lo largo de la historia, sino una enseñanza valiente, noble y perspicaz: si Dios se ha revelado a los seres humanos, no hemos de anhelar nada ni afanarnos en comprender el mundo; basta con respirar el aire de la sagrada quietud, porque todo se ha esclarecido ya, todo bien ha sido dispensado y todo futuro anticipado. Emancipémonos de textos polvorientos y de versiones espurias, de palabras muertas escritas hace demasiados años por espíritus ajenos a muchas de nuestras inquietudes. Sirvamos a la verdad por sí misma, sola y desnuda.

Ángel: -Yo busco lo divino más allá de las religiones, los libros y los dogmas. Me fascina la sabiduría, tanto o más que el amor y la belleza. ¿No constituye esta trinidad de anhelos una aspiración ante cuya pulcritud han claudicado nuestros ancestros desde hace siglos? ¿Y te atreves a afirmar que las próximas generaciones se verán libres de sondear estos sagrados ideales? ¿No irán tras ellos con un esmero aún mayor y más límpido que ese entusiasmo cuyo fuego nos ha bendecido a nosotros con la pujante luz su inocencia? Revelar que la meta de la vida no puede resultarle ajena a la pureza salvífica del triduo integrado por el amor, la hermosura y la sabiduría no implica aniquilar todo vislumbre del futuro, ni fortificar la historia en una atalaya inexpugnable y pesarosa, en extensiones donde nunca más penetren los cálidos vientos de la novedad, unos céfiros tonificados por la sana ambición de descubrir océanos desconocidos y de pronunciar palabras nuevas. Más bien refleja el íntimo arcano de nuestro ser: un deseo infinito que sólo encontraría saciedad en el reino de la infinitud. Lo infinito es inalcanzable por medios finitos, pero, al desbordar lo finito, inunda toda la historia con sus aguas, y la desentumece con la mansedumbre esparcida por su hálito. La naturaleza humana quizás crezca, al igual que aumentarán el acervo de nuestra cultura y el patrimonio atesorado por la corona de nuestra ciencia. Conquistaremos, por qué no, los espacios siderales y majestuosos que embelesaron a nuestros antepasados en las noches enmudecidas de la primavera, del estío, del otoño y del invierno; pero esa novedad que tanto te subyuga, esa voluntad de reservarle al futuro una autonomía que juzgas incompatible con la revelación de verdades definitivas en el pasado o en el presente, no debe exigir la eclosión de una realidad que difiera irreparablemente de esa luz ya intuida por los sabios de la antigüedad, por los santos, por los enamorados y por los profetas, sino que su fuerza y su secreto han de residir en una exhortación: la de adentrarnos, imbuidos de mayores grados de osadía y determinación, en el significado de las verdades últimas que avasallan nuestra curiosidad, para así ensanchar las fronteras del

pensamiento y expandir las energías de la vida. Un futuro desligado por completo del presente, un porvenir que rompiera todo lazo con esta delicada tela que hilvana el pretérito con los resortes del hoy, y nuestro ocaso con la senda del mañana incesante, traicionaría una esperanza que ha albergado el corazón del hombre desde tiempos inmemoriales: el ansia de avanzar, sí, hacia la perenne y exultante aurora, mas sin olvidar jamás que muchos otros nos precedieron en este sueño... ¡Qué injusto sería desentrañar una novedad tan cegadora, tan despojada de todo vínculo con la dinámica de la historia, que excavase brechas inatacables, invictas fallas geológicas, abismos infranqueables e insumisos entre quienes nos otorgaron el don de la vida y cuantos, como almas privilegiadas, están llamados a disfrutar de su mejor cosecha en las inescrutables horas venideras!...

Ignacio: -Tú te conformas con la humanidad, y te pliegas ante la ductilidad que esparcen sus deseos. Te entristece presagiar que todo esfuerzo suyo se habrá desplegado en vano. Yo pienso en un poder que superará la luz del hombre y plantará una semilla refrescante que nos brinde novedad, enaltecida novedad. No he elegido nacer como hombre, y poco apego guardo hacia una estirpe que pincela frescos sublimes al tiempo que desata los caudales del mal y difunde las brumas del egoísmo. Yo me desvivo por aquello que rebasará los confines de lo humano y encenderá un sol de rayos inéditos. Algunas personas carecen de la suficiente inteligencia y de la necesaria voluntad -o de la precisa combinación de ambas- para aventurarse a meditar de modo autónomo, honesto y valeroso. Prefieren refugiarse en consignas, dogmas e ideologías. Sucumben al dominio de una cobardía tenebrosa y de una amarga falta de entusiasmo ante la vida. Esta actitud la juzgo de una puerilidad insospechadamente dañina para el desarrollo del espíritu, para el ejercicio de la conciencia. Yo no busco amparo en seguridades ficticias, como si suspirara por atarme de nuevo a ese cordón umbilical que me vinculaba, cálidamente, con los pródigos dones que me ofrecía la ternura de la placenta materna. No pretendo esconderme en certezas etéreas sobre la existencia individual y colectiva, sino que ansío convertirme en dueño de mí mismo, en maestro y artífice de mis propios conceptos. Venero a los sabios, y me nutro convenientemente de su consejo, pero sólo si sus enseñanzas me permiten afinar más mi reflexión, y bucear, con mayor agudeza y deleite, en el fatigoso océano que custodia la perla del conocimiento; nunca si sus dictámenes me ciegan ante la belleza de mi libertad, o eclipsan mi deseo de gozar de esta vida que me ha otorgado, misteriosa y gratuitamente, el hado de la diosa fortuna. ¿Y acaso resplandece una felicidad más perdurable, profunda y apasionada que el placer alcanzado cuando nos sentimos libres, cuando palpamos que toda palabra exhalada por nuestros labios y toda noción cultivada en el seno de nuestra mente brotan como fruto de la sinceridad, como néctar extraído de una ponderación cuidadosa y de un compromiso firme, en lugar de surgir del temor, de la esclavitud o de la indiferencia?

Ángel: -Creceremos, sí, como humanidad; nuestros descubrimientos excederán inconmensurablemente la esfera de lo imaginable, y quizás inauguren, en la más remota lejanía, el radiante reino que acoja a una nueva y bienaventurada estirpe, ennoblecida por un vigor tan puro como para tomar el afanoso testigo que durante siglos han acarreado nuestros hombros flácidos y nuestras espaldas decaídas. Sin embargo, la verdad revelada por el intelecto no languidecerá jamás. El relámpago de lo eterno no cesa de tronar cuando avivamos las ideas más puras, bellas y aleccionadoras.

Ignacio: -Muéstrame entonces una verdad permanente que desvele el pensamiento, si toda luz escrutada por esa fuerza innombrable que alumbra conceptos y forja

civilizaciones, pero derrama también sangre y esparce dolor, disemina odio y rezuma venganza, propaga enemistad e inyecta rencor, subsiste presa de un tiempo siempre aciago y de una materia indolente, ensordecida frente a todo anhelo de inmortalidad. ¿Cuál es la verdad de la naturaleza? ¿La fiereza, la crueldad, la victoria del fuerte sobre el débil? ¿Y en qué radica la verdad sobre la condición humana? ¡Ah sí, algo persiste en nuestra historia, una realidad permanece junto a nosotros sin emprender nunca el vuelo y abandonarnos de modo definitivo! Es el mal, es el egoísmo, es la soberbia, es la apetencia desbocada de poder, gloria y reconocimiento; las ansias descomedidas de un más, de un horizonte inagotable que ni los dioses saciarían. ¿De qué nos sirve concebir la misericordia, y enternecernos con el sublime imaginario de la piedad, si en la historia priman la ausencia de clemencia y la orfandad de amor? Creíamos tallar un don eterno, una virtud permanente y una generosidad angélica, pero de nuestro espíritu sólo ha surgido la inconstancia de un compromiso jamás consumado con la sabiduría, la belleza y el amor. Nos seduce la concordia, nos fascina el desprendimiento, nos embelesa la santidad de quien entrega su vida a sus hermanos, pero el bien acrisola una breve anécdota, porque en el fondo de nuestros corazones rige un egoísmo intenso, desalentador, inabordable. Nos hallamos embebidos de los vapores que destilan sus tinieblas y su sed de triunfo; ese deseo irredento de eternidad cuyas máscaras esconden un solipsismo clamoroso, la punzante huella de una ambición desaforada... ¡Qué verdad tan oscura, y tú buscabas luz...! Amas en exceso al ser humano. Te conmueve su dolor. Te embarga su reciedumbre. Yo ya no creo en la humanidad. Tan sólo contemplo la naturaleza; tan sólo veo cómo se fugan los días y se disipan las culturas, pero en sus dominios descubro sosiego, e incluso acaricio rosas de felicidad.

Ángel: -Yo concibo lo eterno, y lo amo, y lo glorifico, y me imbuyo de su docto aroma. Y al propiciar que la pródiga idea de eternidad more en mi mente, contemplo ya un horizonte que no muere. Sé que multitud de fuerzas centrífugas, tristes y disgregadoras amenazan con quebrantar la unidad de mi ser, esa armonía por cuya paz suspiro, esa integración última entre mi sentimiento, mi voluntad y mi pensar. Pretenden despojarme de mí mismo y convertirme en un ente fragmentario, engegucido ante su vocación más honda y enaltecedora. Codician privarme de todo control sobre mi propia intimidad, y sobre ese foco a cuya calidez he de orientar la luz que fogosamente irradian mis anhelos indómitos. Su sombra, atrincherada en fosos recónditos e insospechados, me intimida sin clemencia, y no cesa de amagar con trocear un corazón ya dolido en pedazos irreconocibles, para, a imagen y semejanza de lo que narra un antiguo mito egipcio, esparcir esas porciones del cuerpo y diseminar esos retazos del espíritu por el inmenso tapiz del cosmos, sin que ninguna diosa bañada de gentileza, ninguna Isis portadora del rocío de la sabiduría, se disponga a reunirlos de nuevo en su prístina plenitud. Unos espectros esquivos, pero peligrosos, se ciernen sobre mí, y tratan de embestirme y fraccionarme con sus violentas y afiladas garras, para que nunca más contemple esa casta identidad que evoca el sueño de un amor indiviso, la utopía de una metamorfosis que redima esta tierra transida de egoísmo y teñida de caducidad. Pero yo no temo sus tinieblas fantasmagóricas, sus penumbras crepusculares. Nada me nublará ante la esperanza de lo bello, sabio y amoroso. Nada eclipsará mi fe en una pureza verdadera, eco límpido de lo eterno. ¡No! Ningún poder de este mundo me usurpará la convicción de que yo debo vislumbrar un don incondicionado, a cuyo perenne y virginal amanecer le entregue la totalidad de mis afanes: una cúspide blanquecina, diáfana, libre, primaveral, aun en medio de esta feroz concatenación de fines instrumentales a la que parece abocarnos, despiadadamente, la vasta e invernal dinámica que gobierna las leyes de una naturaleza sorda. Tampoco me desalentará la evidencia inocultable de que metas

oscuras y desazonadoras avasallan sin misericordia el rosario de nuestros ímpetus, y muchas veces se erigen en guías el corazón humano. ¡Yo aspiro y aspiraré siempre a la unidad más hermosa que me sea dado desear, a mí, ser débil, criatura impregnada de fragilidad, temblor e inconstancia en todas sus carnes tentadoras!

Ignacio: -Todo se reduce, en el fondo, a una pregunta, franca, fiera, desasosegante: ¿existe Dios? Si descubriéramos la respuesta, se desvanecería ese poderoso haz que exhala, con sus rayos sinuosos y cegadores, el séquito al que se ahorman nuestras dudas. Todo escepticismo se disiparía en un cielo de luz, como volatilizado por una sustancia bañada de magia, belleza y claridad. Pero yo no conozco esa contestación. Vivo suspendido en una incertidumbre perpetua. Nadie me rescata de mi ignorancia. Dioses, ángeles y hombres me han abandonado. Me alimento de mi soledad. Algunos maestros aseguran haber despertado a la verdad tras un letargo profundo, tenaz y doloroso, pero ¿cómo podemos saberlo, si incluso ellos mismos regresan al mundo, y vuelven a sumergirse en esta vorágine de apariencias? ¿Y si el ser verdadero fuera la apariencia? ¿Y si todos continuáramos dormidos sobre este lecho de sufrimiento y éxtasis que es la Tierra? ¿Y si la verdad fuera el sueño?

Ángel: -Yo no reniego del hombre, sino que me entrego a cultivar ese jardín en cuya trémula hermosura se regocijan sus flores, y a contribuir con mi esfuerzo a que mi estirpe crezca y conquiste nuevos mares. Quizás las verdades eternas que presiden la lógica y cimientan la matemática obedezcan al arcano dinamismo de nuestro intelecto, pero ellas nutren la ciencia, ellas tonifican nuestro épico afán por esclarecer la verdad vertebradora del mundo. Con el auxilio ofrecido por una luz que sólo habita en las profundidades de nuestra mente, hemos cosechado frutos cuya belleza y hondura me absorben con poder, deleite y evocador hermetismo. ¿Acaso no te arrebatan también a ti? ¿Dejarás de adorar su mística y de alabar su alcance?

Ignacio: -Sí, porque amo el entendimiento, amo el arte, amo la creatividad humana. Amo todo noble y abnegado ejercicio de la mente, por mucho que responda, en realidad, a simples intereses materiales: a un sano, legítimo y piadoso egoísmo, capaz de brindarnos una vida más holgada y de otorgarnos una mayor autonomía con respecto a las fuerzas ciegas de la naturaleza. Pero mi admiración por el conocimiento y por el poder que alberga nuestra alma, por esa hermosa facultad que descubre las claves más recónditas del cosmos, no me lleva a maravillarme con lo eterno, pues nadie me ha revelado nada permanente: la única luz que impacta sobre mis ojos refleja la continua transformación de todo en todo. Lo último nos está vedado. No ansíes comer ese fruto prohibido. Jamás conoceremos la esencia del poder primigenio que todo lo impregna: de ese fundamento, si es que existe, cuya pujanza permea el universo y subyace a todo cambio. Resplandecen misterios que siempre excederán nuestra mente y rebasarán nuestro deseo. Nunca se cernirá un crepúsculo sobre la voluntad de trabajo y el ímpetu de ciencia que dominan nuestro espíritu. Quedará siempre mucho por hacer y por descubrir, ¡pero qué fascinante aventura la del hombre, fugaz polvo de la Tierra que se eleva, orgulloso, sobre infinitas adversidades, y perfora el mundo con la luz de su inteligencia!

Ángel: -El sistema solar perecerá, y la torre de nuestras obras se derruirá como un frágil castillo de naipes o como un gigantesco zigurat de barro. Una inmensidad de indolentes partículas cósmicas cubrirá nuestro arte, sepultará nuestra utopía, enterrará nuestro esfuerzo... Pero nada podría ocultar nunca la verdad de que en una recóndita y

minúscula región del firmamento existieron corazones que se desvivieron por lo imposible, y consagraron ingentes energías a crear, a explorar, a pensar, a amar, muchos de ellos persuadidos de que se alzan metas poseedoras de un valor intrínseco e inalienable, cuya hermosura justifica por sí sola que inmolemos nuestra finitud ante su casto altar. Siento que la verdad todavía vive, y palpo cómo fluye aún su sangre por las venas del universo. He de descubrirla, y no debo renunciar a entregarme a una luz inmaculada, a un sacrificio auténtico: al anhelo de servir a un fin que me trascienda. Sólo así colaboraré con una verdad que aún no se ha completado. Jamás coronaremos su nívea cúspide, pues la verdad equivale a la vida, converge con el ser, remite a los tenaces ecos de su dinamismo inagotable, evoca su capacidad inveterada de crear y apela a su pujanza para transformar lo que ya subsiste. Sin embargo, yo también puedo convertirme en partícipe de un poder infinitamente noble y profundo, pues mi espíritu se yergue como receptáculo de ese don acrisolado en la palabra, aquilatado en el deseo, encarnado en el amor y vivificado en el entendimiento. Su pulcritud me inviste de coraje, tanto como para maravillarse a esas estrellas contemplativas y reverberantes que nos rodean y deleitan. ¡Yo he de manifestar, ante el silencio de sus rostros luminosos, el fulgor de una obra nueva sembrada de voluntades puras! Mi verdad es mi creación, es mi amor, es mi belleza, es el lienzo de mi sabiduría.

EL ANUNCIO DE LO NUEVO

I.

A todos los infiernos he descendido y a todos los cielos me he elevado, y siento un profundo desgarramiento en mi interior. Creía haberlo conocido todo, pero hoy mi sed de sabiduría me lacera sin piedad, e ignoro a qué destino me enfrentaré. ¿Ascenderé a una nueva montaña? ¿Tallaré un nuevo sueño? ¿Me abismaré en un nuevo infierno? ¡Oh gran cielo! Me vigilas desde distancias infinitas. Escondes ante mí los más arcanos secretos. Sólo con contemplarte me siento parte de un sublime misterio. Desearía acariciar tus nubes, pero una voz interior me dice que desista, pues si rasgo tu velo sagrado, se desvanecerá tu halo místico, y comprobaré que todo es continuo en el universo.

Hoy es el día de mi soledad, aurora y ocaso que se entrelazan y cierran eternamente sobre mí. Hoy sólo debo hablar conmigo mismo, y ni la dorada luz del mediodía ha de distraerme de mi más importante empresa. Han de venir a mí todos mis lamentos y todas mis alegrías, y en el torno del mejor de los alfareros, he de preparar una nueva vasija que recoja todos los sentimientos prodigados por el universo. Sí, yo busco ser uno y ser todo, ser yo y ser todos, alzarme al unísono como hijo de la nada y retoño del ser, como pura síntesis de todos los opuestos, que se debate entre su pureza y su necesidad de cambio, pero la claridad del día y la aterradora oscuridad de las noches me disuaden de intentarlo. ¿Dónde encontraré ese espacio ajeno a noches y días, donde todo se funde en un crepúsculo que es también aurora, y donde toda luz desprende luminosa oscuridad?

¡Oh imaginación del hombre, frágil y versátil recurso sobre cuyos insondables pilares se sustentan las más gloriosas creaciones del espíritu!, ¿me abandonarás también hoy? ¿No me habrían dicho que todos los sueños y todas las integraciones despuntan en tu eterno amanecer, lleno de maravillas que sacian el mundo con sus frescos y efusivos aromas, como cristalizaciones de todo ideal en la fugacidad de la materia? ¿No busco yo crear, dar nombre a lo que no lo tiene, esculpir la estatua que clama por contemplar el cielo, engendrar en mi silencio todos los estruendos y sacudir todos los cimientos? Pero este anhelo que me consume y proyecta a mundos que jamás presagié, ¿no me inunda con un atroz dolor? ¡Oh dolor, oh profundo dolor de quienes sueñan con lo imposible, con doradas flores que broten de áridos desiertos!, porque tu deseo es vano, nada nuevo puede surgir en este universo ceñido por crueles deidades que prohíben la eclosión de lo aún no imaginado. Todo lo que sueñas obedece a inveteradas pulsiones sembradas en tu espíritu, a fuerzas irreprimibles que constantemente pugnan por conquistar tu ser y convertirlo en su más fiel y dócil esclavo, cuando ellas mismas saben que nada de lo que ambicionan lograría jamás cumplimiento. Tú aspiras a crear, a romper la inexorable cadena de las causas y de los efectos, a rasgar un velo prohibido que cubre los espacios más profundos y sagrados del cosmos, pero ni siquiera sabes si existe algún poder en el universo que logre llevar a término este anhelo que tanto dolor y tanta fe trasluce. Pues aún vives de fe, aún bebes de una fuente que creíamos agotada, aún suspiran tus labios por saciarse con el vino de las promesas que desafían la mismidad de un universo

ocluído sobre su ser. Mas no te inquietes, no ceses de alzar la mirada a cielos incognoscibles para que tus lágrimas susciten la llegada de ese rocío de inspiración y plenitud que fecunde esta tierra agostada, porque mientras aspiras a crear, allanarás el camino hacia lo que no tiene nombre, y al hacerlo, darás nombre a lo que ha de tener nombre.

Infinitas posibilidades de recombinación te ha otorgado el cosmos. Todo es antiguo, pero todo puede ser también nuevo, así que no dejes de predicar este evangelio que secuestra tus ilusiones más nobles, la verdad de tu corazón, los hermosos sueños de un ser escindido entre el anhelo y el poder, entre la imaginación y el conocimiento, entre la libertad y la necesidad.

Si todo retornara eternamente a sí mismo, ¿para qué habríamos de crear? No confiéis en quienes proclaman eternos retornos a lo mismo. No existe lo mismo. Todo lo nuevo sepulta inexorablemente lo antiguo, pero lo que ha existido no se desvanece, sino que avanza hacia una culminación infinita, que se realiza en ese proceder infinito, construido sobre vigorosas finitudes. Con grandeza y belleza se abisma lo pasado en lo futuro. Todo se crea continuamente, y lo mismo es el todo que no cesa de proseguir, hasta expandirse ilimitadamente y superar todo lo que puede ser superado. Es la irrevocable superación de lo mismo por lo mismo, la eclosión de un futuro que doblegará el tiempo de la humanidad y marcará la aurora del progreso, el alba de un tiempo inédito, el furor y el destino de todo lo que es: postrarse ante lo nuevo.

Tú solo renovarás la faz del cielo y de la Tierra; tú solo edificarás esa morada que otros consideran exclusiva de misteriosas deidades entronizadas en sus ocasos perpetuos, ajenas a la visión del hombre. Tú solo serás tu propio dios en tu creación, en el amor que manifiestes en tu creación, en el dolor que desate tu creación y abra los manantiales de la verdadera dicha, del gozo que lucha con el universo por expandir el radio de lo posible y de lo real. ¿Y no observas cuán profundo es el horizonte de tus posibilidades? Yo mismo lo veo disolverse en el infinito, proseguir hasta una meta evanescente y bendecir mis ojos con pálidos reflejos de libertad. Yo mismo contemplo cómo todo en ese horizonte que tú has propiciado evoca un sueño impostergable, una llamada a crear, una luz que se erige en eterno futuro, en incesante desafío a lo dado, en llama que nunca que se apaga, pues es del tiempo de donde brota su poder, del inescrutable tiempo que siempre se sobrepone a lo anterior y humilla todo espacio, toda potestad celeste y terrena, todo deseo ya alumbrado y toda conquista sapiencial ya realizada.

¡Oh belleza enigmática, que me haces soñar con lo que siempre busqué, que me encaramas a la torre del universo y me permites atrapar totalidades en flagrantes y humildes finitudes! Desde tus almenas respiro libertad, el auténtico soplo de un ser que no desiste de crearse a sí mismo. Otros ven el saber disperso. Yo les enseñaré a percibir en todo una unidad que os absorberá y renovará, ampliando su espíritu. Su fragmentación inunda el pensamiento de oscuridad. Yo quiero ofrecerles luz, la luz más bella y pura que puedan imaginar. Es el fulgor de un saber integrado, que revelará su lugar en el universo, la estrella que brilla por su destino en sublimes lejanías, reflejo del fuego que arde en lo profundo, ansioso de inflamar su senda y de impulsar su verdad. Es el imperativo que hoy anuncio: la intelectualización del hombre. Pero no me escuchan. Sólo tienen oídos para los que difunden noticias empequeñecedoras, flores marchitas, afanes pasajeros. Se resguardan en la superficie porque temen bucear hasta el fundamento último, hasta la unidad precursora y consumadora, que es el sueño creador.

Aún vivimos en el tiempo de la humanidad. Todavía borbotea su sangre, pues *videmus nunc per spaeculum et in aenigmate*. Y ¡oh dulce enigma, dulce pero inmisericorde, que no dejas de golpearnos con tu sombra hostil, con tu látigo ubicuo! Mas tú me dices que las manos de la humanidad cederán el testigo a la sombra de lo nuevo. Y yo te respondo: esa sombra coronada, ¿no es la sombra de la propia humanidad? ¿No es tu deseo el que sueña con transmitir todo el tesoro de la humanidad, su acervo de grandezas y mezquindades, a una novedad que aún carece de rostro? ¿No reconocerás que esa sombra de lo nuevo es la propia humanidad en su camino hacia el eterno futuro, el ser que no cesa de poseerse e inventarse a sí mismo, el ser en su pureza e inagotable libertad, el ser que se es, que se tiene, que se ama y se conoce? No eres más que un eslabón en la infinita senda del ser, pero no te entristezcas, no te ahogues en tu llanto; permíteme que te otorgue el más profundo consuelo que jamás alguien concibió: esa infinitud es la verdad del ser y de la vida, pero esa infinitud esconde también finitud, y todo lo que ha sido, es y será en los dominios de la finitud se metamorfoseará milagrosamente en un reino de infinitudes, porque los opuestos se fundirán en el crisol del ser, en el único receptáculo que puede acoger una verdad tan profunda y luminosa.

II.

Prefieres no excluir lo divino porque se te antoja un acto de soberbia inaudita pensar que el mundo acaba donde termina el conocimiento humano. Por ello no niegas a Dios, ni consientes que haya muerto. Quieres más bien resucitar a Dios, y al Hijo de Dios, y al Hijo del Hombre que es también Hijo de Dios, para que abrace y muestre el reino de la paz infinita. También a ti te apresa la nostalgia por ese mundo desvanecido, mas yo enjugaré tus lágrimas con un consuelo eterno, con un paño cuya luminosa blancura evoque un universo nuevo, plétórico de fuerza y amor. Tú también proclamas “*Miserere nobis*”, pero yo te digo: no temas, porque no has pecado. Has cumplido tu destino, que es luchar y crecer en este mundo, para expandir el ser. Apiádate de quienes no luchan, que tu misericordia sólo cubra a los que no se esfuerzan en comprender la fuerza de una vida que clama por ensancharse y diseminarse copiosamente, la magia de un universo que no sólo retorna a sus inicios, sino que añade novedad a la morada del ser. Y no te engañes: mientras se encienda en tu alma la llama de un deseo infinito, vivirá Dios, y el Hijo de Dios, y el Hijo del Hombre que es también Hijo de Dios, y todo el universo te estrechará en tus brazos, y te desvelará sus auténticas entrañas, anegadas de silencio y palabra, de vacío y plenitud, de ser que sólo se ama y conoce a sí mismo, y que en su soledad forja todas las efigies del universo.

¡Oh ser que centelleas ubicuamente, en cada porción de la materia y del espíritu, en cada pieza que arma este fascinante mosaico que es el cosmos y este telar inconcluso que teje los dominios del pensamiento! Sólo los necios se conforman con lo particular, y lo disuelven todo en el magma de las opiniones y las perspectivas. Quien se eleva sobre su mundo acaricia destellos del mundo y se sumerge en las moradas de lo universal, reservadas para quienes desean penetrar en sus misterios. Sólo en lo universal crece el alma, génesis de génesis, libro de los libros, comienzo nunca escrito, mas siempre vivido, eterno salmo a la eterna novedad que posa sus alas sobre el incesante dolor de una historia anhelosa de lo nuevo.

Sol de Oriente y Occidente: deja de salir, porque así te desearé. Prefiero imaginarte antes que contemplarte, pues sumergida en la voracidad de tu anhelo, mi alma te crea. Y en su seno, te convertirás en el verdadero sol que no flaquea, mas brilla siempre con la misma identidad, porque los rayos que derrama recogen el fulgor imperecedero de todos los ideales y se funden con todos los soles imaginados. Ni las más sublimes armonías matemáticas del universo bastarían para saciar mi sed de perfección, porque es una sed viva, que sólo la humanidad podría mitigar. Mas la humanidad no habla en el lenguaje de la armonía, sino en la belleza de un caos creador que no se subordina a ninguna ley geométrica. He nacido en la especie errónea, y ojalá otro cosmos me brindara oídos para escuchar esa música de armonía silente e impasible que transmite una profundidad serena y excelsa, esa majestad que no sufre, grita o llora, sino que sólo yace suspendida en honduras aún más gozosas e inalterables.

¡Oh corazón con el que sueño!, tú me enseñarás una verdad que desborda todo lo conocido, el arco iris que antecede a la experiencia infinita.

¡Oh corazón con el que sueño!, tú aunarás sabiduría y sentimiento en la imagen de un cielo puro, hogar de la bondad auténtica.

¡Oh corazón con el que sueño!, tú has de ser mío, y derramar las sagradas aguas de tu poder sobre el cáliz de mi alma. Todos los cantos que han enardecido el mundo resonarán en ti, y todas las sombras se transformarán en luz, porque habrán aprendido a desasirse de ellas mismas.

¡Oh corazón con el que sueño!, tú nombre es futuro, pero un futuro que no retorna al eterno pretérito, sino que se alza en rebeldía contra todo lo dado y contra todo lo que ha de ser dado.

¡Oh corazón con el que sueño!, ni todas las deidades jamás concebidas por el hombre emularían la pujanza de tu concepto, concepto de conceptos, imagen de imágenes, supremo sentimiento que todo lo reconcilia en un sentir sabio. Sólo tu aurora bienaventurada renovará mi espíritu.

III.

¿Qué puede el mundo ofrecerme? ¡Oh cielo que empequeñeces todo deseo!, ¿qué quieres decirme? ¿Qué mensaje turbador me revelan tus rayos, mensajeros de abismos cósmicos? ¿Cuándo lograré agotar tus secretos y elevarme al mirador de la comprensión infinita? ¿Crees que me limitaré a contemplar cómo sigue su curso el destino? No. Yo debo forjar ese destino. Él mismo me llama a darle un rostro, una voz y una pasión. Yo soy ese destino, que se encarga en una frágil minucia del universo para tallar la obra de Dios. Y Dios es ese futuro insondable pero realizable al que clama por dirigirse todo destino. Dios es el hombre infinito. Dios es la fuerza creadora de la bondad y de la sabiduría.

Ojo que todo lo sondeas, corazón que todo lo amas, pensamiento que todo lo iluminas, ardorosa síntesis de mi aurora y mi crepúsculo: sólo tú conoces mi más íntima voluntad; sólo tú revoloteas grácilmente por los abismos de mi alma, y sólo tú has penetrado en el profundo de los sagrarios que manos incognoscibles forjan en mi espíritu. ¿Por qué renuncias a hablarme ahora? ¿O acaso empleas una voz que no logro discernir entre tanto estruendo? Sé que me hablas, pero soy incapaz de entender tu lenguaje. Deja de crear este sufrimiento en mí. Ya es hora de que amanezca la dicha eterna, la luz que jamás se extinguirá, el sol de la felicidad perpetua. Demasiado tiempo ha caminado la humanidad por senderos inhóspitos, y son demasiados los labios que imploran escuchar la verdad plena, ¡oh, tú, infinitas veces santo!, sí, tú, el que ha de derramar sobre mí el aroma de un amanecer infinito, que se trascienda infinitamente y que me muestre el rostro oculto de lo nuevo, tú, sello dorado de todo misterio y de toda luz.

Vivaces rayos que procedéis de lo recóndito: aquí tenéis un rostro al que acariciar. Aquí se alzan quienes buscan la paz que exhaláis desde inabarcables lejanías. Todo es vuestro. Todo un universo espera el advenimiento de vuestra bondad, de vuestro don.

Océano de mi ignorancia, vastedad de lo que aún no he explorado, ni pensado, ni interiorizado: en ti me sumergiré, y agitaré con tanta fuerza tus aguas desde las profundidades que su pulcro y sosegado azul se convertirá en espuma, en convulsa y misteriosa espuma, reflejo del movimiento que acaece en su seno, trasunto de lo invisible para quienes quieran ver y sentir.

Estrellas que me circundáis en la hora de mi desasosiego: yo os desafío a descender a la faz de la Tierra, porque sólo desde aquí es posible contemplar el más sublime de los espectáculos; sólo desde estos oscuros y dolorosos abismos se percibe vuestra grandeza. Os convoco a fusionaros con la debilidad del hombre para crear la más inspiradora de las efigies, el más perfecto de los seres, el desbordamiento de todo concepto y de todo sentimiento, el mayor amor y el mayor presagio, la verdad que supera toda verdad.

Yo hoy canto al universo, y ¡qué bella es esta música!, pues no se dirige a los hombres, sino a la fuente de toda conciencia y de toda vida. Y me recreo en este cántico extasiado. Cada acorde rubrica mi destino, mi amor y mi destino, mi luz y mi destino. Es mi eternidad y mi dicha, la alegría de quien comprende que el ser brilla en su fuerza creadora y asume el todo y sus partes, el pasado y el futuro, para erigir el presente eternamente creador.

SOLILOQUIOS

La raíz de todo desencanto

Me he internado en las aulas universitarias con el ansia de escuchar palabras que me transfigurasen. He buscado la más alta sabiduría, un destello de lo eterno que desvelase mi verdadero destino, pero no he encontrado nada, y no he acariciado ese fulgor que me seduce desde la más tierna infancia. Empiezo a pensar que todos mis ideales se reducen a fútiles y extravagantes delirios juveniles, a manifestaciones precipitadas de un entusiasmo evanescente que me condenará a una perpetua insatisfacción fabuladora. Soy plenamente consciente de que gozo del privilegio de asistir a lecciones magistrales pronunciadas por algunas de las luminarias más ilustres de Europa, por lo que no comprendo cómo es posible que me aprisione semejante sensación de decepción, acedia y apatía desmitificadora, si ante mí desfila lo más granado del mundo académico centroeuropeo, la flor y nata de la intelectualidad humanística.

¿Cómo entender que sus palabras no evoquen nada noble y transformador en mí? ¿Se ha apagado ya mi débil luz interior, de manera que mis aspiraciones tan solo exhalan oscuridad, una lobreguez tan intensa que me afano en proyectarla sobre el mundo exterior, provocando que perciba en los demás una flaqueza equivalente, una acidez análoga a la que fondea en mi propio y mortecino hogar espiritual? Quizás sea así, por qué negarlo, pero creo que mi desencanto brota de raíces más profundas. Lo cierto es que una amarga frustración me ha enredado en sus telas ásperas y desazonadoras. No he estrechado las manos de esa alma bella y luminosa cuya generosidad me transmita la sabiduría eterna que impetra, desconsoladamente, mi tenaz corazón. ¿Quién me ha fascinado, después de todo? Nadie. Ni las retóricas más alambicadas, ni siquiera el púrpura de esos vocablos en los que sí he palpado un intento honesto de desbrozar los epiciclos de tantas y tan intrincadas sutilezas para exponer, con franqueza y claridad, verdades puras que apelen a lo más hondo de mi ser, han conquistado mi admiración. Ningún docto catedrático alemán me ha maravillado. He rehusado convertirme en discípulo de nadie.

¿Qué he aprendido, en definitiva? Poco o nada. Lo que mis mentores me han impartido en sus seminarios y clases magistrales podría haberlo obtenido yo mismo si me hubiera embarcado en la lectura directa de las fuentes, de los clásicos, de los escritos más brillantes y duraderos elaborados por cualquier época. Agudeza, perspicacia, ingeniosos comentarios e inteligentes glosas laudatorias, pero ninguna verdad nueva, nada que no hubiera oído con anterioridad, nada que no pudiera intuir por mí mismo, nada que me mostrara un mundo auténticamente flamante e inesperado, ajeno a toda sospecha y a todo presagio. He presenciado, eso sí, de una problematización incesante de las mismas cuestiones que nos han subyugado desde tiempos inmemoriales, desde los albores de la filosofía, de la religión y, probablemente, de la enigmática racionalidad humana. Ávido de discernir palabras eternas, pero fustigado por una dolorosa decepción con la filosofía, confieso haber acudido con frecuencia a las conferencias de insignes científicos, físicos, astrónomos, químicos y biólogos, todas ellas pronunciadas en hieráticos y deslumbrantes paraninfos, cuidadosamente acondicionados para acoger una exhibición que suele escenificar la furia del saber. Sin embargo, sus enseñanzas

tampoco me han enaltecido; es más, ahora me deprimen, porque desenmascaran mi insignificancia en el seno de una elefantiásica inmensidad cósmica cuya grandeza no deja de acongojarme. Para la ciencia, yo sólo represento un mustio y desfallecido subproducto de aterradoras dinámicas evolutivas que han conducido, como por arte de magia o generación espontánea, a la emergencia del espíritu.

Abatido con la filosofía y con la ciencia, ¿debería entonces haber suplicado la clemencia de las religiones? Mi alma ensordece cada vez más ante los versos declamados por los distintos credos. Sus compases no llegan a mi corazón. Mi mente ama demasiado la fría razón como para sucumbir ante esa música armoniosa pero tantas veces embaucadora, cuyas suaves y delicadas notas fluyen del arpa tañida por los ceremoniosos maestros de las religiones. Yo mismo me condeno a buscar solo y a dialogar con mi vana intimidad, sin interlocutores, sin interposiciones, sin involucrarme en el catártico espectáculo del intercambio, la recepción y el aprendizaje. Qué triste... Sólo un ser que cautivase por igual los resortes de mi razón y el asidero de mi sentimiento me rescataría de este abismo, y propiciaría la purificación de mis ideas, de mis recuerdos, de mi entera alma.

Es inútil divinizar lo humano, porque nada de cuanto fraguan las crispadas manos de los hombres emula esa esfera recóndita que se alza en una instancia “totalmente-otra” a nuestro universo. Ante lo puro, todo lo humano languidece como una luz mortecina. Pero esta insuficiencia inderogable sella nuestra condena, pues ¿por qué encendemos luces infinitas en nuestro intelecto y en nuestra voluntad, si es evidente que jamás rozaremos atisbo alguno de infinitud? ¿Por qué despunta en nosotros la aurora de ese deseo infinito, si todo nuestro horizonte se halla transido de inocultable finitud?

No es de extrañar que Descartes esgrimiera este hecho en sus *Meditaciones Metafísicas* para sugerir que sólo un ser supremo, perfecto y genuinamente “infinito”, podría haber insuflado en nosotros la vocación de infinitud que nos avasalla. Lo finito, adujo el genio francés, no puede alumbrar lo infinito: llevamos impreso el carácter de retoños divinos, pues sólo lo infinito puede derramar el aroma de la infinitud. Sin embargo, este argumento adolece de limitaciones demasiado serias, porque todo ser vivo, y quizás también todo ente que puebla la naturaleza, se encuentra siempre adelantado a sí mismo, como inextricablemente inmerso en un “más allá de sí mismo”. Posee unas capacidades que lo impulsan allende su inmediato círculo vital. Esta potencia planta la semilla de todo proceso evolutivo. Incluso en el ser menos desarrollado, en la criatura menos sofisticada que, de acuerdo con la teoría de Darwin, habitó sobre la faz de la Tierra hace tantos millones de años, vibraba ya un germen de progreso, de crecimiento exponencial hacia metas ignotas aunque susceptibles de adquirir mayor complejidad y pujanza. El hombre de nuestros días anticipa esa luz que orientará a la humanidad venidera. Todo en la naturaleza clama por un “más”, apunta a un foco futuro, a un poder que todavía no ha surgido, mas cuya simiente se perfila en las formas más elementales. Todo parece contenido “*in nuce*”, y se nos antoja ilegítimo desligar abruptamente el futuro de las reveladoras cadenas del pasado. Pero ¿desprende entonces la irreversibilidad del tiempo una ilusión vacua y capciosa, un espejismo que en realidad remite a la concatenación ineluctable de causas y efectos cuyo tejido lo entrelaza todo con todo en el universo, en una recapitulación de reminiscencias teologales? ¿Qué decir de las fisuras profundas que han desentrañado los físicos en los

niveles fundamentales de la materia? ¿Y de los indicios pertinaces de discontinuidad, caos y ruptura que también definen el ser, la vida y la razón? 20

La furtiva evocación de lo infinito en el finito pensamiento humano no debería desconcertarnos: la sombra de lo que carece de límites, de aquello que no se constriñe a ningún confín, mas desborda toda frontera, late ya en cualquier forma viva, e incluso en toda estructura material. Ignoro si el universo es o no infinito (probablemente nadie descubra la respuesta a este interrogante), pero alentado quizás por mis lecturas apasionadas de Schelling y Hegel, aprehendo un ímpetu infinito palpitante en toda chispa finita. Por ello, ni aísló ni absolutizó la facultad humana de concebir lo infinito, sino que la enmarco en el devenir general que trenza la escala del ser y de la vida. Lo infinito acrisola esa asíntota inalcanzable hacia la que tiende, en su inexorable cadencia, la totalidad de lo finito.

En toda configuración finita detectaremos luces de procedencia inescrutable. Todo se trasciende infinitamente a sí mismo. En toda respuesta resplandece una hilera infinita de preguntas factibles. Todo nos retrotrae a una fuente primigenia y potencialmente infinitésima²¹. Todo condensa siempre una posibilidad aún no consumada, y es de esta inextinguible fuerza metonímica, que nos catapulta hacia atrás o hacia delante en un espacio de resquicios infinitos, de donde se origina nuestra tribulación. ¿Cómo convivir con el soplo de lo infinito, nosotros, seres agónicamente finitos? Buda y tantos otros sabios nos han exhortado a amaestrar los deseos lacerados que llamean en nuestro interior, a constatar que la ubicuidad del sufrimiento emana de la fogosa infinitud de nuestra voluntad desbocada, y han persuadido a muchos de que mediante la anulación de estas querencias y voluptuosidades irrestrictas conquistarán la auténtica felicidad, el deleite que florece cuando nos consagramos a degustar el cáliz de la finitud y a inhalar la fragancia de lo limitado.

Yo no puedo mitigar los anhelos que arden en mi corazón. Soy incapaz de contener mis aspiraciones. Un vigor desconocido me empuja a desear más, a sumergirme en una espiral de ansias que toman el testigo de la voluntad. No condesciende mi alma a atenuar esa *dukkha* que, de acuerdo con la primera de las cuatro nobles verdades proclamadas por el Iluminado, permea la totalidad del universo. Parece que yo mismo me aforo en bucear en mares inundados de dolor, imbuidos de una proclividad inexcusable hacia el sufrimiento, porque mis seductoras esperanzas de un “más” perenne no cesan de atormentar mi espíritu y de agravar mi descontento. Al igual que San Pablo, me inclino hacia el mal que no quiero y eludo el bien que mi corazón mortal vislumbra, e ignoro si esta disposición hacia lo infinito e inasequible ha de

20 Grandes espíritus han profesado que en cada ínfimo detalle del cosmos resplandece el todo. Sin embargo, ignoramos si semejante concatenación universal obedece a un requisito impuesto por nuestra mente, sedienta de pujantes y luminosas unidades que la sacien. ¿Están realmente unificadas las fuerzas de la gravedad y del electromagnetismo? ¿Y si el corazón más profundo del universo no transparenta unidad, sino una división fiera, irrevocable y creadora?

21 ¿Cómo olvidar esas bellas palabras de la espiritualidad ignaciana: “*Non coerceri maximo, contineri tamen a minimo, divinum est*” (“Cosa divina es no estar ceñido por lo más grande y, sin embargo, estar contenido en lo más pequeño”)? Lo divino es infinito e infinitésimo; en la vastedad del cosmos o en la más humilde porción del universo brilla una chispa de racionalidad que remite a un fundamento inescrutable. Sólo un Dios conviviría con lo grandioso y lo minúsculo; sólo un Dios contemplaría unidad ubicuamente; sólo un Dios abarcaría el todo; sólo un Dios lo amaría todo; sólo un Dios enaltecería al hombre en las glorias y en las tribulaciones.

comportar negatividad, mal, incorrección, o más bien refleja una vocación humana a superar siempre las barreras de lo dado, para así internarse en universos nuevos y otear amaneceres más límpidos.

El ansia de creatividad

En ocasiones me he visto sumido en una penetrante sequía creadora. Ha germinado un sentimiento de profunda consternación, y su lobreguez se ha extendido por la totalidad de mi alma. La desgana, una acedia premiosa pero triunfante, se ha enseñoreado progresivamente de mi voluntad y ha desplegado sus espesas brumas, transidas de desánimo. ¿Cómo reaccionar cuando una energía negativa tan indómita, un vigor tan abúlico y corrosivo, avanza sin temor por cauces otrora brillantes y alegres, anhelosos de vida, frescura y juventud? En esos momentos tan tristes, ¿cómo habría deseado que mis labios entonasen un imponente *Veni Creator Spiritus*, imbuidos del júbilo que bendice a los monjes cuando incoan sus cantos gregorianos, o partícipes de la solemnidad que atesoran los cardenales electores mientras sus purpuradas eminencias franquean los pórticos de la Capilla Sixtina! Así clamaría por que la copiosa gracia celeste invadiera mi cuerpo y asaeteara mi espíritu con sus exultaciones, inspiradoras de ideas pujantes, universales y bondadosas.

La vida se nutre de contrastes. Es imposible gozar siempre de esa savia creativa que a veces nos insta a forjar obras importantes. Si no experimentáramos la apatía, el agotamiento, el nebuloso abandono, el destierro a desiertos enmudecidos poblados de escorpiones y repletos de dunas oscilantes que destilan silencio; si no sufriéramos las infiltraciones periódicas de ese sutil veneno inmaterial que se insemína, lenta pero eficazmente, en las intangibles provincias del espíritu, para impregnarlas de un desencanto y un aburrimiento que nos impiden respirar, ¿cómo atisbaríamos la belleza de un don único: el entusiasmo?²² Aun cuando sólo nos visite de manera efímera, y únicamente arroje su furtiva luz de forma fugaz, sentir cómo sus rayos vivificadores nos acarician y robustecen brinda uno de los mayores placeres que existen en esta vida. El apasionamiento, el gozo consustancial que se desata cuando asumimos una vocación grande y noble, capaz de exhortarnos a emprender propósitos audaces que disipen las sombras contagiosas de la desidia, frisa con la plenitud. Equivale a detonar una acumulación de energía que yacía dispersa en diásporas de tinieblas, petrificada tras una atmósfera gris e incluso tétrica, pero cuyo aplomo, cuya genuina fuente motriz, no se había desvanecido por completo. Cabía recuperarla, reconfigurarla, redimirla.

Ahora bien, ¿qué desencadena tal explosión? ¿Qué subyace a la erupción de ese volcán oculto que tremola, apagado, en todos nosotros? ¿Qué provoca la irrupción de una fuerza, tantas veces agreste y atronadora, que nos llama a embarcarnos hacia nuevos retos? En despejar esta incógnita quizás estribe el misterio más profundo de la vida humana: en cómo motivar a los hombres a blandir la espada de grandes desafíos, de proyectos cuyo mérito no tiene por qué hundir sus raíces en el reconocimiento y en el impacto que eventualmente conciten, sino en la dificultad que entrañen para cada uno de nosotros. Y, no lo olvidemos, la mayor complejidad no reside en transformar el mundo, ni en claudicar ante vacuos delirios de grandeza que nos coronen como monarcas de todos los imperios del orbe, sino en encontrarnos a nosotros mismos: en descubrir nuestro verdadero destino; en sondear la felicidad en bienes imperecederos, diseminada

²² Lo reitero, ¿para crear no es preciso sufrir? El delgado perfil de lo grandioso sólo asoma cuando seres poseídos por el coraje se disponen a desprenderse de ropajes vetustos y se visten con lo flamante, pletórico y desconocido, aun a riesgo de apartarse definitivamente del territorio ya explorado, de esa provincia tras cuyos confines habían descubierto protección y habían sentido invulnerabilidad.

sobre receptáculos que reflejen una luz pura, amorosa y acogedora; en exhalar palabras que infundan paz, generosidad y entrega entre nuestros semejantes; en confraternizar a cuantos nos rodean; en renunciar a nuestro egoísmo; en esculpir, trabajosamente, una estatua que encandile a todas las almas, con independencia de su lugar de origen, sus creencias o sus aspiraciones... Este empeño, esta versión perenne del *gnothi seautón* inscrito en el frontispicio del Oráculo de Delfos, ¿no ofrece una tarea de magnitudes colosales? ¿No resulta más arduo alimentar los corazones de los hombres que reformar las estructuras caducas de este mundo?

El hallazgo más asombroso de la ciencia y de las humanidades entibaría en revelarnos cómo opera la voluntad humana. Nuestra intelección de los entresijos de la mente avanza a pasos agigantados, y albergo la convicción firme de que la humanidad llegará a entender cómo funciona este contumaz misterio que ha intrigado a los sabios durante siglos. Pero ¿qué decir de la voluntad? Un mismo cerebro, un mismo espíritu, un mismo ser ampara potencias tan antagónicas, tan divergentes y mutuamente esquivas, como la inteligencia y la voluntad. Esta última evoca un cielo libre, pues elude someterse a los tenaces y adustos dictados de la razón. La voluntad, por mucho que yazga aprisionada por garras obstinadas, oscuras e inconscientes, transparenta un océano cuyas aguas cerúleas fluyen con tierna autonomía, sin cumplir las férreas reglamentaciones decretadas por la lógica, promulgadas por el brío del razonamiento, estipuladas por la concatenación insobornable de premisas y consecuencias que todo lo permea y consume, en ese concurso trabado de deducciones e inducciones que tanto fascina a los matemáticos. Rebasa todo umbral. Su pedagogía excede todo límite. Vence la razón. Entierra los prejuicios y refrena nuestra amenazadora susceptibilidad de sucumbir a opiniones precipitadas. Riega la flor de la novedad. Bebe de la misma copa que los dioses creadores del Olimpo. De campos áridos, cosecha el más fragante y oloroso de los vinos. Logra debelar toda reticencia, toda suspicacia, todo convencionalismo, porque entender no significa otra cosa que “querer entender”, y comporta inhalar un aroma perfumado que la razón desconoce. Se emancipa de una sonora esclavitud: la de supeditar lo espontáneo y creativo a un elenco de normas y axiomas que sofoquen su fuego.

Cuando en mí han reinado el hastío y la inapetencia, cuando he contemplado cómo la desazón interior más aguda y el desabrimiento más nítido me envolvían con mantos lóbregos y ropajes avasalladores, ¿con qué armas he combatido? Se trata de un interrogante inabordable. Ni yo mismo recuerdo qué extraños alientos me han insuflado el oxígeno que necesitaba imperiosamente, ese veloz soplo de confianza y vitalidad que me despertara de mi letargo. Por lo general, he precisado de manos, brazos, miradas y palabras que surgieran de corazones distintos al mío, emanados desde ese otro mundo inescrutable pero atrayente, de modo que la flecha de lo ajeno se clavase en la morada de lo propio, y lo propio derramara su chorro de autenticidad sobre lo ajeno. Creo que la salvación de cualquier hombre brota de ese contacto, de virtudes insondables, que nos aboca a los demás. La introversión, sumergidos en nuestras propias profundidades, quizás nos reporte solidez espiritual, independencia de juicio y de carácter, originalidad sincera, y bañe nuestra inteligencia con un bálsamo fecundo que nos conmina a imprimir nuestra huella indeleble en la historia, pero he aprendido que existe una fuerza mucho más poderosa en la vida humana, una energía aún más sobrecogedora y efusiva: la apertura a otros rostros. Ella precipita sobre nosotros una lluvia orlada de pureza indescriptible, regalo inédito que vivifica corazones agostados. La llave para descifrar el enigma de la voluntad, la aguja que desenrolla esa madeja de densos ovillos apelmazados, ¿no la custodia el secreto mismo que tutela las ambivalencias intrínsecas a

nuestra condición humana? Sí, es la reciprocidad inexorable entre lo propio y lo ajeno, es la alternancia de soledad y compañía, es la exigencia perentoria de unificar nuestro espíritu con el alma inextricable del mundo. Somos ser y no ser al mismo tiempo, luego, somos posibilidad...

Münster, Bach y la santidad de la belleza

Desazonado a causa de fatigosas contrariedades que no me atrevo a consignar por escrito, he preferido pasear por las afueras de Münster antes de regresar a casa. Necesitaba imperiosamente airearme, inhalar fragancias frescas y tonificadoras capaces de insuflarme ese oxígeno tantas veces negado por un mundo universitario, el alemán, que a veces idealizo e idolatro, pero cuya atmósfera se me antoja periódicamente irrespirable. Sí, demasiada envidia entumece determinados ambientes. Demasiado recelo, demasiada crítica injustificada, demasiada mediocridad como para reconocer el mérito ajeno y disculpar los errores en los que, inevitablemente, todos incurrimos... Un conventículo excesivamente gris y entristecedor, aunque los momentos de felicidad que me brinda, esos instantes quizás efímeros pero majestuosos cuyas pulsiones me devuelven el amor por lo académico, la veneración por el reino de los doctos y la ilusión de consagrarme en cuerpo y alma a la labor universitaria, contribuyen a atemperar los numerosos episodios lóbregos que atribulan mi memoria.

Lo cierto es que el apremio de evadirme para recuperar el aliento, como escapatoria de esa prisión tan sombría tras cuyos barrotes me hallo encerrado con aciaga frecuencia, me ha permitido degustar el mayor placer que nos confiere la naturaleza: el arte. Sí, sucumbo a un oxímoron intencionado, porque arte y naturaleza se contradicen: el arte brota de las manos de los hombres y pertenece al círculo de lo artificial; la naturaleza, en cambio, remite a las fuentes primigenias de la materia, la vida y la fuerza. El hombre no ha creado la naturaleza, sino que ha surgido de sus canteras arcanas, de su poder inveterado para suscitar novedad y sofisticación. Sin embargo, el arte, aunque represente una de las producciones más eximias del espíritu, se encuentra firmemente entallado en el suelo de la naturaleza. Percibo un arte inasible, tan expresivo como algunas de las obras más sublimes que nos han legado la escultura ateniense, el gótico medieval y el Renacimiento italiano: una espiga dorada no por el hechizo que nos otorga la magia del astro rey, sino en virtud del anhelo humano de hermosura. Adorarlo me consuela, y me dispensa de todos los males que no cesan de afligirme, del veneno inoculado por la soledad, por la imposibilidad de toparme con otras almas y corazones que verdaderamente entiendan la intensidad del dolor que hoy me aherroja, mi hiriente falta de respuestas.

Un paraje boscoso, indescriptiblemente verde e inmaculado, sede de paz, como si su seno plasmara esa quietud, ese *wu wei*²³ al que han aspirado tantos místicos; un paisaje diáfano, de rebuscada limpidez, coronado de formas embriagadoras que despiden magníficos torrentes de luz sobre rostros entristecidos; un escenario simple como ha de ser, si es que existe, la sencilla esencia divina... Su contemplación me ha sumido en el vilo más dulce hasta rayar la entronización del crepúsculo, pues me ha interpelado con los extraños compases de su aquiescencia.

En cuanto mis ojos se han volcado a perforar, despojados de cualquier ánimo violento, la belleza irradiada por esa extensión colorida y nítida, he alabado la docta

23 En chino, “no acción”, una de las doctrinas fundamentales del taoísmo, exhortación a venerar la armonía de la naturaleza y de su hacer espontáneo. Como en toda filosofía de tintes quietistas, el peligro acechante es siempre la resignación ante lo dado, la sumisión a los inderogables designios del mundo. En el equilibrio entre acción e inacción se decide el progreso de la humanidad.

aurora del sosiego, del acompañamiento, de la ayuda. Me ha poseído una profunda gratitud, sembrada de palabras nobles y de emociones honestas. Se ha disipado toda disyuntiva entre el bien y el mal, porque tan solo he sondeado luz, caridad y pureza: el bien en su tersura angélica, apto para redimir todo mal con su mano misericordiosa; sin condenas, sin rencores, sin deudas no saldadas, sino bendecido con ese espíritu magnánimo que concede el perdón y borra toda huella oscura e inhóspita, deseoso de que únicamente brillen la libertad y la utopía... Toda tibia y penitencial impresión de abandono se ha desvanecido, y he logrado suspender el poderoso avance del tiempo. La felicidad me ha arropado con su manto, y una brisa inefable me ha abanicado con su santidad, con los ósculos prodigados por unos labios de bondad, tiernos, pulcros y carnosos, ávidos de besar semblantes abatidos, aves de suave plumaje que apacientan la razón y amansan el sentimiento. Toda preocupación ha fenecido. Todo rencor se ha diluido. Toda negrura ha cedido el testigo a la irrupción de la más pujante y consoladora luminosidad.

Resucitado por esta sensación inescrutable, divinizado por este contacto con una belleza tan vívida y despejada que ella sola sacia mi ardiente sed de un don en realidad ignoto, he deambulado tranquilo. De regreso a casa he vagado intencionadamente por un itinerario más largo, porque aún me urgía explayarme y dar rienda suelta a un exceso de energía que fluía por mis venas y se enseñoreaba de mí. Caminar por las intrincadas callejuelas que moldean el centro de Münster me ha revitalizado. Ha propiciado que absorbiese esa fuerza, esa potencia indómita y perturbadora que vibraba en mí con ecos atribulados, como un fantasma inquieto que, perdido en las rutas sinuosas que trazan las noches más confusas, clamase por retornar a su mundo plagado de espíritus, hechizos y sueños.

Se aproximaba la hora del ocaso, y los sollozos escarlata de un Sol declinante me han inspirado. Amanecerá un nuevo día, dotado de una luz que quizás ya no me ilumine, pero la naturaleza proseguirá, náufraga en océanos inciertos. Toda la belleza que hoy admiro también presidirá el flamante mañana, y el más remoto futuro, al igual que mistificó el universo del ayer desde sitios inalcanzables. Si lo que yo busco, si el fulgor que me subyuga incansablemente, mora en la belleza; si todo lo que anhelo se condensa en una síntesis imposible de amor, hermosura y sabiduría cuya unificación encapsula la mayor riqueza deparada al pensamiento humano, pero cuya fuente palpita en la naturaleza, en el mundo, en el silencio impasible que todo lo envuelve con su túnica recamada, ¿qué habré de temer? Quizás no se alcen más ojos que oteen el incomparable espectáculo de esta belleza enmudecida, perenne y abnegada, pero su realidad, su más cruda, tajante y aleccionadora verdad, no se difuminará en las imperceptibles redes del vacío, sino que continuará enclavada en el corazón mismo de un cosmos sangrante. ¿Por qué tolerar entonces que el pavor ante la muerte me fustigue? ¿Dónde habita el miedo en la naturaleza? Todo en ella transmite valentía, poder y creatividad; un coraje sobrecogedor que no se empequeñece o amilana ante los crecientes retos, ni jamás se acobarda ante las pertinaces intimidaciones de la muerte, ni desiste de trastocar lo dado y de fraguar lo nuevo, sino que arrostra cualquier desafío. Y yo soy hijo de la naturaleza, vástago enorgullecido de su efervescencia creadora, de su arte, de su originalidad. Todas las enseñanzas de la ciencia y de la filosofía se resumen en una proposición tan austera como evocadora: somos del mundo. Respeto profundamente a quienes piensan que la auténtica patria de la humanidad hunde sus raíces no en la Tierra, sino en el cielo, pero toda imaginación de lo celestial, todo vislumbre de su grandeza y de su estética, bebe de las solícitas fuentes que arman la textura de la Tierra. Todos los credos que ha alumbrado el infatigable espíritu de los

hombres, todos los dogmas que reivindican el carácter de verdad revelada, todos los manás descendidos de las alturas para alimentar el hambre de conocimiento y amor que invade la existencia humana, ¿no brotan siempre de nosotros mismos? ¿No vivimos ya en la divinidad? ¿No se incoa aquí, en la profana Tierra, un cántico que alegra los cielos? ¿No hemos plantado una semilla, fecundada por el corazón, desde la que florece el árbol de la fe, de la moral, de lo eterno? ¿No constituye la vida el preámbulo ineluctable para que alboree, con su claridad salvífica, la aurora de los dioses? ¿No dice la Escritura “sois dioses”, y no repiten los labios del mismísimo Jesús este versículo misterioso?

Pero antes de llegar a casa, he experimentado un milagro. Todo lo que ha dimanado de este acontecimiento me parece transformador. Muchos también lo habrán vivido, pero nada sustituye el testimonio personal, el relato de un sentimiento reservado a cada uno de nosotros en nuestra intimidad más acuciante; en esa entraña que fomenta nuestra propensión insanable a considerarnos el centro del universo y el espejo de la divinidad; en esa provincia inasible que nos convierte en portadores de una antorcha que nace y muere con nosotros, de una huella cuya rúbrica jamás se reiterará en el devenir de la naturaleza, sino que persistirá o perecerá irreparablemente con cada individuo... Todo ha sido ya vivido, todo ha sido ya pensado, todo ha sido ya sondeado por los dilatados tentáculos de la sensibilidad y de la inteligencia humanas, mas ¿no percibe cada uno de nosotros la vocación de vivirlo, pensarlo y escrutarlo por su cuenta? ¿No nos llama una voz desconocida a acariciar la vastedad del mundo con nuestras propias manos, y a encaramarnos a las cimas más elevadas para que nuestros propios ojos se estremezan ante el inefable enigma de la vida?

Estoy seguro de que muchos antes que yo habrán franqueado los pórticos de una humilde iglesia arrinconada en un callejón estrecho, atraídos por la majestad de una música que despliega todo su fervor frente a sus oídos aguzados y expectantes. Sus notas se clavan en nosotros como nardos olorosos y purificadores... La obra que me ha arrastrado con su imán irresistible no ha sido otra que la *Toccatà et Fuga*, de Johann Sebastian Bach. Con su reducido, con su minúsculo tamaño, con su delicadeza, manos refinadas conducían un órgano verdaderamente mayestático, de impecable estilo barroco, uno de los muchos tesoros escondidos que nadie presagiaría descubrir en un templo tan sobrio, transido de esa atmósfera tan desnudamente puritana (o incluso pietista) que mistifica numerosas iglesias de Alemania. Me amartelaban exquisitos compases, melodías arrebatadoras, entreveradas de gravedad y cercanía, oscuras pero luminosas, impactantes, abrumadoras por su carácter ceremonioso, hierático y exaltado... Una música que infunde éxtasis y arrobamiento, sobresalto y relajación, pánico y silencio, me ha sorprendido y ha detonado mis delirios melómanos. Por supuesto, conocía gratamente esta célebre obra del compositor de Eisenach, pero el azar ha querido que sólo en el atardecer de este día columbrara una belleza demasiado catártica para mí, vivificada, mientras regía el crepúsculo, por las tersas dicciones del arte. Escucho a Bach, y me siento divino. Mis aspiraciones se extinguen y emerge un hondo cielo de beatitud. Es innegable: una llamada vigorosa congrega mi imaginación, mi intelecto y mi voluntad cuando me sumerjo en las templadas aguas de lo sublime.

Todo rezumaba dignidad, un esplendor mayor que los fastos más dispendiosos de la Roma imperial, una suntuosidad con cuyos dorados y augustos ecos exultan esas emociones que dormitan, aletargadas, en el omnipotente corazón del hombre. Una fusión imposible de terror y paz, una mixtura de cólera y estabilidad, una miscelánea de espanto y reposo, una simbiosis de presura y pausada lentitud, un entrelazamiento de

prudencia y conmovedora desmesura, una invitación a arrodillarse ante lo grandioso, a postrarse ante una magnificencia recapituladora que supera cualquier idea trenzada por la mente de los hombres: la pugnacidad de un misterio tremendo y fascinante, tal y como lo han vislumbrado los mejores teólogos, santos y anacoretas, ahora aposentado en los severos compases que concibió Bach, en esa perfección espiritual y matemática que baña sus obras más excelsas... ¡Oh luz, oh sacralidad, oh limpidez crucificada! Bach desprende armonía, una pureza geométrica reminiscente de los más logrados almocárabes, un equilibrio supremo entre las partes y la totalidad, imbricadas en una catedral de proporciones comedidas que recoge simétricamente un caleidoscopio de imágenes y sentimientos. Con gracilidad, energía y finura, la música de Bach culmina una síntesis recopiladora de todos los opuestos, un enaltecimiento de cualquier intuición hasta esa esfera incapturable en la que palpita, gozosa, la verdadera plenitud. Nos introduce en su pujante crisálida y nos redime de toda debilidad para transportarnos a la órbita de lo eterno, al ámbito de una exuberancia cegadora que nos salva con su belleza inmarchitable. Es el infinito verdadero de Hegel, rostro del absoluto y preludio del cielo...

Tanta profundidad me sobrecoge, me inflige dolor. Mi yo languidece cuando se enfrenta a un símbolo diáfano de ese poder inveterado, de esa fuerza imperecedera y copiosa que nos llama por nuestra onomástica, como si se hubiera familiarizado con nuestra identidad inescrutable. Una luz demasiado intensa me reclama. Labios que musitan palabras en el cielo se dirigen a mí, y me traspasan con una espada cuyo soberbio filo me despoja. Huestes angelicales disparan sus flechas luminosas contra mí, asaetean mi corazón con dardos que me insuflan un temor sacro, una piedad ante la vida, la muerte, el ser y el misterio que jamás habría augurado en una criatura inundada de escepticismo.

¡Oh humildad que prodiga el arte de los genios, la estampa de lo sublime, la exposición ante la flagrante perfección que exhalan compases orquestados en el paraíso! Ojalá no cese nunca de irrumpir esta cadencia sagrada, cristal de lo divino, lupa que agranda nuestros ojos para que observemos todo un mundo anegado de belleza y abundancia, esquivo a corazones rotos y embebidos de su propia fatuidad... Perdóname, belleza, bríndame tu conmiseración, absuélveme con tu clemencia, porque he pecado contra ti, he sucumbido a mi yo asfixiante, he suspirado por luces ambiguas y desmadejadas sin entregarme, en alma y cuerpo, a la alabanza de tu luz. Sólo la hermosura me indultará, con una compasión libre que refleje la magnanimidad de lo innombrable, de lo altísimo, de un dios encarnado en cada sentimiento puro, noble y bello que abrasa el alma humana con el fuego de su amor.

Estas letras mustias que hilvano con dificultad palidecen ante la luz desbordante que hoy han contemplado mis ojos. Un juez inflexible nos ha condenado a vivir más de lo que nuestros labios son capaces de expresar y más de lo que nuestra rígida memoria consigue apilar en ese castillo fortificado por recuerdos y almenado por sueños fenecidos. Esta terrible ambivalencia conmociona y honra lo humano. ¿Aflojará una musa benevolente nuestro cúmulo de tensiones insufribles, la espiral de dudas cifradas que se ciernen sobre todo espíritu atormentado por la acechante sombra de la contradicción? Lo ignoro, pero ahí está el arte...

EL BUDA Y EL CRUCIFICADO

En cielos inalcanzables y misteriosos, mistificados por sonidos angelicales y aureolados por el resplandor de una sabiduría infinita, allí donde se reúnen los espíritus más nobles de todas las edades y donde el pasado se funde cálidamente con el futuro, el Buda encontró a su alma gemela. Aunque no se habían conocido en vida, en ese paraíso que supera las fronteras de la muerte y de la existencia no tardó Siddharta Gautama en percibir el aura de quien como él había despertado a un mundo saciado de luz, de inspiradora luz. Al igual que la corriente de los ríos más caudalosos no puede resistir la llamada de mares y océanos, un espíritu luminoso y sabio como el de Buda se sintió atraído por la estela de quien, nacido no príncipe, sino pobre entre los pobres del mundo, también había llegado a la más honda y reveladora de las verdades.

Al percibir en la magia de un instante efímero el curso de toda una vida, suaves lágrimas brotaron de los ojos del Buda, pues vio cuánto había sufrido este hombre, a quien la injusticia y la desidia habían condenado a morir en la ignominia de una cruz romana. Pero gozó al palpar el hálito inefable de un amor que bendecía el rostro del Crucificado, y supo cuánta bondad habían derramado sus manos y sus labios sobre la Tierra. La más hermosa de las sonrisas consagró entonces su faz.

-Paz a ti, bienaventurado. Puras sean tus palabras como profunda es tu mirada. Sublime es el hilo de la fortuna que propicia este encuentro.

-La paz sea contigo, hijo del hombre. Dichoso sea el Padre celestial que guía a la humanidad por sus inescrutables senderos, pues incontables fueron las generaciones que aguardaron este día sin aurora ni ocaso. Mas las largas noches de desvelo dan hoy su mejor fruto. Gozosa habrá sido entonces la espera de los profetas.

-Como yo has llamado a leales discípulos para que lo dejen todo, te sigan y propaguen la luz de tu mensaje.

-Yo no he venido a traer luz, sino fuego al mundo. Sólo así irrumpirá el reino de mi Padre.

-Sabiamente hablas, ¡oh bienaventurado!, porque el fuego purifica el corazón y permite que renazca a un mundo nuevo. Muchas generaciones han vivido sin un Iluminado, pero felices son cuantos han compartido el existir terrenal con quienes han desentrañado la más noble de las verdades, la más perfecta de las doctrinas, la luz que rescata el corazón.

-¿Y cuál es esa noble verdad que tan ansiosamente has buscado, hijo del hombre?

-Es la noble verdad de un dolor que no nos aflige desde sombras exteriores. Es la noble verdad que nos enseña cómo el dolor hunde sus raíces en lo profundo del corazón humano.

-Has hablado con rectitud, hijo del hombre. Porque la verdadera impureza reside en el corazón, del que surgen las peores palabras y las mayores abominaciones.

-No es la esclavitud a la que nos someten los poderosos la fuente última del dolor, sino nuestro propio egoísmo, nuestra avidez de ser, nuestras ansias de perduración, nuestro apego al deseo y a la existencia. No hay nada permanente en la esfera del existir, transida de caducidad inexorable, abocada a disolverse en sigilosos vacíos. Incluso en el amor habita un dolor profundo, aunque sea el amor la luz más eximia que concita el hombre.

-Sólo en el reino que ha de llegar, allí donde gozan los benditos de mi Padre, alcanzará el corazón la vida verdadera y se extinguirá la llama del sufrimiento. Sólo allí, en el seno de Abraham, que es la eterna morada de los justos, el paraíso de la misericordia, será real la comunión con mi Padre, que ha prometido la dicha plena a quienes cumplan sus mandamientos.

-Bien dices, pues buscamos en el mundo de las apariencias lo que habita en nuestro ser más íntimo. Ésta es la más noble de las verdades que he acariciado a la sombra de una higuera, inmerso en los impenetrables abismos de mi alma para descubrirme solo, desasido, ensimismado. Sólo entonces he visto el fulgor de la verdad, el vehículo que conduce a los albores de lo eterno y permanente. Sólo entonces ha inhalado mi corazón la fragancia más auténtica. Sólo entonces he contemplado todos los reinos de las criaturas en una armonía celestial, reminiscente de la verdadera esencia del todo, que es su carencia de esencia, su nihilidad y su silencio. Sólo cuando el hombre logra ese nirvana bienaventurado siente por fin la ausencia del anhelo y el amanecer del paraíso. Sólo entonces despierta a un sol cuya luz eclipsa todos los soles nacientes y ponientes que han divisado los ojos de la humanidad. Sólo entonces es pura la mirada y es honesto el lenguaje. Sólo entonces triunfa el bien sobre el mal y se apaga la llama del sufrimiento, que antes ardía, pujante, en los espacios visibles e invisibles de la creación. Sólo entonces se funden dioses y hombres, hermanados en su inesencialidad.

-Hijo del hombre, yo aprecio la agudeza de tu doctrina, pero te has despojado de todo temor de Dios.

-Es en el vacío donde el hombre discierne la salvación por la que suspira. Y es en la pureza de su unidad, de ecos sublimes, donde se desvanece la vastedad de mundos que hoy nos sobrecoje. La paz insondable que desprende es el aroma más puro que cabe concebir. Maravillaría incluso al Dios supremo, preso de su vacuidad, astro que no refleja la más perfecta de las luces, pues en el reino de la verdad han de fenecer todo amor y todo pensamiento para que surja la claridad de lo inexplorado, del gozo no sentido, del nuevo mundo donde todo permanece y nada expira. Los dioses deben apiadarse de sí mismos, pues han engendrado un mundo fugitivo, una ilusión ofusadora del espíritu. El refugio del hombre no es otro hombre o el regazo de un dios, sino la excelencia de la verdad y de la doctrina que predicán mis labios. No hay consuelo fuera de la verdad. Sólo quien corona el nirvana y se libera de apegos, temores e imágenes terrenales saboreará un mundo nuevo y una vida nueva en la sede de lo inmutable, en el silencio de lo eterno.

-Tú proclamas que podemos acceder a un mundo inundado de luz donde no hay divisiones, ni enfrentamientos, ni aspiraciones agónicas. Mas yo anuncio la venida de un reino que el hombre no conoce aún, un reino donde desaparecerán las tinieblas del

pecado. Este reino pertenece al Padre, al Dios bueno que vela por todas las criaturas y que cuida con solicitud al último de los seres de este mundo. Porque mi Padre es el buen pastor, y el verdadero pastor sacrificaría la vida por cada una de sus ovejas. Así es la predilección de mi padre por Israel y su pueblo santo, así es el amor que presidirá su reino, donde ya no se oirán llantos ni rechinar de dientes. La eterna ley de Dios alcanzará entonces su auténtico cumplimiento, y todo será consumado. Los pecados serán perdonados en ese reino de salvación, donde la oscuridad dejará paso a la claridad deslumbrante de quienes contemplan a Dios cara a cara.

-El pecado es el apego al ser, el amor a uno mismo. Es preciso descorrer el velo de las ilusiones para percibir lo eterno, lo que fluye y no fluye, lo que es y no es, pues no conoce resistencias, sino ímpetu infinito imbuido de silencio. Es el brillo puro de un amor inconmensurable que quiebra las fronteras del ser y del no-ser, allende la distinción entre luz y oscuridad, entre lo pensado y lo no pensado, entre lo posible y lo imposible. Allí, pasados y futuros se reúnen en la morada de la verdad pura, que es el eterno mediodía del asceta, el hogar de la pureza y de la santidad.

-Pero ¿cómo amar sin amarse? Yo exhorto a amar al prójimo como a uno mismo.

-Yo busco el amor fuera de mi ser caduco y de mi conciencia oscurecida. Yo proclamo la salvación fuera del ser, del mundo y de las olas tempestuosas del deseo, que nos hunden en la oscuridad de lo mutable y evanescente. Yo anuncio el nirvana que detiene la cadena de la vida y libera a todas las criaturas de su sujeción a la rueda angustiosa del existir, al tormentoso y abrumador *samsara*. Tú prometes vida, yo aniquilación de la vida que aman los hombres, pues lo que ha de nacer ha de perecer. Sólo así expirará el ciclo de las reencarnaciones y se evaporará la sucesión que hilvanan las causas y los efectos. Yo busco la vida más allá del ser. El aniquilamiento de lo creado es necesario para que florezca lo inescrutable. Sólo si fenece la música antigua escuchará el hombre las melodías que no presagia. Ya no tejerá su manto el confuso mundo de los sentidos, sino el recio universo de lo imperecedero. Es la verdad que no puede marchitarse, la suspensión del ciclo del existir, para auxilio y regocijo de todas las criaturas.

-Lo que el Espíritu de Dios me ha revelado no es el cese del existir, sino el anuncio de un amor infinito e inescrutable, el nacimiento de una vida nueva y de un hombre nuevo. Es la buena noticia que yo otorgo a la humanidad, para liberar a los pobres y a los oprimidos. Es el manantial que nunca se seca. Es el agua viva que puede saciar la sed del hombre, porque es el agua de la vida, es el don de Dios, es el camino al Padre que nos permitirá derrotar a la muerte e instaurar un reino sin fin, un reino que humillará todas las potestades terrenas, un reino reservado a los humildes y limpios de corazón, predilectos de mi Padre, orgullo de lo creado.

-¡Oh bienaventurado!, sabias son tus palabras, pero ese reino no descenderá desde cielos recónditos henchidos de clemencia. Sólo crecerá en el espíritu de quien renuncia al mundo para alcanzar el nirvana increado, el fundamento sólido sobre cuya paz descansen por fin el corazón. Será la más sublime de las cúspides en la escala de la felicidad.

-No necesita el hombre sumergirse en su soledad, sino abandonar sus abismos más oscuros y mitigar el dolor de sus hermanos mediante la fe, la palabra y la obra. He aquí el auténtico despertar a la verdad y al espíritu que dan vida, vida que es amor, porque mi reino nunca será de este mundo mientras el amor no domine el mundo. Las palabras de los hombres pasan, pero no un reino que es la morada de Dios, el hogar de la paz, la casa edificada sobre la roca, la resurrección y la vida.

-¡Dichoso seas tú, alma luminosa, porque también has encontrado el sendero de la verdad en tu peregrinaje terreno! Y en verdad es la compasión por todas las criaturas el más bello de los sentimientos que alberga el hombre. En verdad es el amor la más alta de las conquistas humanas. En verdad es la bondad la expresión suprema de la sabiduría, el mensaje que dioses y universos anhelan brindarnos. Pero en verdad es el dolor el mayor obstáculo en nuestra búsqueda de amor y sabiduría.

-Todo dolor cesará cuando triunfe el reino de mi Padre. Es Él quien hace que amanezcan los días y se extingan las noches. Es Él quien sustenta a las aves del cielo y quien siembra los campos de fervorosos lirios y amapolas. Es Él quien desata las fuerzas ocultas de ríos y océanos y llena de sal la Tierra. Es Él quien vela por el hombre desde los inicios. Es Él quien nos da el pan nuestro de cada día. Es Él quien eligió a Israel como faro para todo hombre. Es Él quien orientó a los profetas en tiempos oscuros. Y es a Él a quien yo he entonado las súplicas más piadosas, pues santificado sea Él, que ve en lo escondido y escuchará a quien tenga fe. Y Mi Padre juzgará el mundo con misericordia y justicia.

-Sea también mío tu Padre, ¡oh dichoso!, pues tus palabras son sabias, y mi alma aprecia todo destello en el que brille la luz de la sabiduría verdadera. Si tu Padre ama la misericordia, entonces yo soy hijo suyo, porque sólo la misericordia nos aleja de nosotros mismos. Pero liberemos a ese dios que proclamas de todo rostro personal, de toda dependencia de la angosta conciencia humana, porque su espíritu ha de desbordar inconmensurablemente las fronteras que escinden los reinos del ser e infligen un dolor profundo en nuestro propio corazón.

-Mi Padre es el Dios de la misericordia, que ungió a Israel y envió a los profetas para que anunciaran su venida en espíritu y verdad. Yo doy gloria al Dios que creó el mundo, hechura de sus manos. Ese Dios es mi Padre, es el Señor de la gracia. Y mi Padre perdona los pecados de Israel y de la humanidad entera, porque es lento a la ira y rico en piedad. Él derramará su clemencia infinita sobre el mundo, para reconciliarlo todo. El que crea en el testimonio que doy de mi Padre se salvará. El que tenga oídos para oír esta buena nueva no albergará temor hacia la muerte.

-Grande es mi alegría al escuchar que tú también profesas fe en la fuerza imponderable del perdón, ¡oh bienaventurado! Yo exhorto a perdonar y a aprender a desterrar el odio, que deshoja el corazón, porque rechazamos en los demás lo que en realidad agujonea y ruboriza nuestro propio espíritu. Sólo nos encontraremos a nosotros mismos si expulsamos del alma los sentimientos que destruyen el amor y reprimen la serenidad, como los vientos huracanados de la cólera, el egoísmo y la codicia, o las voces temblorosas de la mentira y el engaño. Sólo el perdón y la compasión pueden conducirnos al verdadero nirvana, a un reino de equilibrio, medida y paz insondable.

-Mi Padre bendice a los mansos, a los pobres, a los atribulados, a los que lloran, a los perseguidos e injuriados, a los hambrientos de justicia en medio de los atroces silencios de un mundo sordo a sus deprecaciones, a quienes luchan por el bien y el amor, a quienes no responden con otra ofensa a una ofensa, a quienes buscan la verdad y el bien, a quienes no sienten odio, sino amor, hacia sus enemigos, a quienes ofrecen bebida y alimento a los desterrados de este mundo...

-Sean también más esas bendiciones, oh tú también despierto, oh tú también Buda, oh tú también profundo y perfecto en tus doctrinas, oh tú que nos incitas a amar incluso a nuestros enemigos. Sea también mío el único de los anhelos que apruebo y admiro: el deseo de extirpar el sufrimiento de la faz de la Tierra. Sea también mía tu búsqueda de ese reino infinito donde se disipen todos los afanes perecederos y sólo resplandezca la más pura y exuberante de las luces, la aurora que jamás ceda el testigo a la noche, la sede del eterno sosiego y de la limpidez suprema. Bien comprendo el inefable sentido de tu lucha, bien sé cuánto enalteces a la humanidad, bien sé cuánta alegría se concita en el corazón del universo al escuchar la belleza de tus enseñanzas, pero sean también tuyas mis exhortaciones a huir del deseo como quien escapa de su enemigo mortal. Porque el deseo trae muerte; no aniquila la fuente del mal, sino que desencadena un nuevo torrente de pugnaces inquietudes. Esta angustia enceguece nuestros ojos ante el fulgor de la verdad. Sólo el desasimiento nos perfecciona. Sólo el silencio inescrutable del nirvana nos eleva al cielo verdadero, al hogar incorpóreo de la paz pura.

-Has hablado sabiamente, hijo del hombre, pero el corazón no puede anular la fuerza del deseo. Sin deseo no asciende el espíritu. Sin deseo no puede instaurarse el reino de mi Padre en la Tierra, heredad de quienes aman a Dios. Su simiente sólo crecerá si cae en corazones anhelosos, luz y salvación del mundo. Sólo así un humilde grano de mostaza se convertirá en el árbol que cobije a quienes ansían el reino de mi Padre.

-Quizás llegue un día de bienaventuranza donde el deseo desemboque en la ausencia de deseo. Todos los ríos de la Tierra convergerán en un mar de pureza infinita, libre ya de anhelos, aspiraciones y afanes, receptáculo de la verdad inagotable e irrevocable, fusión de todos los mundos que subsisten en el universo, unidad suprema de todos los seres en el crisol que desborda la copa del ser y de la nada. Será el reino de la vida más gozosa. Sólo entonces brotará la más hermosa de las flores, la rosa del desapego, enigmática como los rayos del arco iris, amena como el cántico de un ruiseñor, ligera como las melodías siderales. Allí abrazará tu Padre a todos los dichosos que saboreen las delicias de ese cielo auténtico. Allí se desvanecerá la sombra del deseo y sólo brillará la luz de una verdad fundida con el amor. Será el nirvana universal, que acoja a todas las criaturas.

Con el Sermón de Benarés y con el Sermón de la Montaña, con las cuatro nobles verdades y con las ocho bienaventuranzas, el hombre ha sondeado la morada de los dioses. ¿Cuándo llegará a la Tierra el nuevo espíritu que, despierto al mundo de la infinita luz, proclame una verdad aún más profunda y vigorizadora que las esclarecidas por el Buda y el Crucificado? ¿Cuándo despuntará esa chispa divina que halle la encrucijada entre los caminos del Buda y los senderos del Crucificado? ¿Cuándo amanecerá la aurora de la verdad plena?

EN LOS SENDEROS ALPINOS

Un maestro y un discípulo recorrían los Alpes Dolomitas en busca de sosiego, tranquilidad y meditación. Mientras dialogaban sobre el conocimiento como cauce para la divinización del hombre, la belleza regia de la Cortina d'Ampezzo embriajaba sus sentidos y espoleaba sus sueños indómitos. El verdor salvaje de la naturaleza, el azul inescrutable de los lagos, las caricias amenas de una brisa balsámica...

Sumidos en la dulzura de tan inspiradora soledad, los días se fugaban, veloces y jubilosos como gacelas, y la viveza de las ideas más profundas acompañaba su peregrinaje. En el misticismo de una noche que pincelaba los rayos de astros preñados de deseos puros, la Luna parecía musitarles versos pintorescos cuyas evocaciones embriagaban su pasión desde cálices celestiales. Todos los remordimientos, celos e inquietudes que pesaban en sus corazones se evaporaban milagrosamente. Era la magia de los Alpes, disipadora de las sombras del alma.

Una mañana indescriptiblemente clara llegaron a un desfiladero. Ante ellos refulgía uno de los parajes alpinos más deslumbrantes. Todo era imponente. Pinos y abetos colmaban hercúleas laderas. El estrecho y sinuoso cauce de un río horadaba las montañas y esculpía un largo valle. Las copas de los árboles lamían suavemente el cielo, y un aroma tenue e indiscernible impregnaba el sendero, circundado de tallos susurrantes y perennes gotas de rocío. Fragantes flores animaban el camino con atisbos de una hermosura angélica, mientras profecías inescrutables llovían sobre el receptáculo de su imaginación. Ante semejante epifanía de felicidad no presagiada, el maestro no pudo contener una emoción que desbordaba las palabras. Con la mirada alzada hacia un cielo inusitadamente límpido, sólo interrumpido por una nube díscola, exclamó:

-¡Respira, amigo, inhala todo este aire puro y comprobarás cómo se desvanecen tus angustias, tus preocupaciones y tus afanes!

Ambos enmudecieron. Cerraron los ojos y respiraron profundamente. Embelesado, el maestro prosiguió:

-¿Qué más necesitamos? ¿No se abre ante nosotros toda la fuerza de la vida cuando divisamos esta belleza sublime que no ha sido creada por el hombre? ¿Y de qué no será capaz una naturaleza que forja paisajes tan espectaculares, galaxias de incalculable tamaño, planetas obligados a girar en torno a soles?

El maestro extendió el brazo sobre la espalda del discípulo y lo exhortó a contemplar en silencio la majestad de montaña que se erguía ante ellos. Simulaba un triángulo equilátero coronado por una diadema de nieve, de blancura inmaculada. De las chispas reflejadas en las escarpadas laderas emanaban destellos alabastrinos cuya diafanidad preconizaba un paraíso ultraterreno. Parecían mullir las alturas con manifestaciones de una luz infinita y expiatoria. Un águila planeaba ceremoniosamente entre la montaña y el mirador. Un viento sutil aullaba y acunaba con delicadeza las hojas de los árboles. Sólo se oía el rumor de sus ráfagas.

Las mejillas del discípulo ardían de gozo honesto y, extasiado por la experiencia, no pudo contener la emoción:

-Captar la unidad más íntima que vincula todas las esferas de la naturaleza, ¿no nos introduce ya en el ser mismo del universo? ¡Y quién rehusaría sumirse en esta dulzura que nos permite olvidar todas las penas y frustraciones de la existencia! Ahora siento cómo las hondas fuerzas del destino vienen a mí. Ahora soy eterno entre lo eterno y sublime. Ahora acaricio el dedo de Dios. Desde intuiciones incorpóreas alcanzo el corazón de una materia inagotable. Esta melodía tan profunda me devuelve al regazo de la vida, como eco que resuena en un alma desolada.

-Ojalá todo fuera tan sencillo, pero hay que regresar a lo cotidiano, hay que trabajar, hay que luchar contra las adversidades, hay que enfrentarse al mal y a la desidia de los hombres, hay que sufrir la falta de sensibilidad que ofusca a tantas almas ciegas.

-Yo preferiría huir del mundo, dedicado exclusivamente a pensar, a concebir, a estudiar..., sólo rodeado por espíritus puros y bondadosos, sólo arropado por luz.

-Lo que tú deseas es imposible, porque incluso en ese escenario idílico que buscaron los monjes medievales te asediarían las sombras de la frustración. Los espíritus bondadosos por los que clamás sólo existen en los sueños. En la vida real, la bondad es frágil y pasajera, mientras que el egoísmo y la aspereza de los hombres perduran.

-Al menos la sabiduría me infundiría ese consuelo por el que yo suspiro.

-No te engañes. Tampoco el saber te colmaría. Sólo retrasaría tu sufrimiento.

-¡Ah, si pudiera extirpar de las profundidades de mi alma todo atisbo de temor hacia el futuro y flotase gozosamente en cielos puros, saciados de intenciones nobles y afanes sinceros! En ese estado de quietud y perfección, el ímpetu de la vida se sobrepondría a todas las fatalidades que nos depara la naturaleza. Ni siquiera la muerte tendría la última palabra, y los fragmentos de un universo inabordable se unirían armoniosamente en un nuevo cuerpo, en una nueva figura, en una nueva realidad añorada por el alma y preconizada por el arte.

-Es bello desear, pero es necesario conocer la verdad, pues el deseo es engañoso. Busca vivir, mas no olvides que estás llamado a abandonar este mundo.

-Si descubriéramos una verdad tan profunda que resistiera tiempos y espacios, o si grabásemos en la Tierra la huella de un amor divino, te aseguro que nuestra alma no dejaría nunca este mundo. Si conociéramos el íntimo funcionamiento de la naturaleza y descifráramos las claves de la vida, nada nos impediría derrotar a nuestro peor enemigo, y perfeccionar esta magnífica obra de la naturaleza y del espíritu que es el hombre hasta aproximarla a la morada de Dios. Y yo busco ser Dios.

-Esta llamada desgarró tu corazón. Desiste. Hombre eres y hombre has de ser.

-¿Cómo lo sabes? ¿Acaso el más humilde de nuestros ancestros animales debiera haberse sentido condenado a permanecer en la posición que entonces ocupaba en la

escala de la vida? ¿No debería haber soñado con encumbrarse a cimas nuevas e insospechadas? ¿Por qué niegas al hombre lo que sin duda atribuirías al animal?

-Tú crees que existe un fin en la obra de la naturaleza. Estás convencido de que inconcebibles inmensidades siderales e inimaginables sucesiones de tiempos aguardaban tu llegada. Pero te equivocas. Ese antepasado animal que mencionas jamás pudo presagiar el desenlace de la absurda carrera de la vida, un voraz encadenamiento de placeres y dolores, de nacimientos y exterminios, de dichas y adversidades, abocado a la nada, a la oscuridad, al vacío y al sinsentido. No hay paz en el universo, y poco habría importado al cosmos que no hubiese surgido la especie humana. Es la fortuna o la desventura lo que ha propiciado nuestra venida a este mundo incomprensible, donde la racionalidad y la irracionalidad parecen sumidas en una eterna lucha sin tregua. No esperes nada del universo; confórmate con lo que te ha sido dado. Rechaza esos palpitos confusos que suspiran por un mundo distinto al que ahora observas.

-Ante la luz dorada que hoy baña estos parajes, ante la Luna que de noche contendrá la oscuridad con su fulgor místico, yo proclamo que el hombre no es el fruto del azar, sino la perla de una sabiduría imperecedera y finísima que conduce la trama de la vida por las sendas del espacio y del tiempo. Y se ruborizarían las vastedades del firmamento al escuchar la sinceridad de estas palabras, cantos auténticos que flagelan las entrañas de todo cosmos y de todo espíritu, porque sólo cuando el hombre se crea destinado al más alto de los fines, a convertirse en Dios para amar como sólo Dios puede amar, cumplirá su verdadera vocación. ¡Qué torrente de bendiciones no manaría de esos labios, tan enamorados de la vida como deseosos de difundir su dulce aroma!

-Qué bella es tu fe, pero qué ilusas son tus palabras. No podremos borrar todo el dolor que ha ofuscado el mundo; no podremos recuperar la juventud perdida; no podremos eternizar ese instante que nos acerca al reino de los cielos, pero podremos legar a las generaciones venideras un mundo más digno, más libre, más sabio y bondadoso. Habrá valido la pena luchar, e incluso si Dios no existiera, siempre podríamos crearlo. Mientras tanto, no temamos derramar lágrimas ante todo el sufrimiento que ha oscurecido la historia, y que aún hoy atenaza el devenir de innumerables hombres. Es bello, y puro, y santo el llorar, porque al hacerlo nos confraternizamos con nuestros semejantes, y abrimos en nuestro propio espíritu un espacio donde el llanto de las otras almas riegue y fecunde el vacío de un corazón ensimismado. Así forjaremos nuestro propio reino de los cielos, lleno de lirios, pájaros y libertad, donde toda búsqueda sea una llamada al amor, y donde se fundan la paz y el deseo: la gloria de un arte nuevo que sane a la humanidad.

-¿Acaso no percibes un orden que nos desborda, los trazos de una inteligencia tan excelsa que no puede haber dejado a su suerte a nuestra especie, dotada de conciencia y libertad, reflejo de lo eterno en la fugacidad de la materia?

-¿Dónde has visto escrita esa ley que dices conocer? ¿En qué tablas has encontrado la rúbrica de ese plan divino que tanto te seduce? Yo sólo contemplo un entrelazamiento inescrutable de necesidades y contingencias que superan nuestro entendimiento. Yo sólo atisbo calladas enormidades de soles y planetas que no se apiadan de nuestra estirpe. Yo sólo admiro los esfuerzos del hombre por desentrañar la verdad del universo, pero nuestros logros son tan tímidos que jamás sabremos cuál es nuestro destino. Estamos condenados a pertenecer al inabarcable ciclo de la naturaleza.

-Mentiría si dijese que he encontrado a Dios, pero yo no ceso de buscarlo incansablemente, y esta duda me absorbe, me devora, me posee; me traslada de un dominio a otro del espíritu y me hunde en la más profunda y vertiginosa de las inquietudes. Lo busco en las leyes del universo y en el amor del hombre, y aún no sé si he impuesto demasiadas condiciones a ese Dios, si quiero descubrir un Dios hecho a mi medida y no el Dios verdadero, que trasciende y humilla lo que de él han dicho tantos libros, credos y profetas.

-Quizás no debas buscar más, sólo vivir y contemplar; quizás en ese instante resplandezca tu propio dios, en la paz que halles en ti mismo, en la sabiduría de tu silencio, en la gratitud de quien elogia el milagro del existir. Observa ese pajarillo. ¿Qué mira, por qué fin suspira? Simplemente vive. Y tú estás atormentado porque anhelas un sentido. La razón sólo te mostrará un Dios capaz de suplir las carencias de nuestro entendimiento; la sensibilidad, un Dios que colma la emotividad humana. Pero el Dios que imploras no puede ser ni razón ni sentimiento; ha de ser universal, no parcial: una inteligencia y un corazón fundidos en lo incognoscible. Estás condenado a encontrar lo que persigas, pues el hombre construye aquello que desea, pero entonces no escaparás de ti mismo y no te abrirás a la sorpresa. Sólo habrás recorrido la senda que tú mismo hayas trazado. Yo vislumbro una cima más alta que todos los cielos del universo, porque quien busca la belleza y la eterna comunión con el todo no conoce distancias, anchuras o profundidades, sino que todo brilla ante su espíritu como un infinito verdadero, condensado en vivaces finitudes.

Continuaron su marcha. Finos resplandores plateados aureolaban los límites del sendero. Un arroyo límpido murmuraba perezosamente en el corazón del valle, ameno como el mediodía en primavera. Suaves rumores brotaban de su cauce y enardecían su sosiego. Todo se hallaba penetrado de un susurro infinito, reminiscente de prados celestiales. Parecían integrarse los reinos de la naturaleza y del espíritu. Maravillados por la exuberancia de la vista, maestro y discípulo juzgaron más puro el blanco destellante de las cúspides, más reparadora la brisa húmeda de los valles, más propicia la hermosura del paisaje, más íntimo el soplo de lo eterno. El camino se angostaba y discurría junto a hojas lanceoladas y flores embrujadoras, recamado por cintas de oro que evocaban lazos imperecederos, entre profundas hondonadas y desfiladeros temibles. El difuso verdor del musgo aterciopelaba rocas grisáceas y las maceraba con su blandura esponjosa. Insólitos colores de ricos matices mecían sosegadamente su fantasía.

Al borde de un precipicio, el discípulo dirigió la mirada deseosa a unas aves que centelleaban con gracia en el horizonte.

-Me compadezco de las aves, pues es una lástima poder surcar las alturas y contemplar el mundo como estrado de sus pies pero carecer de conciencia... ¿De qué sirve semejante don de la vida si no se puede aprovechar?

-Déjame responderte –le espetó el maestro-. Tú entronizas la conciencia en el sitial del universo, pero ignoras si existe una fuerza aún mayor, encumbrada a cielos que ni siquiera intuyes. Para el ser que la posea, tu don será risible, un desperdicio de energía, un tesoro en manos de alguien que no sabe emplearlo. No traces divisorias

artificiales entre las distintas esferas de la naturaleza. Todo brota de la unidad; todo obedece a las mismas leyes; todo dignifica esta sublime catedral de la materia y del espíritu que es el cosmos, filosofía en piedra, sabiduría en forma visible, exhortación a buscar, comprender y crear.

LOS PAISAJES ABRUMADORES

Vi una montaña que espigaba el horizonte. De su cúspide, insondablemente nívea, brotaba un fulgor que cegaba mi espíritu. Soplaban un viento suave, y parecía tocar la dulce melodía de lo eterno. Entonces intuí que la verdad es impersonal y desapasionada, y que todos los sueños del hombre por progresar y expandir el círculo de su conciencia han de reconciliarse con el deseo de la naturaleza, que señala el silencio. Y el cielo me declamaba sus pensamientos más profundos a través de inspiradores rayos de luz.

Y soñé con la intelectualización del hombre cuando nadie me escuchaba, porque yo sabía que nadie podía prestar atención a mis palabras, que anunciaban una vida nueva, la negación de la vida presente y el sacrificio de todos los altares ya erigidos.

Y contemplé la desembocadura de tres ríos en el único océano. Todos los caudales de los tres ríos parecían apresurarse a verter sus copiosas aguas sobre un océano que inmediatamente devoraba su furor, pues en él todo exhalaba calma y silencio. Y en esa unidad pura atisbé todo movimiento, todo ruido y toda furia.

Y vi una sala repleta de símbolos nuevos, en cuyo seno se extinguían los murmullos del amor presente. Nadie sabía interpretarlos, pero yo intuí su significado: era el único concepto que lo contenía todo, y sucumbieron todos los conceptos, y amaneció la vida.

Te han dicho que no hay nada, que la nada es el ser, que el ser concluye en la nada, que la flor del ser se marchita y procede a los dominios de la nada, pero te han mentado, porque la nada clama por el ser, y todo no-ser puede siempre concebirse como una aspiración al ser, como un eco del ser.

Y mis labios profirieron infinitas bendiciones:

Bienaventurados los que transforman el mundo y expanden el ideal.

Bienaventurados los que elevan la nueva naturaleza sobre los escombros de la antigua.

Bienaventurados los que superan lo dado porque aman lo infinito.

Bienaventurados los que exaltan la vida y luchan contra la no-vida.

EL NUEVO TEMPLO

En un polvoriento sendero topaste con dos hombres que caminaban en busca de la verdad. Eran peregrinos que se dirigían a un santuario construido por las manos de los hombres. Y les preguntaste:

-¿Cuál es vuestro destino, caminantes?

-El santuario de las perpetuas armonías, que se alza sobre la colina del Eterno Amanecer, en el país del nombre más puro. ¿Y adónde te diriges tú?

-Mi santuario se encuentra en un país nuevo, que acaba de nacer.

-¿Cómo se llama ese país, pues también queremos conocerlo?

-Es mi propia alma ese país, y sólo tendrá el nombre que ella adquiera. Es un país que supera auroras y ocasos, caos y armonías, purezas e impurezas. Es el sueño de la creación.

-¿Y qué crearás en ese país cercado por tu alma?

-Me crearé a mí mismo, y con ello contribuiré a crear un ser que sólo busque crearse a sí mismo en el incesante flujo de los tiempos y los espacios.

-¡Permítenos acompañarte y crear contigo ese infinito que abrace toda finitud, pues ya estamos cansados de armonías y amaneceres, de luces inescrutables que eclipsan la belleza de una oscuridad hermanada con el fulgor!

-No puedo dejar que vengáis conmigo. Sólo en mi soledad tallaré ese reino que yo os anuncio.

Y los peregrinos se marcharon, cabizbajos, en busca de su santuario de perpetuas armonías, templo cósmico fraguado con naturaleza y con espíritu.

ANGUSTIA

Angustia... Leer determinados libros de filosofía, meditar sobre esas cuestiones tan hondas y trascendentales que han absorbido densas energías e incalculables tiempos, reflexionar sobre el futuro, soñar con lo imposible...: su fatalidad clava en nosotros una astilla embadurnada de angustia, teñida de tristeza, empapada de desconcierto. Para sentir en su crudeza el estéril peso de la angustia no es necesario asomarse a balcones ubicados en las plantas superiores de los edificios. No es preciso ascender afanosamente hasta la plataforma más alta de la Torre Eiffel y mirar a la vasta extensión desde esa cúspide de la ingeniería humana. La angustia verdadera se injerta en el cuerpo e intoxica el alma. Se apodera de todos los resortes de la voluntad e ingresa paulatinamente en la morada de la razón, en ese refugio que considerábamos inexpugnable frente a los embistes de oscuras fuerzas, ajenas al dominio de lo cognoscitivo.

La angustia no obedece los cánones sancionados por la razón. Elude todo vestigio de inteligibilidad. En ella se encarna la evidencia inocultable de que constituimos una recapitulación, una amalgama de razón y sentimiento cuyos intrincados lazos vertebran nuestra esquiva naturaleza de hombres, obstinada siempre en rehusar cualquier conceptualización firme, esclarecedora y universal. Cuando nos aprisiona el éter de la angustia, cuando ese suspiro imperceptible anestesia nuestra imaginación y obtura nuestro intelecto, una atmósfera henchida de espesas y recargadas brumas penetra sigilosamente en nuestro ser. Vahos electrizantes que despiden chispas periódicas y embrujadoras, efluvios nebulosos de una sustancia arcana, inasequible a cualquier tentativa de análisis químico, componen su viento. Ninguna estancia nuestra, ninguna porción de la materia o parcela del espíritu, permanece incólume tras el más leve contacto con ese fluido inescrutable que esparce angustia. La savia de la vida, nutriente invisible que inspiraba en nosotros un amor por la existencia, un deseo robusto de perseverar en las arduas y sinuosas sendas que tejen el mundo y colorean la historia, se diluye enigmáticamente. Todo ímpetu se disipa. Todo anhelo se desvanece en un espacio inasible. Repentinamente nos alzamos en una insufrible soledad ante la magnificencia que riega el cosmos con los copiosos rayos de su luz. Nada se interpone entre la inmensidad del universo y la insignificancia de nuestro yo. La angustia emerge, triunfal, frente a nuestros rostros. Lentamente avasalla todo poder, toda voluntad, todo residuo de apego a la vida y a sus evocaciones. La angustia consiste, de hecho, en la carencia de una barrera protectora, de un escudo que nos defienda de los continuos ataques de un mundo exterior, grandioso e indolente.

Cuando, por artes de magia maligna, se esfuma esa muralla que la conciencia se ha esmerado en erigir en el transcurso de la historia y en la brevedad de cada biografía, nos sentimos solos, olvidados, desamparados ante una vastedad cuya contemplación nos contagia de impotencia. ¿Qué cabe hacer ante esa enormidad que escapa por completo de nuestro control? ¿De qué manera es dado luchar a un sujeto ínfimo, a una criatura diminuta arrojada al mundo, contra todo aquello que contradice sus ansias de perduración, amor y verdad?

El relámpago de la angustia no despunta únicamente cuando nos percatamos de nuestra pequeñez intolerable, de nuestra nimiedad en el seno de esta vastedad de mundos. La angustia más profunda, el dolor más hiriente e insanable, brota de un

sentimiento de soledad, de pura y flagrante soledad. Es el vacío, son las tinieblas, son los atisbos de un horizonte envuelto en oscuridad, en abandono, en la sequedad de una melancolía que impugna todo intento vivificador. La angustia auténtica se llama soledad. La angustia verdadera dimana de advertir que, más allá de la explosión de formas, belleza y contenido, más allá de las sonrisas que nos enternecen, más allá del despliegue de viveza que alegra el silencio del universo, probablemente no haya nada... El hálito frágil, infinitésimo, delicuescente, de la nihilidad, ¿no acongoja toda alma honesta? ¿No estremece todo corazón ávido de amor? ¿No aterra, no sobrecoge su soplo helado, no conmueve a todo aquél que se aventure a pensar en los mayores interrogantes ha avivado la inteligencia humana, siempre revestida de una curiosidad infinita? Dirigir nuestra capacidad de fascinación y nuestra aptitud para la perplejidad hacia preguntas bañadas de la trascendencia más abisal y desnuda, ¿no implica malgastar energías, dilapidar un vigor precioso, un brío valiosísimo que late en nuestro interior y enciende la temblorosa luz de nuestra individualidad? Despertar, mediante incógnitas que siempre desafiarán el poder de nuestra mente y humillarán los deseos de nuestro corazón, las fuerzas aletargadas que dormitan apaciblemente en nuestro espíritu, ¿no nos anega de debilidad? ¿No nos emponzoña con un sentimiento de infecunda, de infructífera dedicación a las más bellas empresas vinculadas al saber?

La angustia más desgarradora nos inculca desidia, desesperanza, incertidumbre, inacción. Apaga todo rastro de amor hacia la vida. Solos, desahuciados, expatriados, deportados, exiliados, estáticas nuestras figuras sobre la balaustrada que colinda con una inmensidad tullida de vacíos abúlicos e insufribles, la tentación de lanzarse hacia lo desconocido para concluir la áspera odisea de la vida se torna demasiado poderosa. Pocos la resisten. La proximidad del suicidio, la cercanía de una opción siempre viable, siempre presente, siempre asumible si nuestro espíritu irradia valentía suficiente como para sobreponerse a un afecto paralizante hacia el existir, representa el rostro ensangrentado y lacrimoso de la angustia humana. En él se muestra la faz de la tribulación, ahora sincerada y diáfana, bendecida con una claridad insólita e inabordable. ¿Quién no se ha sentido exhortado, por voces sombrías y compases ensordecedores, a saltar desde los balcones que dan a lo ignoto? Pero al disponernos a ejecutar la operación suicida, la flaqueza usurpa nuestra trémula voluntad. Súbitamente decae la convicción que se había enseñoreado por completo de nuestra alma, lóbrega idea que nos conminaba a despojarnos del entrañable don de la existencia.

No, la solución no puede estribar en arrojarse al vacío, sino en escalar hasta alturas más pujantes, en conquistar cimas más elevadas cuyos céfiros nos oleen con una angustia aún más flagelante. Una vida que no se ha entregado al conocimiento y al amor no sirve de nada. Nuestra vocación radica en sufrir, porque del dolor brota la bella semilla de la creatividad, de la superación, de la trascendencia sobre lo dado. Palpar la angustia, la contienda de la vida, la soledad, el destierro; sentir esa corriente gélida que inunda el cuerpo de convulsiones, duelos y escalofríos; tiritar al son de esos flujos de miedo que nos erosionan de manera astuta y pausada; vibrar con el eco de esa languidez pavorosa que entumece toda reliquia de vitalidad; comprobar cómo unas aguas discretas percolan a través de nuestras débiles texturas y se deslizan sutilmente por la totalidad de nuestro ser para sumergirnos en soledad, en llanto silenciado, en tristeza volcada hacia nosotros mismos...: he aquí la huella de una muerte en vida que sondea la inminencia del vacío.

Sin embargo, la aflicción siembra el germen de la felicidad. Nada hermoso se ha divisado sin esfuerzo previo. La fastuosidad de la naturaleza rubrica también la

exuberancia del dolor, de la muerte, del sufrimiento que han sobrellevado incontables seres en el transcurso de millones de años de evolución silenciosa y creativa, forjadora de cimas estéticas que hoy nos seducen poderosamente. Toda estabilidad y toda fortaleza se cosechan en el sacrificio, se recolectan en la abnegación, se siegan en la renuncia. Lástima y privación han precedido siempre a todo triunfo. Un pensamiento profundo sólo aletea libremente cuando la gallardía del espíritu ha hundido sus raíces en los más oscuros abismos de la Tierra. La hondura que manifiestan algunas ideas se asemeja a una flor de terciopelo salvaguardada, en sus pilares más recónditos, por un séquito de espinas aguerridas, siempre al acecho de todo dedo incauto. Toda rosa oculta una cruz, y toda cruz clama por una rosa.

Algunos de los pensadores más nobles y agudos de Occidente nos han brindado un caleidoscopio de reflexiones sobre la angustia cuya perspicacia perfora el alma. Pertrechadas con su intacta solidez, agujerean la sensibilidad y mortifican el corazón, porque sus palabras transparentan tal limpidez, tal honestidad, tal despliegue de espontaneidad, tal emisión de franqueza, que nos vemos a nosotros mismos reflejados en esas páginas transidas de dolor, vacío y soledad, impregnadas de olvido, tormento y abandono. ¿Cómo no recordar el dolor de Pascal? ¿Cómo no rememorar la desdicha de Kierkegaard? Almas luminosas, almas bellas, almas puras; pero almas desoladas, almas devastadas por las arremetidas del sinsentido y laceradas por la carencia primordial, que es la implacable falta de respuestas a los interrogantes más genuinos que se plantea el hombre.

Yo amo la filosofía y leo con pasión los escritos de estos sabios ilustres que han engrandecido la especulación, la fantasía, la introspección humanas... Pero yo no puedo bucear en el océano del saber para recibir como recompensa tristeza, amargura, agonía...: un reguero encharcado en lagos de angustia. Yo busco una felicidad que también se reconcilie con el desconcierto, con la perplejidad infligida por toda exposición al saber y a la verdad sobre el mundo y la vida. Mis largas e intensas horas de reflexión filosófica han de transmitirme serenidad, un sosiego santo y prístino, una exhortación a admirar la belleza que vetea el universo con los castos destellos de su luz; la armonía que hilvana el cosmos desde el telar de su hermosura; la maravilla de haber sido agraciado con el regalo de la vida, obsequio improbable, implausible, lejano, pero aroma que ha condescendido a ungir nuestra frente.

Yo busco un bálsamo que sane toda tristeza. Ansío zambullirme en unas aguas tan puras y beatíficas que me rediman de toda angustia, en unas gotas capaces de limpiar, por sí solas, toda estampa de amargura que aún tizne mi alma y enturbie mi corazón.

Yo no he consagrado mi entusiasmo al conocimiento para sucumbir ante la angustia. Si me he afanado en abrir el espíritu con el impulso del saber, con el coraje que infunde la filosofía, se debe a una determinación inquebrantable: la de recostarme sobre joviales prados rociados de esperanza. No he sido mártir de la soledad para inmolarme vanamente en altares aciagos que sólo revelen angustia y desazón. Mi sufrimiento expiará el dolor de otros, porque de las exhalaciones de mis escritos sólo surgirán palabras imbuidas de consuelo, vocablos que rebosen de la pasión más pura y nos ofrezcan un futuro digno de la humanidad. Custodiarán una invitación a degustar las delicias de la vida y a saborear la eclosión de hermosura y creatividad que engalana el universo con la corona de sus obras:

*Abre las alas
paloma herida;
inunda con tu luz el cielo,
lecho de tu gloria,
pues vives entre dos mundos
que anhelan la unidad
bajo tu blanco manto de pureza.*

Ahora me siento liberado. Ya se desvanece el dolor ficticio, y puedo solidarizarme con el sufrimiento real del hombre. Ha amanecido un significado para la vida, y por una vez creo que lograré mejorar el mundo y la suerte de mis semejantes. Antes deseaba conocer los universos más recónditos, acariciar el brillo de las estrellas y vagar por parajes hechizados en noches de ensueño. Hoy sólo quiero abrir mi alma a la verdad, y diseminar su aroma por el mundo entero. Hoy llama a mi puerta la libertad.

LIBERTAD

Palpo demasiada libertad. Me supera. No sé qué hacer con ella. Nada se alza entre mí y la desconcertante serenidad que preside una hoja en blanco, cubierta tan sólo por su vacío cristalino, por esa claridad tan prístina y evocadora que me incita a llenarla de inmediato con palabras...; mas ¿he de afanarme en ello? ¿Debo obedecer ese impulso tan intenso que late en mi interior e inunda la mansa sobriedad del papel con verbos e ideas? ¿Acaso escribiré el pensamiento más profundo jamás alumbrado? ¿Reflejaré una verdad perenne de la lógica y de las matemáticas? ¿Desvelaré una certeza científica que maraville el mundo con su poder explicativo? ¿Transmitiré paz, viveza y esperanza? Amparadas en letras y espacios, ¿tallarán mis manos un don que perdure o, sumisas a la sequedad creativa que ahoga el espíritu, se limitarán a verter meras gotas delicuescentes que se disuelvan sin remedio en el vasto, ciego y estruendoso río de tinta que cada día produce la humanidad? ¿Amanecerá una energía que resista la inercia de una vorágine desmesurada y absorbente, espiral que diluye las ideas en cúmulos inabordables de textos vanos, en mudas montañas saturadas de libros polvorientos y folios apolillados, en masivos desiertos despojados de todo atisbo de vitalidad? ¿Despuntarán de nuevo la flor del entusiasmo y la rosa de la honestidad, o se habrán marchitado ya en la lejana noche que apagó el fervor de los tiempos?

Quizás no deba redactar nada. El silencio gozará de mayor expresividad. Si la más elevada de las obras es aquélla que funde belleza, verdad y hondura, la hoja continuará en blanco, bendecida con una suavidad de terciopelo, y mi consuelo dimanará de soñar con el milagro, tantas veces presenciado, de que una mente lúcida y unos dedos vigorosos impriman un testimonio sincero y valeroso sobre la frágil lisura que envuelve el papel; bañado de sabiduría, perfumado de hermosura y rociado de amor, cuya belleza logre, en su simplicidad, insuflar frescura a la historia...

Yo pugno por un significado. Yo me desvivo por vivirme. Yo busco experiencia. Yo impetro por novedad. Yo ansío crear. Yo imploro rostros que me revelen esa luz que mi espíritu hoy ignora. Yo deseo palabras vivificadoras de las intuiciones más pujantes que palpitan en el corazón. Yo persigo la profundidad inagotable y fastuosa, la penetración más radical en los secretos que oculta el alma y en los arcanos que enaltecen el universo... Yo, en realidad, no sé lo que busco, ni lo que quiero, ni lo que imploro... Tantas posibilidades me desbordan; tantas opciones por cuyos cauces encaminar la vida, tantas frases, tantos conceptos, tantos prodigios y tantos horrores... Quizás no esté preparado para existir. La vida exige fuerza, pasión y valentía, pero la reflexión domina mi espíritu ante un horizonte tan vasto. Verde y luminosa, mas también oscura, es la vida; ingrato el pensamiento; angustioso el amor; agónico abrir los ojos y contemplar tal profusión de formas. He de entregarme a una meta, pero ¿a cuál? ¿Hacia dónde canalizar mi energía? ¿Qué sendas tomaré?

Yo encarno mi mayor enigma, pero me entristece saber que ni el intelecto más preclaro lograría jamás alcanzar mi verdad, ni me perforaría hasta acceder a ese núcleo incognoscible que tonifica el corazón y entroniza el alma. Mi verdad rubrica mi indefinición, una dolorosa ambivalencia que no amaina. Me consagraré a la vida y me limitaré a deleitarme con las maravillas del mundo, irradiaciones de un sol indescifrado, pues no puedo sufrir, ni tolero la aflicción. Las lágrimas me sobrecogen. Otros asumen

la tribulación, y hallan en el sufrimiento una filosofía rebotante de hondura, pero no mi espíritu. Yo albergo la necesidad de crear, y de disfrutar, y de escrutar todas las nociones hasta sus últimas fronteras, y de agotar los pozos del conocimiento y desabastecer las fuentes de la belleza. El mundo se me antoja pequeño y la vida grande, y mi alma clama por poseer la Tierra en el templo del entendimiento y en el altar de la emoción. Vivirme es lo que busco, porque soy único, y nadie ha desentrañado nunca mi más recóndito refugio.

¡Ah, cuánta libertad! ¡Y pensar que soy libre de concebirlo todo en mi mente, de adherirme a una u otra filosofía y de despreciar una u otra idea! Mas ¡qué enorme decepción!, pues ¿no suspiraban mis labios por anunciar la infinita trascendencia sobre lo dado? Yo os exhorto a convertirlos en dioses y a soñar con toda perfección que sea capaz de ponderar el alma del hombre. Pero recorred todos los senderos del mundo: no encontraréis esa perfección que a mí me embriaga. Degustad todos los manjares de la Tierra: os fustigaré el perpetuo látigo de la insatisfacción. Adorad a todos los dioses del universo: sólo percibiréis tenues destellos de esa fuerza ordenadora que rige el cosmos. Si queréis abrazar a dios, amad el conocimiento, alabad la belleza del saber, hundíos en su potencial infinitud y no ceséis de conmover todo cimiento con preguntas nuevas, auroras de lo inexplorado.

¡Grandes maestros, venid a mí y yo os juzgaré!... ¡Habladme, doctores de la historia y heraldos de los cielos!, pues mi espíritu precisa de inspiración, ingenios y sugerencias... Sin embargo, mi voz ha de entonar cánticos y versos que nadie haya declamado, y de mis manos han de fluir sentimientos que enciendan una nueva luz en la tenebrosa inmensidad del cosmos. Dejadme ser yo mismo, pesadas pero fascinantes losas de los tiempos y de los espacios, porque un poder insondable me llama a imprimir mi huella en la historia, a transfigurar los astros con la mirada y a enternecer las almas con el pensamiento.

Sólo mediante la creación puede el hombre vencer el sinsentido de este mundo. Pero lo hará a través de un sentido libre, del que sólo el individuo, en solidaridad con sus semejantes, puede erigirse en verdadero protagonista. Un sentido que brote de la más profunda voluntad del hombre por forjarse en cada momento de la historia, por añadir una faz nueva al anhelo de libertad y superación que se fragua en todo espíritu y que pugna por elevarse a categoría universal. Un sentido que se realice en la propia búsqueda, en la propia libertad, en el íntimo e infinito deseo que nos proyecta hacia el futuro. Un sentido que, en su libertad y en su misterio, nos abra a la belleza.

TENSIÓN CREADORA

*

Todo lo que has vivido y experimentado se funde ahora en tu soledad. Sólo te alumbra tu propia conciencia. Qué lejanas son las estrellas que iluminan al resto de los hombres en esta hora de desdicha. A ti acuden las vagas imágenes de una felicidad pasada, y de ti brota la esperanza de una alegría futura.

¿Qué ha sido de ti, que parecías destinado a acariciar todos los destellos de la plenitud? ¿Dónde late ahora tu fuerza? ¿Cómo has podido caer a estos abismos de silencio e incompreensión? ¿Qué temes, sino a ti mismo y el desenlace de tu búsqueda? ¿Acaso no temes encontrar lo que siempre has anhelado? ¿No temes perder lo que ya no deseas, y abrir tu espíritu a un horizonte que te desafíe por completo?

Tus deseos no han sido satisfechos. Todo el saber y la belleza del mundo te han traicionado de manera flagrante, porque tú buscas la sustancia más allá de los accidentes, el núcleo y no los efluvios caprichosos del néctar primordial. Un santuario robusto, imbatible, oasis de permanencia sobre toda veleidad, manantial ignoto de un grial verdadero. Pero intacta persiste tu voluntad de alcanzar esa cima imposible e inconstante que es la felicidad.

Mira al cielo, oscuro y resplandeciente, mas falto de palabras; escóndete de esa luz mortecina que te causa dolor. Una infinidad de anhelos ha surcado tu corazón y ninguno te ha conquistado, pues desfilaban como perseidas efímeras que se diluían en cuanto llegaban a ti, hervidero de reminiscencias que no te llevaban a ninguna parte. ¿No querías conocerlo todo y sentirlo todo? ¿Dónde se esconden ahora tus ansias inextinguibles de felicidad? ¿Acaso no has sucumbido al hechizo de lo infinito?

Ascienes y descienes sin descanso, pero tu alma sigue herida, profundamente herida, pues es un río de imágenes procelosas y conceptos oscuros; angustia inhumana que te posee, te esclaviza, te anula. Abandona ya tu ensimismamiento introspectivo, tu sistemática reclusión en aquello que crees entender, pero que en realidad no te pertenece y te desborda, pues no deja de autotranscenderse. Has de desasirte de ti mismo para hundirte en el fondo luminoso de un nirvana enajenador, pues eres tú mismo y no lo eres, mismidad que se niega sin descanso, rueda que no cesa de girar, y que cuando se cree negada, vuelve a afirmarse, móvil perpetuo inmerso en el eterno ciclo de las negaciones y las afirmaciones, pureza de lo que sólo deviene y nunca se conforma con ser.

Buscas sin cesar, encarnas búsqueda y vives como personificación de la búsqueda. Sufres por ser búsqueda, sin poder abandonar tu condición de búsqueda humanizada, pero ¿para qué buscas? ¿Qué esperas encontrar tras esta epopeya que te zarandea y subyuga sin misericordia por el éter de lo incierto? Sólo un espíritu infinito calmaría tu sed. ¿Y no suspirarías por volar junto a esos astros recónditos que parecen ocultar todos los secretos del universo? ¿No te sumergirías en todos los océanos del

cosmos para llenar tu corazón con las delicias de nuevas experiencias? ¿No sueñas con las maravillas que aún te aguardan en remotas alturas?

Qué difícil es comunicar la interioridad, el ámbito del sentimiento, el espacio perfilado en tu mundo, en tu lenguaje intransferible, en tu vivir íntimo, que no se circunscribe a la vida, pues la renueva y reinterpreta. Siempre irrumpe la sequía de emociones, el hambre de palabras... ¡Exprésame, universo infinito, imponderable! Expresa tú lo que yo no puedo transmitir. Empatía celestial, yo te deseo, te busco, te necesito. Es ahora cuando languidece la imaginación en el ocaso de las intuiciones; es ahora cuando más suspiro por ti y por tu luz.

Basta. Termina ya de dar forma a este caos punzante que se cierne sobre mí. Derrama tu fragancia mística desde el celaje genesíaco en el que borbotean lágrimas celestiales, el verdadero llanto de los dioses, el poema declamado a tus inmensidades. Restituye hoy mi inocencia. Bendíceme con las luces premonitorias de una nueva inspiración.

Eterna primavera. Fuerza incandescente que brilla a lo largo del mundo como el Sol, sin que en ningún momento quede un lugar en la Tierra despojado de su luz pura. Anhelos incesantes que trascienden miradas cansadas y labios taciturnos, voz inextinguible que se proyecta a los enclaves más recónditos, síntesis de luz y oscuridad que evoca los presagios más profundos de un alma enamorada de la verdad: revélame tu rostro de orden, verdad y claridad, riachuelo de mi devoción, pues lo que no comprendo y me atterra ha de ceder ante la luz, ante el aplomo sobrenatural de la luz. Pues no hay nada más bello que aprender y descubrir. ¡Cuántas ideas que nos parecieron inalterables han sido hoy renovadas, ampliadas o trascendidas! Y ese proceso de búsqueda es fuente de libertad, de una libertad profunda y transformadora que nos llena de valentía y confianza, nos emancipa del temor a reflexionar y pensar por nosotros mismos. Cada ser humano da un nuevo sentido posible a la humanidad, una identidad irrepetible, un impulso inédito. Y yo me siento llamado a esta tarea heroica, a este ímpetu devorador que me zarandea de un espacio cósmico a otro y me invita a vislumbrar la variedad infinita de lo posible.

Ideas y más ideas; ideas que levitan solas, y se escapan de tu poder. Adquieren vida propia. Nostalgia infinita de quien siente todo el universo escapando de sus manos. Melódica policromía de sensaciones ¿No era ese tu deseo? ¿No querías insuflar el sagrado halito de la vida en una idea, en un pensamiento, en una ventana a lo universal?

Me atormenta pensar que todo sea absurdo, que el amor sea absurdo, que el saber sea absurdo, que el vivir sea absurdo, que la belleza sea absurda. Un absurdo cósmico que todo lo envuelva, atrape y fagocite; un absurdo enclavado en todos los espacios de la mente y de la sensibilidad. En mis atribuladas noches de insomnio sueño con ese absurdo omnímodo que todo lo devora y sumerge en la irracionalidad. Mi voluntad ha de imperar sobre el absurdo, ha de condicionar el absurdo, porque mi deseo no puede ser absurdo. Yo siento que no es absurdo; yo lanzo mi propia profecía y percibo una audacia infinita que me insta a luchar contra las voraces manifestaciones del absurdo, como si la fuerza de una razón invencible me hubiese consagrado con su óleo divino. En realidad, es una lucha contra mí mismo, contra esta evidencia tan variada, tan poliédrica, tan inasible; contra las fluctuaciones de mi espíritu, contra la espesa telaraña del miedo. Pues ha de triunfar un orden bello y puro sobre este

voluptuoso caos de sensaciones y anhelos. Ha de recomponerse este mosaico fragmentario para divisar de nuevo la perspectiva íntegra, el paisaje que se postra ante el todo, ante la cima poderosa y solemne, victoriosa sobre todas las fisuras. Amo el predominio de la simetría, y yo he de escrutarlo todo con un espíritu indiviso, tan puro como para no arredrarse ante la sombra imponente de lo universal. Ha de desvanecerse el temor y ha de languidecer el desmesurado dominio de lo absurdo. Es la gozosa rebeldía de quien se debate entre el ser y el devenir, entre la permanencia y el cambio, entre la eternidad y el tiempo, cuando en realidad busca esa fusión imposible que tantos han augurado.

El tiempo... ¿No te entristece pensar en la rapidez con que se fugan los instantes, en la impotencia del hombre, sometido al vaivén inasumible de las estaciones, a los ciclos del universo, al paso ineluctable de esa entidad vaporosa y cruel llamada tiempo? Y lo peor es que no puedes enajenarte de su tránsito, no puedes desasirte de ese curso fugaz e inclemente que no cesa de superponer fragmentos invisibles en una recta imaginaria cuya prolongación nos trasladaría a la meta asintótica, al fin último, a la culminación inconcebible sobre la que han divagado poetas, filósofos y soñadores. Pero no desistas de rebelarte contra el tiempo, de intentar suspender su ritmo frenético e impasible para contemplar lo que consideras bello, bueno y puro. Sólo un dios detendría el tiempo, y tú quieres ser ese dios.

¡Oh dolor! ¡Oh inmenso y profundo dolor de quien sólo busca, y jamás abdica de abrirse a nuevas búsquedas! Rapsodia de interpretaciones inconclusas, sentimiento acosador de insatisfacción, contingencia y ansiedad; perfeccionismo irredento que es hijo de la impaciencia, inquietud que no se funde en el crisol de ningún consuelo. Sufres mucho, sufres inenarrablemente al contemplar la carencia, la finitud, el límite infranqueable pero que parece exigir ser franqueado.

No haces sino horadar tu conciencia con autoflagelaciones intempestivas. Dolores autoinfligidos. Tenues exhalaciones de lo inexplicable. Preludios de tristes capitulaciones. Es tu mente, tu propia mente, obsesiva y agónica. Es tu misterio. Tu individualidad. Tu carácter irreductible. Tu desencanto no sanado. Tú mismo te agujoneas, escorpión inmisericorde que castra tus propios impulsos, tus propios sueños, tus propias aspiraciones. No puedes convertirte en rehén de tu inseguridad, en artífice de tu derrota. Eres parte de una luz más grandiosa, más brillante, más pura, reflejo límpido de lo que permanece, aun cohibido por tu finitud, por tu indoblegable finitud. Pues más importante que la conciencia de la finitud es la tendencia a la infinitud, el deseo de trascender esa finitud, el impulso a superarla. La perdurabilidad. La humillación del tiempo y el destino. La rebelión contra la finitud.

¿Por qué no cesáis de brillar, estrellas sin nombre que nos contempláis en el gran espectáculo del mundo? Vuestro fulgor era intenso y solícito cuando soñaba con tocaros; hoy se me antoja un débil centelleo que sólo me produce nostalgia y pena. ¿Dónde habitan todas las promesas de la juventud? ¿Dónde los anhelos encendidos bajo vuestro púlpito de luz? ¿Dónde subsiste esa fuerza que todo lo atrae y que nada repele?

Todo se disuelve. Los vagarosos presagios de mundos nuevos ceden hoy el testigo a la certeza de que ni todo el saber del mundo ni todo el amor que pueda concitar el corazón humano mitigarían mi desazón, este salvaje sentimiento de soledad, de privación, de sumisión ante lo inexplicable. Todo lo que un día supe me parece hoy

confuso. Aciago es el destino del hombre, que busca sin saber nunca si encontrará algo definitivo. Navega por mares hostiles e impenetrables y, cuando cosecha el más humilde de los triunfos, contempla ante sí un desafío infinitamente mayor, un lenguaje nuevo por descifrar.

Una mezcla indescriptible de tristeza y gozo perfora ahora mi ser, microcosmos de autoafirmaciones, conciencia encarnada que intenta bucear en lo profundo, en la meta de todo simbolismo, pero que no resiste la fiereza de semejante viaje hacia los fondos abisales del espíritu y de la vida. Y, sin embargo, qué hermoso es este viaje que se inventa continuamente a sí mismo y no cesa de inaugurar mundos, esta aventura sin mapas ni rutas, este trayecto que se justifica en sí mismo y moldea sus propias determinaciones; este viaje que no teme negarse, suspenderse y renovarse. Es la magia de lo indefinido, de la forma libre que acaricia el cielo, del relámpago que deslumbra el mediodía. Pues lo importante no es experimentar, sino reflexionar con lo experimentado, nutrir el intelecto con caminos que lo hagan avanzar, con el destello insondable de las intuiciones fecundas, verdadero cuaderno de bitácora de esta singular travesía por mares de angustia y necesidad. Es el premio de mentes desembarazadas de prejuicios, arraigadas únicamente en la conciencia de la posibilidad. Más bello es descubrir una ruta fecunda al saber y a la vida que el saber y la vida en sí, la clave del entendimiento que el contenido específico. Y no existe nada en el mundo desprovisto de interés o sorpresa, porque todo responde a algo más profundo.

Qué bella esta bruma, esta cascada de febriles intuiciones, esta crisis necesaria de formas y conceptos, este amanecer flanqueado por densas nubes que vaticinan un mediodía de paz, sabiduría y creación. Dolor que antecede a la eclosión de nueva vida, de nuevo pensamiento, de nueva audacia; tensión creadora frente al destino.

Bruma, dulce bruma, encadenamiento inductivo de preguntas e inquietudes que, desde lo más humilde y pequeño, te proyectan a las dimensiones más abstractas. Es la gloria de la sensibilidad, del sentir humanizado por el aliento poético del amor a lo desconocido, pasión lírica que ensalza al hombre y corona sus sueños. Tensión irrefrenable desatada por esta angustia que germina en mi yo más honesto. No saber adónde ir. Sufrir con todo, reacción en cadena detonada por estímulos ínfimos, por símbolos de apariencia inocua, como si este gigantesco mundo volcara la totalidad de su dolor y de su injusticia en la frágil copa de mi espíritu, en el ocaso de mi vulnerabilidad, minúscula porción de este vasto sistema deductivo que todo lo parece subsumir en el rigor de lo inexorable. Pero cada detalle de imperfección e irracionalidad, ¿no refleja un nuevo abismo de sufrimiento para mí? ¿No recrea todo el horror y la incomprensión del mundo?

La incomprensión...El frío insoportable de la incomprensión. Estás hecho para comprender, para buscar razones y, si no las encuentras, inventarlas. Qué difícil es vivir si en verdad necesitamos esa razón inasequible. Lo fácil es vivir sin justificación. Seguir la corriente que nos impulsa y nos precede. Renunciar al control. Abdicar de una conciencia que se afana en subsumirlo todo en su sistema de conceptos y relaciones. Pero tú has nacido para articular lógicas y discursos, prisionero inconsciente en el gran cielo de la inteligibilidad. No puedes sustraerte a las poderosas instrucciones inscritas en tu ser más íntimo, en tu código existencial. A veces te rebelas y consagras a la expresión libre, al noble caos creador del que no siempre surge el orden que amas. Sin embargo, en lo más profundo de tu ser suspiras por un sentido.

¿Sentido? ¿Te refieres a una lógica? La tiene. Concatenación de causas e inexorabilidad de efectos. Destino escrito en un lenguaje arcano, pero descifrable. Confabulaciones implausibles, pero verídicas. Promesa suntuosa otorgada por la humilde materia, por el frágil cuerpo, por la ductilidad del mundo y de sus leyes.

Otra cosa es que ese sentido no te satisfaga. Que no te hable. Que no te conmueva. Que no te brinde calor y ternura. Pero no te sientas arrojado repentinamente a un mundo incomprensible o enteramente ajeno a tu ser: eres el mundo. Su prolongación. Naces del mundo. De su necesidad. Toda una historia precede. ¿Acaso te avergüenza tanto como para querer escindirte por completo del mundo, y subordinar el mundo a tu ser?

Te obsesiona lo absoluto, y con frecuencia menosprecias lo relativo; quieres ya el todo, el inexpugnable todo, pero no lo lograrás si no amas los detalles, las humildes fracciones, las consumadas y bellas contingencias que moldean el coloso que tú admiras. Tú anhelas inundar el mundo de racionalidad, de una explicación completa, de un hermoso monismo ontológico cuyo sistema de conceptos y principios lógicos resalte la continuidad entre todas las parcelas del inconsútil tejido del universo, pero te asaltan dudas, terribles y sangrantes dudas cuando percibes tanta muerte, tanta destrucción, tanta sinrazón. Y lo más doloroso es el sufrimiento irreversible, la herida no sanada, la injusticia que ya aconteció y que jamás será borrada. Entonces se desvanece tu fe en el ser humano.

Al menos nos quedan la memoria, la mirada compasiva al pasado y la preconización de una utopía madurada bajo el desgarró y la impotencia. Pues aunque no brille la luz de la justicia en el universo, al menos podemos intentar que haya algo de justicia en el mundo. Con ello aplacas tu desazón, aun lacónicamente, porque sientes con irreprochable viveza tu pertenencia a la humanidad, y sólo puedes vincular tu dolor al suyo. Crees que tu destino es sufrir, aunque también cuestionas tus propias percepciones. Puedes sentirte abrumado por esta necesidad cósmica, por esta concatenación de causas y efectos, olvidando que también eres esa necesidad, una parte tan necesaria como la ley misma de la necesidad, que se despojaría de su carácter inexorable si no pudiera aplicarse a elementos y procesos imbuidos de una misma y poderosa necesidad. Atrévete a romper la cadena de la necesidad; perfora su velo con una mirada iconoclasta, auténtica, pura, infinitamente audaz como para trascender todos los vestigios de una necesidad aparentemente indoblegable. No tengas miedo a la muerte, o habrás muerto ya en vida. Respétala, eso sí, pues su nombre se cierne sobre todos nosotros, incluso sobre los dioses, aunque no sobre el ser mismo en su inmensidad y su fundamento. Sin embargo, haz que tu vida se justifique por sí misma, por lo que iluminaste, amaste y entregaste. Sólo así vencerás a la muerte y penetrarás en el sacrosanto reino del sentido. Que la vida no sea un tránsito inexorable hacia la muerte, sino una oportunidad para que la humanidad encuentre un sentido.

De nuevo, la azarosa sombra de la duda, sus ondulaciones y sinuosidades. La penetrante e inverosímil destilación de todo un sufrimiento subyacente que recorre y perfora el mundo de los hombres y el de la naturaleza; las manifestaciones esporádicas de un dolor cósmico, de un calvario ubicuo, omnipresente, enclavado en las entrañas de un mundo que se construye desde el sufrimiento, y que no parece abdicar del sufrimiento, como si nada pudiera rebelarse heroicamente contra su existencia. Te

cuesta aceptar que un solo hombre pueda estar condenado a sufrir tanto, a sentir tanto, a captar tanto, a palpar con tanto, a sacrificarse tanto en el altar de lo real y de lo posible, a recibir esta ingente variedad de pulsaciones multiformes que te golpean, elevan y humillan. Una vorágine de ininteligibilidad que te circunda y arrolla; eres su siervo, su prisionero, su hijo olvidado, que ahora reclama. Pero tú prefieres fiarlo todo a la racionalidad venidera, a ese dios bondadoso y sereno que cincela la grandiosa escultura del universo con los más hermosos patrones de orden y armonía; un dios puro, luminoso, sabio, pródigo en sus dones, cuya geometría celestial imprime en las inmensidades del cosmos una perfección matemática y un rigor filosófico que sólo las mejores mentes de la humanidad han sabido entender. Fulguraciones de racionalidad que destellan puntualmente en los intersticios de cielos espesos y grisáceos. La coexistencia de los opuestos. Desconsolada cuadratura del círculo. La denodada contradicción, la confluencia hilemórfica de lo que es distinto y aparentemente irreconciliable. Lo inexplicable de un mundo en continua transformación e inmerso en un silencio eterno.

Realidad polarizada, enconada en dualidades que se afanan en subsumir la complejidad del mundo. No. Ni unidad ni dualidad ni pluralidad. Búsqueda. Verdad. Posibilidad eterna; ser que se es.

Un dios sufriente y un dios glorioso, las mismas vacilaciones, los mismos y extenuantes dilemas que han atrapado a tantos a lo largo de la historia, se materializan ahora en ti, en tus inquietudes, en tus balbucientes imploraciones de una solución definitiva a este conflicto interior que recapitula toda una lucha cósmica. O el mundo o yo, y Dios como síntesis sublime de esa oposición; el mundo, el ciego y sordo mundo, el vertiginoso entrelazamiento de causas y efectos que se suceden sin cesar y esculpen majestuosas estructuras celestiales, o tú, ápice de conciencia, mundo dialéctico que se niega e interroga a sí mismo, emblema de vida, sagrada flor que brota en ásperos e inhóspitos desiertos, cumbre solitaria que otea mundos y metamundos, imaginación desafortunada que se siente capaz de sondear el infinito y de crear lo que aún no ha surgido. Dios, divinidad que integra mundos y yoes, Dios mundano y humano, mundo y hombre divinizados, exaltados, enaltecidos a la morada primordial, a la razón suprema de la que todo brota y hacia la que todo conspira; Dios como posibilidad...

Dios del que tan poco sabemos, Dios del que nada sabemos...; naturaleza que se rinde gradualmente a nuestro anhelo de conocer, pero sin dejar de desafiarnos con nuevos misterios. No sé quiénes sois, ni cómo dirigirme a vosotras, instancias supremas del pensamiento humano, velos que habéis obligado a la frágil y finita razón del hombre a elevarse a las más altas cimas de la especulación metafísica, a los límites mismos de la reflexión. Permitidme que os llame bajo un único nombre: lo desconocido. Es a ti a quien en verdad invoca mi corazón. Por ti se desviven mis lágrimas. Por tu síntesis inasible de razón y sentimiento pugna mi conciencia.

Imploras a ese dios que apague tu sufrimiento. Buscas un dios tan profundo como la conciencia humana. Entonces todo tendría sentido. Entonces te sentirías liberado del cilicio de la incertidumbre, que es tu mortificación interior, silenciosa, despótica e inefable: las dudas que serpentean por los muros de tu alma, siempre al acecho, tinieblas trepadoras que te cercan sin clemencia. Pero ese dios puede ser totalmente distinto a la conciencia, al orden racional que impone. Puede ser arbitrario, tiránico, incomprensible. Un nuevo universo de insensibilidad. Por mucho que te

niegues a la fe en ese dios oscuro, en silencio admites su posibilidad. Ése es tu mayor temor. Un dios irracional, alógico, libre como para renegar de la razón.

¿Qué más quieres entonces?

¿Comprender? Pero ¿comprender el qué? ¿Qué más quieres comprender?

Dudas... El ignorante no duda, y vive rodeado de certezas. El sabio se ve obligado a dudar de todo, a cuestionarse permanentemente todo, pero también es consciente de que necesita ampararse en alguna certeza.

Por mucho que dilates los confines del ser y del pensamiento, por mucho que busques los límites del mundo, sabes que ha de haber límite, frontera, estipulación. Has de comprometerte con algo, con una regla, con una determinación, que es siempre sinónimo de negación, pues te impide contemplar lo que se yergue más allá de esa frontera. El amor, la verdad, la virtud, el paraíso de un creador entregado a la humanidad y no a sí mismo. Suspender una búsqueda ciega y orientarla a la humanidad. La amas y odias; querrías ir más allá de ella, superarla, olvidarla, refugiarte en una falsa indiferencia. Pero eres humano.

¿No parece que con cada paso, con cada acto, con cada decisión, con cada respuesta, se cierra un horizonte de posibilidades, un reino de potencias insumisas que claman por un acto? ¿No se inmola todo un mundo pasado en aras del voraz e ingrato futuro? Sin embargo, también comprendes que siempre pueden abrirse nuevos espacios de posibilidades en este océano sin orillas. Arduo dilema. Otra vez el dolor, el dolor incesante, el dolor infinito, el dolor cuyas intercesiones flanquean a nuestra estirpe humana en todos los senderos que surca, explora y amplía. Un dolor que en realidad se alza como brújula enigmática en esta aventura, pues cuanto más dolor, más desafío, más vida, más posibilidad de avanzar y descubrir.

Inténtalo de nuevo. Te lo diré con franqueza: no temas. Nuevas posibilidades emergerán y no dejarán de sorprenderte. Lanzarás al pasado miradas de conmiseración cuando recuerdes cuánto temor te producía haber renegado de un sinnúmero de posibilidades, haber circunscrito tu acción a horizontes tan estrechos. Intentos, posibilidades, opciones... El trabajo..., sí, la transformación de la materia inerte en significado, el sonoro aliento del espíritu insuflado en el silencio corpóreo.

Buscarte. Buscarte para encontrarte. Escapar del ambiente. Ampararse en el misterio fraguado por tu propia soledad. Recluirse esporádicamente en tu cenobio interior, resguardado frente a las minucias terrenales que nublan tu espíritu. Abrirse a uno mismo, abrirse al mundo auténtico, profundo, universal. Sustraerse a la vorágine que te persigue y envuelve. Abandonar la corriente circundante, no escuchar a las voces fragorosas de la mayoría, enajenarse y ascender a cúspide para vislumbrar mejor el horizonte. Si te fundes con lo que te rodea, si te mimetizas con el medio, si te sumerges en el torbellino de la masa y renuncias a crear tu propio pensamiento y tus propias prioridades, no podrás ayudar, no podrás contribuir a la mejora del mundo, a su expansión conceptual y material.

Sigue. El camino es el universo, y ya está hecho. Hay que seguirlo para conocerlo. Pero el modo de seguirlo es nuestro camino, que sólo se hace, como dijera el poeta, al andar.

No te dejes impresionar por sistemas de pensamiento, dogmas o modas. Conviértete en juez de tus propias ideas. Aprende, no desdeñes nada, pero no rehúses reflexionar por ti mismo. Si te equivocas, que sea por tu cuenta y no por la de otro. Lo importante no es equivocarse, sino saber rectificar cuando es necesario.

Lucidez y coraje. Amplitud de miras. No dejes que una conciencia vaga de lo imposible colonice tu imaginación. Vuela de noche por parajes escondidos, sueña con la belleza más pura y deja que el poderoso imán de una gran idea te atraiga con su magnetismo irresistible. Aviva la evocadora llama que sólo arde al son de deseos puros y corazones honestos. Aduénate de tu espíritu, de tu historia y de tu mundo para que sea verdad aquella profunda intuición de los filósofos que entroniza a la mente como vanguardia de una realidad en incesante movimiento.

Cíñete entonces al plan inicial. Pero ¿acaso hay plan? Tú eres el plan. Ser es el plan, la meta, el destino. ¿O acaso te plegarás a lo ajeno, y preferirás ser absorbido por las fuerzas del destino? ¿Piensas renunciar a grabar la huella de tu identidad, de tu unicidad intransferible; a tu canto no vedado contra una fatalidad ciega e inhóspita? Concibe mejor el ser como posibilidad, como apertura, como búsqueda que se realiza en su búsqueda, pureza y verdad. Por tanto, no cejes en el empeño de descubrir tu propio mundo, que será tu creación, tu alabanza, tu don; porque sólo descubres cuando creas, cuando inventas un nuevo lenguaje y una nueva arquitectura conceptual capaces de hacerse cargo de semejante novedad, de semejante hallazgo en potencia. Continúa sin miedo, hasta arrojar tanta luz a tu alrededor que muchos sólo puedan preguntarte por la fuente de tu sabiduría. Crear para vivir. Vencer el olvido y la frustración con un deseo tan pujante que extingue todas las dudas. Crear para acoger. No restauración, sino creación integradora que no teme cortar de raíz lo caduco, lo absurdo. Integrar lo que merece ser integrado. Acoger ansias y aspiraciones. Tomar el relevo en esta carrera infinita hacia la creación, meta de tu conciencia, savia del universo.

Déjate inspirar por el sueño nebuloso de un mundo totalmente nuevo, cuando sabes que ni siquiera podrías imaginar lo totalmente nuevo. Crea tú el sentido de tu vida. Crea tú la trascendencia. Adopta tú la condición de destino. Entrégate a la variedad, a la pluralidad, a la flexibilidad hermenéutica. A interpretaciones elásticas y audaces. A no temer sacudir los propios fundamentos. A negarse para afirmarse y resurgir, fénix que crece con su dialéctica. Nuevos rostros, nuevos retos, nuevas palabras, nuevos marcos de referencia, nuevas preguntas y nuevas respuestas. Ser y explorar como únicas esencias de lo que hay.

Es placentero recrearse en lo imposible cuando no lo llevas a sus últimas consecuencias. Asumes selectivamente elementos de esa novedad, de ese lago de evocaciones, pero no te comprometes con la novedad en sí; no te arrastra su viento indomable, que te catapultaría a un espacio temible, hondo y siniestro, a lo desconocido e impensable. No estás preparado para crear desde la nada, desde la arbitrariedad del no ser. Ya eres ser. Jamás comprenderás la nada, la nada verdadera, salvaje, avasalladora; la negación pura y por tanto inasible, tempestad que nunca amainaría, fiero océano de olas que rozan el cielo. No puedes negarte de modo tan radical como para borrar, aun mínimamente, los rastros de lo que ya es y ya eres. Esfuérzate mejor por engrandecer y

perfeccionar el mundo, pues jamás podrás negarlo, con una negación tan intensa y profunda como el mundo merecería, con una negación que estuviera a su altura, con una absoluta inversión metafísica de la esencia de este mundo, y de todos los mundos posibles e imaginados. Cualquier cosa que imagines y desees contendrá siempre atisbos de ese mundo, será mismidad, reiteración, transformación, pero no negación verdadera, no ruptura categórica con lo dado. No aceptas que así lo hayan decretado los dioses de la lógica y de la naturaleza. Sin embargo, ni siquiera tú puedes confundir lo posible con lo imposible. Hasta los dioses obedecen pudorosamente, cumplen reglas, cruzan caminos ya trazados. Son esclavos de una lógica previa a su poder. El poder no es nada ante el orden lógico inalterable, eterno, aquilatado y parmenídeo, armonía preestablecida siempre victoriosa sobre el caos, la mutabilidad y el flujo. El poder sólo consiste en elaborar temporalmente configuraciones válidas, pero no puede crear un nuevo orden. Sólo combina, transforma, mezcla intensamente. No crea. Ese poder supera incluso a los dioses. Aún no te han revelado el nombre del dios que pueda en verdad crear.

Disfruta al menos de la dulzura del instante en que musitas el nombre prohibido y vislumbras lo imposible. Regocíjate renunciando brevemente a ser tú mismo, identidad íntegra, yo no diseccionado, orgullosa plenitud circunscrita a los difusos límites de tu espíritu... Pero no podrás. Se impondrá el principio de una realidad indócil y apodíctica, anárquica y severa. Aprovéchate, eso sí, de esta energía tan hermosa que bulle en tu interior, que es la virtud de una mirada límpida, dispuesta a sorprenderse con la sonrisa inesperada de lo nuevo. No temas la locura. No lograrás lo imposible, pero al menos sírvete de su intuición para desafiar lo dado, para crecer y crear, para erigirte en nuevo mundo, en creación, en dios y amor.

*

¿Qué extraño aullido oigo aun en esta tempestad interior? ¿Cómo puedo discernir sonidos tan vulgares cuando sólo me creía perturbado por las agitaciones de mi corazón? Tú, grito evanescente que emanas de un bosque sombrío e intrincado, me devuelves a la cruda realidad. Todos mis anhelos hunden sus raíces en la misma fuerza que a ti te propulsa por la sutileza ubicua del aire. En la espesura de la noche me despojo de todo resto de orgullo. Materia y poder somos, y de la materia y el poder brota la genealogía de nuestras ansias, en este cosmos de posibilidades no realizadas.

La luz de la Luna me deslumbra con sus reflejos cegadores, y aullidos temibles me desasosiegan, porque ignoro cuál es su fuente. El crujido de las hojas que piso me revela todo un mundo del que me había olvidado. Criaturas misteriosas me circundan, pero ya no las temo; suficiente es el miedo que me tengo a mí mismo. Aunque sobre mí cayeran legiones de lobos, aunque se posara fija y desafiantemente sobre mí la siniestra mirada de un búho, o aunque serpientes imperceptibles rozaran mi piel desde el quebradizo suelo, ningún temor me asaltaría. He venido a este bosque porque no tengo miedo a fuerzas externas, sino a mi propio yo, a mi yo esquivo y anfractuoso. Es en este silencio eterno y en este espantoso vacío donde anida mi temor.

Humilde gota de rocío que brillas en esa pequeña hoja, retoño de armonías celestiales: trasluces todo un mundo de posibilidades y presagios. Ante ti me prostro,

porque en tu extasiada pequeñez capto reverberaciones de gloria y grandeza, un majestuoso todo que se manifiesta en tu sencillez y en tu simetría.

Cuando mis pensamientos parecen elevarse a la morada de los dioses, los más pequeños estímulos me recuerdan quién soy. Pero no obtengo esperanza. Ahora todo acrecienta mi insanable soledad. Por mucho que surque este bosque, que a la luz del día despliega maravillas y me infunde paz, hoy sólo me abraza la desesperación, el estupor, el vértigo desigual de la incertidumbre, de una incertidumbre parasitaria. El parásito utiliza al huésped sin aportarle nada. No hay cooperación, relación simbiótica, la belleza del intercambio provechoso para ambos partícipes que constituye uno de los motores más poderosos de todo proceso evolutivo. Hay dudas simbióticas, cooperativas preconizadoras. Pero hay dudas parasitarias. Y ésta es una de ellas.

La belleza es oscura, y la fantasía y el sueño sólo exacerbaban mi frustración ante la hegemonía del deseo y el despotismo de una imaginación que en ocasiones se cree omnipotente. Necesito una voz humana que me rescate e invite a ascender con ella a las montañas del espíritu, allí donde el ideal sería la vanguardia de la real, y donde la realidad pugnaría por cumplir el ideal. Sin piedras labradas por las manos del hombre y sin bosques creados por el ingenio de la naturaleza, sólo en esa cumbre de permanencia y verdad hallaría por fin la plenitud.

Tú, voz interior, me has escoltado en todas mis desventuras. Cuanto más flaqueaban mis fuerzas y más crecía mi angustia, con mayor sutileza me hablabas, y en tus palabras encontraba una valiosa brújula. Pero entre este infierno viscoso y este cielo arcano no distingo ya lo que quiero, velado por intuiciones ciegas. ¿Quién escanciará el bálsamo que por fin me consuele? ¿Habré de caminar en la penumbra, agujoneado por una insatisfacción infinita? ¿Hasta dónde, impulso sagrado a buscar que engrandesces al ser humano?

¡Desciende ya, luz suprema, y hazme partícipe de tu verdad! ¡Apaga este dolor que en mí arde, fuego desbocado que fragmenta mi alma y confunde a mis sentidos!

Qué amable me parecía la luz de las estrellas cuando una íntima e inescrutable alegría fluía por mi sangre. Entonces me creía capaz de conquistar todas las mentes, de recorrer todos los senderos de la Tierra y de elevarme a todos los cielos. Un solo minuto me bastaba para atrapar el corazón del ser humano y expandir mundos, pero hoy soy esclavo del dolor, de un dolor silencioso e intransferible. Las más gozosas profecías se me antojan amargas. Todo lo que un día busqué languidece y se escapa de la fuente aletargada del entusiasmo. Quienes antaño sedujeron mi alma, quienes se apoderaron de mi corazón y lo ataron con un lazo dulce y suave, hoy sólo representan sombras delicuescentes que ya no me impresionan. Todo lo que deposité en sus corazones yace hoy en tinieblas, y ¿qué será de mí? ¿Quién me acompañará hasta el término de este camino que no lleva a ninguna parte? ¿Permaneceré secuestrado en este bosque oscuro? ¿Soportaré mi propia soledad, mi estruendosa soledad? ¿Me diluiré, me desintegraré paulatinamente, sumido en la lenta agonía de lo que contempla su propia e imparable disolución con un sentimiento de impotencia máxima, desde un púlpito tan perverso que incluso llega a connaturalizarse con semejante proceso de autodisgregación, reo de una aceptación resignada y culpable? ¿Sabré renacer? ¿Soportaré mi propia reflexión? ¿Valoraré cabalmente mi propia angustia? ¿Sabré ser yo mismo, y ser más que yo mismo, y asumir identidades nuevas que no anulen por completo la anterior, que no desnaturalicen irremisiblemente lo que he sido, soy y aspiro a ser?

Asisto al crepúsculo de mi conciencia, al fin de mi identidad, a la derrota potencial de un yo que no puede asumir más metamorfosis, y que parece condenado a disolverse en un magma amorfo e ininteligible. La renuncia a ser yo mismo para sucumbir ante el frío marmóreo de lo impersonal, y quizás liberarme de una angustia que hunde sus raíces en la volatilidad de lo subjetivo. Pues, en efecto, ¿no te sosegaría más buscar verdades universales, certezas objetivas y desapasionadas, nuevos engranajes que arman una máquina impertérrita, más allá de esta alocada persecución de una verdad que resuelva el misterio de la vida, de una verdad que te exhorte a vivir y te descubra un sentido? ¿Y si el sentido fuera la metáfora de quien no se conforma con la verdad? ¿Y si fuera un intento heroico y fracasado por construir una verdad más allá de la verdad impersonal del universo?

Tú anhelas una razón para vivir; te desvives por vivir, por justificar tu impulso inconsciente hacia la vida, tu afinidad con ese proceso inconceptualizable que te incita a continuar, a caminar hacia una vocación incognoscible, a trabajar sin descanso.

Quieres convertir la vida en conciencia, en fruto cristalino de la reflexión, en autoafirmación, en nueva vida y nuevo mundo; quieres humanizar el mundo, el espacio vaciado de un existir propio, libre y creativo, para transfigurarlo en un rostro, en unos labios, en hálito de palabra y sentido.

Quieres que la conciencia tome las riendas de la vida, para que el universo pronuncie por fin la palabra implorada, el verbo sagrado. Deseas afirmar la vida, pero para ello has de negarla en su forma más inmediata. Has de trascender la vida para que rija la conciencia. Has de pensarla, has de cultivarla, has de crearla desde tus propios cánones y tu lenguaje inédito.

No te basta la verdad del universo, de la que también brota la incontenible verdad de la vida. Eres humano, profundamente humano, porque no existiría esta humanidad sin un afán tan hermoso por construir la verdad que sacie su voluntad desaforada, voluntad de vida y sentido que es en sí misma un universo, un espacio de significado, una sintaxis y una semántica. Pero lo fácil es escindir ambos mundos, ambas verdades, ambos sistemas categóricos. Lo difícil es tallar la escalera divina que vincule ambos reinos, el lazo etéreo que hermane objetividad y subjetividad, naturaleza y conciencia, materia y espíritu. Y quizás lo encuentres en esa noción tan esquiva como embriagadora que es la idea de posibilidad, alianza olvidada entre lo dado y lo que clama por ser dado, entre la realidad y lo que aspira a la realidad bajo el auspicio insondable de una imaginación osada, que convierte posibilidad en deber, en imperativo creador, en ímpetu consciente hacia la vida más profunda, más luminosa, más subjetiva, emancipada de la ciega servidumbre a las fuerzas de la naturaleza. Puente entre lo que es y lo que no es, senda escarpada que conduce a lo nuevo, itinerario escondido entre la causa y el efecto, llanto aún no vertido, destinado a rociar la Tierra, a fertilizar el universo con reclamos de su propio ser, con la efervescencia de su propio vigor, manifestaciones de su esencia más íntima. Porque lo posible vive con lo real en la entraña del cosmos; es la forma que acompaña a la materia desde albores perdidos, es lo real bajo otro nombre y otro tiempo.

Lo posible es la materia prima de la conciencia, el nutriente primigenio de esta reina de lo innombrable, forjadora de esa senda añorada que nos introduce en el fascinante mundo de la posibilidad pura, del concepto inerme, de la idea que humilla el cosmos, del pensamiento enseñoreado de un mundo antes hostil.

Sí, conciencia, conciencia altiva, vigilia valerosa, centinela insólito. Nueva fuerza de la naturaleza, mundo redivivo, recreado, reinventado; cometa que surca briosamente el cielo de la libertad, aun atado a la impasible necesidad. Te crees destinada a dominar el universo desde tu trono de poder puro, intangible, evanescente, fulgor desbordante que emana de interioridades y ausencias. Sabes que tu fe es tu verdad, tu realidad, tu profecía autocumplida.

Pero un exceso de fe te derrotará, pues eres también mundo, mundo en crecimiento, mundo en evolución, mundo que aún no ha revelado sus íntimas posibilidades.

¡Ah, deja de hablar, no profieras más palabras! Nombres; nombres y más nombres. Qué obsesión por nombrar. Vives secuestrado por los nombres. Esclavo de los nombres. Déjate primero sorprender. Luego vendrán los nombres. Primero comprende. Luego nombra. El concepto es más poderoso que el nombre.

Hay demasiados microbios en el espíritu, aglomeración de sombras minúsculas que borran la visión del firmamento con su espíritu impuro y contaminado. ¿Por qué no desisten de atacarme e invadirme subrepticamente? Qué difícil es la simplicidad, qué arduo llegar a la esencia, destilando lo accesorio, para captar el fundamento. Pero cuánta luz brilla en la simplicidad, en la divina simplicidad... ¡Oh claridad en conceptos y palabras! ¿Por qué me abandonas?

El silencio, la suspensión, el desasimiento... Escuchar la levedad del silencio. Inhalar el silencio. Absorber silencio. Fundirse con la hermosura libre del silencio. Bucear en tu ser ignoto, inextenso, sutil, puro... Evanescencia, vaporosa ligereza. Emanciparse del mundo, del sonido, de la palabra inauténtica y del clamor confuso. Regresar a la fuente para tallar tú la nueva fuente, la nueva aurora, el nuevo ser. Ser. Un ser que se sea. Sin justificación externa, ulterior o previa. Ser. Desnudez, limpia y sagrada. Eterno florecer de un retornar creativo, de una vuelta que amplía el origen y desvela la faz de una tierra nueva. Crisálida que te eleva a una visión profunda, noble. Espacio diáfano tejido de hilos invisibles por los que sólo fluye verdad, sencillez, el ser en su grandeza.

Me instas a que deje de hablar, pero si lo hago, un silencio aún más temible me cercará con sus redes. Cuando tenía fe en las fuerzas celestiales, siempre era una mano descendida de lo alto quien me rescataba de mi sufrimiento, mas hoy no tengo redención. Son demasiadas preguntas, atronadora espiral de interpelaciones sin respuesta, hálito concatenado de misterio. Sí, una cadena interminable que me humilla sin piedad, me despoja de cualquier atisbo de paz y autoconocimiento, me dispersa en el seno desfallecido de mi propia interioridad, catapultado a mundos nuevos que me obligan a romper todo vínculo con lo que yo había considerado mi auténtica y definitiva morada.

Definitiva... ¿Qué es definitivo en esta mente, en esta conciencia, en este mundo en perpetua evolución, en esta imaginación descontrolada, feliz en su libertad? ¿Es definitivo el fin, la destrucción, el retorno a la totalidad cósmica? No, pues tus partículas, tu cuerpo atomizado, tu mente materializada, la cristalización de tus visiones y sensaciones..., seguirán vagando por las estancias del universo, por sus estructuras impersonales, por sus viajes sidéreos, por su luz impávida, que no cesa de atravesar galaxias y sistemas. Nada hay definitivo, salvo el universo mismo, su divina estabilidad.

Resucita el misterio de por qué el ser y no la nada. Y tú sólo puedes ser. Pero cómo seas, cómo tu libertad moldee tu ser, sellará tu contribución al universo. Lo que añadas a esta trama cósmica. Tu creación.

Al menos el amor te revela atisbos de esa plenitud que no encuentras en los dominios del mundo o de la mente. Pues amas mucho; demasiado. Demasiado amor late en ti, demasiada fuerza desenfrenada, demasiados rayos que diseminan su vigor y viveza hacia metas inconscientes de lo que reciben. ¿Y no te fundirías con la totalidad innominada que te envuelve, no saltarías sobre ese volcán para convertirte en lava santa, en piadosa erupción de deseo y silencio, si en el universo hallaras un atisbo de amor puro?

¿Cómo confinar este amor a unos pocos seres?

Tú, totalidad latente e insumisa, me atraes y repeles al mismo tiempo. Enardeces la fuerza de mi amor, de un amor cuyas huestes ansían adorarte con toda la veneración que es capaz de desplegar un alma finita, pero me intimidas con anhelos inmensos, hipertrofiado por semejante desmesura de aspiraciones. Encadenada a la rueda de mis deseos, mi identidad orbita en torno a un centro que no deja de cambiar, mutable e inconsecuente, eje rotacional cuya inestabilidad intrínseca muda sin piedad las estaciones de mi espíritu. En esta confusa primavera se fuga de mi alma la verdadera plenitud. Voces prístinas me exhortan a erradicar el deseo, pero yo siento el deber de purificarlo, de elevarlo a un horizonte más armonioso y auténtico, que purgue mi fragilidad y sane mi miedo.

¿Acaso soy capaz de ensanchar mi espíritu hasta encontrarme en lo ajeno, tú que todo lo humillas y trasciendes? ¿Podría alguna vez decir la mente humana que ha agotado un átomo de tu comprensión? ¿Qué quieres de nosotros, y cuándo nos darás la bienvenida al reino de la verdad pura? ¿Hasta dónde nos mantendrás sumidos en este peregrinaje inconsolable por las sendas de la vida y del saber?

*

Con qué elegancia te yergues sobre todos los cielos, majestuosa Luna. Tus líneas prefiguradas el infinito. De tus puntos divergen hacia lo ignoto los perfiles escondidos. Pareces recoger y magnificar todas mis ansias e inquietudes; parece absorber todo lo que imagino cuando me cortejan deseos imposibles. Ante ti, cualquier sueño se convierte en realidad, y todos los deseos del hombre simulan nacer en tu seno. Luego te atraparé; mi mano es pequeña pero ambiciosa, y me abrazaría a ti para robarte todos tus secretos. Ahora necesito seguir sufriendo, porque sólo cuando supere esta vía dolorosa regresaré a mí mismo, a las fuerzas elementales de mi conciencia, a la matriz de toda felicidad y de toda paz, que es el conocimiento verdadero, y me sobrepondré a esta fatalidad intempestiva. Aciago es soñar cuando se sufre, porque incrementa el sufrimiento con un deseo aún mayor. ¿Podría siquiera aspirar a lo infinito, si no soporto lo finito? Mas sólo cuando este humilde pero acuciante sentimiento de carencia me impulsa a afrontar los desafíos del mundo y el reto de lo humano camino por fin libre, libre en mi flaqueza.

Llama sagrada del saber, eterno y dorado tesoro que enalteces al hombre con los resplandecientes rayos de tu cofre: sólo tú sabes cuánto te he amado. Cuando corría como un niño por tus jardines místicos me prodigabas las más hermosas flores y propiciabas que jamás se marchitase mi entusiasmo. Cantaba al son de tu música, angelical y pura, y cuantos más dones brotaban de tus entrañas, más anhelaba continuar inmerso en tu búsqueda. Poco me importaba que todo lo que me ofrecieras fuera siempre finito y caduco, una ráfaga de relatividad, y que cada nueva respuesta enardeciera una cadena infinita de preguntas, porque todo me elevaba al cielo de mis aspiraciones. ¡Cuántas veces no ansié reconciliarte con mi deseo y mi fantasía! ¡Cuándo no suspiré por tu reflejo, que para mí traslucía todo aquello que nos salva y exonera de nosotros mismos! Tú me has bendecido con los mayores deleites que un hombre puede concebir. Sólo con recordar el éxtasis que alcanzaban mis deseos cuando pensaba en ti me sobrecogen escalofríos celestiales. Tú, cadena áurea que todo lo vinculas pero que todo lo ocultas, me has llenado de fascinación, mas hoy no puede admirarte más, pues sólo me inundan áridos pensamientos que inhiben mi fuerza más íntima. Todo el amor que sentí por ti se torna ahora en sufrimiento, y mi llanto borra los vislumbres de felicidad que un día me otorgaste.

A ti que te recreas en tu imposibilidad, a ti que yaces entronizada en el cómodo cielo de quien se sabe inexpugnable e invisible: es a ti a quien me dirijo. Y a ti entono también hoy mi canto, pues no podría vivir sin cantarte.

Ahora te presiento, divinidad escondida. Como una luz invisible renuevas mi espíritu en los instantes más dolorosos, sustancia invisible y omnipresente que todo lo permeas. Yo te intuyo, pero no te comprendo. Como un arroyo intangible fluyes por los meandros de mi alma y suavemente bañas sus áridas orillas. No necesito creer en ti: te contemplo, mente insondable que en mí evocas el infinito reino de lo posible. Dios, naturaleza, pensamiento... Poco me importa. Tú mueves los confines del mundo y todo lo dotas de inteligibilidad. Desafías cualquier nombre y sólo apelas a una experiencia pura. Tú, signo de un amor eterno que todo lo supera y reconcilia, me descubres a mí mismo en mi flaqueza y en mi aspiración. Cuando pienso en ti, los fúlgidos vestigios de una armonía incognoscible me envuelven; basta con que renuncie a mi individualidad y me funda en el vasto ciclo de la naturaleza. Todo lo que ha sido, es y será comparece ahora ante mí, encadenado a mi dolor en la estela del fundamento. Mis lágrimas vivifican un universo capaz de asimilarlas. La indómita naturaleza muestra todo su poder y toda su exuberancia a este pobre retoño de sus pechos celestiales. Toda la grandeza del género humano palidece ante cualquier atisbo de pequeñez de este mundo incomprensible. Lo que antes me atormentaba, ahora me seduce, y lo que antes se precipitaba sobre mí como una terrible losa, acude ahora en mi rescate. ¿Qué es un minuto del hombre ante una eternidad de proyectos cósmicos? ¿Qué obra tallarían las manos de la humanidad en ese tiempo inimaginable?

*

Círculos lechosos conspirados en la lejanía, ¿por qué flanqueáis al astro delicuescente que no cesa de interpelarme en mis noches de tristeza? ¿Qué escondéis

tras esos destellos iridiscentes que me proyectan a un mundo nuevo, viejo y nuevo al unísono, pero eternamente creador?

Vosotros sois los velos temblorosos que todo hombre quiere rasgar.

No temáis confesarme vuestra angustia, ni revelarme la más profunda sabiduría que no pueda encontrar por mí mismo.

Sé que sufrís en ese silencio inveterado, pero sé que en vosotros vibra la respuesta a mis dudas desgarradas, porque su flecha me traspasa con dulzura, océano cósmico donde todas mis inquietudes se humillan, espejo diáfano bruñido por el recuerdo.

Qué extraño destino el del hombre, condenado a vagar entre mundos tan dispares, mientras se afana en construir una escalera infinita que una la Tierra con los cielos. Es la locura que nos inspira, la divina locura de aspirar a comprender y a amar.

Alma extasiada con las vivaces luces de la noche, anhelosa de acariciar las estrellas con sus manos lívidas, lánguido presagio de un sueño imposible, pero tan necesario como la contemplación del cielo vasto y silencioso, hogar de inmensidades que trascienden todo nombre, impulso nítido e ineluctable a la consagración de la mente a lo profundo.

¿No sentía lástima de tener que pisar el polvo de la Tierra?

En el inagotable espectáculo del mundo, sucesión ininterrumpida de luchas y cooperaciones, entrelazamiento de vida y muerte en una cadena que no puede permitirse el descanso, me consagro a ti, luz pura del firmamento, lágrima de lo eterno vertida sobre esta bóveda oscura y luminosa al unísono. En tu belleza querría reflejar todo mi ser, pues toda voluntad y toda inteligencia aspiran a ti, que todo lo has contemplado con una mirada audaz y profunda; sólo a ti, belleza, porque si he caminado ha sido para buscar la verdad de la belleza.

¡Ya rocías mi rostro con tu noble verdad, brisa divina y vivificante, manantial que se derrama copiosamente sobre el anhelante cáliz de mi espíritu!

En esta fría noche todo silencio se transfigura en una melodía sublime. Es la voz de Dios. Es el dios incognoscible que funde razón y sentimiento.

Por cauces inconexos he desembocado en una misma y ostensible meta. He encontrado mi búsqueda y mi creación. Toda forma y toda imagen transparentan ahora lo que en realidad ansío, cuyo nombre es demasiado profundo para que nadie lo pronuncie. Amanece mi felicidad verdadera, mi ansia redimida por un reflejo tenue de su cumplimiento. Infinitos son los caminos de la Tierra, porque infinitas son las posibilidades de quien busca y se crea en su búsqueda. Es salvación lo que ahora me concedes, noche inefable que meces mi corazón. Cuánto tiempo he perdido buscando en lugares erróneos lo que ahora rebosa de claridad, de una claridad libre y expansiva que cubre con los sagrados haces de luz todo lo que yacía oscuro. Todas las luchas del hombre plantan la semilla de un futuro que nos acerca a nuestro destino. Es el amor que ahora llama a las puertas de la conciencia, porque sólo cuando lágrimas honestas han bañado esta tierra puede descender un amor verdadero, un amor hermanado con el conocimiento, el amor de quien conoce y no sólo siente. Por fin iluminan mi alma los versos del sabio: *“Él creó el Amor, el más antiguo de todos los dioses”*.

Cuando los sentimientos de infelicidad consumen el círculo de tus ansias, sólo hallas consuelo en el vocablo "amor", que desafía todas las definiciones. No te confundas: no todo merece tu amor, aunque todo merezca ser conocido por el hombre. No has comprendido aún que el amor verdadero sólo puede brotar de un conocimiento profundo, desasido de temor y angustia, objetividad que enaltece nuestra subjetividad. Todavía confundes amor con emotividad. Entrégate a conocer las causas de las cosas y las posibilidades de la mente para sondear el amor verdadero, que es hijo del conocimiento verdadero, pues la gloria del misterio auténtico y profundo no puede ser incompatible con el afán de comprenderla. Hay quienes buscan reductos de ininteligibilidad para preservar monopolio con ideas y jerga oscuras. Serán desalojados por la claridad de la razón, que nos ayudará a admirar la belleza del universo sin claudicar ante el anhelo de comprensión. La mística auténtica, el sentimiento profundo y honesto de veneración y gratitud hacia el mundo y lo que nos rodea, brota de la comprensión y del deseo de conocer, no de la sumisión intelectual a fronteras supuestamente infranqueables. Pues ¿acaso se puede conocer algo sin amarlo, y amarlo sin conocerlo?

Yo mismo me había robado mi paz interior, pero en esta noche has diseminado en el seno de mi espíritu una sabiduría perenne, que me une a la humanidad y a su búsqueda. Es mi renacimiento, hermosa palabra, evocación de posibilidades continuas, vuelo que no cesa de otear sueños y realidades para dar rostro a la esperanza.

Ha merecido la pena esta angustia; mi noche oscura es ahora mi camino hacia la verdad, esencia eterna que no fluye, horizonte en el que se abrazan mi libertad y mi destino.

Ahora te veo; he destilado ya tu dulce savia, he desentrañado tu misterio, y todo resplandece con una luz pura que devuelve la vida a flores marchitas. Es el arte más profundo. Ansias y vorágines pasadas, entrelazamientos de dolor, ignorancia y angustia, que me agitaban con avidez incesante de universo en universo, me han hecho explorar mundos que jamás presagí, pero ya estoy saturado de tanta experiencia que no me sacie con una abundancia verdadera. No quiero expandir, sino contraer, perforar lo vasto y heterogéneo para discernir átomos de luz, núcleos auténticos que condensen lo profundo y no sucumban a la volubilidad de la naturaleza humana. Todo lo mío se derrama ya en lo ajeno, rebosa en los demás, como vasija llena que anhela compartir todo lo que acoge. Mi yo se funde con todos los yoes y con todo lo que aparenta no tener yo. Es el albor de un mundo nuevo. Ya he comprendido que sólo si me desprendo de todo miedo y autosuficiencia surcaré la senda que conduce a la verdad, en ese ascenso a lo universal que glorifica la mente humana. Caen las pesadas losas que me impedían elevarme al hogar de mi creación, por el que suspiran mis sentidos. Es lo universal que llama a las puertas de mi alma, los ecos de una voz suprema que resuena en mi fervor, exhortándome a servir. Nace ahora la paz verdadera; crece el ser del hombre y florece una sabiduría que he conquistado con dolor. Lo que antes consumía mi alma con celos y temores me muestra un paisaje luminoso, cielo de desapego que no necesita adornos. Todo lo que sé y no sé equivale a nada ante el gozo de comprender que el destino del hombre sólo se cumple cuando nos embarcamos en una búsqueda sincera. Sólo entonces cobran sentido las palabras de todos los oráculos, porque sólo entonces se estremece el alma al enfrentarse a ella misma, siempre nueva, pozo de hondura infinita en el que se refleja una luz eterna. Sobran las palabras y faltan los conceptos. Amanece la vida que no desiste de buscar, y que sólo se encuentra cuando aspira a trascenderse, a mirar más allá del angosto espacio de su espíritu para penetrar en el espíritu verdadero. En ese

instante franquea las fronteras más arduas y se trasciende a sí misma, entregada a una misión más noble y pura, consagrada a lo que no se agota en nosotros mismos. Y mientras aspira a un horizonte que no se cierra, comprometida con una búsqueda auténtica, caen todas las máscaras que habíamos fabricado y se expande prodigiosamente nuestra morada más íntima. Resplandece entonces la humanidad, la insumisa humanidad, y vuela el hombre por cielos libres.

REFERENCIAS

Blanco, C. *Ensayos filosóficos y artísticos*, Dykinson, Madrid 2018.

Blanco, C.A. *Libro de las recreaciones*, Dauro, Granada 2017.

Blanco Pérez, C. *Grandes Problemas Filosóficos*, Síntesis, Madrid 2015.

Blanco, C. *Conciencia y Mismidad*, Librería Editorial Dykinson, Madrid 2013.